TEÓN · HERMÓGENES · AFTONIO

EJERCICIOS DE RETÓRICA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
M.ª DOLORES RECHE MARTÍNEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 158



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FELIPE HERNÁNDEZ MUÑOZ.

Depósito Legal: M. 33974-1991.

ISBN 84-249-1469-4.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1991. — 6452.

INTRODUCCIÓN GENERAL

Panorama general

Los ejercicios preparatorios de retórica o *progymnásmata,* que constituyen el objeto de nuestra traducción, tienen como marco de desarrollo el de las escuelas de retórica, en un momento de la historia de Grecia en el que se vive una gran efervescencia cultural, caracterizada sobre todo por el retorno a los grandes modelos clásicos del pasado. Este renacer cultural, que tiene sus orígenes ya en el s. I a. C. con el denominado movimiento aticista, alcanza su máximo desarrollo en la época de los grandes emperadores filohelenos: Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio, y aparece representado en el movimiento conocido desde Filóstrato como Segunda Sofística [1].

Los nuevos sofistas, entre los que destacan figuras como Escopeliano, Polemón, Herodes Ático y Aristides entre otros, al igual que los antiguos viajan de ciudad en

[1] Sobre las relaciones entre Aticismo y Segunda Sofística, cf. J. Bompaire, *Lucien écrivain, immitation et création,* París, 1958, págs. 116 y ss. y A. Boulanger, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au II siècle de notre ère,* París, 1968 (1.ª edición, 1923), págs. 60 y ss.

ciudad ofreciendo declamaciones y alternan su profesión docente con los servicios prestados a sus ciudades. Muchos de ellos, como en el caso de Herodes Ático, harán importantes contribuciones económicas costeando fiestas, edificios públicos [2], etc.; otros, como Aristides o Polemón, defenderán los intereses de sus ciudades ante el emperador [3]. La mayoría intervendrá en la política de su ciudad y recibirá importantes favores del emperador [4].

Buena prueba de la importancia que alcanza la retórica en la época es la dotación de cátedras de retórica en Roma y Atenas, que constituían, sobre todo la de Roma, la meta de la carrera de cualquier sofista [5].

Igualmente son muchas las ciudades de Asia que cuentan con gran número de rétores y gramáticos en sus bibliotecas públicas, destacando entre todas ellas Esmirna y Éfeso [6].

Dentro de este panorama cultural la gran protagonista es, sin duda, la retórica, que impregnará todas las facetas

---

[2] Filóstrato, *Vidas de los sofistas* II 548-549, 551.

[3] Aristides consiguió, mediante su lamento por Esmirna, que el emperador Marco Aurelio reconstruyera esta ciudad arruinada por terremotos (Filóstr., *Vidas...* II 582). A ella le dedicó una *Monodia,* una *Palinodia* y un *Esmirnaico.* Polemón, por su parte, logró que Adriano donara a Esmirna diez millones de dracmas, con las que se hicieron importantes obras en la ciudad (Filóstr., *Vidas...* I 531).

[4] Por ejemplo, Polemón y su familia, que recibieron importantes exenciones y privilegios por parte de Trajano y Adriano. Cf. *op. cit.,* 532-533.

[5] Sobre la importancia de las cátedras de retórica en la época, cf. G. Kennedy, *The art of Rhetoric in the Roman world,* N. Jersey, 1972, págs. 565-566.

[6] A este respecto dice A. Boulanger, *Aelius Aristide...,* pág. 38: «...et sont (las ciudades de Asia) si bien pourvues de rhéteurs et de grammairiens que l'empereur Antonin dut fixer par une ordonnance le nombre maximum de professeurs municipaux exempts de charges que chacune pourrait posséder».

de la vida, pues todo futuro filósofo, científico u orador habrá pasado previamente, como mínimo, por las manos del gramático, en donde habrá leído y explicado a los clásicos. Las escuelas de retórica darán así a los alumnos una formación eminentemente literaria. Los grandes autores clásicos serán leídos, aprendidos de memoria e imitados, de ahí la formación «libresca» que predomina en muchos escritores de la época [7].

La retórica deja de tener la orientación eminentemente práctica que tenía en la época clásica y pasa a convertirse en objeto de estudio por sí misma. En teoría la finalidad práctica continúa, formar a los alumnos para que sean capaces de defender una causa o de hacer prevalecer una propuesta; sin embargo, varía la ocasión y el lugar, pues generalmente no será el tribunal o la asamblea, sino las salas de audición y los teatros [8], y no será con motivo de un enfrentamiento judicial o para debatir una propuesta que pueda favorecer o perjudicar a la ciudad, sino simplemente para hacer ostentación de la propia formación y dotes personales. Los tres géneros clásicos en que desde Aristóteles se divide la retórica: el judicial, el deliberativo y el epidíctico, van a pervivir en la época imperial, pero de diferente manera. Por un lado, el deliberativo y el judicial aparecen representados en las llamadas *melétai* o declamaciones sobre temas ficticios, de las que nos ocuparemos más adelante. Por otro lado, el género epidíctico conoce

---

[7] J. Bompaire, *Lucien...*, págs. 294 y sigs., ofrece un detallado estudio de la influencia de determinados ejercicios preparatorios en la obra de Luciano.

[8] Las sesiones de los sofistas tenían lugar generalmente en el *bouleutérion* o en el *odeón*, pero, a veces, si se preveía una afluencia masiva, se celebraban en el teatro. A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, pág. 51.

una enorme expansión, a costa, por ejemplo, de géneros que tradicionalmente se expresaban en verso, como el himno, el epitalamio, etc. [9]. Los discursos judiciales y deliberativos pierden su vitalidad originaria y se convierten en discursos de aparato, en donde la puesta en escena y la improvisación juegan un importante papel [10], con lo que, en última instancia, será el género epidíctico el que lo impregne todo [11].

La filosofía, por su parte, quedará relegada a los círculos restringidos de cada escuela filosófica y cuestiones reservadas en un principio a la filosofía, como las tesis, serán objeto de estudio en las escuelas de retórica [12]. La preponderancia de la retórica, que se va perfilando ya desde época helenística, se consigue definitivamente en la época imperial, y de hecho son muchos los filósofos que tienen una amplia formación sofística, como es el caso de Dión de Prusa, que, aun después de renunciar a la retórica y dedicarse al cultivo de la filosofía, no abandonará nunca

---

[9] Cf. *Menandro: Sobre los géneros epidícticos* (ed. F. Romero Cruz), Salamanca, 1989, pág. 15. Francisco Romero nos ofrece también en su introducción un panorama general sobre la historia y desarrollo del género epidíctico.

[10] La facultad de la improvisación era una de las más admiradas en la época y fueron muy pocos los sofistas que gozaron de reputación sin ella. Una de las pocas excepciones la representó, sin duda, Aristides, según cuenta Filóstrato en *Vidas...*, II 583.

[11] La importancia del género epidíctico está en estrecha relación con el acento puesto sobre el estilo, de lo que dan cuenta tratados como la *Téchnē rhētorikḗ* de Aristides y el *Perì ideôn* de Hermógenes. Cf. D. A. Russell, *Criticism in Antiquity*, Londres, 1981, págs. 129 y sigs., en donde ofrece un resumen de los principales tratados estilísticos de la época.

[12] Según Russell, como un intento por huir de la acusación de que su arte era ajeno a la moralidad. Cf. *op. cit.*, pág. 115.

sus hábitos sofísticos [13]. Además, los filósofos exponen a menudo sus doctrinas por medio de conferencias [14], con lo que, en el fondo, se parecen bastante a sofistas que ofrecieran declamaciones ante un público más o menos amplio.

El fervor que los sofistas despertaban al llegar a una ciudad y la expectación con que eran recibidas sus declamaciones exigía la existencia de un público más o menos experto y crítico que pudiera apreciar la originalidad, el estilo, el apropiado o inapropiado tratamiento de un tema, etc. Este público existía merced a las escuelas de retórica, que suministraban tanto a los sofistas como a su auditorio un amplio repertorio de tópicos tratados en multitud de ocasiones por medio de ejercicios escolares. Nos parece, por ello, conveniente esbozar un panorama del sistema educativo griego de la época imperial.

En esta época la enseñanza abarcaba fundamentalmente tres ciclos, que en terminología moderna podríamos denominar primario, secundario y superior [15]. La enseñanza primaria se pasaba junto al *grammatistés,* que con un método basado en la pura memoria enseñaba al alumno a leer y a escribir, así como operaciones elementales de cálculo. A continuación, el alumno iniciaba sus estudios junto al *grammatikós,* dando así comienzo a su enseñanza secundaria. Ésta aparece designada con la denominación de *enkýklios paideía* y equivale a lo que en la Edad Media serán las artes liberales, integradas por el *trivium* (gramáti-

[13] Cf. Filóstrato, *Vidas...,* I 488, Filóstrato pasa revista a una serie total de ocho filósofos con renombre de sofistas, entre los que figuran, aparte de Dión de Prusa, Eudoxo de Cnido, León de Bizancio, etc.

[14] Cf. H.-I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité = Historia de la educación en la Antigüedad* (trad. José Ramón Mayo), 3.ª ed., Buenos Aires, 1976, pág. 259.

[15] Seguimos a Marrou, cf. *op. cit.,* págs. 182-264.

ca, retórica y dialéctica) y el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música), si bien las ciencias nunca tendrán una importancia real, sino que se limitarán a una enseñanza elemental y, en su lugar, será la retórica la que ocupe toda la atención [16]. La enseñanza superior, por su parte, abarcaba el estudio de una de las dos disciplinas rivales, la filosofía o la retórica. No obstante, según apuntábamos antes, la retórica no dejará de ir robando terreno a la filosofía [17].

Dentro de este panorama los ejercicios preparatorios se hallaban a medio camino entre la enseñanza secundaria y la enseñanza superior. Los ejercicios más sencillos, como la fábula, el relato, la *chría* [18], la sentencia y la confirmación se estudiaban generalmente junto al *grammatikós*, mientras que los restantes: lugar común, encomio, comparación, etc., se estudiaban en el ciclo superior junto al rétor o *sophistés* [19].

---

[16] Cf. Marrou, *op. cit.*, pág. 227.

[17] Un panorama del viejo enfrentamiento entre filosofía y retórica a través de las concepciones de Platón, Aristóteles e Isócrates nos ofrecen, entre otros, B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J. C.*, París, 1971, págs. 64 y ss., H.-I. Marrou, *Historia...*, págs. 76 y ss., y C. S. Baldwin, *Medieval Rhetoric and Poetic*, Nueva York, 1928, págs. 2 y ss.

[18] Gr. *chreía.* Es una variedad de la sentencia *(gnṓmē)*, cf. Teón, 96. Sobre la razón de su mera transcripción, cf. pág. 54 n. 10.

[19] Ambos términos aparecen utilizados indistintamente, si bien el segundo será más frecuente en la época imperial. Cf. la introducción de M.ª Concepción Giner a las *Vidas de los sofistas*, Madrid, 1982, págs. 20 y sigs. Con respecto a las competencias de rétores y gramáticos en lo que atañe a la enseñanza de los ejercicios preparatorios, cf. G. Reichel, *Quaestiones Progymnasmaticae*, Leipzig, 1909, págs. 115-118 y 128-129, en donde pasa revista a los diferentes ejercicios propios de rétores y gramáticos, según Quintiliano y Suetonio, respectivamente.

Los ejercicios preparatorios con su multitud de reglas y clichés, que permiten hacer un encomio, una descripción, etc., son una prueba de que la enseñanza de la retórica en la época imperial se basaba en el estudio memorístico de una serie de tópicos y en su aplicación práctica. Como su propio nombre indica, se trata de ejercicios que preparan al joven para lo verdaderamente importante, las causas judiciales y deliberativas. Después del estudio de los *progymnásmata* el alumno se enfrentaba a las llamadas *melétai,* en latín *declamationes,* que comprendían dos variantes: las *hypothéseis dikanikaí* (lat. *controversiae)* y las *hypothéseis symbouleutikaí* (lat. *suasoriae).* De ambas, las primeras tendrán más importancia en el área romana, mientras que en la griega se preferirán las *suasoriae* [20].

Lo característico de ambos tipos de declamaciones es que el alumno no se basará en casos tomados de la vida real, sino en casos enteramente ficticios: raptos, violaciones, piratas, hijos desheredados, etc., en el caso de las hipótesis judiciales, y la historia antigua o la mitología, en el caso de las hipótesis deliberativas, por ejemplo, se imaginaba qué diría Demóstenes, Pericles, Aquiles o Héctor en una determinada situación [21].

La importancia de las declamaciones se refleja, por ejemplo, en el hecho de que a ellas se les dedica todo un ejercicio, el de la etopeya o prosopopeya [22].

---

[20] MARROU, *Historia...*, pág. 249, y BOULANGER, *Aelius Aristide...*, pág. 41.

[21] Para una mayor información sobre las declamaciones sofísticas puede consultarse D. L. CLARK, *Rhetoric in Greco-Roman education,* 3.ª ed., Nueva York, 1977, págs. 213 y sigs., y D. A. RUSSELL, *Greek declamation,* Cambridge, 1983, págs. 21-39 y 106-128.

[22] Sobre la gran utilidad de este ejercicio habla Quintiliano en III 8, 50.

Por otro lado, como las declamaciones abarcaban únicamente los géneros deliberativo y judicial, el otro género retórico, el epidíctico, será objeto de estudio en dos ejercicios preparatorios, el encomio y el vituperio [23].

Algunas consideraciones acerca de los «progymnásmata»

La primera mención del término *progymnásmata* aparece constatada en la *Retórica a Alejandro,* atribuida a Anaxímenes de Lámpsaco [24]. Sin embargo, su mención aquí ha dado origen a posturas como la de Reichel, que ha considerado su uso con un valor genérico referido a una ejercitación general previa, o como la de Kennedy, que lo considera una intrusión posterior en el texto [25].

Lo encontramos ya con su valor específico en la obra de Teón. No obstante, Teón utiliza con preferencia el término *gymnásmata* frente a *progymnásmata.* Así, este último sólo aparece en dos ocasiones (págs. 61, 25; 65, 28 Sp.), mientras que en las restantes es sustituido por los términos más generales de *gymnásmata* y *gymnasía.* Hermógenes, por su parte, no utiliza nunca el término *progýmnasma,* sino que emplea siempre en su lugar *gýmnasma,* frente a Aftonio, que utiliza el término *progýmnasma* en cuatro ocasiones (10, 18; 17, 13; 32, 2; 42, 6 R.), *gymnasía* en tres (14, 6; 17, 5; 47, 6 R.) y *gýmnasma* sólo una vez (46, 21

---

[23] Teón y Hermógenes lo estudiarán como un solo ejercicio, Aftonio como dos.

[24] *Rhetores Graeci I* (ed. L. Spengel), pág. 214, 1. Sobre los problemas que plantea la autoría de la obra puede consultarse la Introducción de J. Sánchez Sanz a la *Retórica a Alejandro,* Salamanca, 1989.

[25] G. Reichel, *Quaestiones...,* pág. 9, y G. Kennedy, *Greek Rhetoric under Christian emperors,* Nueva Jersey, 1983, pág. 55.

R.), con lo que observamos cómo *progymnásmata* se va consolidando progresivamente como término técnico para designar los ejercicios preparatorios de retórica.

La diferenciación entre *gymnásmata* y *progymnásmata* aparece ya claramente en los comentaristas de Aftonio, quienes distinguen entre *progymnásmata* o ejercicios preparatorios y *gymnásmata,* que son propiamente las declamaciones ficticias de suasorias y controversias [26].

En latín lo encontramos traducido, sobre todo, como *primae exercitationes* y como *praeexercitamina,* traducción esta última que prevalecerá en la Edad Meda y el Renacimiento [27]. Por otro lado, en el área romana está constatada la existencia de algunos ejercicios preparatorios ya en el s. I a. C. en *Ad Herennium* y en el *De oratore* y *De inventione* de Cicerón [28].

---

[26] Esta es la opinión de J. Doxópatres *(Rhetores Graeci XIV* (ed. H. Rabe), Leipzig, 1935, pág. 137, 5-12). Otros autores, sin embargo, entienden por *gymnásmata* la verdadera enseñanza de la retórica, como son las cuatro obras del canon hermogeniano, cf. *ibid.,* pág. 77, 21-24.

[27] G. Kennedy, *Greek Rhetoric...,* pág. 55. La primera traducción es de Quintiliano, la segunda de Prisciano de Cesarea en su versión latina de los *Progymnásmata* de Hermógenes. J. María Cataneo y R. Agrícola, traductores renacentistas de Aftonio, ofrecen algunas variantes: el primero lo traduce generalmente como *praeexercitatio,* mientras que el segundo opta con mayor frecuencia por el término *praeexercitamentum.*

[28] Los principales ejercicios preparatorios de los que se observan huellas en las mencionadas obras son la fábula, el relato, la *chría,* el encomio y el lugar común, en el caso de *Ad Herennium* y *De inventione* (Reichel, *Quaestiones...,* págs. 12-16), y la paráfrasis, la lectura y la tesis, en el caso del *De oratore (ibid.,* págs. 17-19). Sobre los numerosos puntos de contacto existentes entre Quintiliano y Teón, además de la obra de G. Reichel, puede consultarse I. Lana, *Quintiliano, Il «Sublime» e Gli «Exercizi preparatori» di Elio Teone III,* Turín, 1951, pág. 172, en donde, tras examinar las múltiples coincidencias existentes entre los

El término *progýmnasma* es definido por Mateo Camariotes desde dos puntos de vista: genérico y propiamente retórico. Desde un punto de vista genérico, el *progýmnasma* es definido como «una ejercitación moderada que conduce a la superación de mayores dificultades». Desde un punto de vista retórico, consiste en una práctica escolar que ejercita en las partes y géneros de la retórica [29]. En efecto, cada uno de los *progymnásmata* enseñados en las escuelas de retórica resultaba útil para alguna de las partes del discurso o para alguno de los géneros retóricos. Así, la fábula, la *chría,* la sentencia y la tesis eran útiles para el género deliberativo; la refutación, la confirmación, el lugar común y la propuesta de ley para el género judicial; y el encomio y vituperio, la comparación y la etopeya para el panegírico (también lo era la tesis en cuanto al tema) [30]. A su vez, la fábula resultaba apropiada para ejercitarse en los proemios; el relato y la descripción para las narraciones; la refutación y la confirmación para los agones, y el lugar común para los epílogos [31].

Básicamente cada ejercicio consta de dos partes bien diferenciadas: una primera parte en que se nos ofrecen aspectos como su definición, explicación etimológica, clasificación, etc., y una segunda parte en que se procede al desarrollo de cada ejercicio en cuanto tal a partir de una serie de procedimientos o categorías enjuiciadoras, denominados principalmente con los términos *tópoi, aphormaí* y *kephálaia* [32].

---

tres tratados, Lana llega a proponer a Elio Teón como autor de *Sobre lo sublime.*

[29] *Rhetores Graeci I* (ed. Walz), Londres, 1832, pág. 121, 1-5.

[30] *Ibid.,* págs. 121-122.

[31] *Rh. Gr. XIV* (ed. Rabe), págs. 133-134.

[32] Se trata de términos utilizados principalmente por Teón. Cf. págs.

Por último, hemos de decir que el género de los *progymnásmata* gozó de un enorme tratamiento entre los rétores. Conocemos los nombres de muchos autores de ejercicios preparatorios, como Harpocración, Epifanio, Minuciano, Onésimo, Ulpiano, Paulo Tirio, Sópatro, etc. [33]; sin embargo, sólo han sobrevivido cuatro manuales de *progymnásmata,* los atribuidos a Teón, Hermógenes, Aftonio y Nicolao [34]. De todos ellos, sin duda, el más influyente en la Antigüedad fue Aftonio, por proporcionar ejemplos acabados de cada ejercicio, y su obra se convirtió en prototipo del género progymnasmático. Prueba de su gran difusión es el hecho de que la comentaran J. Sardiano, Doxópatres y Máximo Planudes entre otros [35]. De igual modo fue muy importante en la antigüedad la obra de Teón, no tanto como texto escolar cuanto como guía para profesores [36], debido a que ofrece un tratamiento profundo y detallado de cada ejercicio preparatorio, junto con multitud de ejemplos sacados de obras antiguas, prueba inequívoca de la estrecha relación existente entre retórica y litera-

---

19-20. Sobre la distinción de estos términos, cf. L. PERNOT, «Lieu et lieu commun dans la rhétorique antique», *BAGB* 86, pág. 225, n. 12 y pág. 266, n. 65.

[33] *Rhetores Graeci X* (ed. H. Rabe), Leipzig, 1926, págs. 52 y sigs.

[34] Nicolao de Mira vivió en el s. V d. C. y fue discípulo de Lácares de Atenas. Aparte de los *Progymnásmata,* escribió *Declamaciones* y un *Arte retórica.* Sus *Progymnásmata* se pueden consultar en *Rhetores Graeci XI* (ed. J. Felten), Leipzig, 1913.

[35] A la gran difusión de que gozaron los *Progymnásmata* de Aftonio, junto con las cuatro obras del canon hermogeniano, en época bizantina alude G. L. KUSTAS en su artículo «Studies in byzantine Rhetoric», *Analekta Blatadon* 17 (1973), pág. 23.

[36] Prueba de su importancia es que gran parte de su teoría aparece recogida de modo casi literal por J. Sardiano en su *Commentarium in Aphthonii Progymnasmata.*

tura. Los *progymnásmata* de Hermógenes, sin embargo, fueron desplazados a un segundo plano por los de Aftonio hasta caer poco a poco en el olvido [37].

COMPARACIÓN ENTRE TEÓN, HERMÓGENES Y AFTONIO

Vamos a proceder ahora a un análisis de las diferencias y semejanzas existentes entre los tres autores que nos permita llegar a conclusiones fiables. Los aspectos que vamos a tratar son los siguientes:

1. Principales diferencias y semejanzas entre Teón, Hermógenes y Aftonio.
2. Principales coincidencias entre Hermógenes y Teón.
3. Coincidencias entre Aftonio y Hermógenes.
4. Puntos de contacto entre Aftonio y Teón.
5. Relativa originalidad de Aftonio.

1. *Diferencias y semejanzas entre Teón, Hermógenes y Aftonio*

A simple vista, la diferencia más notable entre los tres autores reside en el número de ejercicios: diez en Teón, doce en Hermógenes y catorce en Aftonio.

Si bien sólo nos han llegado diez ejercicios de Teón, sabemos que su obra constaba de quince, de los cuales los cinco últimos (lectura, audición, paráfrasis, elaboración y réplica) se han perdido y no aparecen en Hermógenes y Aftonio [38]. Solamente la *exergasía* o «elaboración» de Teón

[37] Brzoska, *RE* I, 2797-2800.

[38] Cuatro de estos cinco ejercicios se conservan en la edición de A. Manandian, publicada en Erevan, 1938 *(Inst. Hist. et. Lit. SSR Armen, Opera Auct. Veter. I).*

se corresponde posiblemente con la *ergasía* de Hermógenes y Aftonio, pero en éstos la *ergasía* no es un ejercicio independiente, sino que es tratada como una parte de los ejercicios. Hermógenes, por su parte, presenta doce ejercicios, pues añade dos nuevos: la sentencia, y la refutación y confirmación. Este último ejercicio aparece en Teón como la parte más importante en la argumentación de cada *progýmnasma,* pero no recibe un tratamiento independiente[39]. Por último, Aftonio ofrece catorce ejercicios: trata por separado la refutación y confirmación, que en Hermógenes aparecen en un solo ejercicio, así como el encomio y el vituperio, mientras que Hermógenes se ocupa sólo del encomio.

Desde el punto de vista terminológico, observamos que Teón utiliza tres términos para referirse a los aspectos o procedimientos en los que se basará la argumentación, fundamentalmente *tópoi* (lugares de argumentación), pero también *kephálaia* (principios de argumentación) y *aphormaí* (fuentes de argumentación). De estos tres términos Hermógenes utiliza *tópos* en tres ocasiones (págs. 10, 20; 15, 18; 19, 3 R.), *aphormé* en dos (págs. 16, 15; 17, 3 R.) y no emplea el término *kephálaia* como «principios de argumentación», aunque sí utiliza los términos *teliká kephálaia* para referirse a los «principios de argumentación finales» (págs. 12, 10; 14, 6; 25, 22 R.). Por su parte, Aftonio utiliza *tópos* como «lugar de argumentación» una sola vez (páginas 31, 13 R.), nunca utiliza el término *aphormé* y sí que utiliza con bastante frecuencia *kephálaia* (págs. 4, 13; 8, 4; 10, 15 R., etc.), es decir, desde Teón a Aftonio el término técnico para referirse a las categorías en que se basará

[39] Para la localización de los términos mencionados puede consultarse el índice de términos colocado al final de cada traducción.

la argumentación del ejercicio deja de ser *tópoi* y pasa a ser *kephálaia*.

Llama también la atención la progresiva desaparición del término *epicheíresis* o «argumentación», término frecuentísimo en Teón y que en Aftonio no aparece utilizado ni una sola vez, mientras que Hermógenes lo utiliza en dos ocasiones (págs. 11, 7; 22, 15 R.). Es curioso que una de las ocasiones en las que utiliza ese término (págs. 22, 15 R.) sea precisamente en el ejercicio de la descripción, en el cual sigue muy de cerca a Teón. Frente al término *epicheíresis* en Hermógenes encontramos el término *ergasía* y en Aftonio formas del verbo *ergázein*, que designan la elaboración de que es objeto cada ejercicio [40].

Con respecto a las coincidencias entre los tres autores, hemos de señalar que éstas son bastante abundantes y que se han de interpretar como aspectos en los que Hermógenes sigue a Teón y Aftonio sigue a Hermógenes. Estas coincidencias se observan principalmente en los siguientes ejercicios:

a) En el ejercicio del relato, en el cual los tres ofrecen una definición casi idéntica:

— Teón (pág. 78, 15-16 Sp.): «Un relato es una composición expositiva de hechos que han sucedido o que se admiten como sucedidos».
— Hermógenes (pág. 4, 6-7 R.): «El relato sostienen que es la exposición de un hecho que ha sucedido o que se admite como sucedido».
— Aftonio (pág. 2, 14-15 R.): «Un relato es la exposición de un hecho que ha sucedido o que se admite como sucedido».

[40] Cf. *supra*.

b) En la *chría,* que los tres clasifican en «verbales», «de hechos» y «mixtas» *(logikaí, praktikaí* y *miktaí,* respectivamente) (Teón, pág. 97, 12 Sp., Hermógenes, pág. 6, 7-8 R., Aftonio, pág. 4, 2-3 R.).

c) En la descripción, cuando nos ofrecen su definición:

— Teón (pág. 118, 7-8 Sp.): «Una descripción es una composición que expone en detalle y presenta ante los ojos de manera manifiesta el objeto mostrado».
— Hermógenes (pág. 22, 7-8 R.): «Una descripción es una composición que expone en detalle de una manera manifiesta, según afirman, y que presenta ante los ojos el objeto mostrado».
— Aftonio (pág. 36, 22-23 R.): «Una descripción es una composición que expone en detalle y presenta ante los ojos de manera manifiesta el objeto mostrado».

d) En el hecho de indicar que las fábulas (gr. *mŷthoi)* se denominan en general «esópicas» (Teón, pág. 73, 4 Sp.; Hermógenes, pág. 2, 1 R.; Aftonio, pág. 1, 9 R.), etc.

2. *Principales coincidencias entre Hermógenes y Teón*

El ejercicio en el que más de cerca sigue Hermógenes a Teón es el de la descripción, en donde en algunos pasajes casi le parafrasea, p. e.: en 119, 14-25 Sp. Teón dice: «Argumentaremos describiendo los hechos a partir de los sucesos que les preceden y que les siguen, por ejemplo: si se trata de una guerra (pág. 119, 14-16 Sp.)... Si describimos lugares, épocas, modos o personajes, junto con su propia narración tendremos fuentes de argumentos a partir de la belleza, la utilidad y el placer» (pág. 119, 22-25 Sp.), que se corresponde con pág. 22, 19-20; 23, 1-8 R., en donde

también Hermógenes dirá: «Argumentaremos describiendo los hechos a partir de los sucesos anteriores, simultáneos y posteriores, por ejemplo: si exponemos la descripción de una guerra (pág. 22, 19; 23, 1 R.)... Si describimos lugares, épocas o personajes, tendremos también algún argumento a partir de la narración y a partir de la belleza, la utilidad y la sorpresa» (pág. 23, 6-8 R.). Igualmente encontramos posibles alusiones de Hermógenes a Teón en los ejercicios de la fábula, el relato, la comparación y la tesis:

— La descripción de la fábula que, en opinión de Hermógenes, dan los antiguos es que es falsa, pero útil y verosímil (pág. 2, 4-5 R.), algo que se corresponde con pág. 76, 6-9 Sp., en donde Teón dice: «Puesto que el propio compositor de fábulas reconoce que escribe cosas falsas e imposibles, pero verosímiles y útiles, hemos de refutar demostrando que dice cosas inverosímiles e inútiles, y hemos de confirmar a partir de lo contrario».

— En el ejercicio del relato, cuando Hermógenes dice que algunos colocaron la *chría* delante del mismo (pág. 4, 7-8 R.), hay una clara alusión a Teón, pues sabemos, gracias a Reichel, que el orden que ofrecen los ejercicios de Teón no es el originario: ORDEN ORIGINARIO: *chría,* fábula, relato, etc., ORDEN TRANSMITIDO: fábula, relato, *chría,* etc. [41].

— Hermógenes manifiesta que va a ocuparse de la comparación, porque otros la estudiaron como ejercicio independiente (así lo hace Teón), aunque no sería necesario, puesto que quedaba incluida en el lugar común, en el encomio y en el vituperio (pág. 18, 16 sig. R.).

— Por último, Teón distingue entre tesis teóricas y prácti-

[41] Cf. págs. 38-39.

cas *(theoretikaí* y *praktikaí)* (pág. 121, 6-8 Sp.), mientras que Hermógenes llama a las prácticas «civiles» *(politikaí)* y a las teóricas «no civiles» (pág. 25, 3 R.). Sin embargo, alude claramente a Teón, pues dice que algunos llamaron «prácticas» a estas últimas (las civiles) y «teóricas» a las otras (pág. 25, 10-11 R.).

3. *Coincidencias entre Aftonio y Hermógenes*

Las principales coincidencias entre ambos autores son las siguientes:

— Hermógenes y Aftonio entienden por etopeya (pág. 20, 7-8, y 34, 2-3 R., respectivamente) lo que Teón considera prosopopeya (pág. 115, 11 Sp.). Hermógenes y Aftonio distinguen entre etopeya (cuando se representa a un hombre pronunciando discursos), prosopopeya (cuando se representa a una cosa) e idolopeya (cuando se representa a una persona que ha muerto), mientras que Teón únicamente habla de prosopopeya y considera que ésta se produce cuando se representa a un personaje pronunciando discursos, sin precisar más.

— Hermógenes y Aftonio tratan la sentencia como ejercicio independiente, mientras que Teón sólo alude a ella en el ejercicio de la *chría,* en donde dice que la diferencia entre sentencia y *chría* reside en que la sentencia es más general, se expone de modo impersonal, es siempre útil y contiene un dicho, nunca una acción (págs. 96, 25-30; 97, 1-2 Sp.).

— Teón no distingue entre narración y relato, sino entre narración y relato, por un lado, frente a historia, por otro. La diferencia reside en la brevedad de los primeros frente a la mayor extensión de la segunda (págs.

83-84, Sp.). Hermógenes y Aftonio, por el contrario, sí diferencian el relato de la narración. Para ambos el relato es de menor extensión, y entre relato y narración existe la misma diferencia que entre poema y poesía: un poema sería la fabricación del escudo, y poesía toda la *Ilíada* (págs. 4, 9-13, y 2, 16-18 R., respectivamente).

— Teón explica etimológicamente encomio a partir del término *kômos* (pág. 109, 27-28 Sp.), mientras que Hermógenes y Aftonio lo hacen a partir del término *kômai* (=aldeas) (págs. 15, 3-4, y 21, 6 R., respectivamente).

— En el ejercicio de la tesis Teón alude a *tà anōtátō kephálaia,* que hemos optado por traducir «principios de argumentación generales» y que son: la belleza, la necesidad, la utilidad y el placer (pág. 121, 18-19 Sp.); mientras que Hermógenes y Aftonio los denominan *tà telikà kephálaia* o «principios de argumentación finales», que en Hermógenes son la justicia, la conveniencia, la posibilidad y la adecuación (pág. 26, 1-2 R.) y, en Aftonio, la legalidad, la justicia, la conveniencia y la posibilidad (pág. 42, 10 R.).

El seguimiento de Aftonio a Hermógenes es particularmente significativo en ejercicios como el de la *chría,* la sentencia, la refutación y confirmación, el encomio, la etopeya, el lugar común, etc.

4. *Puntos de contacto entre Aftonio y Teón*

Si bien, como acabamos de ver, son muchas las coincidencias entre Aftonio y Hermógenes, no obstante, en algunas ocasiones Aftonio parece haber seguido directamente a Teón:

— En la definición de fábula, que es idéntica en ambos: «Una fábula es una composición falsa que simboliza una verdad» (Teón pág. 72, 28 Sp.; Aftonio pág. 1, 6 R.).

— Al hablar de las virtudes de la narración, que, según Teón (pág. 79, 20-21 Sp.) son: claridad, concisión y verosimilitud, y, según Aftonio, claridad, concisión, verosimilitud y propiedad y corrección lingüística (gr. *hellēnismós)* (pág. 3, 3-4 R.). Teón no menciona esta última virtud, pero sí que rechaza el uso de términos poéticos, inventados, ambiguos, metafóricos, etc., que causen la oscuridad de la narración (pág. 81, 7 sig. Sp.).

— Aftonio dice que el lugar común se parece a la segunda intervención del orador *(deuterología)* y al epílogo, por lo que no tiene proemio (pág. 17, 3-4 R.), observación hecha anteriormente por Teón, cuando dice que el lugar común es como una parte de otro discurso ya pronunciado antes, como una especie de epílogo enfático (pág. 106, 28-30 Sp.).

— Aftonio también parece seguir a Teón en el ejercicio de la comparación al indicar que no se ha de comparar una totalidad con otra, sino dos elementos sobresalientes entre sí (pág. 31, 18-19 R.), lo cual nos hace recordar los dos tipos de comparaciones distinguidas por Teón, entre unidades y entre grupos (pág. 114, 6-8 Sp.), etc.

En alguna ocasión, sin embargo, Aftonio se muestra claramente deudor de Teón y Hermógenes a la vez, p. e., en su clasificación de las tesis. Según veíamos, Teón dividía las tesis en «teóricas» y «prácticas», mientras que Hermógenes llamaba a las prácticas «civiles» y a las teóricas «no civiles» (Teón, pág. 121, 6-8 Sp.; Hermógenes, p. 25, 3 R.). Aftonio, por su parte, divide las tesis en «civiles»,

con lo cual se acerca a Hermógenes, y «teóricas», con lo que coincide también con Teón (pág. 41, 15-16).

5. *Relativa originalidad de Aftonio*

La originalidad de Aftonio se observa sobre todo en la aportación de ejemplos completos de cada ejercicio y en el uso de determinados términos técnicos, por ejemplo:

— Utilización de los términos *promýthion* y *epimýthion* para aludir a la moraleja colocada al principio o al final de la fábula, respectivamente (pág. 2, 1-2 R.).
— Clasificación de la fábula en verbal *(logikón),* moral *(ēthikón)* y mixta *(miktón)* (pág. 1, 11-12 R.).
— Uso del término *éphodos* (lat. *insinuatio),* que, según él, ha de sustituir a los proemios en las tesis (pág. 42, 9 R.), etc.

Una vez analizadas las principales coincidencias y discrepancias, nos creemos con suficiente fundamento para llegar a las siguientes

Conclusiones: En primer lugar, de los tres autores el más original es Teón, no sólo por ser el primero, sino también por el tratamiento que da a su obra. Este tratamiento se observa en una mayor profundización en todos los niveles: terminológico, de sustrato literario, de desarrollo del ejercicio, etc. Teón representa la fuente de la que son deudores tanto Hermógenes como Aftonio. No obstante, de los tres autores el menos conocido ha sido precisamente Teón, debido, sobre todo, a la mayor complejidad y profundidad de su obra.

En segundo lugar, es evidente que Hermógenes sigue, en líneas generales, una fuente anterior, a la que alude en

múltiples ocasiones, aunque de un modo impersonal: «juzgan conveniente» (pág. 1, 3 R.), «sostienen» (pág. 2, 5 R.), «según dicen» (pág. 22, 7 R.), etc. Esta fuente podría ser Teón, de acuerdo con los múltiples puntos de contacto existentes entre ambos, o bien una tradición que coincidiera con la doctrina de Teón, de la que tomaría los principales aspectos de su obra, aunque resumiéndolos al máximo.

En tercer lugar, Aftonio, según hemos podido comprobar, depende claramente de Hermógenes. Muchas definiciones, clasificaciones, etc., son una copia casi literal de Hermógenes. No obstante, a veces, en aspectos que Hermógenes no trata o a los que da un tratamiento diferente se acerca más a Teón. Por tanto, tendría presentes a ambos autores o tradiciones. Sin embargo, Aftonio no suele aludir ni directa ni indirectamente a la fuente de la que depende, sino que presenta como propio lo que expone, tal vez, porque la doctrina era ya de tal modo conocida que resultaba innecesario, por obvio, reconocerla como debida a una tradición anterior. Por ello, quizás sea lo más adecuado interpretar las coincidencias existentes entre los tres manuales como debidas a una base doctrinal común a todas las escuelas de retórica.

BIBLIOGRAFÍA

GENERAL

J. BOMPAIRE, *Lucien écrivain, imitation et création,* París, 1958.

A. BOULANGER, *Aelius Aristide et la Sophistique dans la province d'Asie au II siècle de notre ère,* París, 1968 (1.ª ed. 1923).

D. L. CLARK, *Rhetoric in Greco-Roman education,* 3.ª ed., Nueva York, 1977.

Dionisio de Halicarnaso. La composición literaria (Trad., introd. y notas de V. Bécares Botas), Univ. Salamanca, 1983.

C. T. ERNESTI, *Lexicon Technologiae Graecorum Rhetoricae,* 2.ª ed., Hildesheim, 1962.

FILÓSTRATO, *Vidas de los sofistas* (Introd., trad. y notas de M.ª C. Giner Soria), Madrid, 1982.

G. KENNEDY, *The art of rhetoric in the Roman world,* Nueva Jersey, 1972.

—, *Greek rhetoric under Christian emperors,* Nueva Jersey, 1983.

G. L. KUSTAS, «Studies in Byzantine rhetoric», *Analekta Blatadon* 17 (1973), 5-26.

H. LAUSBERG, *Handbuch der literarischen Rhetorik. Eine Grundlegung der Literaturwissenschaft=Manual de retórica literaria* [trad. José Pérez Riesco], Madrid, 1966-1968.

A. LESKY, *Geschichte der Griechischen Literatur=Historia de la literatura griega* [versión de J. M.ª Díaz y Regañón y Beatriz Romero], Madrid, 1976.

J. MARTIN, *Antike Rhetorik. Technik und Methode,* Munich, 1974.
H.-I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité = Historia de la educación en la Antigüedad* [trad. José Ramón Mayo], 3.ª ed., Buenos Aires, 1976.
MENANDRO, *Sobre los géneros epidícticos* (ed. Francisco Romero Cruz), Salamanca, 1989.
H. J. METTE, «Enkyklios paideia», *Gymnasium* 67 (1960), 300-307.
L. PERNOT, «Les topoi de l'éloge chez Ménandros le rhéteur», *R E G* 99 (1986), 34-53.
—, «Lieu et lieu commun dans la rhétorique antique», *BAGB* 86, 253-284.
Quintiliani Institutio Oratoria (ed. L. Radermacher), Leipzig, 1971.
B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des II et III siècles a. C.,* París, 1971.
Retórica a Alejandro (ed. J. Sánchez Sanz), Salamanca, 1989.
D. A. RUSSELL, *Criticism in Antiquity,* Londres, 1981.
—, *Greek declamation,* Cambridge, 1983.
W. SCHMID, O. STÄHLIN, *Geschichte der griechischen Literatur* II, Munich, 1959.
Suidae Lexicon (ed. A. Adler), Stuttgart, 1971.
U. VON WILAMOWITZ, «Asianismus und Atticismus», *Hermes* 35 (1900), 1-52.

SOBRE TEÓN

G. BOLOGNESI, «La traduzione armena dei Progymnasmata di Elio Teone», *R A L* 17 (1962), 86-125.
I. LANA, *Quintiliano, Il «Sublime» e Gli «Exercizi preparatori» di Elio Teone* III, Turín, 1951.
—, *I Progimnasmi di Elio Teone, I la storia del testo,* Turín, 1959.
G. REICHEL, *Quaestiones progymnasmaticae,* Leipzig, 1909.
Rhetores Graeci I (ed. C. Walz), Stuttgart, 1832, 137-262.
Rhetores Graeci II (ed. L. Spengel), Leipzig, 1854, 57-130.
STEGEMANN, «Theon», *RE* 2 (1934), 2037-2054.

Sobre Hermógenes

C. S. Baldwin, *Medieval Rhetoric and Poetic,* Nueva York, 1928, págs. 23-38.

«Praeexercitamina Prisciani grammatici ex Hermogene versa», *Rhetores Latini Minores* (ed. C. Halm), Leipzig, 1836 (Frankfurt, 1964), 551-560.

L. Radermacher, «Hermogenes», *RE* 8 (1913), 865-877.

Rhetores Graeci I (ed. C. Walz), Stuttgart, 1832, 9-54.

Rhetores Graeci II (ed. L. Spengel), Leipzig, 1854, 3-18.

Rhetores Graeci VI (ed. H. Rabe), Leipzig, 1913.

Sobre Aftonio

R. Agricola, *Aphthonii sophistae Progymnasmata,* Lyon, 1598.

Brzoska, «Aphtonios», *RE* 1, 2797-2800.

J. M. Catanaeus, *Aphthonii Progymnasmata,* Venecia, 1522.

Heffter, «Ueber die Beschreibung der Burg von Alexandria bei Aphthon. progymn. cap. 12», *Zeitschrift für die Altertumswissenschaft* 48-49 (1839), 377-389.

R. E. Nadeau, «The Progymnasmata of Aphtonius in Translation», *Speech Monographs* 19 (1952), 264-285.

Rhetores Graeci I (ed. C. Walz), Stuttgart, 1832.

Rhetores Graeci II (ed. L. Spengel), Leipzig, 1854, 21-56.

Rhetores Graeci X (ed. H. Rabe), Leipzig, 1926.

Rhetores Graeci XIV (ed. H. Rabe), Leipzig, 1935.

J. Sardiani Commentarium in Aphthonii Progymnasmata (ed. H. Rabe), Leipzig, 1928.

TEÓN

EJERCICIOS DE RETÓRICA

INTRODUCCIÓN

El autor. Notas biográficas

Son muy pocos los datos que poseemos sobre Teón, y prácticamente desde la aparición de la obra de G. Reichel, *Quaestiones Progymnasmaticae,* Leipzig, 1909, no se ha dicho nada nuevo a este respecto, pues tanto el artículo de W. Stegemann [1] como las referencias que G. Kennedy [2] hace de nuestro autor no consiguen sino redundar en las conclusiones presentadas ya por Reichel, a saber, la contemporaneidad de Elio Teón con Quintiliano [3].

Que Elio Teón fue contemporáneo de Quintiliano y que, por tanto, vivió en el s. I d. C. puede ser confirmado a partir de los siguientes hechos:

En primer lugar, a partir de la propia obra de Teón, pues en tres pasajes (pág. 61, 28; 120, 19; 18 Sp.) alude respectivamente a Apolonio Rodio (Apolonio Molón, en

---

[1] «Theon», *RE* 2 (1934), 2037-54.

[2] *Greek Rhetoric...,* págs. 56 y ss. y *The art of Rhetoric in the Roman world,* Nueva Jersey, 1972, págs. 615 y ss.

[3] *Quaestiones...,* pág. 30. Sobre las diversas propuestas relativas a la época de Teón, que se llegó a situar incluso en el s. V d. C., puede consultarse la mencionada obra de Reichel, así como el artículo de Stegemann en *RE.*

opinión de Reichel [4]), Teodoro de Gádara y Hermágoras, menciones a partir de las cuales es posible establecer el *terminus post quem,* que se corresponde, por tanto, con la época de Tiberio, de quien Teodoro de Gádara fue maestro. Época que aparece también confirmada en el propio texto de Teón, en el que defiende y al tiempo practica los preceptos de la doctrina aticista:

— Crítica de «los llamados rétores asiánicos» (pág. 71, 11 Sp.), así como de Hegesias y Epicuro (pág. 71, 10 y 12 Sp.) a causa de su estilo métrico y rítmico.
— Crítica de los oradores de su tiempo, que ni siquiera habían sido instruidos en los llamados «estudios liberales», oponiéndolos a los oradores antiguos, que abarcaban incluso el estudio de la filosofía (pág. 59, 1-10 Sp.). Denuncia semejante a la que encontramos en Quintiliano, I 10-11; II 1, 4.
— Defensa de la claridad, concisión y verosimilitud en la expresión, y consiguiente rechazo de todos los *vitia* que menoscaben alguna de estas virtudes. Aconseja, pues, que se evite el hipérbaton marcado, las digresiones extensas, homonimia y sinonimia, etc. [5].
— Y claridad y sencillez estilística de la propia obra de Teón.

En segundo lugar, contamos con una serie de noticias que nos permitirán establecer el *terminus ante quem.* La más reciente es la de Hoppichler, quien ya demostró que de los tres grandes autores de *progymnásmata* el más antiguo era Teón [6] y, por tanto, sería anterior al 160, año del

---

[4] Cf. *op. cit.,* pág. 21.

[5] Cf. pág. 19, n. 39.

[6] Hoppichler, *De Theone, Hermogene Aphthonioque progymnasmatum scriptoribus,* Virceb., 1884.

nacimiento de Hermógenes. Las más antiguas, y de gran utilidad en este punto, son las de Quintiliano y la *Suda*. De los Teones mencionados por la *Suda* nos interesan las noticias relativas a tres de ellos:

— 203: «Teón, alejandrino, filósofo estoico, que nació en el reinado de Augusto, después de Ario (Dídimo). Escribió un *Comentario* a la *Introducción a la fisiología* de Apolodoro y tres libros *Acerca de los artificios oratorios*».

— 206: «Teón, alejandrino, sofista, que adoptó el nombre de Elio. Escribió un *Tratado retórico, Acerca de los ejercicios preparatorios,* un *Comentario a Jenofonte, a Isócrates y a Demóstenes. Declamaciones retóricas* y *Cuestiones acerca de la sintaxis del discurso,* así como otros muchos trabajos».

— 3215: ...«era sucesor de Teón el gramático...» (cf. Apíōn).

Quintiliano, por su parte, en III 6, 48, y IX 3, 76, menciona a un tal Teón, sobre el que se discute si es el autor de los *Progymnásmata* o es el Teón estoico al que la *Suda* atribuye los tres libros de retórica, pues en IX 3, 76, Quintiliano le llama estoico. Al parecer, la *Suda* da noticias sobre varios Teones no con mucha precisión, pues, siguiendo a Reichel, el Teón «que nació después de Ario» sería el Teón gramático y los tres libros de retórica que la *Suda* atribuye a este Teón serían, en realidad, del autor de los *Progymnásmata* [7].

Así, pues, Teón el estoico es el mismo Teón sofista, autor de los tres libros de retórica y de los *Progymnásmata*. Afirmación que es posible corroborar a partir del propio texto de Teón, porque en gran número de pasajes sigue claramente la doctrina estoica [8]. Todo ello justifica el que

[7] *Quaestiones...,* pág. 23.

[8] Reichel, cf. *supra,* págs. 23-30, hace un detallado análisis de las principales huellas del estoicismo en Teón.

Quintiliano le denomine «Teón el estoico», y nos permite declararle, junto con Reichel, contemporáneo de Quintiliano.

La obra. Estructura y contenido

La obra de Teón consta de una introducción, que comprende dos partes, y de diez capítulos más, en los que se van tratando sucesivamente los siguientes ejercicios: fábula *(mŷthos),* relato *(diḗgēma), chría (chreía), lugar común (koinòs tópos),* encomio y vituperio *(enkṓmion kaì psógos),* comparación *(sýnkrisis),* prosopopeya *(prosōpopoiía),* descripción *(ékphrasis),* tesis *(thésis)* y ley *(nómos).*

El ejercicio de la ley nos ha llegado incompleto, faltando también en el conjunto de la obra cinco ejercicios más: lectura *(anágnōsis),* audición *(akróasis),* paráfrasis *(paráphrasis),* elaboración *(exergasía)* y réplica *(antírresis),* que Teón trata sólo de un modo general en la introducción. No ocurre así con la traducción armenia de los *Progymnásmata,* fechada en la segunda mitad del s. VI, en la que, salvo el capítulo correspondiente al último ejercicio, aparece traducida en su conjunto la totalidad de la obra, y en la que el orden de los ejercicios no coincide con el del texto de Spengel manejado por nosotros, sino con el reconstruido conjeturalmente por Reichel, según indica Bolognesi [9].

El orden que con gran minuciosidad y espíritu científico reconstruye Reichel, basándose en los datos suministrados por el propio texto, es el siguiente [10]: *chría,* fábula, relato, lugar común, descripción, prosopopeya, encomio

[9] «La traduzione armena dei Progymnasmata di Elio Teone», *RAL* 17 (1962), 86-125, pág. 87.

[10] *Quaestiones...,* págs. 30 y ss.

y vituperio, comparación, tesis, ley, lectura, audición, paráfrasis, elaboración y réplica.

La causa de tal alteración obedece a que los *Progymnásmata* de Teón fueron ordenados en la Antigüedad según la disposición que presentaban los de Hermógenes y Aftonio [11].

Al comienzo de su obra, en la primera parte de la introducción, Teón se queja de la falta de preparación de los oradores de su tiempo, que llegan a las causas judiciales y deliberativas careciendo de la menor instrucción (pág. 59, 9-10 Sp.). Según observamos, la labor de Teón es ya desde un principio claramente pedagógica, de ahí la definición de las distintas composiciones [12], así como la presentación de las diferencias entre las mismas, etc., que Teón anticipa. A continuación, pasa revista de un modo general a cada una de las composiciones, aludiendo principalmente a su utilidad, así como a su uso entre los antiguos. Y finalmente ofrece el orden que va a seguir en su exposición. Orden que, como antes hemos dicho, con posterioridad se vería gravemente alterado.

En la segunda parte de la introducción Teón alude a la necesidad de que el maestro recopile de las obras antiguas ejemplos adecuados para cada ejercicio y, por ello, presenta una abundante serie de ejemplos tomados principalmente de autores como Heródoto, Platón, Tucídides, Éforo, Teopompo, Demóstenes, Esquines, etc. [13]. Seguidamente hace una serie de consideraciones sobre el método pedagógico a seguir, que, de acuerdo con los preceptos de

---

[11] Cf. *supra.*

[12] Gr. *lógoi,* es el término que emplea generalmente para definir los distintos ejercicios.

[13] Sobre los autores y obras mencionados por Teón puede consultarse el índice del final del libro.

toda la Antigüedad, se fundamenta en la imitación. A continuación, habla del estilo a utilizar, manifestando una postura claramente aticista, por su crítica del estilo métrico y rítmico y de los oradores asiánicos, así como por su insistencia en el decoro y en la necesidad de la claridad y viveza en la elocución. Por último, trata de la corrección, coincidiendo con Quintiliano (Quint. II 2, 7) en la necesidad de que ésta no sea excesivamente dura, y en la conveniencia de que los alumnos se encuentren directamente con los modelos que imitan para tener, así, a los propios antiguos como correctores.

En cuanto al contenido de cada uno de los ejercicios, ofrecemos a continuación un resumen esquemático:

Fábula

— Definición.
— Clasificación: esópicas, libias, sibaríticas, etc.
— Diferentes denominaciones.
— Explicación etimológica.
— Ejercicio:
  — exposición
  — declinación
  — enlace
  — alargamiento
  — abreviación
  — epílogo, o a la inversa
  — refutación y confirmación.
— Lugares de argumentación (para proceder a la refutación): oscuridad, inverosimilitud, inadecuación, imperfección, redundancia, novedad, contradicción, disposición, inconveniencia, desigualdad, falsedad.
— Uso posible de la recapitulación, de la ironía, de amplificaciones o minimizaciones, de digresiones y de caracteres.

— Los mismos lugares de argumentación son útiles para la refutación y confirmación de los relatos.

Relato

— Definición.
— Elementos básicos del relato *(stoicheîa):* persona, hecho, lugar, tiempo, modo, causa.
— Aspectos relacionados con cada uno de los elementos:
  — persona: linaje, naturaleza, educación, etc.
  — hecho: grande, pequeño, peligroso, etc.
— Virtudes del relato: claridad, concisión y verosimilitud. Estas virtudes se consiguen a partir de los hechos expuestos y a partir del estilo:
  — *Claridad temática:* se logra cuando se tratan materias propias del conocimiento común, cuando no se narran muchos hechos al mismo tiempo (como ejemplo de oscuridad por este motivo: Tucídides), si no se confunden la época y los hechos, si no se repite lo mismo dos veces, etc.
  — *Claridad estilística:* se logra si no se utilizan nombres poéticos, inventados, figurados, antiguos, extranjeros y homónimos, si no se hace uso de la ambigüedad (expone diferentes tipos de ambigüedad: por la coincidencia en la expresión del nombre sin dividir y dividido, etc., y como ejemplo a Heráclito), cuando no se utilizan hipérbatos marcados, etc.
  — *Concisión temática:* para conseguirla no se han de abarcar muchos sucesos a la vez, no se han de insertar unos en otros, etc. (diferencias entre narración e historia).
  — *Concisión estilística:* se consigue si no se utilizan sinónimos ni perífrasis, si se elimina lo superfluo, etc. No obstante, se ha de evitar el caer en la vulgaridad u oscuridad por un exceso de concisión.
  — *Verosimilitud:* se han de adoptar modos de expresión adecuados a los personajes, los hechos, los lugares y las

circunstancias, etc. Como ejemplo de relato verosímil cita el de Tucídides sobre los platenses y los tebanos.

— Ejercicio: abarca los siguientes procedimientos: exposición, declinación, enlace, alargamiento y abreviación, inversión de la disposición de las partes principales: principio, medio y fin, epifonesis, se relaciona con otros relatos y se refuta y se confirma.

— Lugares de argumentación (para refutar): oscuridad, imposibilidad, inverosimilitud, falsedad, imperfección, redundancia, contradicción, disposición, inadecuación e inconveniencia. Como ejemplo: refutación del relato sobre Medea a partir del principio de inverosimilitud, aplicado a cada uno de los elementos de la narración: persona, hecho, lugar, etc.

— Esos lugares de argumentación son apropiados para las narraciones míticas.

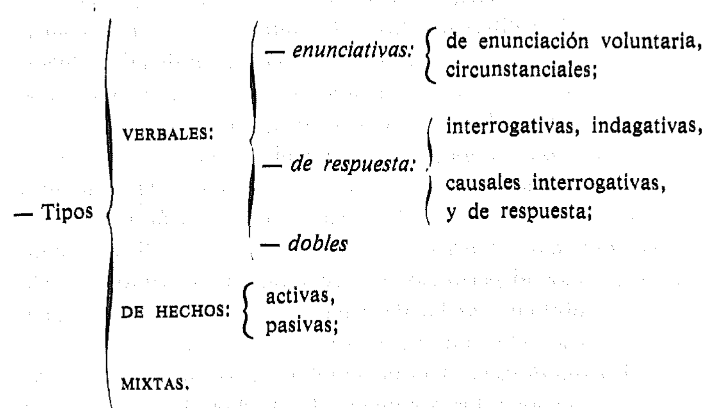
— Del mismo modo también es posible ejercitarse en las fábulas.

Chría

— Definición.

—Diferencia entre *chría* y sentencia y entre *chría* y *apomnēmóneuma.*

— Explicación etimológica.



— Modos en que se presentan: en forma de sentencia, en forma demostrativa, de manera graciosa, en forma de silogismo, en forma de argumentación conclusiva, etc.
— Ejercicio: exposición, declinación, epifonesis, réplica, alargamiento y abreviación, refutación y confirmación.
— Lugares de argumentación: oscuridad, redundancia, imperfección, imposibilidad, inverosimilitud, falsedad, inconveniencia, inutilidad y vergüenza.
— Esos mismos lugares de argumentación pueden servir para la refutación y confirmación de las sentencias.
— Algunas consideraciones acerca de los proemios.
— Uso posible de amplificaciones, de digresiones y de caracteres.

Lugar común

— Definición.
— Tipos: sencillos, no sencillos.
— Explicación etimológica.
— Diferencias que mantiene con los encomios y los vituperios.
— Los argumentos se han de tomar a partir de los siguientes lugares: intención del autor, importancia del acto, contenido, comparación, argumento contrario, actos que preceden al hecho, resultado y consecuencias, carácter irreparable, juicio de personas reputadas y descripción vívida y detallada.

Encomio y vituperio

— Definición de encomio.
— Tipos: encomio, epitafio e himno.
— Explicación etimológica (a partir de *kômos)*.
— Los encomios se hacen sobre cualidades o sobre bellas acciones:

cualidades:

espirituales: honradez y sus manifestaciones;
corporales: salud, fuerza, belleza, etc.;
externas: nobleza de nacimiento, educación, amistades, etcétera;

bellas acciones: las alabadas después de morir, las realizadas en interés de otros, las que producen grandes bienes a la mayoría, etc.

— Es conveniente utilizar los juicios de personajes célebres, conjeturar el futuro a partir del pasado, comparar a nuestro personaje con otros, utilizar los nombres propios, la homonimia y los sobrenombres.

— Modo en que se han de utilizar los lugares de argumentación mencionados anteriormente.

— Los vituperios se harán a partir de los lugares de argumentación contrarios.

Comparación

— Definición.

— Tipos: entre personas, p. e., Ulises y Ayante, y entre cosas, p. e., sabiduría y valentía.

Entre personas, se han de comparar: nobleza de linaje, educación, número de hijos, cargos, reputación, cualidades corporales y externas, y acciones. Entre cosas, se han de comparar a sus descubridores, el lugar en que residen por naturaleza y los beneficios que producen.

— Las comparaciones se hacen entre unidad con unidad (como las anteriores) o entre un grupo con otro (distingue dos modalidades).

Prosopopeya

— Definición.

— Hay que tener presente el carácter propio de la persona que habla y el de la persona a la que va dirigido el discurso, así como su edad, la ocasión, el lugar, etc.

— Cada hecho tiene también una elocución adecuada, p. e., los hechos importantes no se han de exponer con un estilo humilde, etc.

— Modos de argumentar según pidamos algo, exhortemos, disuadamos, consolemos, etc.

— Es un ejercicio expositivo sobre todo de emociones y caracteres.
— Los que quieran practicar las prosopopeyas de modo más completo podrán utilizar las fuentes de argumentos apropiadas para las tesis.

Descripción

— Definición.
— Tipos: de personajes, p. e., Tersites; de hechos, p. e., guerra, paz, etc.; de lugares, p. e., un prado, playas, etc.; de épocas, p. e., primavera, verano, etc.; de modos, p. e., la fabricación de las armas en Homero, y mixtas, p. e., el combate nocturno en Tucídides.
— Diferencias entre descripción y lugar común.
— Descripciones de hechos: la argumentación se hará a partir de los sucesos anteriores y posteriores.
— Descripción de lugares, épocas, modos o personajes: la argumentación se basará en la belleza, la utilidad y el placer.
— Virtudes de la descripción: claridad, viveza, concisión y adecuación al tema.
— Hay quienes juzgan conveniente refutar y confirmar las descripciones, pero tal modalidad, en opinión de Teón, queda incluida en el relato.

Tesis

— Definición.
— Diferencia entre tesis y lugar común, y entre tesis y prosopopeya.
— Modos de hacer los proemios.
— No hay narración en las tesis. Por tanto, después del proemio se dispondrán los argumentos.
— Géneros:

teóricas: «Si los dioses se preocupan del mundo»
prácticas: «Si es conveniente casarse».

— Lugares de argumentación (tesis prácticas): posibilidad, costumbre, facilidad, ejemplos, adecuación, carácter piadoso, necesidad, belleza, utilidad, placer, etc.

Ejemplo: «Si el sabio debe ocuparse de política».

— Para las tesis teóricas sirven esos mismos lugares de argumentación, pero se han de disponer de la manera más apropiada a la cuestión que se plantee. Ejemplo: «Si los dioses se preocupan del mundo».

— Tipos:

sencillas: «Si es conveniente casarse»,

complejas: «Si debe casarse un rey».

— Se pueden utilizar: amplificaciones, digresiones, emociones, caracteres, exhortaciones, etc.

Ley

— Definición.

— Tipos: sobre leyes sometidas a votación o sobre leyes ya establecidas.

— Después del proemio se refutará a partir de los siguientes lugares de argumentación: oscuridad, imposibilidad, no necesidad, argumento contrario, injusticia, reputación, inconveniencia y vergüenza.

— Tipos de oscuridad: por la pronunciación, por homonimia, por «polionimia», por la sintaxis, por la unión y separación de palabras, por pleonasmo, por elipsis y por contradicción [14].

El texto. Ediciones y traducciones

La *editio princeps* vio la luz en Roma en 1520 a cargo de Angelo Barbato. En 1541 G. Camerario vuelve a editar el texto en Basilea con traducción latina. En el s. XVII ven la luz dos ediciones de Teón: la de D. Heinsius, Lyon, 1626, que comprende el texto griego y la traducción latina de Camerario revisada y reelaborada, y la de G. G. Scheffer, Upsala, 1670. G. E. Lederlin (1672-1737) había preparado una nueva edición de Teón (mencionada en la *Biblio-*

[14] Los *progymnásmata* de Teón concluyen de manera incompleta mientras se ocupa de la oscuridad producida por elipsis.

teca Graeca de Fabricius-Harlesius, vol. VI, pág. 98), pero la muerte le impidió publicarla [15].

En el siglo pasado aparecen tres ediciones de Teón: la de C. Walz, *Rhetores Graeci I,* Stuttgart, 1832 (137-262), la de C. E. Finckh, Stuttgart, 1834, y finalmente la de Spengel, *Rhetores Graeci II,* Leipzig, 1854, que ha servido de base a nuestra traducción [16]. De estos tres autores el único que dispuso de algunos códices teonianos fue Walz. Pero, frente a los cinco códices que Schmid-Stählin y Stegemann creyeron que había manejado, Italo Lana [17] asegura que sólo pudo manejar tres códices: el Mediceo Laurenciano plut. LV 10, el Modenense 116 y el Parisino 2918 [18].

---

[15] I. LANA, *I Progimnasmi di Elio Teone, I la storia del testo,* Turín, 1959, pág. 87. En esta obra Lana nos ofrece un estudio detallado sobre las diferentes ediciones, principales códices, etc.

[16] W. Stegemann anuncia en *RE* una nueva edición de Teón en la ed. Teubner a cargo de Herter, pero no tenemos noticia de que haya sido aún publicada.

[17] *I Progimnasmi...,* pág. 87.

[18] En España, tenemos noticia de la existencia de tres manuscritos que contienen, parcial o totalmente, estos *Progymnásmata:*

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID:

Ms. Gr, BN. 4579 (Olim N-43) (s. XIII-XIV). Contiene los *Progymnásmata* de Hermógenes y de Aftonio. Cf. G. DE ANDRÉS, *Catálogo de los Códices griegos de la Biblioteca Nacional,* Madrid, 1987, pág. 62.

BIBLIOTECA DE EL ESCORIAL:

Scor. I. 4 (182) (s. XVI inc.). Contiene también los *Progymnásmata* de Hermógenes y de Aftonio. Cf. G. DE ANDRÉS, *Catálogo de los códices griegos de la Biblioteca de El Escorial,* Madrid, 1965, II, pág. 5.

Scor. T. II. 9 (148) (s. XVI), con los *Progymnásmata* de Teón. Cf. P. A. REVILLA, *Id.,* Madrid, 1936, pág. 474.

Hay también noticias de otros manuscritos, hoy perdidos, que estuvieron en la Biblioteca de El Escorial, cf. G. DE ANDRÉS, *Catálogo de*

Con respecto a las traducciones, únicamente tenemos noticia de la existencia de la traducción latina de Camerario, a la que ya hemos aludido, así como de la traducción armenia del s. VI publicada en 1938 [19], pero que no hemos podido manejar. Ignoramos que exista alguna traducción de los *Progymnásmata* a una lengua moderna, por lo que nuestra traducción sería la primera.

Observaciones sobre nuestra traducción

Para facilitar la lectura del texto, y a fin de que no se vea interrumpido por continuas llamadas innecesarias, los términos que precisen de explicación serán aclarados con la correspondiente cita la primera vez que aparezcan; en las restantes ocasiones se podrá consultar el índice de términos colocado al final de cada traducción, en donde se remitirá a la cita en cuestión. Tales citas no pretenden ser eruditas, sino meramente aclaratorias.

Advertimos también que, al citar pasajes del texto griego, remitimos a la página (y línea) en cuestión, señalando a continuación el editor correspondiente, y que tales páginas aparecen reflejadas de modo aproximado en los márgenes de nuestra traducción.

En los pasajes literarios recogidos por Teón no hemos seguido ninguna traducción en particular, por lo que no remitimos a ninguna en concreto, sino que ofrecemos la nuestra propia.

Advertimos, por otro lado, que las abreviaturas empleadas, tanto de autores como de revistas, son las de *L'Année Philologique.*

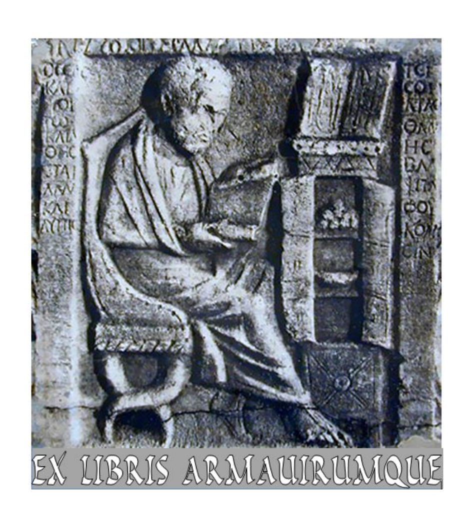
---

los códices griegos desaparecidos de la Real Biblioteca de El Escorial, El Escorial 1968, pág. 81.

[19] Cf. pág. 18, n. 38.

Hemos de señalar que para la compresión y traducción de determinados términos nos ha sido de gran utilidad la obra de C. T. Ernesti, *Lexicon Technologiae Graecorum Rhetoricae,* 2.ª ed., Hildesheim, 1962; léxico, en nuestra opinión, completísimo.

Por último, sólo nos resta decir que estamos a la espera de la edición de Herter en la ed. Teubner, pues la edición de Spengel, en la que nos hemos basado, es manifiestamente mejorable.



EJERCICIOS DE RETÓRICA

Los antiguos oradores, y principalmente los que goza- 59
ron de buena reputación, creían que era preciso no acercarse a ninguna modalidad de oratoria antes de haber tenido algún tipo de contacto con la filosofía y de estar imbuidos, gracias a ella, de su amplitud de pensamiento. Pero ahora la mayoría está tan lejos de hacer caso de tal tipo de advertencias que, sin tener la menor instrucción en los llamados «estudios liberales» [1], se lanzan a pronunciar discursos, y de la manera más tosca de todas, porque, sin haberse ejercitado en las materias oportunas, se precipitan en las hipótesis [2] judiciales y deli-

---

[1] Gr. *enkýklia mathémata.* Constituían la base de educación media de los ciudadanos libres, cf. H. Lausberg, *Handbuch der literarischen Rhetorik. Eine Grundlegung der Literaturwissenschaft* = *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la Literatura* [trad. José Pérez Riesco], Madrid, 1966-68. H.-I. Marrou en su obra *Histoire de l'éducation...*, págs. 216-217, traduce el término como «cultura general» y, según él, será equivalente al *trivium* y *quadrivium* de la Edad Media. Para más información puede consultarse también H. J. Mette, «Enkýklios paideía», *Gymnasium* 67 (1960), 300-307.

[2] Gr. *Hypothéseis.* La traducción latina del término es *causa* o *quaestio finita,* frente a la *thésis* o *quaestio infinita,* para la que se reserva el nombre de *quaestio* (cf. H. Lausberg, *Handbuch...*, 73, 75). En griego

berativas, aprendiendo, según dice el refrán, la alfarería por la tinaja [3].

Así, pues, sobre el resto de ejercicios que ha de conocer el que va a ser orador, que escriban otros, pero los que es preciso saber y practicar convenientemente antes de la hipótesis, ésos yo intentaré ahora exponerlos, no porque no hayan escrito también algunos otros sobre ello, sino porque no es materia de poca importancia y yo mismo espero resumirla para quienes se proponen pronunciar discursos. Pues no sólo hemos inventado algunos otros ejercicios [4], además de los ya tradicionales, sino que incluso hemos intentado ofrecer la definición de cada uno, de modo que, en el caso de que se nos pregunte en qué consiste cada uno de ellos, podemos decir, por ejemplo, que una fábula [5] es una composición falsa que simboliza una verdad, e incluso también hemos mostrado sus diferencias respectivas, hemos proporcionado las fuentes de argumentos [6]

designaba discursos acabados y fundamentalmente se refería a las declamaciones de suasorias y controversias. Cf. Introd. pág. 13.

[3] Refrán ya citado por Platón en *Grg.* 514e, aunque con ligeras variantes.

[4] REICHEL, *Quaestiones...*, pág. 37, considera invención de Teón el encomio y los cinco últimos ejercicios, a saber, lectura, audición, elaboración, paráfrasis y réplica.

[5] El término griego es *mŷthos,* que los latinos traducen como *fabula,* y que corresponde con nuestra idea actual de la fábula y no del mito. Los antiguos lo distinguían claramente de las narraciones míticas *(mythikà diēgḗmata),* que versaban sobre dioses y héroes de la tradición clásica, cf. J. SARDIANO, *Commentarium...*, págs. 14, 20 ss.

[6] Gr. *aphormaì lógōn,* cf. Introd. pág. 19. L. PERNOT en «Les *topoi* de l'éloge chez Ménandros le rétheur», *R.E.G.* 99 (1986), pág. 35, n. 7, señala el sentido próximo a *tópos* que tiene el término *aphormé,* si bien se emplea con un carácter más general y menos técnico: «il désigne... des sources d'arguments, et est souvent employé quand l'auteur veut

para cada ejercicio, y hemos indicado además cómo podría uno servirse de éstas con el mayor acierto.

Cuán enteramente útiles son los ejercicios para los que 60
emprenden el arte oratoria tampoco es dudoso, pues quien ha expuesto de manera hermosa y rica en recursos una narración y una fábula, también compondrá de manera hermosa una historia y el llamado propiamente «relato» en las hipótesis (pues una historia no es otra cosa que una composición narrativa), [siempre que] el que puede refutar o confirmar estas composiciones no se aparte apenas de quienes pronuncian las hipótesis. Pues todo cuanto hacemos en las hipótesis judiciales también se encuentra ahí: en primer lugar está el proemio y el relato; luego intentamos responder a cada uno de los aspectos mencionados en el relato o en la fábula, y para cada uno proporcionar una prueba [7], e incluso también nos preocupamos de disponer adecuadamente cada uno de los argumentos [8], y amplificamos e ironizamos [9] y todo lo demás, sobre lo cual

souligner que ces sources sont abondantes...». Cf. también otro artículo de L. PERNOT, «Lieu et lieu commun....», pág. 255, n. 11.

[7] Sobre la utilidad de los ejercicios para cada una de las partes del discurso cf. Introd., pág. 16.

[8] Gr. *epicheirémata*, cf. ERNESTI, *Lexicon...;* «artificios de los que se sirve el orador para demostrar o persuadir... Aristóteles los llama *tàs písteis*, Cicerón *argumenta...*». Teón utiliza también para referirse a los argumentos el término *lógoi*, y en algunas ocasiones los términos *tópoi, kephálaia* y *aphormaí*, que normalmente designan los aspectos en que se fundamentan tales argumentos. Cf. *Index* final.

[9] La amplificación (gr. *aúxesis)* es definida por LAUSBERG, *Handbuch...*, 259 como «una intensificación preconcebida y gradual (en interés de la parte) de los datos naturales mediante los recursos del arte». Un tratamiento bastante completo de este recurso ofrece Quintiliano en VIII 4, 1. Hemos traducido por «ironizar» el término *diasýrein*, cf. LAUSBERG, *Handbuch...*, 583, que considera el término *diasyrmós* como un tipo de

sería demasiado prolijo hablar en la presente ocasión. Además, la ejercitación a través de la *chría* [10] no sólo proporciona cierta habilidad oratoria, sino también un carácter virtuoso [11], puesto que nosotros nos ejercitamos en las sentencias de los sabios. El llamado «lugar común» y la descripción tienen una utilidad manifiesta, pues por doquier los antiguos historiadores en su totalidad han utilizado en la mayor medida la descripción, y los oradores el lugar común. También la prosopopeya es un ejercicio no sólo propio de la historia, sino incluso de la oratoria, del diálogo y de la poesía, y es muy útil tanto en la vida de cada día como en el trato de los unos con los otros, e igualmente es muy provechoso en lo que respecta a las partes habladas de las obras. Por esto, en primer lugar, alabamos a Homero, porque ha atribuido palabras apropiadas a cada uno de los personajes representados [12] y, por el contrario, censuramos a Eurípides, porque de modo inoportuno su Hécuba habla como un filósofo. Por otro lado, también es útil el ejercicio de la comparación, especialmente en los
61 discursos judiciales, al comparar nosotros ya las acciones injustas con las injustas, ya las buenas obras con las buenas obras, y así también en los encomios, al confrontar

ironía, y J. MARTIN, *Antike Rhetorik*, Munich, 1974, pág. 264, que lo define como «burla» (= *Verspottung).*

[10] Gr. *chreía.* Prisciano en su versión latina de los *Progymnásmata* de Hermógenes, pág. 552, lo traduce como *usus.* Su traducción literal al castellano sería «utilidad», pero ante lo inadecuado de esta traducción se opta generalmente por su mera transcripción. Cf. LAUSBERG, *Handbuch...*, II 1117 ss.

[11] No hemos podido reflejar en castellano el juego verbal existente en griego entre *chreía* = «utilidad» y *chrēstón* = «virtuoso».

[12] Cf. MENANDRO RÉTOR, 434, 11-14, con repetición casi textual de lo mismo.

nosotros las buenas acciones. En las deliberaciones es también muy evidente su utilidad, pues las palabras de quienes deliberan giran en torno a lo más preferible. Acerca de la tesis ¿qué podría uno decir?, pues en ninguna otra cosa difiere de la hipótesis, excepto en que no define claramente ni personajes determinados, ni lugar, ni tiempo, ni modo, ni causa; por ejemplo, una tesis es «si conviene enviar un ejército fuera de las fronteras a unos sitiados», y, por el contrario, una hipótesis es «si conviene enviar un ejército a Sicilia a los atenienses sitiados por los peloponesios». De igual modo, también el rechazo y la defensa de las leyes es una parte no mínima de la hipótesis. Al menos, los más bellos discursos de Demóstenes son aquellos en los que se discute acerca de una ley o de un decreto, y me refiero al discurso *Sobre la corona* y a los discursos *Contra Androción* y *Timócrates, Contra Leptines* y *Contra Aristócrates,* pues poca fue la diferencia si Aristócrates no propuso por escrito una ley, sino un decreto. Con relación al encomio, tampoco yo ignoro que es un género de hipótesis, pues tres son los géneros de la hipótesis: encomiástica, a la que los seguidores de Aristóteles llamaban «epidíctica», judicial y deliberativa. Sin embargo, puesto que a menudo solemos proponer también a los más jóvenes que escriban encomios, por eso lo incluí en los ejercicios preparatorios y al mismo tiempo dejé para el lugar oportuno la exposición exacta de las reglas del encomio y ahora he hecho más sencilla su enseñanza. La lectura, como dijo uno de los antiguos —creo que Apolonio de Rodas [13]—, es educación del estilo. Pues, al modelar el espíritu con

[13] Según G. Reichel, *Quaestiones...*, pág. 21, se trata de Apolonio Molón, rétor del s. I a. C. fundador de la escuela de Rodas y caracterizado por su actitud aticista.

bellos ejemplos, los imitaremos también del modo más bello. Y ¿quién no se alegraría con la audición, recibiendo
62 fácilmente lo que otros han elaborado en medio de fatigas? Sin embargo, del mismo modo que a los que quieren pintar no les sirve de nada observar las obras de Apeles, Protógenes y Antífilo [14], si ellos mismos no intentan también dibujar, así también, para los que van a ser oradores, ni los discursos de los más antiguos, ni el conjunto de doctrinas, ni la pureza de expresión, ni una composición armoniosa, ni una audición refinada ni absolutamente ninguno de los bienes de la retórica les son de utilidad, si cada uno, por su cuenta, no se ejercita en los escritos de cada día. La paráfrasis, por su parte, no es inútil, como algunos han dicho o han creído, pues la buena expresión, afirman, se consigue una vez, pero dos no es posible. Sin embargo, éstos están muy desencaminados de la verdad, pues, ya que la mente no es impresionada de un único modo por un solo hecho, de suerte que ofrezca de la misma manera la imagen que le ha sobrevenido, sino que lo es de más modos, y, puesto que nosotros unas veces enunciamos, otras interrogamos, otras indagamos, otras suplicamos, otras mostramos lo pensado de algún otro modo, nada impide expresar bellamente de todas las maneras posibles lo imaginado, con el mismo éxito. Hay pruebas de ello tanto en poetas como en historiadores, y en general es evidente que todos los antiguos han utilizado la paráfrasis de la mejor manera, transformando no sólo sus propias expresiones, sino también los unos las de los otros. Parafraseando a Homero, cuando dice:

---

[14] Famosos pintores griegos del s. IV a. C.

Pues tal la mente es de los hombres que viven en la tierra,
cual cada día determina el padre de hombres y dioses [15],

Arquíloco:

Tal ánimo a los hombres mortales se presenta,
Glauco, hijo de Leptines, cual Zeus cada día determina [16].

Y de nuevo Homero ha expresado de este modo la toma de una ciudad:

A los hombres unos matan, a cenizas la ciudad reduce el 63
[fuego,
a sus hijos y esposas de marcado talle tras de sí otros
[conducen [17].

Y Demóstenes, del modo siguiente: «Al menos, cuando marchábamos a Delfos, por fuerza era posible ver todo esto: casas destruidas, muros derribados, un país despojado de hombres en la plenitud de sus fuerzas, unas pocas mujeres y niños, y ancianos dignos de piedad» [18]. Y Esquines, así: «Pero, al menos en vuestros pensamientos, volved los ojos hacia sus desgracias e imaginad que veis la ciudad conquistada, derribos de muros, incendios de casas, santuarios saqueados, mujeres y niños conducidos a la esclavitud, hombres ancianos y mujeres ancianas que han tenido que olvidar demasiado tarde su libertad» [19]. Y también Tucídides dice: «Los vivos sienten envidia hacia sus rivales, mientras

---

[15] *Od.* XVIII 136-137.
[16] Arquíl., *Frg.* 115 (ed. F. Lasserre).
[17] *Il.* IX 593-594.
[18] Dem., XIX 65.
[19] Esquin., III 157.

que los que no son un obstáculo son honrados con una benevolencia libre de antagonismo» [20]. Y Teopompo: «Pues sé que muchos juzgan a los que están vivos con malquerencia, mientras que para con los que han muerto abandonan las envidias, a causa de los muchos años transcurridos» [21]. Y Demóstenes del modo siguiente: «Pues ¿qué persona no sabe que todos los que viven disponen de algún tipo de envidia mayor o menor y que, por el contrario, a quienes han muerto no los odia ni uno solo de sus enemigos» [22]. Y precisamente Filisto en sus *Historias sobre Sicilia* ha parafraseado, a partir de las de Tucídides, toda la guerra ática [23]; y Demóstenes en el discurso *Contra Midias* ha parafraseado a Lisias y a Licurgo, a partir de los discursos *Sobre la soberbia,* y a Iseo, a partir de los discursos *Contra la soberbia de Diocles* [24]. Podrías encontrar también en Isócrates, en su *Panegírico,* lo que aparece en el

[20] Tuc., II 45.

[21] Jacoby, *F. G. H.,* 115 F. 395 (302). Teopompo de Quíos, historiador de la escuela de Isócrates que vivió en el s. IV a. C. Sus obras principales, de las que nos quedan fragmentos, fueron las *Helénicas,* que enlazaban con la *Historia* de Tucídides, y las *Filípicas.*

[22] Dem., XVIII 315.

[23] Noticia recogida por Jacoby, *F. G. H.,* 556 T. 14. Filisto de Siracusa (430-356 a. C.), historiador y general, desterrado por Dionisio el Viejo. Su obra histórica, que compuso a imitación de la de Tucídides, se reunió bajo el título de *Sikeliká.*

[24] Licurgo (390-324 a. C.), orador ateniense antimacedónico, que participó activamente en la política de su ciudad. Sólo nos ha llegado uno de sus discursos: *Contra Leócrates.* Iseo *(ca.* 415-345 a. C.), natural de Calcis de Eubea, discípulo de Isócrates y maestro de Demóstenes. Actuó como logógrafo en Atenas. Fue incluido en el canon alejandrino. Su obra principal, de la que nos ha llegado buena muestra, está representada por sus discursos *klērikoí,* relativos, como su título indica, a cuestiones de herencias.

Epitafio y en el *Olímpico* de Lisias. Pero, además, incluso el propio Demóstenes a menudo se parafrasea a sí mismo, no sólo trasladando a otro lugar lo que ya ha dicho en otros 64 discursos, sino que muchas veces, incluso en un solo discurso, es evidente que ha dicho lo mismo en innumerables ocasiones, pero con la variedad de su expresión pasa inadvertido a los oyentes. Al menos, en el discurso *Contra Midias* dice: «Pues ¿quién de nosotros no sabe que el no castigar a los que delinquen es causa de que se produzcan muchos actos de tal tipo y que, por el contrario, el hecho de que pague la pena que merece quien es sorprendido en cada ocasión es la única causa de que nadie viole la ley en el futuro?» [25]. Y en el discurso *Contra Aristócrates* (lo mismo que *Contra Androción):* «Pues, si en algún momento se hubiera hecho algo al margen de la ley y tú lo hubieras imitado, no por eso hubieras sido absuelto con justicia, sino lo contrario, mucho más hubieras sido condenado por ese motivo; así pues, al igual que tú no hubieras propuesto estas cosas por escrito si alguno de aquellos hubiese sido condenado, del mismo modo, si tú pagas la pena, otro no las propondrá» [26]. En las *Filípicas* persiste en repetir arriba y abajo los mismos hechos, y en el discurso *Contra Leptines* ha dicho no pocas veces que no hay que privar a los bienhechores de lo que se les ha entregado. En el discurso *En defensa de la corona* [27] ha sembrado

---

[25] DEM., XXI 37.

[26] DEM., XXIII 99.

[27] Gr. *hypèr toû stephánou.* Se trata indudablemente del discurso *perì toû stephánou,* pero Teón sólo alude a él con este título en una ocasión (pág. 61, 16 Sp.). El título que Teón emplea en los restantes casos, *hypèr toû stephánou,* es debido a la propia temática del discurso.

a lo largo de todo él la idea de que no era justo criticar las acciones por su resultado, sino censurar cada actuación política en particular [28], y en el discurso *Sobre la embajada fraudulenta* ¿quién ignora que las alusiones a la liberación de los prisioneros de guerra se encuentran esparcidas de un modo ensordecedor? Por otra parte, también la figura de la elaboración [29] es útil en otros muchos casos, pero principalmente en las segundas intervenciones [30], y la réplica en las defensas.

En lo que concierne al orden de los propios ejercicios, lo haremos del modo siguiente: en primer lugar, comenzando por la *chría,* pues esto es breve y fácil de recordar; luego, a partir de la fábula y de la narración, excepto su refutación y confirmación [31], dado que estos procedimientos parece que son de algún modo posteriores a los otros;

---

[28] P. e., en XVIII 192-193, Demóstenes dice que el resultado *(télos)* de las acciones corresponde a la divinidad, la intención *(proaíresis)* al orador.

[29] Gr. *exergasía.* Según H. Lausberg, *Handbuch...,* 830, «consiste en pulir y redondear un pensamiento mediante la variación de su formulación elocutiva y de los pensamientos secundarios pertenecientes a la idea principal». *Vid. etiam* Quint., VIII 3, 88. Reichel, por su parte *(Quaestiones...,* págs. 14-15), identifica la *exergasía* de Teón con la *ergasía chreías* de Hermógenes y Aftonio, así como con la *expolitio* de *Auct. ad. Her.*

[30] Gr. *deuterologíai.* Se trata de la «segunda acción del orador, que, después que muchos otros hayan hablado antes que él acerca de la misma causa, de nuevo se levanta para hablar de ella» (C. T. Ernesti, *Lexicon...,* pág. 71). Cf. Sardiano, *Commentarium...,* págs. 94-95.

[31] Teón se dirige claramente a los profesores de retórica, no a los alumnos, pues recomienda que en primer lugar se comience por la explicación de la *chría,* fábula y narración, pero con la exclusión de su refutación y confirmación, mientras que, como veremos más adelante, él sí las incluye al ocuparse de dichos ejercicios.

en efecto, todos están de acuerdo en que es obra del orador el demostrar la verdad de la causa que defiende y el amplificar lo demostrado. Por tanto, por su naturaleza y por su utilidad se encuentra en primer lugar el discurso demostrativo y, luego, el amplificativo, pues es preciso probar antes a uno como traidor y luego, como contra un gran delito, provocar a los oyentes contra la traición. Sin embargo, aunque hemos dicho que la demostración precede por naturaleza a la amplificación, sucede que el ejercicio no se presenta así, sino precisamente todo lo contrario, pues las cosas muy fáciles están antes que las más difíciles y es más fácil amplificar lo evidente que demostrar lo incierto. Por lo cual, nosotros, partiendo de nuestra propia capacidad, comenzaremos a intentar refutar o confirmar a partir del lugar común; luego, de la descripción; seguidamente, de la prosopopeya; después, nos ejercitaremos en los encomios y, más tarde, en las comparaciones; pues éstos son los ejercicios sobre hechos reconocidos y no admiten ninguna réplica. A continuación, practicaremos ya con los ejercicios de controversias [32]; pero antes que éstos está la refutación de las *chrías;* luego, la de las fábulas esópicas y la de las narraciones históricas y míticas; después, la de las tesis y, seguidamente, la de las leyes. La lectura, la audición y la paráfrasis las utilizaremos desde el comienzo; la elaboración y, mucho más, la réplica, cuando dispongamos ya de algún dominio [33].

[32] Se refiere a la práctica de los discursos judiciales y deliberativos, cf. J. SARDIANO, *Commentarium...*, pág. 141, 3-5.

[33] Sobre estos cinco últimos ejercicios véase Introd., pág. 38.

Sobre la educación de los jóvenes, al tiempo que sobre el uso de los ejercicios preparatorios entre los antiguos

Antes que nada es preciso que el maestro, recopilando de las obras antiguas ejemplos apropiados de cada ejercicio, ordene a los jóvenes que los estudien a
66 fondo, por ejemplo, de *chría,* como es la que aparece en Platón en el libro primero de la *República:* «Acercándose uno en cierta ocasión al poeta Sófocles, le dijo: 'Sófocles, ¿qué tal estás para los placeres del amor?, ¿eres todavía capaz de acostarte con una mujer?' Y él dijo: '¡calla la boca, hombre!, pues yo con la mayor alegría huí de ellos como si escapase de un amo furioso y cruel'» [34]. De fábula, como es en Heródoto la del flautista [35] y en Filisto la del caballo [36] y las que ambos tienen en los dos primeros libros [37]; y en el libro vigésimo de las *Filípicas* de Teopompo la de la guerra y la soberbia, que Filipo cuenta ante los embajadores de los calcídeos [38]; y en el libro segundo de las *Memorables* de Jenofonte la del perro y las ovejas [39]. De narración serían ejemplos hermosísimos, de las míticas, la de Platón en el libro segundo de la *República* sobre el anillo de Giges [40] y en el *Banquete* sobre el nacimiento del amor [41], así como las relativas a los temas del Hades pre-

---

[34] PL., *R.* I 329b, aunque con ligeras variantes en Teón.

[35] HDT., I 141.

[36] JACOBY, *F. G. H.,* 556 F. 6 (16).

[37] Se trata de un pasaje bastante confuso. Walz acepta otra lectura, cuya traducción es: «y en Hecateo en los dos primeros libros» *(Rh. Gr.* I pág. 159, 6).

[38] JACOBY, *F. G. H.,* 115 F. 127 (139).

[39] JEN., *Mem.* II 7, 13-14.

[40] PL., *R.* II 359d, e; 360a, b.

[41] PL., *Banq.* 178a, b.

sentes en el *Fedón* y en el libro décimo de la *República* [42]; y en Teopompo, en el libro octavo de sus *Filípicas,* la de Sileno [43]; de las históricas, la relativa a Cilón en Heródoto y Tucídides [44], la relativa a Anfíloco, el hijo de Anfiarao, en el libro tercero de Tucídides [45], y lo referente a Cleobis y Bitón del libro primero de Heródoto [46]. Tratan también de la llegada de Dédalo ante Cócalo, rey de los sicanos, Éforo en el libro séptimo, y Filisto en el primero [47]. Podrías hallar también en el discurso *Sobre la embajada fraudulenta* de Demóstenes un relato sencillo y elegante sobre los Juegos Olímpicos celebrados por Filipo después de la toma de Olinto [48]. Disponemos igualmente entre los antiguos de refutaciones y confirmaciones de *chrías,* de sen- 67
tencias, de opiniones y similares. Y precisamente se ajustaría a este género todo lo que dice Éforo en el libro undécimo de sus *Historias* contra las opiniones divulgadas por sus predecesores con relación al Nilo [49]. De refutaciones de relatos míticos hay ejemplos en el libro segundo de Heródoto, sobre las invenciones que cuentan los griegos: que los egipcios, tras llegar Hércules, pretendían sacrificarlo en

[42] *Fed.* 70c, etc..., y *R.* X 614b y ss., respectivamente.

[43] JACOBY, *F. G. H.,* 115 F. 74 (76).

[44] HDT., V 71, y TUC., I 126, respectivamente.

[45] TUC., II 68. Teón se ha equivocado de libro, lo cual nos hace suponer que citaba de memoria.

[46] HDT., I 31.

[47] JACOBY, *F. G. H.,* 70 F. 57 (99) y 556 F. 1 (I), respectivamente. Éforo de Cime (s. IV a. C.), historiador perteneciente a la escuela isocrática. Su principal obra fueron sus *Historias,* que comenzaban con la conquista del Peloponeso y llegaban hasta la época de Filipo. Sobre Filisto, cf. n. 23. Tras escapar del laberinto se dice que Dédalo llegó a una región de Sicilia, la Sicania, de la que Cócalo era rey.

[48] DEM., XIX 192 y ss.

[49] JACOBY, *F. G. H.,* 70 F. 65 (108; 109)a.

honor de Zeus y él les causó la muerte a millares de ellos [50]. Y en Éforo, en el libro primero, el relato sobre las cincuenta hijas de Tespio, con las que, siendo todas vírgenes, cuentan que Hércules se unió al mismo tiempo, y sobre Aristodemo, que murió al ser herido por un rayo [51]. De refutaciones de las narraciones históricas es posible tomar algunos ejemplos también de Heródoto, como los del libro cuarto sobre la división de la totalidad de la tierra en tres partes y la designación de una como Europa, de otra como Libia y de la tercera como Asia [52]; y de Tucídides, de su libro primero, lo relativo al asesinato de Hiparco a manos de los seguidores de Harmodio y Aristogitón [53]. Podemos tomar también más ejemplos de otros historiadores: de Éforo, de su libro primero, lo relativo a la división del Peloponeso durante el retorno de los Heraclidas [54]; de Teopompo, del libro vigésimo-quinto de las *Filípicas,* que el juramento helénico es una falsedad, juramento que los atenienses afirman que pronunciaron los griegos antes de la batalla de Platea contra los bárbaros, así como los tratados de los atenienses [con los demás griegos] frente al rey [Darío]; que incluso la batalla de Maratón no todos al mismo tiempo celebran que ha sucedido, «ni cuantas otras cosas», dice, «de las que la ciudad de los atenienses se

[50] HDT., II 45.

[51] JACOBY, *F. G. H.,* 70 F. 13 (8). Durante la cacería del león del Citerón, Hércules se hospedó en casa de este héroe beocio y yació con todas sus hijas, dejando embarazadas a las cincuenta y, a la mayor y la menor, de gemelos. El Heraclida Aristodemo fue muerto a petición de Apolo por no haber consultado el oráculo de Delfos antes de disponerse a conquistar Naupacto.

[52] HDT., IV 45.

[53] TUC., I 20.

[54] JACOBY, *F. G. H.,* 70 F. 18 (16)a. Cf. STR. VIII 8, 5.

jacta, y con las que engaña a los griegos»[55]. Del mismo modo, también es posible encontrar entre los antiguos el llamado «lugar común», como el ejemplo de Demóstenes en el discurso *En defensa de la corona:* «Pues entre los griegos, no entre unos pocos, sino entre todos igualmente, ocurrió que fue tan grande la cosecha de hombres traido- 68
res, venales y enemigos de los dioses»[56], etc. E incluso lo que dice Licurgo contra un adúltero en el discurso *Contra Licofrón*[57], e Hiperides contra los compañeros en el discurso *Contra Aristágora*[58]. Igualmente, también expondremos los demás en el apartado correspondiente a los lugares comunes. Muchas descripciones han sido realizadas por los antiguos, como en Tucídides, en el libro segundo, la peste[59] y, en el tercero, el cerco de Platea[60] y, en otra parte, un combate naval y un combate a caballo; y en Platón, en el *Timeo,* lo relacionado con Sais[61]; y en Heródoto, en el libro segundo, los siete muros de Ecbatana[62].

---

[55] *Id.* 115 F. 167.

[56] DEM., XVIII 61.

[57] Tal vez tenga alguna relación con ello el Fragmento 11-12, 2 (ed. J. O. Burtt, M. A.).

[58] De este discurso de Hiperides sólo nos queda un fragmento: *Frg.* B-28.30 (ed. Burtt), en el que no se encuentra el lugar común al que alude Teón. El orador Hiperides, nacido en el demo ático Cólito *ca.* 390 a. C., frecuentó la escuela de Isócrates y militó en el partido antimacedónico acaudillado por Demóstenes. Actuó como logógrafo y participó activamente en la política de su ciudad. Murió en Egina en el año 322 ejecutado por orden de Antípatro. Se conservan extensos fragmentos de algunos de sus discursos: *Contra Atenógenes, En defensa de Euxenipo, En defensa de Licofrón,* etc.

[59] TUC., II 49 y ss.

[60] TUC., III 21.

[61] TIM., 21e.

[62] HDT., I 98. Teón se ha vuelto a equivocar en su cita, cf. n. 45.

Tenemos también en el libro noveno de las *Filípicas* de Teopompo el Tempe de Tesalia, que está entre dos grandes montañas, la Osa y el Olimpo, y por medio de ellas fluye el Peneo, en el cual confluyen todos los ríos de Tesalia [63]; y en Filisto, en el libro octavo, lo relativo a los preparativos militares del tirano Dionisio contra los cartagineses y a la fabricación de las armas, de las naves y de las máquinas de guerra; y en el undécimo lo relativo al funeral del mismo y a los ornamentos de la pira [64]. De prosopopeya ¿qué ejemplo habría más hermoso que la poesía de Homero, los diálogos de Platón y de los demás socráticos, y los dramas de Menandro? Tenemos también los *Encomios* de Isócrates, los epitafios de Platón, Tucídides, Hiperides y Lisias [65], el *Encomio* de Teopompo a Filipo y Alejandro, y el *Agesilao* de Jenofonte. Hay también comparaciones entre los antiguos, y en especial en Demóstenes, en el discurso *Contra Leptines,* cuando quiere hacer prevalecer a Conón sobre Temístocles [66]; y también podrías encontrar en Jenofonte, en el *Banquete,* a Sócrates atestiguando a Calias que es mucho mejor el amor del espíritu que el del

[63] Jacoby, *F. G. H.,* 115 F. 127 (139).

[64] Id. 556 F. 28 (34).

[65] Entre los encomios de Isócrates figura indudablemente la *Helena.* Con respecto a los epitafios, de Platón sería su diálogo titulado *Menéxeno;* de Tucídides, el discurso fúnebre pronunciado por Pericles en II 35 y ss., y de Lisias, entre otros, el *Epitafio* por los caídos en la Guerra de Corinto. Sobre el *Epitafio* de Hiperides tal vez sea ésta la única noticia (cf. C. Walz, *Rh. Gr.* I pág. 164 n. 44). No se menciona el otro epitafio clásico, el de Demóstenes (Discurso 60), orador que, sin embargo, tan bien parece conocer Teón, tal vez porque su inclusión en el *Corpus Demosthenicum* es posterior, o porque para Teón resultaba clara su no atribución a Demóstenes.

[66] Dem., XX 68-74.

cuerpo [67]. Es posible tomar ejemplos del ejercicio de las 69
tesis en Aristóteles y Teofrasto, pues son muchos sus libros con títulos de tesis. Ya a algunos, precisamente, los rétores los llaman «modelos de tesis» [68]. Y, además, discursos enteros se podrían considerar que son casi una tesis, como los de Lisias titulados *Sobre los regalos de boda* y *Sobre el aborto* [69]. En el primero, en efecto, se examina si la mujer que se casa ha de conservar de modo seguro sus regalos de boda, y en el segundo si lo que aún está en el seno materno es un ser humano y si las mujeres no tienen que rendir cuentas de los abortos. Se dice que estos discursos no son de Lisias, pero, con todo, no está mal que los jóvenes los lean a fin de ejercitarse. Es posible también hallar en cada discurso un modelo de tesis, como en el de Demóstenes *Contra Onétor, por expulsión y desposesión,* donde se plantea la cuestión de si son veraces las pruebas y, en el discurso de Esquines *Contra Timarco,* si son veraces las declaraciones; y otros modelos de diversas procedencias. Dispondremos también de refutación de leyes en muchos lugares entre la mayoría de los oradores, y de la manera más perfecta en Demóstenes, en los discursos *Contra Timócrates, Contra Aristócrates* y *Contra Leptines;* y de confirmaciones, en otros oradores, pero principalmente en Lisias, en el discurso *Contra Diocles,* en defensa de la ley contra los oradores [70]. Y, en verdad, aunque los antiguos no hayan utilizado todas las fuentes de

[67] JEN., *Banq.* VIII 12.

[68] Gr. *thetikà kephálaia.* En tanto que proporcionan medios para hacer la argumentación de una tesis.

[69] Sobre ambos discursos atribuidos falsamente a Lisias, como en el caso de otros muchos, cf. WALZ, *Rh. Gr.* I, pág. 165, nn. 49-51.

[70] Se trata de uno de los discursos desaparecidos de Lisias.

argumentación expuestas por nosotros, por haber compuesto sus discursos no para el ejercicio, sino para los juicios, con todo, muestran, al menos, la entera disposición de tales composiciones [71]. Que tampoco los antiguos descuidaban la paráfrasis es evidente a partir de lo dicho un poco antes. Muchas partes incluso están más elaboradas en quienes las han parafraseado que en sus propios autores, por ejemplo, la «mancha cilónica» ha sido más elaborada por Tucídides que por Heródoto y Eufrón [72], y Demóstenes
70 ha elaborado más que Hiperides el disturbio que sobrevino a los atenienses «cuando al atardecer llegaba uno anunciando a los prítanes que Elatea había sido tomada» [73]. Es posible también comparar historias y discursos enteros entre sí, examinando lo que ha sido mejor elaborado, como los de Demóstenes con los de Hiperides, y las *Historias helénicas* de Teopompo con las de Jenofonte. En lo que respecta a la réplica, es posible encontrarla sobre todo en los discursos en los que uno acusa y otro se defiende de la acusación, como en el de Esquines *Contra Ctesifonte,* y el de Demóstenes *En defensa de la corona,* e incluso los de uno y otro *Sobre la embajada fraudulenta.* Podrías encontrarla también en las *Historias* de Tucídides, pues en el libro primero hay una réplica de los corintios a los corcirenses y en el tercero otra de Diódoto y Cleón [74]. En

[71] Gr. *lógoi.* Se refiere a los distintos ejercicios, definidos generalmente como *lógos* = tipo de discurso, composición, etc.

[72] Sobre este pasaje de Tucídides y Heródoto, cf. n. 44. Ignoramos, sin embargo, quién es este Eufrón, al parecer historiador, pues la *Suda* habla de un Eufrón, pero poeta cómico.

[73] DEM., XVIII 169. Este pasaje citado por Teón no es exacto, sino aproximado.

[74] TUC., I 37-43 y III 42-48; 37-40, respectivamente.

Platón es posible ver en los hechos tanto la réplica como la elaboración. Al menos, en el *Fedro,* tras hablar sobre el mismo argumento que Lisias, seguidamente hace una réplica de ambos discursos, del suyo propio y del de Lisias [75]; y en la *República,* conviniendo en un principio con Trasímaco acerca de la justicia, por mediación de los discursos de Glaucón y Adimanto, inmediatamente después se defiende de toda la acusación [76].

Estos ejemplos, en verdad, los he expuesto no porque creyera que todos eran necesarios para todos los principiantes, sino para que nosotros veamos que es algo muy necesario la práctica de los ejercicios, no sólo para los que van a ser oradores, sino también para poetas, prosistas o cualesquiera otros que deseen hacer uso de la habilidad oratoria. Pues estos ejemplos son como los cimientos de toda la tipología de los discursos, y para que uno pueda someterlos poco a poco al espíritu de los jóvenes es preciso que los que se hagan a imitación de ellos resulten semejantes. Por lo cual, es necesario, además de lo dicho, que también el propio maestro, tras hacer algunas refutaciones y confirmaciones del modo más bello, ordene a los jóvenes que las reciten, a fin de que, modelados según el método 71
de aquéllas, sean capaces de imitarlas. Una vez que ellos mismos tengan capacidad para escribirlas, se les ha de indicar la disposición de los principios de argumentación [77]

[75] Pl., *Fedr.* 242e y ss.

[76] Pl., *R.* II 368b. No es exacto lo que dice Teón, pues en ningún momento da Sócrates la razón a Trasímaco. Sólo se siente incapaz de hacer la defensa de la justicia tras las brillantes intervenciones de Glaucón y Adimanto.

[77] Gr. *kephálaia.* Se emplea en el mismo sentido que *tópoi,* pero con un valor mucho más específico, pues se refiere generalmente, al igual que *tà anōtátō kephálaia,* a los principios de argumentación que tienen

y de los argumentos; se les ha de señalar también el lugar adecuado para la digresión, la amplificación y todos los demás procedimienstos, y se les ha de hacer evidente igualmente el carácter propio de la cuestión [78].

Hay que cuidar también la composición de las palabras, enseñándoles todo aquello a partir de lo cual evitarán el componer mal, y principalmente el estilo métrico y rítmico [79], como la mayoría de las expresiones del orador Hegesias [80] y de los oradores llamados asiánicos, y algunas de las de Epicuro, como las que en cierto lugar escribe a Idomeneo: «¡Oh tú, que desde joven has considerado agradables todos mis movimientos!» [81], y de las divulgadas como suyas (nosotros ahora ya no las encontramos entre sus escritos): «Háblame, pues, Polieno, de cosas para nosotros muy agradables» [82]. Sin duda, este tipo de

---

como finalidad el bien, por ej.: necesidad, belleza, conveniencia y placer, utilizados en el tratamiento de las tesis, cf. pág. 141. Sobre la distinción entre *kephálaion* y *epicheírēma,* cf. J. SARDIANO, *Commentarium...,* pág. 71, 8-10.

[78] Gr. *próblēma.* Se refiere a los distintos ejercicios: fábula, *chría,* lugar común, etc., cf. pág. 72, 10 Sp.

[79] Gr. *émmetron* y *énrythmon,* respectivamente, frente a la prosa *eúmetron* y *eúrythmon* = «cadenciosa» y «eurrítmica». Cf. DIONISIO DE HALICARNASO, *La composición literaria* (trad., introd. y notas de V. Bécares Botas), Univ. Salamanca, 1983, pág. 69, n. 1.

[80] Considerado como máximo representante del movimiento asianista. Cf. SCHMID - STÄHLIN, *Geschichte...,* II 207, 302, 456.

[81] EPIC., *Frg.* 57 (G. Arrighetti).

[82] El texto está corrupto en este punto, si bien Spengel no lo señala. Por eso sólo hemos tratado de recoger el sentido general del mismo. Spengel mantiene la lectura que dan los códices: «lége dḗ moi Polýaine synapérimen megálē charà génētai», mientras que Arrighetti (Frg. 87, 1) acepta la siguiente conjetura: «lége dḗ moi, Polýaine, oîsth' háper hēmîn megálē charà gegénētai».

expresiones son totalmente censurables y tienen a la vista los defectos de la composición, pero merecen excusa las ocasiones en que uno cae en aquellos metros que tienen semejanza con la prosa, como es el yámbico; por lo cual, precisamente, todos los escritores sin querer caen en este género; por ejemplo, Éforo, en el tratado *Sobre el estilo,* en el pasaje mismo que desaconseja servirse del lenguaje cadencioso [83], nada más comenzar ha emitido un verso, cuando dice: «de nuevo trataré sobre el estilo rítmico» [84].

Es necesario cuidar también no menos del decoro, de manera que no pongamos al descubierto lo vergonzoso directamente, sino que lo expongamos mediante circunloquios, como Esquines, que al acusar a Demóstenes de conducta infame dice que él no tiene limpio el cuerpo ni el lugar por donde emite la voz [85].

Además, es preciso que la elocución sea clara y vívida. Pues no sólo es necesario exponer, sino también introducir
lo que se cuenta en la mente de los oyentes, de modo 72
que se produzca lo que dice Homero:

Unas sencillas palabras diré y las depositaré en tu espíritu [86].

La corrección, por su parte, no va eliminando todos los errores desde el principio, sino unos pocos y, sobre todo, los que están más a la vista, a fin de que el joven, por estar desanimado, no llegue a desesperarse ante lo que viene después. Al mismo tiempo, el que corrige ha de señalar en contra de qué normas se ha producido el error y

---

[83] Cf. n. 79.

[84] JACOBY, *F. G. H.*, 70 F. 6 (163). Pero el trímetro yámbico falla en el último metro: *dĭēxēīmĭ.*

[85] ESQUIN., II 23.

[86] HOM., *Od.* XI 146.

cómo se puede hacer mejor. Pero es mucho más útil el ordenar a los jóvenes que escriban sobre algunas cuestiones ya elaboradas por los antiguos, como el lugar común, la narración, la descripción, el encomio, la tesis o cualquier otra de las de este tipo y, después de esto, hacer que ellos lean las de aquéllos, para que, si las han escrito del mismo modo, queden convencidos y, si no, para que tengan más bien a los propios antiguos como correctores.

Puesto que no todos tenemos disposiciones naturales para todos los procedimientos, sino que unos son inferiores en las emociones, pero tienen más éxito en los caracteres, otros al revés, y otros son inferiores en ambos aspectos, pero elaboran mejor los razonamientos [87], hay que intentar aumentar las superioridades innatas, por un lado, y completar, por otro, las carencias con ese aumento, para que no sólo seamos capaces de expresar apropiadamente las grandes cuestiones, como Esquines, ni las pequeñas, como Lisias, sino que tengamos recursos para ambas, como Demóstenes.

Finalmente, hay que intentar también conocer a fondo la representación [88] que conviene a cada forma de discurso.

---

[87] Gr. *páthē, éthē, enthyméмata,* como formas propias, respectivamente, del *movere, delectare* y *docere.* Cf. H. Lausberg, *Handbuch...,* 257.

[88] Gr. *hypókrisis.* Comprende gestos corporales, ademanes, voz, etc., y se trata de un término tomado del arte de los histriones. Cf. Ernesti, *Lexicon...,* pág. 364.

Acerca de la fábula

Una fábula es una composición falsa que simboliza una verdad; pero es preciso saber que el examen de ahora no versa sobre todo tipo de fábulas, sino sobre esas a las que después de su exposición les añadimos el dicho gnómico [89], del que la fábula es un símbolo. Hay ocasiones, sin embargo, en que tras exponer el dicho gnómico vamos introduciendo las fábulas. 73

Reciben el nombre de «esópicas» y «libias», o «sibaríticas» y «frigias», «cilicias», «carias», «egipcias» y «ciprias»; y una sola es la diferencia que todas ellas mantienen entre sí, la especificación del origen añadida a cada una de ellas, por ejemplo: «Esopo dijo», o «un hombre libio», o «uno de Síbaris», o «una mujer de Chipre», y del mismo modo en las demás. Pero, si no hay ninguna precisión que indique el origen, comúnmente a la que es así la llamamos «esópica».

Quienes dicen que son tales las que tratan sobre animales, y las que tratan sobre hombres, y las imposibles, y las que se atienen a lo posible, me parece que piensan de un modo simplista, pues en todas las mencionadas anteriormente se encuentran absolutamente todos los tipos.

Se llaman «esópicas» en general, no porque Esopo fuera el primero en inventar las fábulas (pues Homero, Hesíodo, Arquíloco y algunos otros que han sido anteriores a él, es evidente que las conocen y, es más, Conis de Cilicia, Turo de Síbaris y Cibiso de Libia [90] son mencionados por

[89] Gr. *lógos,* cf. *lógos gnōmikós,* al que alude más adelante (pág. 75, 20 Sp.). Se trata, sin duda, de la moraleja o *paraínesis* (cf. Aftonio, págs. 1, 5, 15 y 8, 15 R).

[90] La única noticia que conocemos sobre estos personajes es la que nos ofrece Teón, cf. C. Walz, *Rh. Gr.* I, pág. 173, nn. 7-9.

algunos como compositores de fábulas), sino porque Esopo se sirvió de ellas más abundantemente y con mayor habilidad; al igual que un metro se llama aristofaneo, sáfico, alcaico y así sucesivamente, no porque se piense que estos poetas han sido los únicos o los primeros en inventar los metros, sino porque los emplearon en mayor medida.

Los poetas antiguos los denominan principalmente «cuentos» [91]; otros, por el contrario, «fábulas». Con frecuencia, sobre todo los escritores en prosa, los llaman «relatos», pero no «fábulas», de donde llaman también a Esopo «relator» [92]. Platón en el diálogo *Sobre el alma* los denomina unas veces «fábula», otras veces «relato». Se habla de «fábula» como si se tratase de un «relato», porque precisamente los antiguos llamaban al «relatar» «contar fábulas» [93], y «cuento», porque también contiene alguna mo-
74 raleja, ya que la totalidad del asunto se refiere a una advertencia útil. Ahora, sin embargo, incluso a los enigmas algunos los llaman «cuentos».

Así, pues, el ejercicio consiste en lo siguiente: exponemos, en efecto, la fábula, la «declinamos» y la enlazamos a un relato, la alargamos y la abreviamos, y es posible también añadirle algún dicho gnómico como epílogo o, por

[91] Gr. *aínoi.* El escolio núm. III presentado por I. LANA, *I Progimnasmi di Elio Teone...*, pág. 108, lo define como un tipo de fábula en la que intervienen animales o árboles. Las traducciones que ofrecemos de los distintos términos utilizados para designar las fábulas sólo son aproximadas y no se han de entender con el preciso significado que tienen en la actualidad.

[92] Gr. *logopoiós,* literalmente «autor de relatos». Se trata de una traducción aproximada, que sólo pretende reflejar los matices del original griego.

[93] Hemos tratado de reflejar el juego de palabras existente entre *lógos* y *légein,* por un lado (= «relato» y «relatar»), frente a *mŷthos* y *mytheîsthai* («fábula» y «contar fábulas»), por otro.

el contrario, exponiendo antes algún dicho gnómico, combinar con él una fábula que le vaya bien. E incluso, además de esto, refutamos y confirmamos.

Qué cualidades tiene la exposición lo hemos indicado también en el apartado relativo a la *chría* [94], pero en las fábulas es preciso que la elocución sea más sencilla y apropiada y, en la medida de lo posible, sin artificio y clara. Por lo cual, precisamente, es necesario conocer a la perfección previamente cuántas podemos encontrar expuestas de esa manera entre los autores antiguos. Es útil también que, después que sea contada una fábula completa, el alumno se acostumbre a comenzar las fábulas con elegancia, como Hesíodo:

Así le habló un halcón a un ruiseñor de abigarrado cuello,

pues, por lo que siguió después:

insensato es quien quiera compararse con los más fuertes [95],

es evidente que, efectivamente, el ruiseñor rivalizó con el halcón y que luego, irritándose el halcón y apresándolo, le dijo esas palabras de ese modo.

Hemos de declinar las fábulas y la *chría* en lo referente a los números y los casos oblicuos, y principalmente debemos ejercitarnos en los acusativos, porque también los antiguos expusieron de ese modo la mayor parte de las fábulas, y muy correctamente, como dice Aristóteles [96], pues

---

[94] No se trata de un fallo de Teón, sino que, en el orden original de la obra, la *chría* aparece antes que la fábula, cf. Introd., pág. 38.

[95] Hes., *Tr.* 203, 210.

[96] Aristóteles se ocupa de la fábula en *Ret.* II 20, pero no hace la observación que le atribuye Teón (cf. C. Walz, *Rh. Gr.* I pág. 176, n. 26).

no hablan a partir de su propia persona, sino que se remontan al tiempo antiguo para atenuar la apariencia de que dicen cosas imposibles. Pero no es necesario someterse en cada ocasión al seguimiento del caso gramatical propuesto como a una ley obligatoria, sino que debemos añadir algunas variantes y servirnos de un procedimiento mixto, como proponer algún caso y cambiar a otro en lo que
75 sigue, porque también es muy grata su variación. Como es, por cierto, en el socrático Fedón una fábula presente en su *Zópiro,* ya que tiene el comienzo a partir del acusativo: «Dicen, en efecto, Sócrates, que el hijo menor del Rey recibió de alguien el obsequio de un cachorro de león», y un poco más abajo cambió al caso recto como sigue: «y a mí me parece que el león, que se había criado con el niño, cuando éste era ya un jovencito, le seguía adonde quiera que iba, de modo que los persas decían que aquel estaba enamorado del niño» [97], etc.

La enlazamos a un relato del modo siguiente: tras exponer la fábula ofrecemos el relato, como es natural, o al contrario, primero el relato y después la fábula, como el ejemplo ficticio de que «un camello, que había deseado vivamente tener cuernos, se vio privado también de las orejas». Tras decir esto primero, ofreceremos el relato del modo siguiente: «A mí me parece que algo parecido a lo del camello ese le ocurrió también al lidio Creso» [98], y segui-

---

[97] Fedón de Élide, discípulo de Sócrates que dio título a uno de los más importantes diálogos de Platón. Se le atribuye también un diálogo titulado *Simón.* El diálogo mencionado aquí lleva por título el nombre de un tracio que atribuyó a Sócrates estupidez y mal carácter a partir de sus rasgos faciales.

[98] Creso (s. VI a. C.), rey de Lidia, visitado por Solón en el conocido episodio relatado por Heródoto (I 6). Después de ampliar las fronteras

damente exponemos la totalidad del relato que versa sobre él.

La alargamos prolongando las prosopopeyas presentes en la fábula y describiendo un río o algo semejante, mientras que haciendo lo contrario la abreviamos.

Epilogamos como sigue: cuando, una vez narrada una fábula, intentamos introducir algún dicho gnómico apropiado para ella, por ejemplo: «Un perro que llevaba un trozo de carne por la orilla de un río y que había visto su imagen reflejada en el agua, creyendo que era otro perro con un trozo de carne mayor, soltó el que tenía y saltando al río con la intención de apresarlo se ahogó». El dicho gnómico lo presentaremos del modo siguiente: «Así, muchas veces los que ansían tener cosas mayores se pierden también a sí mismos, además de perder lo que tienen». Podría haber también más de un epílogo de una sola fábula, si nosotros tomamos las fuentes de argumentación a partir de cada uno de los hechos presentes en la fábula y, al contrario, muchísimas fábulas de un solo epílogo que lo simbolicen. Ofreciendo, pues, previamente de un modo sencillo el tema del epílogo, ordenaremos a los jóvenes que modelen alguna fábula apropiada al asunto propuesto. Fácilmente podrán hacer esto cuando estén repletos de 76
fábulas, unas porque las hayan tomado de las obras antiguas, otras también porque ellos simplemente las hayan oído, otras, incluso, porque las hayan inventado por sí mismos. Refutaremos y confirmaremos del modo siguiente: puesto que el propio compositor de fábulas reconoce que escribe cosas falsas e imposibles, pero verosímiles y útiles, hemos de refutar demostrando que dice cosas inverosímiles

---

de su territorio y de someter a muchos pueblos fue vencido por Ciro, rey de Persia.

e inútiles, y hemos de confirmar a partir de lo contrario. Pues éstos son los principios de argumentación generales [99], en los que confluyen los de cada apartado.

Así pues, el proemio es necesario que sea útil a la fábula; después del proemio hay que exponer la fábula, y algunas veces también hay que dejar de lado lo que no siempre es necesario narrar en una hipótesis; luego hay que pasar a la argumentación y refutar sucesivamente cada una de las cosas dichas, comenzando por las primeras e intentando tener abundancia de argumentos [100] en cada lugar para cada una de las partes de la fábula. Los argumentos los hemos de tomar de los siguientes lugares de argumentación: de la oscuridad, de la inverosimilitud, de la inadecuación, de la imperfección, de la redundancia, de la novedad, de la contradicción, de la disposición, de la inconveniencia, de la desigualdad y de la falsedad.

Así pues, la oscuridad se produce o por medio de un término, o incluso de más: por medio de uno, cuando alguien se sirve de palabras desacostumbradas u homónimas; por medio de más, cuando es posible entender lo dicho de muchas maneras, sin que nada se añada ni se suprima, por ejemplo: «yo te hice esclavo siendo libre» [101], pues no está claro si lo hizo libre en lugar de esclavo, o esclavo en lugar de libre. Poco después se hablará con más exactitud acerca de la claridad en el apartado correspondiente al relato.

---

[99] Gr. *tà anōtátō kephálaia*. Vid. Introd., pág. 24 y n. 77. Cf. QUINT., III 11, 2-3.

[100] Gr. *lógoi,* cf. n. 8. A su posible valor de «argumentos» alude C. T. ERNESTI, *Lexicon...*, pág. 202. Se trata de un término sumamente polisémico, tal como se puede apreciar consultando el *Index* final.

[101] Gr. *egṑ s'éthēka doûlon ónt' eleútheron.*

Lo inverosímil es lo que puede haber sucedido o haber
sido dicho, pero se duda que haya sucedido o se haya 77
dicho, bien por el personaje al que se atribuye la acción
o el discurso, o por el lugar en el que se dice que algo
ha sucedido o se ha dicho, o por el tiempo durante el cual
se dice que algo ha sucedido o se ha dicho, o por el modo
de la acción o del discurso, o por la causa de esas mismas
actuaciones [102], si decimos nosotros que no es verosímil
que tal individuo haya hecho eso o haya dicho esto otro
en ese lugar, o durante ese tiempo, o de ese modo, o por
esa causa; y lo mismo hay que decir también sobre la
inadecuación.

La imperfección es equivalente a la redundancia, cuando se omite algo de lo que puede ser dicho, o se dice algo que no tiene importancia, ya sea un personaje, un hecho, un tiempo, un modo, un lugar, una causa o algo semejante.

La novedad es lo que está al margen de la historia tenida como cierta, o lo que se dice al margen de las opiniones comunes, como si alguien dijera que los hombres no han sido modelados por Prometeo, sino por algún otro de los dioses, o si dijera que el asno es sagaz o la zorra necia.

El lugar basado en la contradicción es tal cuando demostramos que el propio escritor de fábulas se contradice a sí mismo; y debemos servirnos de él no al comienzo, sino que, cuando refutemos algo de la parte central o final, a continuación hemos de demostrar que eso se opone a lo dicho antes.

A partir de la disposición, sin embargo, argumentaremos demostrando que lo que era necesario que se hubiese dicho al comienzo de la fábula no se ha expuesto al princi-

[102] Es decir, de esa acción o de ese discurso.

pío, y que lo que era preciso que se dijese al final ha sido expuesto previamente en otro lugar y, en conjunto, en la medida en que podamos, que cada cosa se ha dicho sin seguir la disposición conveniente.

También está claro el lugar de argumentación basado en la inconveniencia, del que principalmente nos serviremos para la refutación del epílogo.

Los lugares de argumentación basados en la desigualdad y la falsedad únicamente son aptos para refutar el epílogo. A partir de la desigualdad, cuando lo expuesto en la fábula en nada, o no en todo, resulta apropiado para el epílogo; a partir de la falsedad, cuando no siempre
78 sucede, como dice el escritor de fábulas, que quienes desean cosas mayores son privados también de lo que tienen, pues esto no siempre es verdad. Y confirmaremos a partir de los lugares de argumentación contrarios.

Es necesario recapitular cuando son muchas y poderosas las refutaciones y confirmaciones, pues, cuando son pocas y débiles, no debemos adoptar la recapitulación [103]. Entonces nos serviremos de la ironía [104], de amplificacio-

---

[103] Gr. *anakephalaíōsis* (lat. *recapitulatio),* cf. H. Lausberg, *Handbuch...,* 434. J. Sardiano, *Commentarium...,* pág. 95, 26, la define como un tipo de epílogo, cuya finalidad es la de recordar lo dicho antes.

[104] Gr. *diasýrein.* G. Bolognesi en su artículo ya citado «La traduzione armena dei Progymnasmata di Elio Teone», pág. 123, critica la traducción que del término *diasýrein* ofrece el traductor armenio y propone traducirlo por «allungare». En mi opinión, tendría el valor que le da el traductor armenio, pues en tanto que tiene como propósito «extenuandae rei» (C. T. Ernesti, *Lexicon...* pág. 83), se opone a *aúxesis,* amplificación afectiva, así como a *meíōsis,* que sigue siendo una amplificación, pero en sentido inverso (Lausberg, *Handbuch...,* 259). Mientras que Bolognesi considera similares los valores de *diasýrein* y *aúxesis* en oposición a *meíōsis.* Cf. n. 9.

nes o minimizaciones [105], de digresiones, de caracteres y, en una palabra, de todos los procedimientos de los discursos, pues, como ya dijimos, poco se diferencia este ejercicio de la hipótesis judicial.

Los mismos lugares de argumentación son útiles también para la refutación y confirmación de los relatos.

Acerca del relato

Un relato es una composición expositiva de hechos que han sucedido o que se admiten como sucedidos [106].

Los elementos básicos de la narración son seis: el personaje, ya sea uno o más, el hecho realizado por el personaje, el lugar en el que se produce la acción, el tiempo durante el cual transcurre la acción, el modo de la acción y, el sexto, la causa de esos hechos. Al ser éstos los principales elementos de los que se compone (una narración), la narración acabada se forma a partir de todos éstos y de otros relacionados con ellos, y es, por el contrario, incompleta la que carece de alguno de ellos [107]. Acompañan al personaje: linaje, naturaleza, educación, disposición, edad, fortuna, intención, acción, discursos, muerte y circunstancias posteriores a la muerte. El hecho puede ser grande o pequeño, peligroso o falto de peligro, posible o imposible, fácil o difícil, necesario

---

105 Gr. *meiôseis* (lat. *minutio)*. Cf. *supra*.

106 J. SARDIANO, *Commentarium...*, págs. 15, 11, y 16, 12, explica la diferencia existente entre un relato «que ha sucedido» *(gegonós)* y un relato «que se admite como sucedido» *(hōs gegonós)*. El primero es el relato histórico y verdadero por naturaleza, mientras que el segundo es el inventado y falso por naturaleza, pero que se acepta como verdadero por haberlo transmitido los filósofos y poetas.

107 Seguimos la lectura de H. Rabe (J. SARDIANO, *Commentarium...*, pág. 18, 20) en donde el editor inserta una coma después de *symplēroûtai*.

o innecesario, útil o inútil, justo o injusto, glorioso o sin gloria. Acompañan al tiempo: el pasado, el presente, el futu-
79 ro, qué ha ocurrido antes o después, etc., o qué es propio de la vida de nuestro tiempo, qué de la antigua, así como los días prefijados para cada cosa que los hombres establecen en común o en privado. A continuación, si el hecho ocurrió durante invierno o primavera, verano u otoño, de noche o de día, en una asamblea, procesión o fiesta, y si durante unas bodas, o un banquete de amigos, o un duelo o en circunstancias semejantes de la vida. Acompañan al lugar: extensión, distancia, mención de una ciudad o región vecina, si el lugar era sagrado o público, propio o ajeno, desierto o habitado, fortificado o inseguro, llano o montañoso, seco o húmedo, pelado o poblado de árboles, y todos los calificativos semejantes. Al modo, si involuntaria o voluntariamente, y cada uno de ellos se divide en tres: lo involuntario en ignorancia, azar y necesidad; lo voluntario en si ha sucedido con violencia, furtivamente o por medio de un engaño. A la causa de las acciones acompaña si ha sucedido con el fin de adquirir bienes, o para escapar de una desgracia, o por amistad, o por una mujer, o a causa de los hijos o a causa de las pasiones: cólera, amor, odio, envidia, compasión, embriaguez y las semejantes a éstas.

Las virtudes de la narración son tres: claridad, concisión y verosimilitud. Por lo cual, si es posible, es necesario que la narración tenga todas las virtudes en el más alto grado, pero si esto fuera imposible, a saber, el que la concisión no sea de algún modo contraria a la claridad y a la verosimilitud, hemos de poner la mira sobre todo en lo apremiante; por ejemplo, si el asunto es enrevesado por naturaleza, hemos de dirigirnos a la claridad y a la verosimilitud; si, por el contrario, es sencillo y no muy compli-

cado, a la concisión y a la verosimilitud. Es necesario, pues, atenerse siempre a la verosimilitud en la narración, puesto que eso es especialmente propio de ella y, si esta virtud no está presente en la misma, cuanto más clara y concisa sea, tanto más increíble se muestra para los oyentes. Si el asunto es verosímil por naturaleza, hemos de servirnos en parte de la concisión, pero sobre todo de los elementos 80
que confirman y conducen la materia expuesta hacia la verosimilitud. Además, lo que va a afligir a los oyentes hemos de narrarlo lo más brevemente posible, como Homero: «Yace Patroclo» [108], mientras que debemos demorarnos en lo que causa alegría, como el mismo poeta ha representado a Ulises narrando a los feacios, que eran amantes de relatos, sus propias vivencias con mucha precisión y detenimiento.

La narración resulta clara en dos sentidos: a partir de los propios hechos expuestos y a partir del estilo de la exposición de los hechos. A partir de los hechos, en efecto, cuando las materias mencionadas no escapan al conocimiento común, como, por ejemplo, las de la dialéctica y la geometría, o cuando uno no narra muchos sucesos al mismo tiempo, sino que les da cumplimiento de uno en uno, lo que, precisamente, algunos reprochan a Tucídides, pues al dividir sus *Historias* en veranos e inviernos [109] a menudo se ve obligado, antes de que finalice la totalidad del asunto, a pasar a algún otro ocurrido por la misma época, y luego la materia restante la narra ya como realizada en otro invierno o verano. A veces incluso tuvo necesidad de un tercer y un cuarto [invierno o verano] hasta llegar al final del hecho que narraba desde el comienzo,

[108] Hom., *Il.* XVIII 20.

[109] Como el propio Tucídides advierte en II 1.

pues agrupa siempre junto con la narración primera lo sucedido en cada estación, de modo que los hechos resultan oscuros y al mismo tiempo difíciles de recordar. Hemos de tener cuidado también de no confundir la época y el orden de los hechos, e incluso de no decir lo mismo dos veces, pues no menos que lo demás también esto confunde el entendimiento. Hemos de evitar igualmente el introducir en medio de una narración digresiones extensas, aunque no es necesario rehusar absolutamente toda digresión, como Filisto, ya que hace que descanse la atención de los oyentes, sino la que es tan extensa que despista la atención de los que escuchan, de modo que se necesita hacer men-
81 ción de nuevo de lo dicho con anterioridad, como Teopompo en las *Filípicas,* pues a lo largo de una digresión encontramos dos o incluso tres y hasta más historias enteras, en las que no sólo no aparece el nombre de Filipo, sino de ningún macedonio siquiera [110]. Una narración resulta oscura a causa de la omisión de aquello de lo que necesariamente hubiera sido preciso hacer mención y a causa de la presentación alegórica de las historias que han sido encubiertas.

Con relación al estilo, el que expone claramente ha de guardarse de decir términos poéticos, inventados [111], figurados, antiguos, extranjeros y homónimos. Poéticos, en

---

[110] Noticia recogida por JACOBY, *F. G. H.,* 115 T. 30.

[111] Gr. *pepoiēména onómata.* U. VON WILAMOWITZ en su artíc. «Asianismus und Atticismus», *Hermes* 35 (1900), 1-52, los identifica con los *facta verba* del latín. A ellos se oponen los *kýria onómata* de los aticistas: términos «auténticos», «legítimos», mientras que los *pepoiēména* son términos «construidos artísticamente». La retórica posterior aconseja usar en su lugar los *poiētikà onómata,* tomados principalmente de Homero y la tragedia. Sobre estos términos véase también QUINT., VIII 6, 31.

efecto, son cuantos necesitan de una explicación, como «veracidad», «equipararse», «contender» [112] y semejantes; inventados, como «clamor», «estruendo», «murmurar» [113] y sus equivalentes; figurados, como «una muralla de madera al linaje tritogenio da Zeus de extensa voz», pues mediante este tropo indicó el Pitio a los atenienses que abandonando la ciudad embarcaran en las naves y que se sirvieran de ellas como de un muro [114]. Son arcaicos los usuales en otro tiempo, pero ahora abandonados, como dice Demóstenes en el discurso *Contra Aristócrates* acerca de la ley de Dracón: «Lo de 'ni exigir un rescate' es no reclamar dinero, pues los antiguos llamaban al dinero 'rescate'» [115]. Extranjeros son los de uso local para unos, pero no habituales para los demás, como si uno llama «ágora» al puerto, como los tesalios, o dice «pretendido» en lugar de «amado», como los cretenses. Homónimos son aquellos cuyo sonido y nombre es el mismo, pero son distintos los significados indicados por el sonido, como «niño», pues se refiere tanto al hijo como al que por su edad es un niño y al esclavo [116].

Hace también oscura la elocución la llamada por los dialécticos «ambigüedad», a causa de la coincidencia en la expresión del nombre sin dividir y dividido, como en la

112 Gr. *krēgyon, antipherízein* y *márnasthai,* respectivamente. Es difícil reflejar en castellano el significado oscuro que estos términos podían tener para un griego.

113 *kélados, kónabos* y *kelarýzein,* cf. *supra.*

114 Respuesta del oráculo de Delfos a los atenienses en la guerra contra los persas. Temístocles convenció a los atenienses de que esa muralla de madera era la flota ateniense y no la empalizada de madera con la que habían fortificado la acrópolis.

115 DEM., XXIII 34.

116 En griego *paîs* sí tiene esos tres significados.

82 frase: «AULĒTRIS que caiga sea pública», pues una cosa es lo significado por la palabra entera y sin dividir: «que la flautista que caiga sea pública», y otra cosa distinta es la palabra dividida: «que la casa que caiga tres veces sea pública» [117]. E incluso, cuando es incierto con qué está unido algún elemento sintáctico, como: «OUKENTAUROIS Hércules lucha», pues puede significar dos cosas: «Hércules no lucha con los centauros» y «Hércules no lucha entre los toros» [118]. Resulta igualmente oscura la expresión cuando es incierto con qué está relacionado algún elemento semántico, por ejemplo:

Éstos, aunque afligidos «por ello», con gusto rieron [119],

pues es ambiguo si «aunque afligidos por causa de Tersites», lo cual es falso, o «por la botadura de las naves». Y de nuevo:

Pueblo del magnánimo Erecteo, al que en otro tiempo
[crió Atenea,
la hija de Zeus, y dio a luz la fértil tierra [120],

pues es ambiguo si afirma que fue el pueblo o fue Erecteo el criado por Atenea y al que dio a luz la tierra. A causa

---

[117] Según se lea la palabra junta, *aulētrís* = «flautista», o separada *aulḗ* = «casa», «patio» y *trís* = «tres veces». La ambigüedad se produce en la escritura, al ser ésta en mayúsculas y sin signos gráficos que faciliten su lectura.

[118] Según si se divide en dos, *ou kentaúrois,* o en tres palabras, *ouk en taúrois,* respectivamente.

[119] HOM., *Il.* II 270.

[120] *Ibid.* 547-548. Erecteo, rey mítico de Atenas, hermano de Filomela y Procne, y padre, en otros, de Oritía. Murió fulminado por el rayo a petición de Poseidón, irritado con él por haber dado muerte a Eumolpo, hijo del dios.

de esta ambigüedad han resultado oscuros los libros del filósofo Heráclito, al servirse de ella hasta la saciedad, ya deliberadamente, o incluso por ignorancia. Hemos de evitar también el utilizar hipérbatos, como son la mayoría de los de Tucídides (pues no rechazamos globalmente el género de los hipérbatos, ya que gracias a él la expresión resulta variada y no vulgar), así como digresiones y, sobre todo, el uso de éstas en una gran extensión, pues los relatos que recogen pronto la temática del asunto no molestan a los oyentes. Por otro lado, también es contrario a la claridad el que falten algunos nombres. Hemos de evitar igualmente, cuando se trate de personajes diferentes, el ponerlos en el mismo caso gramatical [121], pues resulta ambiguo a quién se refiere, por ejemplo, tratándose del acusativo, en el cual piensan muchos que descansa únicamente la ambigüedad, como en Demóstenes, *Contra Midias:* «Muchos saben que Eveón, el hermano de Leodamante, dio 83
muerte a Beoto en una comida» [122], pues es incierto si Eveón dio muerte a Beoto, o Beoto a Eveón, lo cual es falso. Pero, además, ¿cuál de los dos es hermano de Leodamante? ¿Eveón o Beoto?; y cuando se trata del caso recto, como en Heródoto en el libro primero: «Los egipcios son los colcos» [123], pues es incierto si los egipcios son colcos, o si, por el contrario, los colcos son egipcios; y lo mismo también si se trata del genitivo y del dativo: «al

[121] Figura conocida como *homoeoptoton,* cf. H. LAUSBERG, *Handbuch...* 729 y sigs.

[122] DEM., XXI 71-72. Es muy difícil reflejar tal ambigüedad en una lengua no flexiva como es el castellano.

[123] Teón se vuelve a equivocar al citar. Se trata de HDT., II 104, 3. Teón ha modificado también la cita de Heródoto adaptándola a sus intereses.

ser los colcos los egipcios» y «para los colcos que son los egipcios». Así, pues, tratándose del acusativo no hay discusión posible, pero, si se trata de los demás casos, es evidente que con la adición [124] de artículos ya no resulta ambigua la expresión: «son egipcios los colcos», pues queda claro que dice de los colcos que son egipcios.

De igual modo, será también concisa la narración a partir de los hechos y del estilo, pues la concisión es un tipo de composición que va señalando los hechos más oportunos, sin añadir lo superfluo ni suprimir lo necesario, en lo que a los hechos y al estilo se refiere. Así, pues, será concisa a partir de los hechos cuando ni abarcamos a la vez muchos sucesos ni los insertamos en otros, y dejamos de lado cuantos parece que se sobreentienden al mismo tiempo, y no comenzamos lejos del hecho principal ni consumimos la narración en lo accesorio, como los que están acostumbrados a seguir narrando después de exponer los hechos, pues eso tal vez sería apropiado para una historia: el alargar, el comenzar desde lejos y el elaborar algunos de los elementos que parecen accesorios. Cuando uno expone una narración, debe fijar su atención en el tema central del conjunto de la materia que se propuso, dando cabida en la narración sólo a los elementos que contribuyen a ello; por ejemplo, en el caso de Cilón, si uno escribe una historia sobre él, conviene decir cuáles fueron sus antepasados, quiénes su padre y su madre, así como otros muchos datos, y el certamen que disputó en Olimpia, cuántas victorias alcanzó, y nombrar las Olimpiadas en que era
84 vencedor, mientras que, si uno cuenta un relato sobre él,

[124] En el texto griego la ambigüedad se produce por la ausencia de artículos, mientras que en castellano para reflejar tal ambigüedad hemos de introducirlos.

no es conveniente que diga con exactitud ninguno de tales hechos, como hicieron Heródoto y Tucídides, al proponerse uno y otro contar la «mancha cilónica» [125].

En lo referente al estilo, hay que evitar también el utilizar sinónimos, pues los nombres que tienen el mismo significado alargan el relato sin necesidad, como en Demóstenes, en el discurso segundo de las *Olintíacas:* «se parece en todo a un favor numénico y divino» [126], así como el hacer una frase en lugar de una palabra, como «abandonó la vida» en lugar de «murió» y todo lo semejante. Además, el que quiere hacer una exposición concisa debe eliminar completamente y a la vez [127] lo que se sobreentiende al mismo tiempo, y debe servirse de los nombres simples más que de los compuestos, y de los más cortos más que de los más largos, siempre que signifiquen lo mismo. Sin embargo, hay que evitar que por el deseo de concisión caiga uno inadvertidamente en la vulgaridad u oscuridad.

Con el fin de que la narración sea verosímil hemos de adoptar modos de expresión apropiados a los personajes, a los hechos, a los lugares y a las circunstancias; y de los hechos, cuantos son verosímiles y consecuentes entre sí. Es necesario también añadir brevemente a la narración las causas y decir de modo convincente lo inverosímil y, en una palabra, conviene acertar en lo que es apropiado al personaje y a los demás elementos de la narración, en lo

---

[125] Sobre las diferencias entre narración e historia, cf. Introd., pág. 23. Para la localización de tales pasajes en Heródoto y Tucídides, cf. n. 44. Como «mancha cilónica» se conoce el sacrilegio cometido en la Atenas del s. VII por orden del Alcmeónida Megacles, al ser asesinados en el santuario de la acrópolis, pese a que eran suplicantes, los seguidores de Cilón, tras fracasar en su intentona de implantar la tiranía.

[126] DEM., II 1.

[127] Gr. *symperiairetéon,* se trata de un *hápax* en la literatura griega.

que a los hechos y al estilo se refiere. Nos servirá como ejemplo el relato del comienzo del libro segundo de Tucídides sobre los platenses y los tebanos [128]. Pues era lógico que los tebanos, que siempre estaban en enemistad con los platenses, al enterarse de que iba a haber guerra, quisieran ocupar por sorpresa Platea todavía en tiempos de paz; y que, por haber planeado esto, no hicieran el ataque de día, sino que atacaran en una noche sin luna; y que además
85 tuvieran de su parte a algunos platenses, que precisamente les iban a abrir las puertas por no haber apostada ninguna guardia a causa de los tratados de paz, especialmente quienes cometían traición por una enemistad particular contra algunos de sus conciudadanos, a los cuales esperaban eliminar cuando sobrevinieran estos hechos, pero no que los tebanos les hubieran traicionado. Es verosímil que los platenses, al darse cuenta de que la ciudad había sido tomada repentinamente por los enemigos, creyeran, al ser de noche, que habían entrado muchos más y que se inclinaran a pactar, pero que después, al enterarse de que no eran muchos, les atacaran. También el alboroto es de lo más verosímil cuando los platenses atacaban a los tebanos, y las mujeres y los esclavos les arrojaban al mismo tiempo piedras y tejas desde sus casas entre gritos y lamentos, y cuando, por haberse presentado además una fuerte lluvia durante la noche, perseguían a través del barro y de la oscuridad a muchos tebanos, que no podían escapar por su desconocimiento de los caminos. Es verosímil también que alguien cerrara las puertas utilizando la punta de un dardo a manera de pasador para echar el cerrojo, y mucho más verosímil lo de la mujer dándoles el hacha, pues era lógico que una mujer que vivía junto a unas puertas desha-

[128] Tuc., II 2 y sigs.

bitadas, al ver a los enemigos encerrados, temiera que, si perdían la esperanza de salvarse y caían en la desesperación, se dedicaran a causar daño, sobre todo a las personas que pudieran, pero mucho antes a las casas vecinas, pues paso por alto la idea de que, por tratarse de una mujer, era posible que se compadeciera incluso de unos enemigos vencidos. E igualmente todo lo demás, para no extendernos.

El ejercicio del relato no se presenta en una forma única, sino que, al igual que la fábula, se expone, se declina, se enlaza, se abrevia y se alarga, e incluso a lo largo de su exposición invertimos la disposición de las partes principales. Además, es posible que quienes guardan la disposición originaria se expresen de muchas y variadas maneras, e incluso mientras se narra se pueden añadir epifonemas [129] 86
y relacionar entre sí dos y hasta tres relatos durante la exposición, y finalmente vienen la refutación y la confirmación.

Pues bien, sobre la exposición, declinación, enlace e incluso la abreviación y el alargamiento, se ha hablado en el apartado correspondiente a las fábulas, mientras que la inversión de la disposición la realizaremos de muy variadas maneras. Puesto que es posible, comenzando por el medio, volver al comienzo y luego acabar en el final, como ha hecho Homero en la *Odisea,* pues comenzó por el tiempo en que Ulises estaba junto a Calipso y luego retrocedió al comienzo con una hábil distribución, ya que representó

---

[129] Quintiliano en VIII 5, 11 lo define como «*summa acclamatio* de un asunto narrado o demostrado». *Vid. etiam* C. T. Ernesti, *Lexicon...,* pág. 132. José García López en su traducción de Demetrio, *Sobre el estilo,* Madrid, 1979, traduce el término como «dicción que embellece» (pág. 62, § 106). Teón ofrece un tratamiento detallado de esta figura en págs. 91 y ss. Sp.

a Ulises narrando sus propias aventuras a los feacios, y después, reanudando la narración restante, acabó en el final, llegando hasta el momento en que Ulises dio muerte a los pretendientes y se reconcilió con sus padres. Y Tucídides, tras comenzar por los sucesos relacionados con Epidamno, retrocedió hasta la pentecontecia y luego volvió a la guerra del Peloponeso [130]. Es posible también, tras comenzar por el final, llegar al medio y, de ese modo, acabar en el principio, como Heródoto nos enseña a través de su libro tercero, al expresarse del modo siguiente: «Habiendo enviado Cambises un heraldo a Egipto, le solicita a Amasis su hija, y la solicita por consejo de un hombre egipcio, que hizo esto censurando a Amasis porque, tras apartarlo de su mujer y de sus hijos, lo entregó a los persas» [131]. A continuación narra también las causas: que el rey de los persas había pedido al rey de los egipcios un oculista «que fuera el mejor». Pues el orden natural de la narración era hablar en primer lugar de la afección ocular que padecía el rey de los persas y de cómo, tras enviar
87 un mensajero a Egipto, le pidió un oculista al que allí reinaba y él se lo envió, y decir, a continuación, que el médico, que llevó a mal el verse privado de su mujer y de sus hijos, se vengó del que lo había entregado aconsejando al rey de los persas pedirle al rey de los egipcios su hija para que «o bien se afligiera si se la daba, o bien se enemistara con él si no se la daba». Es posible también, tras comenzar por el medio, llegar al final y luego acabar en el comienzo y, a su vez, comenzando por el final, retroceder al comienzo y acabar en el medio, e inclu-

---

[130] Tuc., I 24 y sigs.

[131] Hdt., III 1.

so, tras comenzar por el principio, se puede pasar al final y terminar en el medio.

Así, pues, en lo que respecta a la inversión de la disposición hemos de ejercitarnos de ese modo. Puesto que estamos acostumbrados a exponer los hechos unas veces como enunciándolos, otras como haciendo algo más que enunciarlos, otras como interrogando, a veces como indagando, en algunas ocasiones como dudando, otras veces como ordenando, otras como suplicando, otras como jurando, otras como apelando, otras como suponiendo y otras como conversando, es posible, por tanto, exponer con variedad las narraciones según todos esos modos. Tucídides, en efecto, en el comienzo del libro segundo de sus *Historias* expuso la siguiente narración siguiendo el modo de la enunciación: «Poco más de trescientos tebanos, en torno al primer sueño, entraron armados en Platea de Beocia, que era aliada de los atenienses»[132]. Pero si nosotros quisiéramos hacer algo más que enunciar, diremos como sigue: «La llegada de los tebanos a Platea ha sido, según parece, causa de importantes acontecimientos para atenienses y lacedemonios, así como para los aliados de unos y otros, pues poco más de trescientos tebanos, en torno al primer sueño, entraron armados en Platea de Beocia», y
así enlazaremos el resto de la narración. Si quisiéramos 88
interrogar, diremos así: «¿Es, acaso, verdad que poco más de trescientos tebanos, en torno al primer sueño, entraron armados en Platea de Beocia?», y así expondremos lo que sigue en modo interrogativo. De la siguiente manera podríamos indagar: «¿Quiénes eran los tebanos que en un número aproximado de trescientos, en torno al primer sueño, entraron armados en Platea de Beocia?», y el resto

[132] Cf. n. 128.

lo expondremos indagando [133]. El dudar y el interrogar, en lo que respecta a la entonación, en nada se diferencian entre sí, por lo que nos bastará con cualquiera de ellos, pues tanto si interrogamos como si dudamos entonaremos del modo siguiente:

¿Es, acaso, el insomnio la más charlatana de todas las [cosas? [134],

pero parece que se diferencian en que el que pregunta busca una respuesta, mientras que el que duda no lo hace de un modo absoluto, sino sólo para sí mismo. Si quisiéramos ordenar, lo haremos como sigue: introduciremos, en efecto, al final de la narración, después del aniquilamiento de los que entraron en Platea, a uno cualquiera exhortando, bien a los tebanos, bien a los platenses, del modo siguiente: «Procurad, platenses, llegar a ser dignos de vuestra ciudad, de vuestros antepasados, que combatieron contra los persas y contra Mardonio [135], y de los que yacen en vuestro país. Mostrad a los tebanos que no obran con justicia al pretender que vosotros les obedezcáis y seáis sus esclavos y al forzaros a la guerra sin que la deseéis, al margen de los juramentos y los tratados de paz, pues poco más de trescientos, en torno al primer sueño, entraron armados en vuestra ciudad, que es aliada de los atenienses», y del mismo modo narraremos lo que sigue, como si exhortásemos a los platenses. Si supusiéramos que la ex-

---

[133] La indagación, en los términos en que es presentada por Teón, se corresponde con lo que en la actualidad denominamos interrogación parcial, mientras que la interrogación o pregunta equivale a lo que entendemos por interrogación total.

[134] MEN., *Frg.* 152 (164) (ed. A. Koerte).

[135] Famoso general persa, yerno de Darío I, derrotado en la batalla de Salamina y muerto después en la de Platea.

hortación se hace a los tebanos, diremos así: «Procurad, tebanos, mostraros dignos de vosotros mismos, así como 89 de vuestros padres y del imperio que tenéis sobre toda Beocia, y mostrad a los platenses que ellos, que son esclavos vuestros, no sólo se han pasado al bando de los atenienses, sino que también aniquilaron a poco más de trescientos de los vuestros que, en torno al primer sueño, entraron armados en su propia ciudad de Platea», y de ese modo narraremos también el resto. Es posible también expresar un mandato así: si nos imagináramos a alguien, antes de que se produzca la entrada en Platea, ordenando a los tebanos lo que justamente hicieron: «Procurad, tebanos, que poco más de trescientos hombres de entre vosotros, en torno al primer sueño, entren armados en vuestra Platea, que ahora, sin embargo, es aliada de los atenienses», y lo que sigue, en la medida de lo posible, lo expondremos de ese modo. Si suplicáramos, hablaremos como sigue: «¡Ojalá nunca hubieran entrado, en torno al primer sueño, poco más de trescientos tebanos armados en Platea de Beocia, que era aliada de los atenienses!», y hasta el final narraremos según el modo de quien hace una súplica. Tampoco es incierto el modo en que será expuesta la narración de acuerdo con la entonación propia del juramento. La entonación apelativa, por su parte, la dejamos de lado, porque ya antes, con motivo de las declinaciones de los casos, la hemos dado a conocer al tratar del vocativo [136]. Si hacemos una suposición, hablaremos así: «Supongamos, pues, que poco más de trescientos tebanos, en torno al primer sueño, entraron armados en Platea de Beocia, que era aliada de los atenienses, y que a ellos les abrieron las puertas

[136] Del vocativo se ocupará en el apartado relativo a la *chría* (pág. 102 Sp.), cf. n. 94.

Nauclides y sus partidarios, sin que hubiera apostada ninguna guardia a causa de los tratados de paz», y de ese modo lo que sigue. Si quisiéramos hacer la exposición en forma de diálogo, nos imaginaremos a unos personajes cualesquiera dialogando entre sí acerca de los hechos, y al uno dando a conocer y al otro enterándose de lo sucedido, por
90 ejemplo: —«A menudo ya antes me sobrevino el deseo de interrogarte acerca de lo ocurrido en Platea a tebanos y platenses, y también ahora te escucharía con gusto si para ti es oportuno contarlo». —«Es oportuno, sí por Zeus, y precisamente te lo voy a contar ahora mismo, si es que, como dices, tienes gran deseo de oír hablar de ello: resulta que los tebanos, que siempre estaban en enemistad con los platenses, querían apoderarse por sorpresa de Platea, todavía en tiempo de paz. Por tanto, poco más de trescientos de ellos, en torno al primer sueño, entraron armados en la ciudad, que era aliada de los atenienses». —«¿Cómo, pues, si era de noche y estaban las puertas cerradas e incluso había una guardia apostada, entraron con facilidad sin ser vistos?». —«Te has adelantado un poco, pues yo mismo iba a decir que les abrieron las puertas unos hombres, Nauclides y sus partidarios, sin que hubiera apostada ninguna guardia porque había paz», etc. Del mismo modo, mediante preguntas y respuestas, haremos la exposición de acuerdo con las normas del diálogo.

Además, al enunciar los hechos, unas veces afirmamos, por ejemplo: «Teón dialoga», pero es posible presentar las narraciones no sólo afirmando, sino también negando: afirmando, como decíamos que Tucídides había expuesto la narración; negando, por ejemplo: «Ni poco más de trescientos tebanos, en torno al primer sueño, entraron armados en Platea de Beocia, que era aliada de los atenienses, ni les abrieron las puertas Nauclides y sus partidarios»,

y así hasta el final. Hay también otro modo llamado «asíndeton», cuando prescindimos de las conjunciones que unen el discurso, por ejemplo: «Poco más de trescientos tebanos, en torno al primer sueño, entraron armados en Platea de Beocia, que era aliada de los atenienses. Les abrieron las puertas Nauclides y sus partidarios. Depositaron las
armas en el ágora», y del mismo modo también lo que 91
sigue. Y en Demóstenes: «Anfípolis, Pidna, Potidea, Haloneso, de ninguna de ellas me acuerdo»[137]. Y también otra vez: «Sino que marcha contra el Helesponto; antes llegó a Ambracia; posee Élide, una ciudad tan importante del Peloponeso; acaba de conspirar contra Mégara»[138]. Es posible también entrelazar estos modos entre sí y hacer uno mixto a partir de dos o más, por ejemplo, exponer una parte del relato según el modo enunciativo, otra según el modo del asíndeton y la restante variando la expresión como uno quiera.

Añadir epifonemas a la narración consiste en epilogar con una sentencia cada una de las partes de la misma. Pero tal procedimiento no es adecuado ni para una historia ni para un discurso político, sino que es más apropiado para el teatro y la escena. Por ello, en los poetas de tales géneros es abundantísimo, como en Menandro, en muchos otros lugares, pero sobre todo en el comienzo de su *Dárdano* y de su *Reclutador de mercenarios:*

El hijo de un hombre pobre, criado
no conforme a sus recursos, se avergonzaba al ver
lo poco que tenía su padre, pues por ser bien educado
el fruto al punto lo daba hermoso[139],

[137] DEM., XVIII 69-70.

[138] DEM., IX 27.

[139] MEN., *Frg.* 294 (354) (ed. A. Koerte).

pues el verso final se añade de manera superflua, persiguiendo sólo la alabanza de los espectadores. No obstante, cuando uno va entremezclando estos dichos gnómicos de forma ininterrumpida y sin que se adviertan, la narración adquiere cierta gracia, como en Heródoto, en su libro primero, pues, cuando dice acerca de la vida humana que no es estable, sino que contiene en sí muchos cambios, a continuación, tras calcular de cuántos días se conforma la existencia humana, a la que atribuye unos setenta años, añade: «de todos esos días ninguno trae un hecho absolutamente igual al de otro día», y luego añade el epifonema
92 del siguiente modo: «así, Creso, todo hombre es azar» [140]. De igual modo Giges dice a Candaules: «Señor, ¿qué juicio insensato tienes al ordenarme que contemple desnuda a mi señora?: al tiempo que se quita la túnica se despoja también la mujer de su pudor» [141]. Además, también los podríamos encontrar en los oradores, y especialmente en el Demóstenes más político y en los más políticos de sus discursos. En efecto, en el libro segundo de las *Olintíacas*, cuando cuenta que Filipo reunía a su alrededor a bufones y poetas de vergonzosos cantos, así como a quienes al menos la ciudad de los atenienses desterró por considerarlos totalmente impúdicos, y que lógicamente esa manera de ser de Filipo pasaba desapercibida al mundo por sus triunfos guerreros, a continuación añade el epifonema: «pues los triunfos tienen el don de ocultar y ensombrecer consigo infamias de tal índole» [142]. Es posible también narrar en

---

140 Hdt., I 32, 4.

141 Hdt., I 8 y ss.

142 Dem., II 20. Teón ha mezclado dos citas, pues *kaì syskiásai* («y ensombrecer consigo») no procede de la *Segunda Olintíaca,* sino de la *Respuesta a la carta de Filipo* (§ 13), discurso no demosténico pero, al parecer, ya incluido en su *Corpus* y conocido por Teón. Cf. n. 45.

sentido inverso, colocando al principio el dicho gnómico, tal como indicamos al tratar de la fábula, por ejemplo, en Menandro, en *La heredera honrada:*

¿Es acaso el insomnio la más charlatana de todas las cosas?,

luego sigue el relato:

A mí, al menos, poniéndome en pie me empuja a contar ahora mismo toda mi vida desde el comienzo [143].

Es posible enlazar una narración con otra, cuando intentamos contar al mismo tiempo dos relatos o incluso más. Y esto lo practicaron mucho los seguidores de Isócrates y el propio Isócrates en el *Panegírico,* del modo que sigue: «Llegaron los hijos de Hércules y poco antes que éstos Adrasto, el hijo de Tálao y rey de Argos; éste, después de haber fracasado en la expedición contra Tebas», etc. Y de nuevo: «Pues, cuando Grecia era todavía pobre, llegaron a nuestro país los tracios con Eumolpo, el hijo de Poseidón, los escitas con las Amazonas, las hijas de Ares, 93
no por el mismo tiempo» [144], etc.

Acerca de la refutación y confirmación dijimos que eran útiles los mismos lugares de argumentación que para las fabúlas [145], pero en los relatos también son adecuados los lugares basados en la falsedad e imposibilidad, como hace Tucídides al refutar el que Hiparco fuese muerto por los partidarios de Harmodio y Aristogitón cuando era tirano [146], y Heródoto al oponerse a quienes opinaban que

[143] Cf. n. 134.

[144] Isóc., *Pan.* IV, 54-55 y 68.

[145] Cf. pág. 81.

[146] Tuc., I 20. Pues, según Tucídides, no era tirano Hiparco, sino su hermano Hipias.

Cambises era egipcio por línea materna [147]. Sin duda, no siempre es posible argumentar en los relatos a partir de todos los lugares, pero, en el caso de que lo sea, nos serviremos del siguiente orden: en primer lugar, a partir de la oscuridad, según todos los procedimientos que citamos con relación a la claridad [148]; en segundo lugar, argumentaremos basándonos en la imposibilidad, mostrando que es imposible que el hecho haya sucedido del modo en que afirma el escritor, bien porque ni siquiera haya podido suceder en su conjunto, o bien porque los hechos narrados no sean contemporáneos: por ejemplo, es posible refutar a quienes dicen que Hércules dio muerte a Busiris, pues, según Hesíodo, Busiris es anterior a Hércules en once generaciones [149]. Y, en conjunto, contra la mayoría de tales opiniones tendremos fuentes de argumentos a partir de las *Refutaciones* de Arión [150]. A continuación, si aceptáramos el hecho como posible, hemos de decir que es inverosímil; si es verosímil, examinaremos si es falso; si pareciera verdadero, buscaremos entonces si le falta o le sobra algo; a continuación, diremos que el escritor se contradice a sí mismo a lo largo de la narración; además, censuraremos

---

[147] HDT., III 2.

[148] Cf. págs. 83-88.

[149] HES., *Frg. falsa* 11 (ed. A. Rzach). Busiris es un rey legendario de Egipto, célebre por inmolar en honor de Zeus a todos los extranjeros que arribaban al país.

[150] No disponemos de más noticias sobre este Arión, al parecer filósofo, cf. C. WALZ, *Rh. Gr.* I, pág. 217, n. 7. Según Wilamowitz (G. REICHEL, *Quaestiones...*, pág. 21), no se trataría de Arión, sino de Apión, discípulo e hijo adoptivo de Ario Dídimo y director del Museo de Alejandría. Se le atribuyen tratados gramaticales y unas *Egipcíacas* en cinco libros. Sobre Dídimo, cf. n. 169.

también la disposición de las partes principales [151], en el caso de que no se hubiera hecho de modo adecuado; y, si todo ello estuviera dispuesto como corresponde, entonces hemos de señalar que es inadecuado e inconveniente, pues hay hechos que sería necesario que no se hubiesen 94
realizado, pero que, una vez realizados, conviene que se silencien, como si alguien, tras decir que Ayante Locrio cometió contra Atenea la clase de impiedades que se cuentan, a continuación supusiera que, sin sufrir desgracia alguna ni en el mar ni en su patria, en una vejez dichosa acabó su vida [152]. Fácilmente también dispondremos en abundancia de más argumentos si, al tiempo que argumentamos de acuerdo con cada uno de los lugares expuestos, nos servimos igualmente de los llamados «elementos básicos», en los que se fundamenta toda acción, y son los que antes citamos: personaje, hecho, lugar, tiempo, modo y causa.

A manera de ejemplo centrémonos sobre un lugar de argumentación, el de la inverosimilitud. Si, en efecto, refutamos la narración a partir de la inverosimilitud, haremos el examen como sigue: demostrando que es inverosímil tanto el personaje como el hecho realizado y el lugar en el que transcurre la acción, así como también el tiempo, el modo y la causa de la acción; por ejemplo, en el caso de Medea, refutaremos a partir del personaje diciendo que

[151] Gr. *kephálaia.* Alude, como veremos más adelante, a las tres partes que los antiguos distinguían en toda composición literaria: principio, medio y fin.

[152] Su sacrilegio consistió en no respetar a Casandra cuando ésta se había refugiado en el altar de la diosa Atenea. Este acto impío ocasionó grandes calamidades a los locrios, hasta que fue expiado con la muerte en el mar de Ayante y con el envío cada año a Troya de dos doncellas elegidas por sorteo.

es inverosímil que una madre haga daño a sus hijos; a partir de la acción, que no es lógico que los degüelle; a partir del lugar, que no les hubiera dado muerte en Corinto, en donde vivía Jasón, el padre de los niños; a partir del tiempo, que es inverosímil que lo hiciese en esa circunstancia, en la que ella, una mujer extranjera desterrada, estaba en condiciones de inferioridad ante su marido, mientras que Jasón había aumentado su poder al casarse con Glauce, la hija de Creonte, rey del lugar; a partir del modo, que hubiera intentado pasar desapercibida y no se hubiera servido de un puñal, sino de un veneno, sobre todo siendo hechicera; a partir de la causa, que es inverosímil que hubiera dado muerte a sus hijos por la cólera que sentía hacia su marido, pues el infortunio no fue exclusivo de Jasón, sino que también fue común para ella, y especialmente para ella, en la medida en que las mujeres son de algún modo más sensibles a los sufrimientos. De igual modo, también en el caso de los otros lugares de argumentación
95 examinaremos cada uno de los elementos básicos consecutivamente, argumentando a partir de los que sea posible, y a partir de los lugares de argumentación contrarios confirmaremos.

Esos mismos lugares son apropiados también para las narraciones míticas, las contadas tanto por poetas como por historiadores sobre dioses y héroes e, incluso, sobre los que han sufrido cambios en su naturaleza, como las que algunos cuentan sobre Pégaso, Erictonio, Quimera, Hipocentauros y seres semejantes [153]. Y el hecho de no sólo

[153] Pégaso, caballo alado nacido del cuello de la Gorgona, o bien, según otras versiones, de la tierra fecundada por la sangre de aquélla. Su leyenda se halla estrechamente relacionada con la del héroe Belerofonte. Erictonio es un rey legendario de Atenas, nacido de una pasión de

refutar tales narraciones míticas, sino también exponer de qué fuente ha surgido tal relato es propio de un dominio superior al de la mayoría, como ha hecho Heródoto en el libro segundo al narrar cómo volaron las palomas desde Egipto y una llegó al santuario de Dodona y la otra al de Amón. Y al explicar tal relato mítico afirma que eran unas vírgenes sacerdotisas procedentes de la Tebas egipcia, de las cuales una fue vendida al santuario de Dodona y la otra al de Amón, y como hablaban en lengua bárbara y de un modo ininteligible para los del lugar prevaleció la creencia de que eran aves [154]. Platón, en el *Fedro,* no aceptando el relato sobre Oritía y Bóreas, afirma que a Oritía mientras jugaba con Farmacía la empujó desde lo alto de unas rocas cercanas un soplo del viento bóreas, y que por eso, sin duda, se dijo que había sido arrebatada por Bóreas [155]. Por otro lado, también Éforo se sirve de esta modalidad en su libro cuarto: «Titio, en efecto, hombre inmoral y violento, era soberano de Panopeo; Pitón era de naturaleza salvaje, la llamada 'serpiente'; los que vivían en las cercanías de la en otro tiempo Flegras, denominada ahora «Palene», eran hombres crueles, sacrílegos

Hefesto por Atenea, en la que tras un forcejeo del dios con la diosa resultó fecundada la tierra con el semen del dios. Según ciertas versiones, el cuerpo del niño acababa en cola de serpiente. Quimera es un animal fabuloso con cuerpo mezcla de serpiente, león y cabra, muerta por Belerofonte con la ayuda de Pégaso. Los Hipocentauros eran seres fabulosos mitad hombres mitad caballos, violentos y crueles, nacidos de la pasión de Ixión por una nube a la que Zeus, para probar a Ixión, le había dado la forma de Hera. Los únicos Centauros amables y humanitarios eran Folo y Quirón, el primero relacionado con la leyenda de Hércules, el segundo con la de Aquiles.

[154] Hdt., II 55-56. A pesar del texto, como es bien sabido, los mencionados santuarios se fundaron tras la llegada de las sacerdotisas.

[155] Pl., *Fedr.* 229c.

y antropófagos, los llamados 'Gigantes', a los que se dice que Hércules sometió tras apoderarse de Troya y, como Hércules y sus compañeros, que eran pocos, vencieron a los Gigantes, que eran muy numerosos e impíos para con los dioses, a todos les parecía que lo del combate había
96 sido una hazaña»[156], y cuantas otras aclaraciones semejantes hace con relación a Licurgo, a Minos y Radamantis, a Zeus y los Curetes, y a los otros mitos contados en Creta[157]. Y Paléfato, el peripatético, tiene todo un libro titulado *Sobre las historias increíbles*[158], en el que aclara ese tipo de cosas, por ejemplo: «Como Centauros fueron considerados los primeros en ser vistos cabalgar sobre caballos; y de Diomedes el tracio, porque había gastado todo su capital en la cría de caballos, se dijo que había sido devorado por sus propios caballos y, según el mismo razonamiento, Acteón también por sus perros[159] y, sobre Me-

[156] JACOBY, *F. G. H.*, 70 F. 31 (70)a; F. 32 (70); F. 34 (70). Titio era uno de los Gigantes. Pitón era la serpiente a la que Apolo dio muerte al fundar su santuario en Delfos. Hércules se apoderó de Troya y dio muerte a su rey Laomedonte por no haber cumplido su promesa de entregarle las yeguas que le había prometido si daba muerte al monstruo marino que amenazaba la ciudad.

[157] Licurgo era un rey tracio que se atrajo la cólera divina por expulsar a Dioniso de su territorio, acto que le valdría después un cruel castigo. Minos y Radamantis eran dos hermanos cretenses, hijos de Zeus y Europa, llamados a los Infiernos para juzgar a los muertos al lado de Éaco, hijo también de Zeus. Los Curetes eran unos genios que acompañaron a Zeus durante su infancia en Creta. En torno a él, por indicación de Rea, bailaban sus ruidosas danzas guerreras, para que Crono no descubriese los gritos del niño y no pudiese devorarlo.

[158] Sólo nos han llegado 52 historias de los cinco libros de que constaba su obra.

[159] Según la tradición, Diomedes, rey mítico de Tracia, entregaba a la voracidad de sus yeguas a todos los extranjeros que llegaban al país, costumbre atroz a la que Hércules pondría fin haciendo que el propio

dea, como teñía las canas de la cabeza de los hombres y las hacía negras, se divulgó el rumor de que troceando a los ancianos y echándolos en una caldera los hacía jóvenes», y las explicaciones semejantes a éstas.

Eso, pues, es lo que hay con relación a las modalidades del ejercicio, y sólo resta añadir que de acuerdo con ellas es posible ejercitarse también en las fábulas.

Acerca de la «chría»

Una *chría* es una declaración o acción breve atribuida certeramente a un personaje determinado [160] o que es equivalente a uno determinado, y en estrecha relación con ella se hallan la sentencia y el *apomnēmóneuma* [161], pues toda sentencia breve atribuida a un personaje da lugar a una *chría,* y el *apomnēmóneuma* es una acción o dicho útil para la vida.

La sentencia difiere de la *chría* en estos cuatro aspectos: en que la *chría* se atribuye siempre a un personaje, mientras que la sentencia no siempre; en que la *chría* unas veces muestra lo general, otras lo particular, mientras que la sentencia sólo lo general; también en que la *chría* a veces presenta algo gracioso sin que aporte ninguna utilidad,

---

Diomedes fuese devorado por sus yeguas. Acteón, según la mayoría de las versiones, sufrió la cólera de la diosa Ártemis, irritada con él por haberla contemplado desnuda mientras se bañaba. Por ello, la diosa lo transformó en ciervo y sus propios perros, al no reconocerlo en tal forma, lo devoraron.

[160] Gr. *hōrisménon.* Es decir, personajes históricos, mitológicos o literarios conocidos por la mayoría.

[161] La traducción de este término es difícil. Literalmente significa «recuerdo» o «mención». Prisciano lo traduce al latín como *commemoratio.* C. S. Baldwin, *Medieval Rhetoric...,* lo traduce como «*memoir*». Nosotros, al igual que en el caso de la *chría,* hemos optado por su simple transcripción.

97 mientras que la sentencia se refiere siempre a las cosas útiles para la vida; en cuarto lugar, en que la *chría* puede ser una acción o un dicho, mientras que la sentencia es únicamente un dicho.

El *apomnēmóneuma* se distingue de la *chría* en estos dos aspectos: ésta, en efecto, es breve, mientras que el *apomnēmóneuma* a veces se alarga, y ésta se atribuye a un personaje, mientras que el *apomnēmóneuma* se recuerda también por sí mismo.

Se le llama *chría* por excelencia porque en muchos aspectos es más útil para la vida que los otros [162], al igual que en el caso de Homero que, aun siendo muchos los poetas, a éste solo acostumbramos llamarlo poeta por excelencia.

Los principales géneros de la *chría* son tres: unas, en efecto, son verbales, otras de hechos y otras mixtas. Son verbales las que por medio de la palabra, sin hechos, tienen propiedad, por ejemplo: «Diógenes, el filósofo [163], al preguntarle uno cómo podría llegar a ser célebre, le respondió que si se preocupaba mínimamente de la celebridad». Dentro de las verbales hay dos subgéneros: enunciativo y de respuesta. Dentro del enunciativo unas son de enunciación voluntaria, por ejemplo: «Isócrates, el sofista, decía que los discípulos bien dotados son hijos de dioses»;

[162] Obsérvese el juego de palabras entre *chreía* = *chría* («utilidad») y *chreiṓdēs*, que significa «útil».

[163] Diógenes de Sinope (413-327 a. C.), filósofo cínico, discípulo de Antístenes de Atenas, protagonista de multitud de anécdotas famosas. Conocemos sobre su vida las noticias que nos suministran principalmente Luciano, Plutarco y Dión Crisóstomo. También transmite multitud de anécdotas Diógenes Laercio, aunque no se les da mucho crédito por resultar excesivamente extravagantes.

y otras dependen de las circunstancias, por ejemplo: «Diógenes, el filósofo cínico, al ver a un joven rico que carecía de educación dijo: 'He aquí una inmundicia enteramente cubierta de plata'», pues Diógenes no habló de un modo absoluto, sino sólo a partir de lo que vio. También dentro del subgénero de respuesta hay cuatro tipos: el interrogativo, el indagativo, el causal interrogativo y el de respuesta, que tiene la misma denominación que el género. La interrogación difiere de la indagación en que con relación a la interrogación hay únicamente que asentir o negar, por ejemplo, hacer con la cabeza la señal de negación o de asentimiento, o bien basta con responder al menos «sí» o «no», mientras que la indagación exige una respuesta más extensa [164]. Así pues, interrogativo es, por ejemplo: «Habiéndole sido preguntado a Pítaco de Mitilene [165] si la mala conducta pasa desapercibida a los dioses, respondió: 'No, ni aun pretendiéndolo'», pues lo que se añade
después de la respuesta está de más, ya que, aunque se 98
suprima, bastaba la declaración inicial. La *chría* propia de la indagación es como sigue, por ejemplo: «Teano, la filósofa pitagórica [166], al preguntarle uno cuántos días apartada de un hombre bajaba la mujer pura al templo de Deméter [167], respondió: 'Del suyo propio al instante, del ajeno

---

[164] Cf. n. 133.

[165] Su vida se desarrolla desde finales del s. VII hasta comienzos del s. VI a. C. y está en estrecha relación con la del poeta Alceo, que a menudo le atacará en sus versos. Gobernó Mitilene como *aisimneta* (= «juez», «árbitro») durante diez años y por el desempeño de tal cargo fue incluido entre «Los Siete Sabios».

[166] Han desaparecido todos sus escritos, pues las cartas que se le atribuyen son de dudosa autoría.

[167] Se trata del Tesmoforion, templo consagrado a Deméter legisladora. En su honor se celebraban anualmente en el mes de noviembre las

nunca'». Las causales interrogativas son cuantas, al margen de la respuesta relativa a la pregunta, contienen alguna causa o consejo o algo semejante, por ejemplo: «Habiéndole sido preguntado a Sócrates si consideraba feliz al rey de los persas, dijo: 'No puedo responder, pues tampoco puedo saber qué grado de educación posee'». Son de respuesta las que no aluden ni a una pregunta ni a una indagación, sino que contienen algún dicho, al que se refiere la respuesta, por ejemplo: «Platón en cierta ocasión, estando Diógenes almorzando en el ágora e invitándole a su almuerzo, le dijo: 'Diógenes, ¡qué agradable sería tu sinceridad si fuese sincera!'», pues ni Diógenes le preguntaba nada a Platón, ni Platón indaga nada de él, sino que simplemente le invita a almorzar, lo cual no está dentro de ninguna de las dos cosas. Hay también, aparte de éstos, otro subgénero, que se incluye en las *chrías* verbales, llamado «doble». Doble es la *chría* que contiene declaraciones de dos personajes, una de las cuales, junto con un solo personaje, da lugar a una *chría*, por ejemplo: «Alejandro, el rey de los macedonios, acercándose a Diógenes mientras estaba acostado, le dijo:

No ha de dormir durante toda la noche un hombre que
[toma decisiones,

y Diógenes le contestó:

A quien las tropas se han confiado y a cuyo cargo hay
[tantos asuntos» [168],

Tesmoforias, fiestas que duraban cinco días y que tenían como protagonistas a las mujeres.

[168] Hom., *Il.* II 24-25. Es bien conocida la admiración de Alejandro por la *Ilíada*, cf. Plut., *Alex.* 26, 2.

pues sería una *chría* también así, sin que se añadiera la respuesta.

Son de hechos las que sin dichos manifiestan en sí algún significado, y dentro de ellas unas son activas y otras pasivas: activas, cuantas muestran alguna actividad, por
ejemplo: «Diógenes, el filósofo cínico, al ver a un niño 99
glotón, golpeó a su pedagogo con el bastón»; pasivas, las que denotan algún padecimiento, por ejemplo: «Dídimo, el flautista, tras ser sorprendido en adulterio, fue colgado de su nombre» [169].

Son mixtas cuantas participan de la palabra y de la acción, pero tienen su propiedad en la acción, por ejemplo: «Pitágoras, el filósofo, tras haberle sido preguntado de qué duración era la vida de los hombres, subió a su habitación y echó una breve ojeada, manifestando así su brevedad»; y también: «Lacón [170], al preguntarle uno dónde tenían los lacedemonios las fronteras de su territorio, le mostró la lanza».

Así, pues, ésos son los géneros de las *chrías*. Unas se presentan en forma de sentencia, otras en forma demostrativa, otras de manera graciosa, otras en forma de silogismo, otras en forma de argumentación conclusiva [171], otras

[169] Juego de palabras entre *Dídymos,* nombre de este personaje, y *hoi dídymoi,* «los testículos». Ignoramos quién es este personaje. Con el nombre de Dídimo existió un famoso crítico y gramático del s. I a. C. Son muy conocidos sus comentarios a Demóstenes y Homero. Entre otros muchos libros se le atribuye uno titulado *Perì lyrikôn.*

[170] Tal vez se trata del personaje al que alude Tucídides en III 52.

[171] Gr. *enthýmēma.* En general es definido como un silogismo imperfecto al que le falta la primera proposición o la conclusión, como en este caso; de ahí nuestra traducción del término, cf. H. Lausberg, *Handbuch...,* 371. A veces sólo tiene el valor general de «razonamiento», cf. n. 87.

en forma de ejemplo, otras en forma de súplica, otras de manera simbólica, otras figuradamente, otras con ambigüedad, otras con metalepsis [172] y otras, finalmente, compuestas mediante la combinación de modos como los mencionados anteriormente. En forma de sentencia, por ejemplo: «Bión, el sofista [173], decía que la codicia es metrópoli de toda maldad». En forma demostrativa, por ejemplo: «Isócrates, el orador, aconsejaba a sus amigos que honraran a sus maestros más que a sus padres, porque éstos habían sido responsables únicamente de que vivieran, mientras que sus maestros lo eran también de que vivieran de manera digna», pues Isócrates ha presentado su opinión junto con una prueba. De manera graciosa, por ejemplo: «Olimpíade, al enterarse de que su hijo Alejandro se declaraba a sí mismo hijo de Zeus, dijo: '¿No dejará éste de calumniarme ante Hera?'» [174]. En forma de silogismo, por ejemplo: «Diógenes, el filósofo, al ver a un joven excesivamente adornado, dijo: 'Si te comparas a los hombres, fracasas; si a las mujeres, las ultrajas'» [175]. En forma de argumentación conclusiva, por ejemplo: «Sócrates, el filósofo, al decirle un tal Apolodoro, amigo suyo, que los atenienses le habían condenado a muerte injustamente, dijo riéndose: '¿Tú querías que fuera justamente?'», pues es preciso que nos-

[172] En latín se traduce como «*translatio*», y equivale, por poner un ejemplo gráfico, a la expresión del castellano «salirse por la tangente». El «*status translativus*» era uno de los cuatro «*status causae*», cf. H. Lausberg, *Handbuch...*, 90 y 131 y sigs.

[173] Se trata de Bión de Borístenes (s. IV-III a. C.), uno de los más importantes representantes de la escuela cínica. Sobresalió en el género de la diatriba, a la que llevaría a su perfección.

[174] Plut., *Alex.* 3, 3.

[175] Se trata del silogismo entendido como un tipo especial de «énfasis». Vid C. T. Ernesti, *Lexicon...*, págs. 325 (final) y 104.

otros lleguemos a la conclusión [176] de que, efectivamente, es mejor ser condenado injustamente que justamente y, en la *chría,* a primera vista, se ha descuidado dar a entender esto en el sentido. En forma de ejemplo, como: «Alejandro, el rey de los macedonios, al ser exhortado por sus amigos a acumular riquezas, dijo: 'Pero ésas no aprovecharon tampoco a Creso'» [177]. En forma de súplica, por ejemplo: «Damón [178], el profesor de gimnasia, que era cojo, al serle robados sus zapatos, dijo: '¡Ojalá le queden bien al ladrón!'». De manera simbólica, por ejemplo: «Alejandro, el rey de los macedonios, al preguntarle uno en dónde tenía sus tesoros, dijo señalando a sus amigos: 'Entre ésos'». Figuradamente, por ejemplo: «Platón, el filósofo, dijo que los brotes de la virtud crecen con sudor y con fatigas». Con ambigüedad, por ejemplo: «Isócrates, el orador, al serle encomendada la educación de un niño y preguntarle el que se lo encomendaba qué le hacía falta, dijo: Una tablilla KAINOU y un punzón nuevo», pues es ambiguo si dice «inteligencia y una tablilla» o «una tablilla nueva y un punzón nuevo» [179]. Con metalepsis es cuando uno, al responder, convierte en cosas distintas la respuesta y la pregunta, por ejemplo: «Pirro, el rey del Epiro, al preguntarle unos durante la comida qué flautista era mejor, si Antigénidas o Sátiro, dijo: 'Para mí, el estratego Polisper-

[176] De ahí la traducción que ofrecemos del término *enthýmēma.* Tal anécdota es recogida por JENOFONTE en *Apolog.* 28.

[177] Según narra Heródoto en I 6. Cf. n. 98.

[178] Tal vez se trate de un personaje con el mismo nombre, vecino de Queronea, que dio muerte a un centurión romano que le había insultado. Sus conciudadanos lo nombraron gimnasiarca y después lo asesinaron por temor a posibles represalias de Roma.

[179] Según se lea junto, *kainoû* = «nuevo», o separado, *kaì noû* = «e inteligencia».

conte'»[180]. El modo combinado está claro que se presenta de muchas maneras, pues, o bien se formará por combinación en un chiste gnómico, o en un ejemplo simbólico, o por la combinación de ambigüedad y metalepsis o, sencillamente, se formará de cuantos otros modos puede producirse una combinación, asociándose dos o incluso más modos en una sola *chría,* por ejemplo: «Diógenes, el filósofo cínico, al ver a un muchacho, hijo de un adúltero, tirando piedras al ágora, dijo: 'Cesa, niñato, no sea que
101 sin reconocerlo golpees a tu padre'», pues el dicho es al mismo tiempo simbólico y gracioso.

En lo que respecta a las *chrías,* nos ejercitamos en la exposición, la declinación, la epifonesis y la réplica, alargamos y abreviamos las *chrías* y, además de esto, procedemos a su refutación y confirmación.

Sin duda, la exposición es clara, pues, una vez dicha la *chría,* intentamos interpretarla con la mayor claridad, en la medida de lo posible con las mismas palabras o también con otras.

La declinación es variada, pues los personajes presentes en la *chría* los vamos pasando a los tres números, y esto no de un único modo, sino, por ejemplo, de singular a singular, a dual y a plural y, a su vez, de dual a singular, luego a dual y a plural, y también de plural a singular, a dual y a plural. Propuesta, pues, como modelo una *chría:*

---

[180] Pirro (s. IV-III a. C.) luchó contra Roma al lado de los tarentinos y venció en Heraclea y en *Ausculum,* pero después será vencido en Benevento por Curio Dentato, muestra ya de la potencia en la que Roma se iría convirtiendo. Polisperconte fue un célebre general macedonio al servicio, primero, de Filipo y, después, de Alejandro Magno. Su fama aparece ensuciada por haber traicionado a Hércules, el hijo de Alejandro, cuya tutela le había sido confiada.

«Isócrates, el orador, decía que los dotados de talento son hijos de dioses», así declinamos de singular a singular, por ejemplo: «Isócrates, el orador, decía que, de los discípulos, el dotado de talento es hijo de dioses»; de dual a dual: «Los dos oradores Isócrates decían que, de los discípulos, los dos bien dotados de talento son hijos de dioses»; de plural a plural: «Los oradores Isócrates decían que los bien dotados de los discípulos son hijos de dioses» [181]. A partir de esto es evidente cómo haremos también los otros modos de declinación: en efecto, se van pasando a los cinco casos. Pero, puesto que, de las *chrías,* unas son verbales, otras de hechos y otras mixtas a partir de las dos anteriores, y a su vez dentro de ellas hay otros subgéneros, según cada uno de ellos intentaremos enseñar la declinación sobre la base de un ejemplo. Así, pues, el caso recto no tiene ninguna dificultad, pues mediante él se suele ofrecer cada una de las *chrías.* Con relación al caso genitivo, haremos la declinación del modo siguiente: si es una *chría* verbal, le añadiremos: «el dicho alcanzó fama» o «se recuerda que dijo». Lo primero, en efecto, conviene colocarlo después de la exposición de la totalidad de la *chría,* por ejemplo: 102
«Al decir Isócrates, el orador, que los bien dotados de los discípulos son hijos de dioses, el dicho alcanzó fama». Lo segundo, en medio de la *chría* y al comienzo de la declaración, por ejemplo: «Habiéndole sido preguntado a Pítaco de Mitilene si la mala conducta pasa desapercibida a los dioses, se recuerda que dijo: 'Ni aun pretendiéndolo'». Se ajusta especialmente el «se recuerda que dijo» a todas las *chrías* verbales, excepto a la de enunciación voluntaria, pues

[181] Lo absurdo de estos ejemplos es excusable si se tiene en cuenta el afán pedagógico que mueve a Teón.

a ésta se ajusta lo de «el dicho alcanzó fama». En el caso de que sea una *chría* de hechos, si fuera pasiva, se ha de añadir: «el suceso alcanzó fama»; si activa: «lo realizado alcanzó fama», e igualmente también si se trata del género mixto. Ciertamente, cada una de estas apostillas se ha de añadir al final de las *chrías*, por ejemplo: «Sorprendido en adulterio Dídimo, el flautista, y colgado de su nombre [182], el suceso alcanzó fama» y «Tras ver Diógenes, el filósofo cínico, a un niño glotón y golpear a su 'pedagogo' [183] con el bastón, lo realizado alcanzó fama». Al dativo, sea la *chría* que sea, excepto la pasiva, le añadiremos la expresión «pareció oportuno», «pareció», «sobrevino», «se presentó» o alguna de las expresiones semejantes, por ejemplo: «A Diógenes, el filósofo cínico, al ver a un joven rico que carecía de educación, le pareció oportuno decir: 'He aquí una inmundicia enteramente cubierta de plata'». En el caso de la pasiva, añadiremos la expresión «ocurrió», por ejemplo: «A Dídimo, el flautista, tras ser sorprendido en adulterio, le ocurrió que fue colgado de su nombre». Si se trata del acusativo, añadiremos en general, sea la *chría* que sea, la expresión «dicen», «se cuenta», por ejemplo: «Dicen», o bien «Se cuenta», «que Diógenes, el filósofo cínico, al ver a un joven rico que carecía de educación, dijo: 'He aquí una inmundicia enteramente cubierta de plata'». El vocativo está claro: dirigiremos, en efecto, la palabra, como si estuviera en nuestra presencia, a la persona a la cual se atribuye la *chría*, por ejemplo: «Diógenes, filósofo cínico, al ver a un joven rico que carecía de educa-
103 ción, dijiste: 'He aquí una inmundicia enteramente cubierta de plata'».

---

[182] Cf. n. 169.

[183] Se trata sin duda del esclavo que acompañaba al niño al colegio.

Es posible hacer la epifonesis aprobando de manera apropiada y concisa lo dicho por medio de la *chría,* bien con la calificación de que es verdadero, o de que es hermoso, o de que es útil o de que eso mismo creyeron otros hombres que gozan de reputación, por ejemplo: «Eurípides, el poeta, dijo que la mente de cada uno de nosotros es un dios» [184]. Haremos la epifonesis a partir de la verdad como sigue: «Un dios, en efecto, es realmente la mente para cada uno, pues nos empuja hacia lo que nos conviene y nos aparta de lo que nos perjudica»; a partir de la belleza, como sigue: «Es hermoso, en efecto, que cada cual considere que la divinidad no está en el oro ni en la plata, sino en uno mismo»; a partir de la conveniencia, así: «Para que no tuviéramos mucha inclinación a cometer injusticias por creer que el encargado de castigarnos se hallaba muy lejos»; a partir del testimonio de los bien reputados, cuando decimos que un sabio, o un legislador, o un poeta o algún otro personaje célebre está de acuerdo con lo dicho, por ejemplo, en el caso de la *chría* propuesta como modelo, diremos:

Pues tal la mente es de los hombres que viven en la tierra,
cual cada día determina el padre de hombres y dioses [185].

Haremos la réplica a las *chrías* a partir de los argumentos contrarios, por ejemplo, con relación a Isócrates, cuando dice que hay que honrar a los maestros más que a los padres, porque éstos nos proporcionaron el que viviéramos, mientras que aquéllos el que viviéramos de manera digna; rebatiéndole, pues, afirmamos: «No sería posible que viviéramos de manera digna si los padres no nos hubieran

[184] EUR., *Frg.* 1018 (ed. Nauck).
[185] Cf. n. 15.

proporcionado el que viviéramos». Es preciso saber que no es posible rebatir cualquier *chría* por haber sido muchas expresadas de manera apropiada y sin tacha, del mismo modo que no es posible alabarlas todas, a causa de que al punto salta a la vista lo absurdo de algunas.

Alargamos la *chría* cuando extendemos las preguntas y respuestas presentes en ella y las acciones o experiencias que contenga, mientras que haciendo lo contrario la abreviamos; por ejemplo, una *chría* concisa: «Epaminondas,
104 aunque moría sin hijos, decía a sus amigos: 'He dejado dos hijas, la victoria de Leuctra y la de Mantinea'» [186]. La alargamos como sigue: «Epaminondas, el general tebano, era, en efecto, incluso durante la paz, un hombre noble y, al presentarse para su patria una guerra contra los lacedemonios, dio muchas y brillantes muestras de su grandeza de espíritu. Por un lado, como beotarca venció a los enemigos en Leuctra; por otro, mientras dirigía el ejército y combatía en defensa de su patria, murió en Mantinea. Y, cuando herido concluía su vida, al lamentarse sus amigos sobre todo de que muriera sin hijos, dijo sonriendo: 'Cesad de llorar, amigos, pues yo os he dejado dos hijas inmortales, dos victorias de la patria contra los lacedemonios, una en Leuctra, la mayor, y otra, más joven, que recientemente me nació en Mantinea'».

Hemos de refutar, además, las *chrías* basándonos en la oscuridad, la redundancia, la imperfección, la imposibi-

[186] Epaminondas (418-362 a. C.), famoso general tebano. Él y su íntimo amigo Pelópidas llevaron a Tebas a su máximo esplendor tras su victoria en Leuctra sobre Esparta, que supondría el comienzo de la hegemonía tebana. Epaminondas murió en la batalla de Mantinea casi a punto de lograr la victoria. No obstante, esta batalla iba a ser un triunfo de los espartanos al mando de su rey Agesilao.

lidad, la inverosimilitud, la falsedad, la inconveniencia, la inutilidad y la vergüenza. A partir de la oscuridad, por ejemplo, si decimos que Isócrates no ha precisado con claridad lo que necesita para la oratoria el niño encomendado a él, y en la misma situación está también la *chría* de Dídimo el flautista, pues no está claro para todos lo de que fue colgado de su nombre [187]. A partir de la redundancia, cuando se dice algo que, aunque sea suprimido, no por ello perdura menos la *chría,* por ejemplo: «Habiéndole sido preguntado a Sócrates, el filósofo, si consideraba feliz al rey de los persas, dijo: 'No puedo responder, al no saber qué grado de educación posee'», pues fue redundante no sólo al responder a la pregunta, sino también al decir la causa de la respuesta, no aguardando a si después le iba a preguntar de nuevo, lo cual no respondía al carácter de Sócrates, que era un hombre dialéctico. A partir de la imperfección, cuando señalamos que Demóstenes afirma inapropiadamente que la oratoria es una representación escénica [188], pues precisamos para la misma también de muchas 105
otras cosas. A partir de la imposibilidad, por ejemplo, si afirmamos, con relación a Isócrates, que no es posible que los hombres nazcan de dioses, ni aun siendo bien dotados. A partir de la inverosimilitud, si decimos que no es lógico que Antístenes [189], que era precisamente ático, al presentarse en Lacedemonia procedente de Atenas, dije-

---

[187] Cf. n. 169.

[188] Gr. *hypókrisis.* Es el término técnico que designa la *ejecutio* o *pronuntiatio* de un discurso, cf. n. 88.

[189] Antístenes de Atenas (444-365 a. C.), fundador espiritual de la escuela cínica, discípulo de Gorgias y maestro de Diógenes de Sinope. Nos han llegado de él dos declamaciones en estilo gorgiano, *Áyax* y *Ulises.* Entre los títulos de este prolífico autor destacan: *Aspasia, Alcibíades, Hércules,* etc.

ra que llegaba del departamento de mujeres al de hombres. A partir de la falsedad, que no con razón decía Bión que la codicia es la metrópoli de la maldad, pues más lo es la insensatez. A partir de la inconveniencia, que de modo nocivo aconseja Simónides disfrutar en la vida y no preocuparse absolutamente por nada [190]. A partir de la inutilidad, por ejemplo, si lo dicho en nada se mostrara útil para la vida. A partir de la vergüenza, cuando la *chría* que exponemos es vergonzosa y censurable, por ejemplo: «Un hombre de Síbaris, al ver que los lacedemonios vivían penosamente, dijo que no se sorprendía de que en las guerras no vacilaran en morir, ya que era mejor la muerte que tal tipo de vida», pues hizo una declaración muy cobarde y no la propia de un carácter valeroso. Así pues, a partir de esos lugares de argumentación hemos de refutar, y es preciso argumentar con relación a cada parte de la *chría* comenzando por los primeros, a partir de cuantos sea posible. Que no nos pase, pues, desapercibido que no es posible argumentar en todas a partir de todos los lugares.

Sin duda, la disposición de los argumentos la haremos del mismo modo en que vamos exponiendo la de los lugares de argumentación, y esos mismos podrían servir también para la refutación y confirmación de las sentencias. A los ya más avanzados les conviene tomar las fuentes de argumentación también a partir de las que vamos a exponer con relación a las tesis.

Es preciso que el proemio no sea de tal modo que se ajuste a otras *chrías,* sino que sea exclusivo de la que se propone. Esto quedaría bien en una *chría,* en una fábula

---

[190] Simónides de Ceos *(ca.* 556-468 a. C.), poeta lírico coral, rival literario de Píndaro, al igual que su sobrino Baquílides. Entre sus poemas corales figuran los epinicios.

y en todos los demás ejercicios si tomamos las fuentes de argumentación de los proemios a partir de una o dos de las partes principales.

Después del proemio hemos de exponer la propia *chría* 106
y, a continuación, las argumentaciones. Entonces debemos servirnos de las amplificaciones, digresiones y caracteres que sea posible.

Acerca del lugar común

Un lugar común es una composición amplificadora de un hecho reconocido ya como delito, ya como acto noble. Es, pues, doble el lugar común: uno, contra los que han actuado de forma malvada, por ejemplo, contra un tirano, un traidor, un homicida, un libertino...; otro, en alabanza de quienes han llevado a cabo una acción útil, por ejemplo, en alabanza de un tiranicida, de un hombre distinguido por su valor, de un legislador, etc. [191].

De los lugares comunes, unos son sencillos y otros no sencillos. Son sencillos los antes mencionados, y no sencillos los dirigidos contra un general traidor, contra un sacerdote saqueador de templos, contra quien se ha comportado con soberbia en una fiesta religiosa o en un templo, o en alabanza de una mujer tiranicida.

Se llama lugar común porque «partiendo de él», como de un lugar, fácilmente aportamos argumentos contra quienes confiesan ser culpables; por lo cual, algunos también lo definieron como «fuente» [192] de argumentos. En efecto,

[191] Cf. H. LAUSBERG, *Handbuch...*, 409 y 1126. Frente a Teón y Hermógenes, que conciben el lugar común como encomio o vituperio, Aftonio lo concibe únicamente como vituperio, cf. págs. 184 y 232.

[192] En el original griego hay una clara correspondencia entre ambas expresiones: «*ap'* autoû *hormó̄*menoi», por un lado, y «aphormḗ», por otro.

la acusación del soberbio, común e indiscutida, se denomina «lugar común», y partiendo de ella, como de un lugar, fácilmente disponemos en abundancia de argumentos contra Conón y contra Midias [193].

Difiere de los encomios y de los vituperios en que éstos se dicen acerca de personajes determinados y con aportación de pruebas evidentes [194], por ejemplo, el *Encomio de Helena* de Isócrates y, si acaso, algún vituperio de Euríbato [195], mientras que los lugares comunes tratan, en una palabra, únicamente sobre los hechos y sin aportación de pruebas; y en que en los encomios y vituperios hay que cuidarse también de los proemios, mientras que en el lugar común se pretende dar una impresión tal que parezca que hay un corte y que es una parte de otro discurso pronunciado anteriormente, precisamente como una especie de epílogo enfático de los hechos ya demostrados anterior-
107 mente. Por lo cual, se ha de comenzar así, como si ya se hubiesen dicho antes otras cosas, como en Esquines: «No penséis, pues, varones atenienses, que los comienzos de los infortunios parten de los dioses, sino del desenfreno de los hombres» [196]; y en Demóstenes: «Hombres infames, aduladores y criminales, que han mutilado cada uno su propia patria, que han brindado su libertad antes a la salud de Filipo, ahora a la de Alejandro, que miden la felicidad por los placeres del vientre y por los actos más ver-

[193] Así se titulan dos discursos de Demóstenes dirigidos contra ambos personajes.

[194] Gr. *apódeixis.* En latín *evidens probatio.* Vid. H. Lausberg, *op. cit.*, 357, 372 y 433.

[195] Originario de Éfeso. Ha pasado a la historia por la traición que le hizo a Creso. Enviado por éste a Europa para alistar tropas, lo entregó traidoramente a Ciro. Sobre Creso, cf. n. 98.

[196] Esquin., I 190.

gonzosos»[197], y también: «Pues ha sobrevenido a Grecia, varones atenienses, una enfermedad terrible y difícil de soportar y que precisa de mucha buena suerte y de vuestros cuidados»[198]. Ahora también muchos se cuidan de los proemios y exponen el hecho en sí como si lo narrasen, y en último lugar colocan las amplificaciones, pero quienes hacen eso tal vez es posible que de ese modo proporcionen alguna utilidad, sin embargo, destruyen el carácter propio del ejercicio.

Es necesario argumentar a partir de la intención de los autores y de la importancia de las obras que realizan, a partir de lo que les ocurre a otros a causa de ellos e, incluso, a partir de lo que ellos obtienen a cambio; y si, como en un proceso, queremos servirnos tanto del proemio como del relato, emprenderemos las argumentaciones después del proemio y de la exposición del delito: en primer lugar, a partir de la intención del autor, diciendo que es malvada; en segundo lugar, a partir del objeto sobre el que se ha cometido el delito, diciendo que es de las cosas más necesarias, por ejemplo: «Un ladrón urde asechanzas por adueñarse del dinero, que es absolutamente necesario para todos, y gracias a él cultivamos la tierra, navegamos y todo, en una palabra, durante la vida lo hacemos con el fin de tener dinero con el que poder vivir». Después de esto, a partir del contenido, diciendo que por el nombre el delito
es uno solo, pero en realidad contiene en sí muchos delitos: 108
por ejemplo, el adulterio contiene violencia, robo, nacimiento ilegítimo e innumerables faltas más. A continuación, a partir de la comparación, y ésta es triple, pues lo censurado por nosotros lo comparamos con un delito ma-

[197] Dem., XVIII 296.
[198] Dem., XIX 259.

yor que ello, menor o igual. Así, pues, cuando lo comparemos con uno mayor, amplificando el menor lo mostraremos igual a aquel, por ejemplo: «Un ladrón comete el mismo delito que un saqueador de templos, pues ambos se sirven del mismo deseo de robar, y ni el ladrón vacilaría en saquear templos, si tuviera ocasión, ni el saqueador de templos en robar»; cuando lo comparemos con uno menor, diremos así: «Si el ladrón es castigado por sustraer a los hombres sus bienes, ¿cuánto más habrá de ser castigado el que saquea los de los dioses?»; cuando comparemos igual con igual, diremos: «Si no dejamos impune a quien ha cometido los mismos delitos, tampoco es justo que lo dejemos a éste». Luego, a partir de sus contrarios: «En efecto, si quien se distingue por su valor es digno de honores, el traidor lo es de castigo». Seguidamente, a partir de los actos anteriores al hecho, por ejemplo, en lo relativo a la acusación de saqueador de templos: «Antes de las impiedades contra los dioses es probable que el saqueador de templos haya osado cometer muchas faltas contra los hombres y muchas contra los muertos, y que haya descuidado la mayoría de los actos acostumbrados para honrar a los dioses, como fiestas religiosas, sacrificios y plegarias e, incluso, que haya perjurado a menudo», y las faltas similares. A continuación, a partir del resultado y de las consecuencias del hecho, por ejemplo: «Tras producirse el saqueo de un templo, los templos se quedan en desorden, mientras que el saqueador despilfarra lo robado en placeres» y «A causa de tales delitos sobrevienen también a las ciudades manifestaciones de la cólera divina: hambres y epidemias, ruinas de ejércitos y todas las calamidades semejantes». Seguidamente, a partir de su carácter irremediable, por ejemplo: «Lo realizado es irreparable». Luego, a partir del juicio, o bien de legisladores, o bien de poetas

u hombres sabios, diciendo sus opiniones, por ejemplo, que también a éstos les parece que lo realizado es malvado y digno de castigo. Finalmente, haremos la descripción vívida y detallada [199] cuando expongamos el delito como 109
realizándose en el presente, así como el sufrimiento de la víctima, por ejemplo, contra un homicida: describiremos, en efecto, qué clase de individuo era el que perpetraba el asesinato, cuán cruelmente y sin compasión siendo hombre se convirtió en asesino de un hombre, y cómo desenvaina el puñal y le asesta el golpe y, si se encuentra con que la herida resultante no es mortal, le hace otras sobre las que ya tiene y se mancha con la sangre del muerto, y qué voces profería éste, suplicando, por un lado, al asesino, llamando por otro, a quienes le socorrieran, ora a los hombres, ora a los dioses, y todo lo semejante.

En los lugares comunes no sencillos es posible argumentar también a partir de los aspectos antes mencionados, pero dispondremos en abundancia de más argumentos gracias a lo que se añade a los sencillos, pues el traidor es de por sí digno de cólera, pero mucho más cuando es un general, y lo que se hace al margen de lo que se espera proporciona muchas fuentes de argumentos.

La amplificación de los delitos se podría hacer a partir de esos aspectos; la de los actos loables, a partir de los contrarios.

---

[199] Gr. *diatýpōsis, cf.* lat. *evidentia.* Vid. H. LAUSBERG, *Handbuch...*, 810, 814 2a. Cf. MENANDRO RÉTOR, 423, 19 y nota *ad locum* en el comentario de RUSSELL-WILSON, Oxford, 1981, pág. 338.

Acerca del encomio y el vituperio

Un encomio es una composición que pone de manifiesto la grandeza de las acciones nobles y de las otras buenas cualidades de un personaje determinado. Pero en la actualidad se llama propiamente «encomio» el que va dirigido a los vivos, mientras que el relativo a los muertos se denomina «epitafio» y el relativo a los dioses «himno». Sin embargo, ya encomie uno a los vivos, ya a quienes han fallecido, o tanto a héroes como a dioses, uno solo y el mismo es el método de la argumentación [200].

Se llama «encomio» porque los antiguos en un *kômos* y por entretenimiento hacían las alabanzas a los dioses [201].

Puesto que principalmente se alaban las buenas cualidades y, en nuestra opinión, de las buenas cualidades, unas se refieren al espíritu y al carácter, otras al cuerpo y otras son externas, está claro que ésos serían los tres aspectos
110 a partir de los cuales conseguiremos hacer un encomio. Es un bien externo, en primer lugar, la nobleza de nacimiento, y es doble: por un lado, la relativa a la ciudad, al pueblo y a una buena forma de gobierno; por otro, la relativa a los padres y demás familiares. A continuación, la educación, amistades, reputación, cargo, riqueza, abundancia de hijos, muerte dulce, etc. Bienes del cuerpo son salud, fuerza, belleza, sensibilidad, etc. Son bienes espirituales la moral honrada y las acciones que la acompañan,

---

[200] Gr. *éphodos tôn lógōn*. Se trata del método empleado para el hallazgo de argumentos. Cf. C. T. Ernesti, *Lexicon...*, pág. 147.

[201] Explica, pues, etimológicamente encomio a partir de *en kṓmōi*. Sobre la importancia del término *kômos* y su relación con la comedia y la tragedia véase la mencionada obra de F. Rodríguez Adrados, *Fiesta, Comedia y Tragedia*, Barcelona, 1972.

como el ser juicioso, prudente, valeroso, justo, piadoso, liberal y magnánimo, y todo lo semejante.

Bellas acciones son precisamente las alabadas después de la muerte (pues a los vivos es costumbre adularlos) y, al revés, las que siendo alabadas mientras aún estamos vivos rebasan también la envidia de la mayoría (pues los vivos, según Tucídides, sienten envidia hacia sus rivales [202]), así como las que realizamos en interés de otros y no de nosotros mismos, y a causa del bien y no de la conveniencia y el placer, y en las que el esfuerzo es privado pero la utilidad pública, y ésas gracias a las cuales la mayoría experimenta grandes bienes y a las que considera un servicio de bienhechores, especialmente si han muerto, por lo cual son alabadas tanto las venganzas como los peligros en interés de los amigos. Son dignas de alabanza las acciones que se realizaron en el momento oportuno, y las que alguien llevó a cabo solo o el primero, o cuando nadie se atrevía, o con mayor participación que los demás, o con ayuda de unos pocos, o por encima de lo que permitía su edad, o sin esperanzas, o en medio de fatigas o cuantas empresas fueron realizadas con la mayor facilidad o rapidez.

Es necesario tomar también los juicios de los personajes célebres, como quienes alaban a Helena porque Teseo la prefirió [203]. Es útil igualmente conjeturar el futuro a partir del pasado, como si uno dijera acerca de Alejandro el Macedonio: «¿Qué hubiera hecho, después de someter tantos y tan grandes pueblos, si hubiera vivido aún un poco

---

[202] Cf. n. 20.

[203] Teseo y su amigo Pirítoo raptaron a Helena y se la sortearon. En dicho sorteo la joven correspondió a Teseo, quien, al no estar la muchacha aún en edad de casarse, la ocultó en Afidna, confiándosela a su madre Etra.

más de tiempo?», precisamente como hace Teopompo en el *Encomio de Filipo:* «Si Filipo quisiera mantenerse en los mismos hábitos, reinará incluso sobre toda Europa»[204].
111 No es inútil tampoco hacer mención de otros que ya han sido alabados anteriormente, comparando sus obras con las de quienes estemos elogiando en ese momento. A veces es de buen tono encomiar a partir de los nombres propios y de la homonimia, o de los sobrenombres, a no ser que resulte muy vulgar y ridículo. A partir de los nombres propios, por ejemplo, «Demóstenes», diciendo que era «la fuerza del pueblo»[205]; a partir de la homonimia, cuando alguien tiene casualmente el mismo nombre que una persona que ha gozado de reputación; a partir de los sobrenombres, por ejemplo, Pericles, llamado por sobrenombre «Olímpico» a causa de su magnificencia en las empresas con éxito.

Así, pues, ésos son los lugares a partir de los cuales argumentaremos, y los utilizaremos del modo siguiente: inmediatamente después del proemio hablaremos sobre la nobleza de su linaje y las otras cualidades, tanto las externas como las corporales, componiendo el discurso no de un modo general ni al azar, sino señalando a propósito de cada cualidad que no de un modo insensato, sino juiciosamente y como era preciso, se sirvió de ellas (pues en la menor medida alaban los bienes que son debidos no a la libre voluntad, sino al azar), por ejemplo: «Era afortunado, moderado y humanitario, así como sincero y justo para con sus amigos, y utilizó con templanza las excelencias de su cuerpo». En el caso de que no poseyera ninguna de las cualidades mencionadas, habría que decir que no

---

[204] Jacoby, *F. G. H.,* 115 F. 256 (285).
[205] De *dêmos* («pueblo») y *sthénos* («fuerza»).

era un vulgar infeliz, ni un delincuente sin recursos, ni un esclavo indigente y que, aun procediendo de una ciudad pequeña, llegó a ser ilustre, al igual que Ulises y Demócrito [206] y, aunque fue educado en un régimen de gobierno injusto, no se dejó corromper, sino que llegó a ser el mejor de los de su tiempo, como Platón, que se educó en una oligarquía [207]. Es digno de alabanza también quien, procediendo de una familia humilde, se convirtió en importante, como Sócrates, el hijo de Fenárete, la partera, y de Sofronisco, el escultor. Es justo igualmente admirar a quien a partir de un oficio de artesano o de una suerte adversa fue capaz de producir algún bien, como dicen de Herón, el zapatero, y Leontion, la hetera [208], que se dedi- 112
caron al estudio de la filosofía, pues la virtud resplandece principalmente en los infortunios. Después de esto nos encargaremos de las acciones y de los éxitos, pero no los narraremos todos sucesivamente, sino que al tiempo que

[206] Ulises, como es bien sabido, era natural de la pequeña isla de Ítaca. Demócrito (s. v a. C.) era natural de Abdera, en Tracia, famoso por su teoría filosófica de los átomos. Obsérvese cómo son puestos a la par personajes mitológicos e históricos, algo característico de las escuelas de retórica de la época.

[207] La vida de Platón transcurre entre los años 428 y 348-347 a. C. Por tanto, coincidieron en su juventud dos gobiernos oligárquicos, el de 411, integrado por el Consejo de los Cuatrocientos y que sólo duró unos meses, y el de 404, año en que con ayuda del espartano Lisandro se implantó en Atenas la Tiranía de los Treinta, entre los que destacaban Terámenes y Critias, tío de Platón. Estos Treinta Tiranos serían derrocados al año siguiente por obra de Trasibulo.

[208] Con el nombre de Herón existió un famoso matemático alejandrino, célebre por sus vastos conocimientos en matemáticas, física, mecánica, etc. Leontion es el nombre de una filósofa del s. III a. C. perteneciente al círculo de Epicuro. Entre sus obras figuran unas cartas sobre el hedonismo y un tratado contra Teofrasto.

hablamos de cada virtud en particular vamos añadiendo otros aspectos, pasando revista luego a las obras resultantes, diciendo, por ejemplo, que era prudente, franco para advertir y reprochar, y qué acto prudente ha sido realizado por él, y lo mismo en el caso de las otras virtudes. Las calumnias, por su parte, o no se han de decir, pues sobreviene el recuerdo de las faltas, o se han de decir en la medida de lo posible de un modo soslayado y encubierto, no sea que sin darnos cuenta hagamos una defensa en lugar de un encomio, «pues es apropiado defender a quienes son acusados de delinquir y, por el contrario, alabar a quienes se distinguen por algún bien» [209].

Los encomios de las cualidades no espirituales, como dulzura de palabra, salud, fuerza y las semejantes, los haremos de manera análoga, argumentando a partir de los lugares antes mencionados que sea posible.

A partir de esos lugares haremos el elogio, y censuraremos a partir de los contrarios.

Acerca de la comparación

Una comparación es una composición que confronta lo mejor o lo peor.

Las comparaciones se hacen entre personas y entre cosas. Entre personas, por ejemplo, Ulises y Ayante; entre cosas, por ejemplo, sabiduría y valentía. Sin embargo, puesto que de las personas preferimos también a una o a otra fijándonos en sus acciones y en las demás cualidades que posean, uno solo sería el método para ambos tipos de comparación.

En primer lugar, se ha de precisar que las comparaciones no se hacen entre quienes mantienen entre sí una gran diferencia, pues es ridículo que uno dude cuál de los dos

[209] Isóc., *Hel.* 15.

era más valiente, Aquiles o Tersites [210], sino entre quienes son semejantes y entre aquellos acerca de los cuales discutimos cuál de los dos hay que colocar delante, por no ver 113
ninguna superioridad del uno con respecto al otro.

Así, pues, cuando comparemos personas, confrontaremos, en primer lugar, la nobleza de su linaje, su educación, su abundancia de hijos, sus cargos, su reputación, la disposición de su cuerpo y las otras cualidades relacionadas con el cuerpo y externas, que expusimos antes en el apartado correspondiente a los encomios. A continuación, compararemos las acciones, juzgando superiores las más hermosas y las responsables de más y mejores beneficios, las más firmes y las más duraderas, las realizadas más oportunamente, aquellas de las que, en el caso de no realizarse, resulta un gran daño, las que son resultado de la libre voluntad más que las debidas a la necesidad o al azar, las que unos pocos realizaron más que las que realizaron muchos (pues las empresas comunes y masivas no son muy dignas de elogio), las que hicimos en medio de fatigas más que las que hicimos fácilmente, y las que realizamos después de rebasar la edad en que teníamos la posibilidad más que las realizadas cuando era posible. Las calumnias, por su parte, según dijimos en el apartado correspondiente a los encomios, o no se han de decir o se han de decir lo más rápidamente posible, mientras que conviene, más bien, ridiculizar y someter a burla las del personaje contrario, pues en esto se diferenciará la comparación de la hipótesis [211], en que en la hipótesis, en efecto, además de decir los éxitos propios añadiremos también si los adversarios han cometido alguna falta, mientras que la com-

[210] Personaje ridiculizado por Homero en *Il.* II 212 y sigs.

[211] Se refiere claramente a la causa judicial.

paración exige que se busque, en una palabra, únicamente la superioridad en los éxitos.

Cuando comparemos cosas, tal vez parecerá ridículo buscar en ello el parentesco o algo similar, pero nada impide, de un modo análógico a ese tipo de aspectos, pasar revista, por ejemplo, a sus descubridores, o al medio natural o al lugar en los que residen por naturaleza, como si alguien dijera que la salud es hija de Apolo, porque el dios es médico, o que la miel nace del cielo, porque la mayoría opina que tiene su origen en el rocío, o que, ¡por Zeus!, procede de la mejor ciudad, porque la mejor miel se produce por naturaleza en el Ática, y todo lo semejante.
114 Seguidamente hay que enumerar también los beneficios que resultan de cada una de las cosas comparadas. De ese modo, pues, haremos las comparaciones entre las mejores cosas, y del modo contrario cuando habiendo dos cosas evitables procuramos descubrir la peor, por ejemplo, demencia y dolor.

Así, pues, las comparaciones de una unidad con otra unidad de ese modo se harían de manera metódica, mientras que las comparaciones de un grupo con otro solemos hacerlas siguiendo dos modalidades: la primera modalidad, en efecto, tiene lugar cuando, cogiendo los elementos más sobresalientes de los grupos comparados, los confrontamos entre sí y, según la comparación de éstos, juzgamos conveniente también quedarnos con la totalidad de un grupo frente a la totalidad del otro, por ejemplo, si quisiéramos comparar el género masculino con el femenino para saber cuál de ellos es más valeroso,comparando al hombre más valeroso con la mujer más valerosa, de ese modo revelaríamos también como superior al otro género la totalidad del género de quien descubramos como superior. Si, por cierto, quisiéramos preferir el género masculino al femenino, ha-

remos lo siguiente: supondremos, en efecto, que en cuanto a valor Temístocles es el mejor del género masculino y Artemisia [212], del femenino. Por tanto, si Temístocles es más valeroso que Artemisia, también el género masculino será más valeroso que el femenino. Si, por el contrario, deseáramos preferir el género femenino al masculino, supondremos que Tomiris [213] es la más valerosa de las mujeres y Ciro el más valeroso de los hombres. Por tanto, si Tomiris es más valerosa que Ciro, el género femenino será también más valeroso que el masculino. La segunda modalidad tiene lugar cuando no comparamos una o dos mujeres de las más sobresalientes con los hombres más sobresalientes, sino que juzgamos superior aquel género en el que existe mayor número de personas bien consideradas, por ejemplo, si son más numerosos los hombres valerosos que las mujeres, también el género masculino será más valeroso que el femenino, pues, aunque Tomiris, la masagétide, o

---

[212] Temístocles (s. VI-V a. C.), famoso general y político ateniense, protagonista del triunfo de Atenas en Salamina. Encaminó su política a hacer descansar la fuerza de Atenas en su poderío marítimo, cf. n. 114. Artemisia (s. VI-V a. C.), reina de Halicarnaso, primera con este nombre, célebre por su carácter varonil, participó junto a Jerjes en la expedición de éste contra Grecia. Hubo otra reina de Halicarnaso con el mismo nombre, famosa por el monumento funerario que mandó erigir en honor de su esposo Mausolo, monumento que sería llamado «mausoleo» y que llegaría a ser considerado una de las Siete Maravillas del mundo.

[213] Tomiris, reina de los escitas masagetas, fue solicitada en matrimonio por Ciro el Grande. Ante la negativa de la reina, Ciro trató de conseguirla por la fuerza y mediante una estratagema causó importantes daños entre los masagetas y cogió prisionero a Espargapises, hijo de la reina, que por vergüenza se suicidó. Tomiris en venganza ordenó hacer prisionero a Ciro y que le fuera cortada la cabeza. Vid. etiam *Suidae Lexicon* 757 y HDT., I 214.

115 Esparetra[214], la esposa de Amorges, rey de los sacos, sean superiores a Ciro, o también, ¡por Zeus!, Semíramis a Zoroastro de Bactra[215], no hemos de admitir que en consecuencia también el género femenino es más valeroso que el masculino, pues mujeres son valerosísimas una o dos, mientras que hombres lo son muchísimos.

El procedimiento de las composiciones es doble, pues o bien desarrollaremos una composición en particular sobre cada uno de los elementos comparados, o bien entre dos composiciones posibles elegiremos una frente a la otra, como precisamente hace Jenofonte en *El Banquete* al confrontar el amor del alma con el del cuerpo[216].

Acerca de la prosopopeya

Una prosopopeya[217] es la introducción de un personaje que pronuncia discursos indiscutiblemente apropiados a su propia persona y a las circunstancias en que se encuentra, por ejemplo: ¿qué palabras dirigiría a su esposa un hombre que está a punto de marcharse de viaje o un general a sus soldados ante la inmi-

---

[214] Según Ctesias en sus *Persiká*, esta Esparetra luchó con Ciro y liberó a su marido, capturado por aquél, e hizo prisionero al propio Ciro (C. Walz, *Rh. Gr.* I, pág. 234 n. 22).

[215] Semíramis (II milenio a. C.) casó en segundas nupcias con Nino, al que hizo matar para reinar sola. Trasladó la corte de Nínive a Babilonia y desde allí emprendió la conquista de Asia. A su muerte se convirtió en un personaje divinizado. Es protagonista de la novela *Nino y Semíramis*, de la que sólo quedan tres fragmentos, y que es considerada la novela griega más antigua de que disponemos. Zoroastro es considerado el reformador del magismo persa. Las noticias sobre su vida se entremezclan con la leyenda. No se sabe exactamente la época en que vivió, unos lo hacen contemporáneo de Nino y Semíramis, otros de Ciro, Cambises y Darío I. En la distinción de ambos tipos de comparación, Teón depende claramente de Aristóteles, *Ret.* 1363b.

[216] Cf. n. 67.

[217] Cf. Introd., pág. 23.

nencia del combate? Y si se trata de personajes determinados, por ejemplo: ¿qué discursos pronunciaría Ciro cuando marchaba contra los masagetas [218], o cuáles Datis al entrevistarse con el Rey después de la batalla de Maratón? [219]. En esta modalidad de ejercicio se incluye también el género de los discursos panegíricos, el de los exhortativos y el de los epistolares.

Así, pues, antes que nada es preciso reflexionar sobre cuál es el carácter propio de la persona que habla y cuál el de la persona a la que va dirigido el discurso, así como la edad que tienen, la ocasión en que se hallan, el lugar, la fortuna y los temas fundamentales sobre los que van a versar los futuros discursos. Y, a continuación, intentar ya que pronuncien discursos adecuados, pues por su edad a cada cual le corresponde un tipo de discurso, no el mismo al joven y al anciano, sino que, en nuestra opinión, el discurso del joven estará combinado con sencillez y recato, mientras que el del anciano con inteligencia y ex- 116
periencia. También serían adecuados discursos diferentes para un hombre y una mujer en virtud de su naturaleza, para un esclavo y un hombre libre en virtud de su suerte, para un soldado y un campesino en virtud de su oficio, para el amante y el no enamorado por su estado anímico, y a causa de su origen los discursos de un laconio, por una parte, son breves y rotundos, mientras que, por otra, los de un ático son prolijos. También afirmamos que Heródoto habló a menudo en lengua bárbara, aunque escribía en griego, porque ha sabido imitar los discursos de los bárbaros. Hay discursos adecuados tanto a los lugares como a las circunstancias, pues no son los mismos los dis-

[218] Cf. n. 213.

[219] Datis fue un general de Darío vencido en Maratón en 490 a. C.

cursos que se pronuncian en un campamento o en una asamblea, ni en la paz o en la guerra, ni para vencedores o vencidos, y todas las demás circunstancias que acompañan a los personajes. Además, los propios hechos tienen, cada uno en particular, una elocución adecuada.

Esa elocución podríamos conseguirla en el caso de que no hablemos sobre hechos importantes de un modo humilde, ni sobre hechos insignificantes de un modo sublime, ni sobre hechos vulgares de un modo grave, ni sobre hechos terribles de un modo relajado, ni sobre hechos vergonzosos de un modo atrevido, ni sobre hechos lamentables de un modo afectado, sino que debemos proporcionar a cada uno de los hechos la elocución adecuada, buscando al mismo tiempo lo que cuadra bien al personaje, al modo, al tiempo, a la fortuna y a cada uno de los elementos antes mencionados.

Así pues, puesto que es variada la diversidad de personajes y de hechos, pues o pedimos algo o exhortamos o disuadimos o consolamos o pedimos perdón por nuestra conducta o hacemos alguna otra acción semejante, es forzoso también que expongamos fuentes de argumentos apropiadas a cada una de estas actividades. Por tanto, si exhortamos, diremos que aquello a lo que exhortamos tiene posibilidades de éxito, es fácil, hermoso y adecuado, que es útil, justo y piadoso (esto además es doble: o bien para con los dioses, o bien para con los muertos), que es agradable, que no somos los únicos ni los primeros en hacerlo, que, si es que somos los primeros, es mucho mejor dar co-
117 mienzo a bellas obras, y que una vez realizado no ocasiona arrepentimiento. Hay que mencionar también si el que exhorta ha tomado antes alguna iniciativa con vistas al personaje exhortado y si en otro tiempo se dejó persuadir y le fue útil. Igual será el modo de la argumentación incluso

en el caso de que pidamos algo, mientras que, si tratamos de disuadir, argumentaremos a partir de los aspectos contrarios.

... Así nos valdremos de los argumentos [220], diciendo que lo sucedido es forzoso, común a todos e involuntario, pues las personas sensatas se afligen en la menor medida por lo que sucede involuntariamente. Si, por el contrario, es voluntario, hay que decir que uno mismo es el único responsable, pues por amor propio las personas se afligen menos cuando han fracasado por sí mismas. Hemos de decir que hay también desgracias mayores que ésa, que otros muchos soportaron con buen ánimo cuando les ocurrieron; además, que si es, en una palabra, doloroso, también es, por otro lado, hermoso e ilustre. A continuación, que es útil y que en nada aprovecha la aflicción por lo que ya no tiene remedio. También la compasión tiene un gran poder de consuelo, sobre todo cuando alguien compone el discurso con motivo de un funeral, pues los que están afligidos se oponen por naturaleza a quienes piensan que nada grave les ha ocurrido y, además de su dolor, es posible que se irriten con quienes les consuelan, mientras que es más fácil que de algún modo presten atención a los consejos de quienes comparten su dolor, como si de parientes se tratase. Por lo cual, hemos de presentar las amonestaciones después de los lamentos. Cuando pidamos perdón, obtendremos los argumentos [221] del modo siguiente: en primer lugar, diciendo que lo realizado es involuntario y que ha sucedido por ignorancia, azar o fatalidad y, si es volun-

[220] Cf. n. 100. Nótese la laguna previa del texto.

[221] Gr. *aphormaí.* No tiene aquí el valor propio de «fuentes de argumentos», sino más bien el de argumentos mismos, si bien el término técnico para designar los argumentos es *epicheirēmata,* cf. n. 8.

tario, hay que decir que es piadoso, habitual y útil. Es preciso argumentar a partir de los lugares que sea posible, pues no todos son apropiados para todas las prosopopeyas incluidas en el mismo género. Éste es sobre todo un ejercicio expositivo de caracteres y emociones.

Así pues, en general el ejercicio es suficiente como in-
118 troducción, aunque los jóvenes se ejerciten sólo a partir de esos lugares de argumentación, si bien los que quieran practicar las prosopopeyas de modo más exacto y completo pueden utilizar también las fuentes de argumentos que mencionaremos un poco más adelante al referirnos a las tesis.

Acerca de la descripción

Una descripción es una composición que expone en detalle y presenta ante los ojos de manera manifiesta el objeto mostrado.

Hay descripciones de personajes, de hechos, de lugares y de épocas. De personajes, en efecto, como el verso homérico:

Era redondeado de hombros, de piel morena, de cabello [rizado[222],

y los que se refieren a Tersites:

Era bizco y cojo de un pie y tenía los hombros encorvados sobre el pecho[223], etc.,

y, en Heródoto, el aspecto de la ibis, de los hipopótamos y de los cocodrilos egipcios[224]; de hechos, por ejemplo: una guerra, paz, tempestad, hambre, epidemia, terremoto,

222 Hom., *Od.* XIX 246.
223 Hom., *Il.* II 217.
224 Hdt., II 76; 71 y 68, respectivamente.

etc.; de lugares, por ejemplo: un prado, playas, ciudades, islas, desiertos y similares; de épocas, por ejemplo: primavera, verano, festividades y semejantes. Hay también descripciones de modos, cuales son las de los bagajes, las armas y las máquinas de guerra, en lo que respecta al modo en que se hizo cada preparativo, como en Homero la fabricación de las armas [225] y en Tucídides el cerco de los platenses [226] y la construcción de la máquina de guerra: «Serrando en dos una gran viga la vaciaron por completo» [227], y Ctesias en el libro noveno dice, por ejemplo: «Al ver los lidios al amanecer las imágenes de los persas sobre los altos maderos emprendieron desde lejos la fuga hacia sus acrópolis, por creer que la acrópolis estaba llena 119
de persas y ya había sido tomada» [228]. Se podría hacer también alguna descripción mixta, como el combate nocturno en Tucídides [229] y Filisto [230], pues la noche es una circunstancia temporal y el combate es una acción.

Este ejercicio está emparentado con el antes mencionado [231]. En efecto, porque ambos no tratan sobre ningún

---

[225] Hom., *Il.* XVIII.

[226] Cf. n. 60.

[227] Tuc., IV 100.

[228] Jacoby, *F. G. H.*, 688 F. 9b. Ctesias de Cnido, médico de la corte de Artajerjes II, al que, según Jenofonte, *Anáb.* I 8, 26, curó las heridas recibidas en la batalla de Cunaxa. Compuso en 23 libros sus *Persiká*. Escribió también, entre otras, una obra titulada *Indiká*, que conocemos gracias a un resumen de Focio. Destacó más como narrador que como fiel historiador.

[229] Tuc., VII 44.

[230] Jacoby, *F. G. H.*, 556 F. 52 (—).

[231] Literalmente dice con «los antes mencionados», pero se trata, sin lugar a dudas, del lugar común. G. Reichel, *Quaestiones...*, pág. 33, propone leer *tôi proeirēménōi* en dativo singular, en lugar de *tôn proeirēménōn* en genitivo plural.

aspecto concreto, sino que son comunes y generales, por eso son semejantes, pero difieren entre sí, en primer lugar, en que el lugar común se refiere a aspectos que obedecen a una intención previa, mientras que la descripción se hace casi siempre sobre seres inanimados y desprovistos de voluntad; en segundo lugar, en que en el lugar común, al tiempo que vamos exponiendo los hechos, añadimos también nuestra opinión, diciendo que son buenos o malos, mientras que en la descripción la exposición de los hechos aparece desnuda.

Argumentaremos describiendo los hechos a partir de los sucesos que les preceden y que les siguen, por ejemplo, si se trata de una guerra, examinaremos primero las circunstancias anteriores a la guerra, las levas de tropas, los gastos, los temores, la devastación del país, los asedios; a continuación, las heridas, las muertes, los duelos; y, en último lugar, la conquista y la esclavitud de los unos, y la victoria y los trofeos de los otros. En cambio, si describimos lugares, épocas, modos o personajes, junto con su propia narración tendremos fuentes de argumentos a partir de la belleza, la utilidad y el placer, como hizo Homero en el caso de las armas de Aquiles al decir que eran bellas, poderosas y de aspecto admirable para los aliados, pero espantoso para los enemigos.

Las virtudes de la descripción son las siguientes: sobre todo claridad y viveza, para casi ver lo que se está exponiendo; después, que no se extienda en absoluto sobre aspectos innecesarios, sino que, por fuerza, la exposición se adapte en su totalidad al tema, de manera que, si el asunto presentado es florido, la expresión sea también florida y,
120 si es árido, espantoso o como sea, que tampoco su elocución desentone del carácter propio de estos temas.

Por otra parte, hay quienes estiman conveniente hacer también el ejercicio de la descripción refutando y confirmando las descripciones expuestas por algunos, por ejemplo, diciendo que Heródoto ha mentido sobre el aspecto de la ibis al decir que las ibis son de plumaje blanco salvo en la cabeza, el cuello y la punta de la cola, pues la cola entera es blanca. Pero, en nuestra opinión, no dicen ninguna novedad que vaya más allá de lo anteriormente expuesto, porque consideramos que tal modalidad está incluida en las refutaciones y confirmaciones de los relatos.

Acerca de la tesis

Una tesis es un examen lógico que admite controversia, sin personajes determinados y sin ningún tipo de precisión circunstancial, por ejemplo: «si es conveniente casarse», «si es conveniente tener hijos» o «si existen los dioses».

Se diferencia del lugar común en que éste es una amplificación de un hecho reconocido, mientras que la tesis lo es de un hecho sometido a controversia. Por lo cual, Hermágoras la ha denominado «deliberación» [232] y Teodoro de Gádara «principio de argumentación en una hipótesis» [233]. Difiere también en el resultado, porque en la tesis la finalidad es persuadir, mientras que en el lugar común es castigar, y en que el lugar común se pronuncia en un tribunal, mientras que ella se pronuncia en una asamblea

---

[232] Gr. *krinómenon,* cf. C. T. Ernesti, *Lexicon...,* págs. 188 y 189. Hermágoras (s. II a. C.), natural de Temnos, famoso por su doctrina de las *stáseis,* que alcanzó una extraordinaria difusión en la Antigüedad.

[233] Gr. *kephálaion en hypothései.* I. Lana, *Quintiliano, Il Sublime...,* pág. 143, traduce esta expresión como «capítulo en el tratamiento de una hipótesis». Teodoro de Gádara, rétor del s. I a. C., maestro de Tiberio. Su rival más destacado fue Apolodoro de Pérgamo. Entre sus discípulos figuran el autor del tratado *Sobre lo Sublime.*

y en una sala de audición, y también en que el lugar común lo oyen jueces, mientras que la tesis la oyen simplemente ciudadanos [234], así como en otros muchos aspectos.

Se diferencia de la prosopopeya en que la tesis no presenta ningún personaje, mientras que la prosopopeya se centra al máximo en el hallazgo de los discursos apropiados a los personajes introducidos. En efecto, uno no compondrá de la misma manera los discursos si simplemente examina si es conveniente tener hijos, que si introduce a un padre aconsejando a su hijo que los tenga.

Haremos los proemios de las tesis, o bien a partir de
121 una sentencia que confirme la tesis, o de un proverbio, *chría,* declaración útil o historia, o bien a partir de un encomio o vituperio del hecho sobre el que trata el examen. No disponemos de narración en las tesis, pues el hecho subyace sin ningún tipo de precisión circunstancial, sino que después del proemio colocaremos los argumentos [235].

Dado que, de las tesis, unas son teóricas, las que indagan únicamente por especulación teórica y afán de conocimiento, por ejemplo: «si los dioses se preocupan del mundo», y otras son prácticas, las que hacen referencia a una acción, por ejemplo: «si es conveniente casarse», está claro que las prácticas son también más propias de la política y conformes con el carácter de la oratoria, mientras que las teóricas se acomodan más bien a los filósofos, pudiendo los oradores utilizarlas también en no menor medida si parten de los lugares de argumentación correspondientes

---

[234] Alude, como es evidente, no a los ejercicios, sino a los discursos para los que estos ejercicios son útiles: el deliberativo, en el caso de la tesis, y el judicial, en el caso del lugar común. Cf. Introd., pág. 16.

[235] Gr. *tà kephálaia.* No designa aquí tanto los principios que se van a seguir en la argumentación como los argumentos mismos, cf. n. 8 y n. 77.

a las tesis prácticas. No obstante, no hay diferencia alguna en que alguien se plantee si es conveniente casarse o no y, a la inversa, si debe ser elegido o rehusado el matrimonio, pues uno solo y el mismo es el significado manifestado por medio de ambas expresiones.

Así, pues, los principios de argumentación generales [236] de las tesis prácticas, en el caso de que se confirme, se toman a partir de la necesidad, la belleza, la conveniencia y el placer y, en el caso de que se refute, a partir de los contrarios. Con relación a cada tesis en particular, argumentaremos a partir de los lugares que sea posible, pues, según venimos señalando, no es posible ofrecer argumentos para todas las cuestiones a partir de cualquier fuente de argumentación. Los lugares de argumentación [237] son justamente los siguientes: en primer lugar, diremos que es posible que suceda lo que se juzga a través de la tesis; en segundo lugar, que está de acuerdo con la naturaleza y con las costumbres y usos comunes a todos los hombres, pues para hacer algo no basta con que ello sea posible, si no está conforme con la naturaleza y con la ley; en tercer lugar, que es fácil que suceda y, si no fuera fácil, que puede ser realizado, porque de ese modo, si no es fácil, es mucho más digno de alabanza; a continuación, que no somos los únicos en hacerlo, sino que también lo hicieron otros muchos; seguidamente, que no somos los primeros, sino que ya lo hicieron otros antes que nosotros y, si 122

[236] Gr. *tà anōtátō kephálaia*. Cf. Introd. pág. 24 y cf. n. 77.

[237] Gr. *tópoi*. Tiene aquí un valor muy cercano a *epicheirḗmata* que, sin embargo, constituyen propiamente el resultado de la aplicación de esos *tópoi*, cf. n. 8. H. Lausberg, *Handbuch...*, 374, alude a la identificación terminológica entre *locus* y *argumentum* y, por tanto, entre *tópos, aphormḗ* y *kephálaion* con *epicheirḗmata*.

somos los únicos o los primeros, en cualquier caso, diremos que es mejor ser los iniciadores de bellas obras, y que es más digno de alabanza también el hecho de que alguien haga algo solo que el que lo haga en compañía de otro; luego, que es adecuado; después, que es piadoso (esto es doble, pues es grato o bien para los dioses, o bien para los muertos); seguidamente, que es necesario; luego, que goza de consideración, que es útil, que es conveniente para la seguridad, que es origen de hechos más importantes, que es agradable y que, si no se realiza, ocasiona arrepentimiento y es difícil de reparar. También argumentaremos mediante lo contrario: en efecto, si no se debe hacer lo contrario, eso sí se debe hacer; si lo contrario es vergonzoso, eso es bello; si aquello es inútil, eso es útil y, si lo contrario es desagradable, eso es agradable. Del mismo modo, también basándonos en la semejanza: en efecto, si se debe elegir lo semejante, también se debe elegir eso. Igualmente, a partir de la inferioridad, de la superioridad, de la relación de la parte con el todo y de la finalidad, a causa de la cual precisamente elegimos el hecho, pues si el fin es digno de elección, también es digno de elección lo que contribuye a la consecución del fin. Después, a partir del contenido, diciendo que contiene en sí muchos hechos bellos, útiles o agradables. A continuación, argumentaremos a partir de las circunstancias anteriores al hecho, a partir de las contemporáneas y, en tercer lugar, a partir de las posteriores. Por otro lado, si hay alguien que sea muy perfeccionista, ha de ir tomando uno por uno los lugares de argumentación antes mencionados, así como los testimonios de poetas, políticos y filósofos distinguidos. Además, en el caso de que haya historias acordes con lo que se expone, ha de hacer también mención de ellas, no de un modo desordenado ni al azar, sino ofreciendo los

ejemplos en una gradación aumentativa: en primer lugar, partiendo de los hechos realizados por un simple particular; luego, de los realizados por un arconte o rey; seguidamente, de los realizados por una ciudad y, en último lugar, de los ocurridos a algunas regiones o pueblos, procurando, con todo, que la composición no esté repleta de historias 123
y poemas. A partir de los lugares contrarios hemos de refutar.

La disposición de los argumentos la haremos del mismo modo que hemos hecho la de los lugares de argumentación, comenzando de nuevo por los primeros y continuando hasta los últimos. Sirva como ejemplo, en principio, alguna de las tesis prácticas, por ejemplo, «si el sabio debe ocuparse de política». Así, pues, quien confirme que es necesario que se ocupe de política ha de decir, en primer lugar, que ello es posible para el sabio; en segundo lugar, ha de señalar cuán conforme a la naturaleza es, alegando, por ejemplo, que incluso entre las fieras existe una forma de gobierno y hay un jefe de cada manada, y que tanto entre los bárbaros como entre los griegos y, según dicen, entre los propios dioses siempre gobiernan los más nobles; seguidamente, que para el sabio es fácil también ocuparse de política, pues al haberse ejercitado en los temas relativos al carácter humano no dirigirá a los hombres de un modo desmesurado; luego, que, aunque no fuera fácil, con todo, dará necesariamente más importancia a la prosperidad de la ciudad que a sus fatigas; seguidamente, que tiene también gran número de auxiliares que colaboran con él en los asuntos políticos, y que no es el primero, sino que muchos sabios se ocuparon de política: Pítaco, Solón, Licurgo, Zaleuco [238] y muchísimos otros; a continuación, que,

[238] Pítaco de Mitilene y Solón de Atenas fueron incluidos en el canon

aunque ninguno ni antes ni ahora haya sido gobernante, con todo, es especialmente digno de alabanza quien es iniciador de bellas obras; después, que cuadra bien al sabio gobernar, pues ¿quién mejor que él distinguirá lo justo, aconsejará lo útil, propondrá leyes y decretos, y dará cumplimiento a estos menesteres sin dejarse sobornar?, ¿en qué otra actividad dará más muestras de su virtud y semejanza con la divinidad? [239]; además, que es justo que devuelva a su patria, a sus conciudadanos y a los dioses patrios las recompensas por la educación e instrucción que ha recibido de ellos; a continuación, que es piadoso y grato para los dioses que los hombres gobiernen bien; seguidamente,
124 que también a los muertos les agrada que estén a salvo sus familiares; luego, que es necesario que la ciudad disponga de alguien que vele por ella y, sobre todo, de alguna persona noble, pues sin esa persona no podría mantenerse en pie una ciudad; después, que mediante la política incluso uno cualquiera se hace más célebre de lo que era, aunque hasta entonces fuese desconocido; a continuación, que pasaría su vida diaria del modo más ventajoso en cuanto a dinero, y que del modo más seguro estaría lejos de la envidia de calumniadores e intrigantes; seguidamente, que el hecho de que gobierne el sabio es origen y precedente de actos más importantes y nobles, no sólo en bien propio, sino también para el interés común, y que es también de lo más agradable la vida de quienes gobiernan (pero esto es casi natural que acompañe también a la mayor parte de los lugares antes mencionados); además, que un gobierno que ha sido descuidado y que ha experimentado un cam-

---

de los Siete Sabios de Grecia. Licurgo y Zaleuco fueron dos legisladores: el primero, de Esparta (s. IX a. C.), y el segundo, de Locria (s. VIII a. C.).

[239] El eco parece platónico, cf. *Teet.* 176b.

bio para peor es difícil de reparar, y a quien antes no le ha preocupado el ser malvado le llega el arrepentimiento cuando no sirve de nada. Seguidamente, argumentaremos a partir de sus contrarios: en efecto, si el obrar en perjuicio de la patria es vergonzoso, el gobernarla es hermoso; si aquello es perjudicial, esto es provechoso y, si lo primero es desagradable, lo segundo es agradable. Y si se trata de lo semejante a gobernar, a saber, el cuidar de los jóvenes, diremos que si eso es bello, útil y agradable, también el gobernar en sí es bello, útil y agradable. A partir de la inferioridad argumentaremos como sigue: si la persona honrada ha de velar únicamente por su casa, también ha de cuidar de su ciudad únicamente. A partir de la relación de la parte con el todo diremos que, si se acepta que una sola ley es útil, puesto que la persona honrada ha de aportar un solo consejo, también se aceptará que es útil la totalidad de la constitución. Y, a la inversa, a partir de la relación del todo con la parte: si el sabio propone a los hombres una forma de gobierno universal, como Platón en la *República,* es justo también que gobierne en su propia patria. Tras esto trataremos de la prosperidad de la ciudad tanto en la paz como durante la guerra y, en general, durante cualquier época, algo que es objetivo del 125
buen gobierno. Luego, argumentaremos a partir del contenido, diciendo que tanto de palabra como en apariencia el hecho de gobernar va a representar un solo beneficio prestado a la ciudad, pero en la práctica abarca muchos servicios pues, según los seguidores de Aristóteles, es necesario que el gobernante aconseje sobre temas como la paz y la guerra, finanzas, defensa del territorio, importaciones y exportaciones, legislación y materias afines. De los lugares de anterioridad, contemporaneidad y posterioridad al hecho se pueden exponer también ejemplos basados en la

tesis propuesta como modelo, pero serán más claros si se propone otra tesis, por ejemplo, la de «si es conveniente tener hijos». Tomando, pues, el matrimonio y, en una palabra, cuantos otros requisitos se precisan para dar comienzo a la procreación, los alabaremos señalando que son actos bellos, útiles y agradables; a continuación, expondremos las ventajas que acompañan a la procreación y luego, sus consecuencias, por ejemplo: el recibir cuidado y sustento en la vejez, los éxitos de los hijos y las satisfacciones que dan, así como las ventajas semejantes. A partir de los lugares contrarios dispondremos en abundancia de medios para refutar.

Así, pues, eso es lo que hay acerca de la tesis práctica. Pero intentemos analizar también alguna de las teóricas partiendo de los mismos lugares de argumentación, aunque no guardaremos la misma disposición que guardábamos en el caso de las prácticas, sino que la haremos de manera que parezca que se ajusta a la cuestión planteada (tal vez sería mejor hacer lo mismo también en las prácticas). La disposición se ajusta a cualquier cuestión cuando, tras decir primeramente los argumentos más sencillos y de menos peso o incluso, más bien, omitiéndolos, tomamos los más impresionantes y de más peso; cuando los que son apropiados para confirmar algo los colocamos delante de
126 lo que son capaces de confirmar; cuando intercalamos los más débiles con los más fuertes y observamos todos los otros preceptos que se mencionan en los tratados sobre la disposición. Así, pues, séanos lícito examinar «si los dioses se preocupan del mundo». De nuevo, pues, diremos que es posible para los dioses preocuparse de nosotros y que ellos no sufren menoscabo alguno por preocuparse del mundo; a continuación, que ello es fácil para la divinidad incluso sin ningún tipo de esfuerzo; seguidamente, que tie-

ne como auxiliares de esa providencia a démones [240], héroes y otros dioses; luego, que todos los hombres, griegos y bárbaros, tienen la idea de que los dioses se preocupan de nosotros. Prueba de ello es que no consagrarían altares, templos y oráculos en honor de los dioses por los favores que cada uno ha recibido en época de hambre, peste, guerra o cualquier circunstancia afín, al creerse liberados, ni les prestarían el menor caso, sobre todo cada vez que estuviesen en los peligros más extremos; seguidamente alegaremos que también lo creen así los sabios, por ejemplo, Platón, Aristóteles y Zenón [241], así como los legisladores, pues no habría procesos por impiedad; luego, que gozan de reputación sobre todo quienes consideran que los dioses se preocupan de nosotros; a continuación, que con la mayor seguridad y confianza podrían pasar sus días quienes creen tener siempre guardianes de todos los actos de su vida, y que viven del modo más agradable quienes piensan que los dioses se encargan de ellos; después, que, si la divinidad es justa, no podría permitir que quienes la honran estuviesen faltos de su providencia; a continuación, que la naturaleza en su totalidad da testimonio de que todo se ha producido de acuerdo con un plan previo destinado a la conservación de lo que hay en el mundo: en efecto, las estaciones del año, que cambian en el momento oportuno,

---

[240] Los démones, en la concepción religiosa de Plutarco, eran seres intermediarios entre la divinidad y los hombres, y se caracterizaban por una naturaleza mixta que les aproximaba a ambos (PLUTARCO, *Vidas Paralelas I,* Introd., trad. y notas por Aurelio Pérez Jiménez), Madrid, 1985, págs. 26 y ss.

[241] Zenón (s. IV a. C.), natural de Citio, en Chipre. Fue discípulo del filósofo cínico Crates de Tebas y fundador de la escuela estoica, deudora en muchos aspectos de la cínica. Entre sus obras figuran su *Politeia* y sus *Problemas homéricos* en cinco libros.

las lluvias y los frutos que se producen en cada estación y la sucesión de las estaciones ¡cuán debidamente han sido establecidos por la naturaleza para su permanencia y conservación!, tal como manifiesta también Jenofonte en las *Memorables*[242]; luego, que de todos los atributos el que más se acomoda a la divinidad es el de preocuparse del
127 mundo, pues no es precisamente piadoso decir que la divinidad es indolente e inactiva o que tiene, ¡por Zeus!, ocupaciones semejantes a las que nosotros forzosamente tenemos por ser mortales y débiles; después, que es necesario el hecho de que exista una providencia, pues, si alguien hubiese despojado a la divinidad del atributo de ser providente, habría destruido también la idea que tenemos de ella, gracias a la cual precisamente admitimos su existencia, pues a causa de la preocupación de la propia divinidad por nosotros también estamos convencidos de que existe; a continuación, que tampoco el mundo se hubiese formado en el origen si no existiera alguna providencia, pues, al igual que una casa no puede hacerse sin el arquitecto, por unión espontánea de los ladrillos, ni un barco sin su constructor, ni absolutamente ninguna cosa de las más vulgares o de las más apreciadas sin su respectivo creador, así, es ridículo afirmar que el universo, lo más bello y apreciable de todo lo existente, no ha sido hecho por un artesano muy noble y divino, sino espontáneamente. Después argumentaremos mediante lo contrario, diciendo que es una simpleza creer que tal buen orden de los fenómenos celestes obedece no a algún tipo de providencia, sino al azar y a la casualidad. A continuación, a partir de la semejanza, diciendo que si una casa no puede estar debidamente organizada sin un administrador, ni una nave sin piloto,

[242] JEN., *Mem.* I 1, 15.

ni un ejército sin general, ni una ciudad sin gobernante, tampoco el universo podría constituirse sin la providencia divina. Además, argumentaremos a partir de la relación de la parte con el todo, diciendo que, si, según la opinión común, es evidente que en cada ciudad hay héroes, démones y dioses que velan por nosotros, se deduce que los dioses se preocupan por la totalidad del universo. Luego, a partir del contenido, alegando que en teoría se acepta una sola creencia, pero en realidad se aceptan muchas, pues, si no existe una providencia divina, tampoco pueden constituirse justicia, piedad, lealtad al juramento, valor, continencia, amistad, gratitud, ni, en una palabra, ninguno de los valores que corresponden a la virtud, los cuales, según la opinión de los hombres sensatos, no es posible destruir. 128
A partir de los lugares opuestos argumentaremos en sentido contrario.

Puesto que, de las tesis, unas son sencillas y otras complejas: sencillas, por ejemplo: «si es conveniente casarse», complejas, por ejemplo: «si debe casarse un rey», hay que descomponer las complejas en cada una de las partes que las integran, a fin de proporcionar a cada una de éstas los argumentos apropiados.

Haremos tanto amplificaciones como digresiones en la medida en que lo admitan las partes de la tesis. Igualmente, también haremos uso de emociones, caracteres, exhortaciones y de casi todos los procedimientos de los discursos. Presentaremos, en efecto, muchas circunstancias de la vida y sobre cada una diremos los argumentos adecuados; por ejemplo, examinemos «si es conveniente casarse»: después de establecer como fundamento argumentos comunes y generales a todos los hombres, a partir de los cuales ratificaremos o refutaremos el hecho de casarse, examinaremos también de uno en uno cada género de vida,

por ejemplo, el de un agricultor, comerciante, soldado, hombre rico, pobre, rey, etc..., y de ese modo dispondremos de gran abundancia de argumentos, de manera que esa única tesis la integren innumerables elementos. Utilizaremos las mismas fuentes de argumentos que empleamos para la refutación de las sentencias, como dije ya antes [243].

Acerca de la ley

Una ley es una resolución, con carácter público, de una colectividad o de un hombre ilustre, no circunscrita a un tiempo concreto, de acuerdo con la cual deben vivir los miembros de la ciudad.

El examen de las leyes es doble, pues éstas o bien son propuestas y sometidas a votación, o bien están ya establecidas. Así, pues, de las sometidas a votación se examina si se han de ratificar o no, mientras que acerca de las ya establecidas los que contienden judicialmente sostienen controversias que no tratan de derogar enteramente las leyes, sino que interpretan cada ley en particular en el sentido
129 que más les aprovecha, y ensalzan cuantos contenidos parecen haber sido redactados con tal finalidad, y ocultan los contrarios.

Como nuestro tema versa sobre refutación y confirmación de una ley, y esto sobre todo en las propuestas, hemos de hablar acerca de ello. Por tanto, una vez propuestas las leyes, o bien las censuramos y refutamos, o bien las defendemos y confirmamos. Después del proemio refutamos a partir de los siguientes lugares de argumentación: a partir de la oscuridad, de la imposibilidad, de la no necesidad, del argumento contrario, de la injusticia, de la estimación de que goza, de la inconveniencia y de la vergüenza.

---

[243] Cf. pág. 105 Sp.

Se produce oscuridad por la pronunciación, que algunos llaman «por la acentuación», por el nombre, por la homonimia, por la «polionimia», que otros denominan «sinonimia», por la sintaxis, por la unión y separación de palabras, por pleonasmo, por elipsis y por la contradicción. Así, pues, la producida por la pronunciación se origina cuando, coincidiendo en un mismo lugar ciertos fonemas semejantes, es posible pronunciar de dos maneras la palabra escrita, por ejemplo: «Que la sirvienta no lleve objetos de oro o, de lo contrario, DĒMOSIA *éstō*», pues dudamos si ha de ser declarada pública la sirvienta o los objetos de oro, ya que la alfa puede interpretarse como larga o como breve [244]. Se produce por el nombre, cuando el término escrito es de reciente creación, muy arcaico o extranjero, por ejemplo: «el cepo» [245] y «la tierra nuestra» [246] o si alguien dijera «la teja» [247], en lugar de «cárcel», como los de Chipre, por lo cual precisamente algunos interpretan en ese sentido el verso de Homero:

En broncínea cárcel había estado encadenado durante trece [meses [248].

Por la homonimia se produce cuando una sola palabra tiene dos o tres significados, o incluso más, por ejemplo, si alguien escribe: «Que no haya testimonio procedente de

[244] Y, por tanto, si se interpreta como larga, será femenino, mientras que, si se interpreta como breve, será neutro plural.

[245] Gr. *hē podokákkē*. Era un instrumento de madera al que eran atados por los pies los malhechores, cf. la glosa de Hesiquio al término *podokákē*.

[246] Gr. *hē hēmedapḗ*.

[247] Gr. *kéramos*. Se trataría, pues, de un caso de metonimia.

[248] Hom., *Il.* V 387.

un niño», pues entonces examinaremos si dice que no testifique un impúber, un hijo en defensa de su padre, o un esclavo en defensa de su dueño, ya que los tres mediante un solo término son denominados «niños» [249]. Por la
130 «polionimia», por el contrario, se produce cuando el significado es uno solo, pero son muchos los significantes, por ejemplo: «espada», «puñal», «machete», «cuchillo», pues la oscuridad surge precisamente cuando alguien cree que los significados son iguales a los significantes. Por la sintaxis se produce, por ejemplo, después que Pítaco dice que el padre y la madre administren la misma parte de los bienes, ya que provoca dudas también esa expresión, pues ¿acaso dice que los hijos administren los bienes de los padres, o los padres los de los hijos? [250]. Y también se produce cuando una palabra colocada en posición central puede dar lugar a interpretaciones diferentes, según se una a las palabras que la preceden o a las que la siguen, por ejemplo: «Que el general que haya vencido en una guerra ofrende una estatua de Ares de oro portando una lanza» [251], pues lo dicho puede ser o bien «estatua de oro», o bien «lanza de oro». Por la unión y separación de palabras, que algunos afirman que es la relativa a la expresión común del nombre dividido y sin dividir, se produce, por ejemplo, cuando la ley ordena que sean herederos los hermanos y los hijos [252], pues, por un lado, si se toma por

[249] Gr. *paîdes.* Es difícil reflejar en castellano las tres claras acepciones que este término tiene en griego. Cf. n. 116.

[250] No conocemos el párrafo al que alude Teón. Según C. Walz, *Rh. Gr. I,* pág. 256 n. 10, es éste un fragmento no muy conocido de las *Leyes* dictadas por Pítaco. Sobre este personaje, cf. n. 165.

[251] Gr. *ágalma chrysoûn échon dóry.*

[252] Gr. *adelphoùs paîdas,* sin conjunción.

separado, se puede decir que primero es llamado el hermano y, en su ausencia, entonces se presentan los hijos, y, por otro lado, es posible también considerarlo unido diciendo que los dos son llamados al mismo tiempo; y a su vez: «Quien haya sido convicto de falso testimonio *trìs chilías* pague», pues quiere decir, o bien que quien haya sido convicto tres veces de falso testimonio pague mil dracmas, o bien que pague tres mil con una sola vez que haya resultado convicto [253]. Se produce oscuridad por pleonasmo cuando es posible deducir algo más que lo propiamente escrito, al darse ello a entender también por el sentido, por ejemplo, si alguien legislase que participaran también de la herencia los parientes de la madre, pues incluso la madre disentiría, alegando que, si la ley ordena que sean herederos los parientes de la madre, mucho antes debería ordenar que lo fuera la madre misma. La oscuridad por elipsis se produce en muchos sentidos, por ejemplo: «A quien golpee a su padre séale cortada la mano», pues omite precisar si al que lo ha hecho por insensatez o al que lo ha hecho por cariño, y a todos, en una palabra. La elipsis que afecta a una persona es multiforme, pues indudablemente las personas difieren en sexo, edad, en el grado de parentesco y en fortuna, por ejemplo: «Eliminar a los hijos al tiempo que al traidor», pues no precisó si también a los hijos adoptivos y a las hijas... [254].

---

[253] Según se lea *trìs chilías* = «tres mil» o simplemente *trís* = «tres veces» y *chilías* = «mil».

[254] Esto es lo que nos ha llegado de los *Progymnásmata* de Elio Teón, cf. Introd., pág. 38.

ÍNDICE DE AUTORES Y OBRAS*

* Los números colocados a continuación de las obras o pasajes remiten a las páginas del original griego, señaladas en la traducción, aproximadamente, por los números marginales.

ÍNDICE DE TÉRMINOS *

* Los números en cva. remiten a los pasajes en que el término en cuestión se trata más por extenso.

HERMÓGENES

EJERCICIOS DE RETÓRICA

INTRODUCCIÓN

El autor. Notas biográficas [1]

La fuente más importante sobre Hermógenes la representa Filóstrato [2]. Según él, Hermógenes era originario de la ciudad de Tarso. A la edad de 15 años era tal su fama como sofista que el propio emperador Marco Aurelio fue a oírle declamar y le hizo importantes regalos. Sin embargo, al llegar a adulto perdió su talento sin causa aparente, lo que le acarreó mofas por parte de algunos, por ejemplo, el sofista Antíoco decía, en tono de burla, que Hermógenes era «un viejo entre los niños y un niño entre los viejos», aludiendo a su precocidad y a su posterior retroceso. Murió a edad avanzada, como uno de tantos y despreciado por haberle abandonado su talento.

La *Suda* (3046) recoge esta información y aporta nuevos datos, por ejemplo, precisa que fue maestro del filósofo Musonio y que tenía 24 años cuando perdió la razón, y 18 ó 20 cuando escribió su *Téchnē rhetoriké,* el *Perì*

---

[1] Para una información más detallada, remitimos a la Introducción de Consuelo Ruiz Montero al *Perì ideôn* de Hermógenes, cuya traducción será pronto publicada en esta misma Colección.

[2] *Vidas...,* 577-578.

stáseōn, Perì ideôn lógou, y una obra titulada *Perì koílēs Syrías* [3].

Otra información un tanto extravagante recogida por la *Suda* alude a la autopsia que se le practicó al morir, en la que tras abrir su cuerpo se encontró su corazón cubierto de pelo y con un tamaño más grande que el habitual [4].

En cuanto a la época en que vivió, Radermacher [5] establece el *terminus ante quem* en torno al 230 d. C., año en que Filóstrato escribió sus *Vidas*. Marco Aurelio estuvo en Oriente entre los años 175 y 176, cuando Hermógenes contaba 15 años de edad. Por tanto, Hermógenes habría nacido en torno al 160. Filóstrato afirma que murió a edad avanzada; según Radermacher, a partir de los 60 años; por tanto, moriría en torno al 230 d. C.

Con respecto al conjunto de su obra, aparte de los *Progymnásmata,* cuya autoría se discute [6], sólo nos han llegado las cuatro obras incluidas en el canon hermogeniano: *Perì heuréseōs, Perì methódou deìnótētos, Perì stáseōn* y *Perì ideôn.*

---

[3] Sobre ésta y otras obras atribuidas a Hermógenes, pero de las que no nos ha llegado ningún fragmento, cf. *Rhetores Graeci* VI (ed. H. Rabe), Leipzig, 1913, pág. XII.

[4] Radermacher, «Hermogenes», *RE* VIII (1913), cols. 865-877, recoge una información detallada sobre ésta y otras noticias, no totalmente fiables, suministradas por los comentaristas.

[5] *Ibid.,* col. 868.

[6] Hay quienes se los atribuyen a Libanio. Cf. *Rh. Gr.* VI (Rabe), págs. IV y sigs., en donde se analizan las principales cuestiones relacionadas con su autoría.

La obra. Estructura y contenido

El tratado de Hermógenes se ocupa brevemente de doce ejercicios preparatorios, cuyo contenido ofrecemos a continuación esquemáticamente:

FÁBULA

— Alusiones a su utilidad.
— Clasificación: ciprias, libias, sibaríticas y, comúnmente, esópicas.
— Definición (rasgos): es falsa, pero útil y verosímil.
— (Ejercicio):
  — alargamiento y abreviación, exposición libre de períodos y cercana a la dulzura,
  — la moraleja se puede colocar al principio o al final de la fábula.
— Los oradores la han utilizado a modo de ejemplo.

RELATO

— Definición.
— Algunos colocaron la *chría* delante del relato.
— Diferencias entre relato y narración.
— Géneros: mítico, ficticio (=dramático), histórico y civil.
— Modalidades *(schêmata):* enunciativa recta (apropiada para las historias), enunciativa oblicua (apropiada para los agones), demostrativa (para las pruebas), asindética (para los epílogos) y comparativa.

CHRÍA

— Definición.
— Géneros: verbales, de hechos, y mixtas.
— Diferencias entre *chría* y sentencia, y entre *chría* y *apomnēmóneuma.*

— Tipos: enunciativas, interrogativas e indagativas.
— Elaboración (comprende los siguientes elementos): encomio, paráfrasis, causa, argumento contrario, símil, ejemplo, juicio de un personaje célebre, y exhortación.

Sentencia

— Definición.
— Géneros: la que exhorta, la que desaconseja y la que define.
— Tipos: verdaderas, verosímiles, simples, compuestas e hiperbólicas.
— Elaboración (semejante a la de la *chría):* encomio breve, sencillez (=paráfrasis), causa, argumento contrario, razonamiento (=*entimema),* símil, ejemplo, juicio y exhortación.

Refutación y confirmación

— Definición.
— Lugares de argumentación (para hacer una refutación): oscuridad, inverosimilitud, imposibilidad, inconsecuencia (=contradicción), inadecuación e inconveniencia.
— Las confirmaciones se harán a partir de los lugares de argumentación contrarios.

Lugar común

— Definición.
— Explicación etimológica.
— (Elaboración): proemio, argumento contrario, causa, exposición del hecho, comparación, intención, crítica del pasado a partir del presente, consecuencias resultantes, rechazo de la compasión con los principios de argumentación finales: legalidad, justicia, utilidad, posibilidad y adecuación, y con una descripción vívida y, finalmente, exhortación.
— Los proemios no se expondrán de un modo puro.

Encomio

— Definición.
— Tipos: de personas, de cosas, de animales, de árboles, montes y ríos.
— Explicación etimológica (a partir de *kṓmai)*.
— Diferencias entre encomio y alabanza, y entre encomio y lugar común.
— Encomio de personas (lugares de argumentación): sucesos sorprendentes que coincidieron con su nacimiento, crianza, educación, cualidades espirituales y corporales, oficio, acciones, bienes externos: parientes, amigos, etc..., longitud de su vida, modo de su muerte, autor de la misma y sucesos que siguieron a su muerte. Son muy importantes, para argumentar, las comparaciones.
— Encomio de animales: lugar de nacimiento, dios al que están dedicados, crianza, cualidades espirituales y corporales, ocupaciones, duración de su vida, y uso de comparaciones y demás procedimientos apropiados para el lugar común.
— Encomio de cosas (=actividades): inventores, quiénes las practicaron, quiénes las practican, y cualidades espirituales y corporales de éstos últimos.
— Los encomios a dioses, denominados himnos, se harán de modo semejante.
— Encomio de árboles: lugar de nacimiento, divinidad a la que están dedicados, crianza, altura, etc... (=cualidades corporales), utilidad y uso de comparaciones.
— Encomio de una ciudad: origen de sus habitantes (=autóctonos), crianza, educación, costumbres, constitución, ocupaciones y empresas.

Comparación

— Ha sido tratada ya en el lugar común, en el encomio y en el vituperio.
— Procede por los lugares de argumentación propios del encomio.

— Comparación de hombres: se ha de comparar ciudad con ciudad, linaje con linaje, crianza con crianza, etc.
— Comparación entre árboles: se han de comparar los dioses que los otorgaron, los lugares en que se crían, su cultivo, la utilidad de sus frutos, etc.
— Comparación de cosas (=actividades): se ha de comparar a los primeros en emprenderlas, a quienes las practican y las cualidades espirituales y corporales de éstos últimos.
— Tipos: entre iguales, con un objeto ligeramente superior, entre un objeto ínfimo y otro excelente, y con un objeto superior.
— Este ejercicio exige un orador enérgico y vehemencia *(deinótēs)*, y vivacidad *(gorgótēs)* en todas sus partes.

Etopeya

— Definición.
— Diferencias entre etopeya y prosopopeya, y entre etopeya e idolopeya.
— Tipos: de personajes determinados y de personajes indeterminados. Y cada uno de éstos, a su vez, puede ser simple o doble.
— En todo lugar se ha de observar el decoro.
— Géneros: morales, emotivas y mixtas.
— La elaboración se hace a partir del presente, el pasado y el futuro.
— Las modalidades *(schḗmata)* y modos de expresión han de ser adecuados a los personajes propuestos.

Descripción

— Definición.
— Tipos: de personajes, p. e.: Tersites; de hechos, p. e.: combates; de circunstancias, p. e.: paz y guerra; de lugares, p. e.: puertos, playas, etc...; de épocas, p. e.: primavera y verano, y mixtas, p. e.: el combate nocturno en Tucídides.
— Descripción de hechos: la argumentación se hará a partir de los hechos anteriores, de los simultáneos y de los posteriores.

— Descripción de lugares, épocas y personajes: los argumentos se basarán en la belleza, la utilidad y la sorpresa.
— Virtudes: claridad, viveza y adecuación (=decoro).
— Otros autores no consideran la descripción como ejercicio.

Tesis

— Definición.
— Diferencias entre tesis e hipótesis.
— Géneros: civiles: «si es conveniente practicar la oratoria», y no civiles: «si el mundo es redondo».
— Diferencias entre tesis y lugar común.
— Tipos: simples: «si es conveniente casarse»; relativas: «si debe casarse un rey», y dobles: «si es más conveniente ser atleta que agricultor».
— Los argumentos se basan en la justicia, la utilidad, la posibilidad y la adecuación (principios de argumentación finales).
— En último lugar se han de colocar las exhortaciones y las alusiones a las costumbres comunes a todos los hombres.

Propuesta de ley

— Diferencias entre la propuesta de ley en la práctica judicial y en los ejercicios.
— Los argumentos se basan en la claridad, la justicia, la legalidad, la conveniencia, la posibilidad y la adecuación.

El texto. Ediciones[7] *y traducciones*

Todas la ediciones de las obras de Hermógenes (exceptuados los *Progymnásmata)* se remontan a la edición de Aldo Manucio, aparecida en Venecia en 1508. Sin embargo, la edición más antigua de los *Progymnásmata* aparece

[7] Seguimos las noticias que a este respecto ofrece H. Rabe, *op. cit.*, págs. XIII y ss. *Vid. etiam,* págs. 47, n. 18.

en el s. XVIII a cargo de Heeren, Gottingen, 1790. En el s. XIX se publican varias ediciones de los *Progymnásmata:* la de M. G. Veesenmeyer, Núremberg, 1812, la de Ward en *The Classical Journal,* Londres, 1812, la de C. Walz, vol. I, Stuttgart, 1832 (9-54), y la de L. Spengel, *Rh.Gr.* II, Leipzig, 1854 (3-18). Finalmente, la edición más moderna, en cuyo texto nos hemos basado, aparece ya en el presente siglo a cargo de H. Rabe, *Rh. Gr.* VI, Leipzig, 1913, y se apoya básicamente en cuatro códices: el Laurenciano 60, 27 (s. XIV), el Avaricense 322 (s. XV) y los Parisinos 3032 y 2983 (siglos X y XI, respectivamente). No obstante, hemos seguido la edición de Spengel en los siguientes pasajes:

Rabe	Spengel
p. 15, 15 *phaínesthai, en têi ekbásei*	p. 12, 3 *phaínesthai kaì en*
p. 9, 18 *paraplēsía têi tês chreías, próeisi gàr*	p. 8, 7 *paraplēsía têi tês chreías próeisi toîsde*
p. 23, 21 *gymnásmasin, hoîs ēkolouthḗsamen*	p. 17, 7 *gymnásmasin ēkolouthḗsamen*

Con respecto a las traducciones, hemos consultado la latina de Prisciano de Cesarea, del s. VI d. C., editada por C. Halm en *Rhetores Latini minores,* Leipzig, 1805 (Frankfurt, 1964), aunque es una traducción un tanto libre, pues suprime o cambia lo que le parece y sustituye las citas griegas por citas latinas, y la inglesa de C. S. Baldwin, *Medieval Rhetoric and Poetic,* Nueva York, 1928 (23-38). No tenemos noticia, sin embargo, de que exista hasta ahora ninguna traducción de los *Progymnásmata* de Hermógenes al castellano, por lo que la nuestra sería la primera traducción.

EJERCICIOS DE RETÓRICA

Acerca de la fábula[1]

Juzgan conveniente acercar en primer 1
lugar la fábula a los jóvenes, porque puede dirigir sus espíritus hacia lo más noble. Consideran, pues, oportuno modelarlos cuando aún son tiernos.

Es evidente que también los antiguos la utilizaron: Hesíodo, al contar la del ruiseñor, y Arquíloco, la de la zorra [2].

A partir de sus inventores, unas son denominadas «ciprias», otras «libias», otras «sibaríticas», pero todas comúnmente son llamadas «esópicas», porque Esopo utilizaba 2
las fábulas para sus conversaciones habituales.

Dan de ella una descripción como la que sigue: consideran que es falsa, pero totalmente útil para alguna de las circunstancias de la vida, y además sostienen que ha de ser verosímil. ¿Cómo podría ser verosímil? Si asignamos a los personajes las características que les son propias, por ej.: alguien compite por la belleza, a ése que se le presente como un pavo real; hay que atribuir a alguien cierta sabiduría, entonces que sea presentado como una zorra; si imitan las acciones de los hombres, entonces que sean propuestos los monos.

---

[1] Cf. pág. 52, n. 5.

[2] HES., *Tr.* 203, y ARQ., *Fr.* 86 (ed. Bergk), respectivamente.

Unas veces hay que alargarlas, otras que abreviarlas. ¿Cómo podría hacerse esto? Si la contáramos sin adornos mediante una narración, o bien fingiéramos discursos de los personajes presentados; esto es, para que te quede claro con un ejemplo: «Habiéndose reunido los monos deli-
3 beraban sobre la necesidad de fundar una ciudad y, una vez que lo hubieron decidido, se disponían a emprender la acción. Entonces un mono anciano los contuvo diciéndoles que con mayor facilidad iban a ser conquistados ellos al quedar apresados dentro de las murallas». De ese modo podrías abreviarlas. Pero si quisieras alargarlas, has de proceder del modo siguiente: «Habiéndose reunido los monos, deliberaban acerca de la fundación de una ciudad. Entonces uno, adelantándose, proclamó que era necesario que también ellos tuvieran una ciudad: 'Ved, pues —dice— cuán felices son los hombres gracias a eso; cada uno de ellos tiene una casa, y entrando todos a la asamblea y al teatro alegran sus espíritus con espectáculos y audiciones de todo tipo'». Prosigue, pues, de ese modo, demorándote y diciendo que incluso el decreto había sido redactado, e inventa también un discurso por parte del mono anciano. Así, pues, eso debe hacerse de ese modo.

La exposición sostienen que ha de ser ajena a los períodos, cercana a la dulzura [3].

4 La moraleja, que muestra la utilidad derivada de la fábula, unas veces será colocada al comienzo, otras al final [4].

[3] Gr. *glykýtēs,* lat. *suavitas.* Es una virtud característica de las fábulas y de las narraciones míticas, y se produce principalmente cuando la exposición carece de períodos y razonamientos y resulta más sencilla y cierta (C. T. Ernesti, *Lexicon...,* pág. 62).

[4] Y, según su posición, recibe los nombres de *promýthion* y *epimýthion,* respectivamente, cf. Aftonio, 2.

Es evidente que también los oradores la utilizaron a modo de ejemplo.

Acerca del relato

El relato sostienen que es la exposición de un hecho que ha sucedido o que se admite como sucedido [5]. Algunos, sin embargo, colocaron la *chría* delante de éste [6].

«Relato» difiere de «narración» como «poema» de «poesía» [7]. En efecto, poema y relato versan sobre un único hecho; poesía y narración sobre más, por ej.: poesía es la *Ilíada* y poesía es la *Odisea,* mientras que poemas son la fabricación del escudo, la evocación de los muertos y la matanza de los pretendientes [8]. Y, a su vez, una narración es la *Historia* de Heródoto y la obra de Tucídides [9], mientras que un relato es el episodio de Arión y el de Alcmeón [10].

Sostienen que los géneros del relato son cuatro: que uno, en efecto, es mítico; otro, ficticio, al que también

---

[5] Cf. pág. 81, n. 106.

[6] Cf. Introduc., pág. 22.

[7] Cf. *supra,* págs. 23-24.

[8] Se trata de *Il.* XVIII, y *Od.* XI y XXII, respectivamente.

[9] Hermógenes utiliza el término *historía* para referirse a la primera, mientras que la historia de Tucídides la denomina *syngraphḗ.* Según J. Sardiano, *Commentarium...,* pág. 17, 16-19, el término *historía* se emplea para la narración de sucesos antiguos, mientras que para la exposición de sucesos contemporáneos se utiliza el término *syngraphḗ.*

[10] Heródoto en I 23-4 relata cómo Arión, el gran músico de Lesbos inventor del ditirambo, fue salvado a lomos de un delfín, después que los marinos del barco en que viajaba quisieran darle muerte. Tucídides alude a la leyenda de Alcmeón en II 102. Este personaje, después de asesinar a su madre, tal como había prometido a su padre Anfiarao, sufre la persecución de las Erinias, que no le dejarían en paz hasta que se purifica en la desembocadura del Aqueloo, tierra formada después del asesinato de su madre.

llaman «dramático», por ej.: las obras de los trágicos; otro, histórico, y otro, civil o privado [11]. Pero nosotros ahora nos referimos al último.

Las modalidades de los relatos son cinco: enunciativa
5 recta, enunciativa oblicua, demostrativa, asindética y comparativa. Así pues, enunciativa recta, por ej.: «Medea era la hija de Eetes. Ésta entregó traidoramente el vellocino de oro». Se llama «recta» porque en todo el relato o en su mayor parte se mantiene fiel al caso nominativo. Enunciativa oblicua, por ej.: «Se cuenta que Medea, la hija de Eetes, se enamoró de Jasón», etc. Se llama «oblicua» porque también admite los demás casos [12]. Demostrativa es la siguiente modalidad, por ej.: «¿Qué acto terrible, pues, no realizó Medea? ¿No se enamoró de Jasón, entregó traidoramente el vellocino de oro y dio muerte a su hermano Apsirto?», etc. Asindética es como sigue: «Medea, la hija de Eetes, se enamoró de Jasón, entregó traidoramente el vellocino de oro, mató a su hermano Apsirto», etc. Comparativa es la siguiente modalidad: «Medea, la hija de Eetes, en lugar de mantenerse casta, se enamoró; en lugar de guardar el vellocino de oro, lo entregó traidoramente; en lugar de salvar a su hermano Apsirto, lo mató». Así, pues, el caso recto es adecuado para las historias, pues resulta más
6 claro; el oblicuo, sobre todo para los debates; el demostrativo conviene a las pruebas y el asindético a los epílogos, puesto que es patético [13].

---

[11] Según J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 16, 18-22, dramático es el falso, histórico el verdadero, y civil el verosímil.

[12] Si bien en el ejemplo que presenta sólo utiliza el acusativo.

[13] Parece que se refiere a las partes del discurso, aunque utiliza el término «historias» por el más usual de «narración», y dentro de la parte agonal incluye también las pruebas utilizadas para refutar o confirmar el argumento defendido.

Acerca de la chría[14]

Una *chría* es la mención de un dicho o acción, o de lo uno y lo otro, que tiene una exposición concisa y que tiende generalmente hacia algo útil.

De las *chrías,* unas son verbales, otras de hechos y otras mixtas. Son verbales aquellas en las que únicamente interviene la palabra, por ej.: «Platón dijo que las Musas habitan en los espíritus de los bien dotados». Son de hechos aquellas en las que únicamente interviene la acción, por ej.: «Diógenes, al ver a un joven maleducado, golpeó a su pedagogo[15]». Son mixtas las que contienen una mezcla de palabra y de acción, por ej.: «Diógenes, al ver a un joven maleducado, golpeó a su pedagogo diciéndole: ¿Por qué, pues, le enseñabas tales cosas?».

La *chría* difiere del *apomnēmóneuma*[16] principalmente en la extensión, pues los *apomnēmoneúmata* podrían también prolongarse más, mientras que la *chría* es preciso que sea concisa. Difiere de la sentencia en que ésta se expone en una enunciación pura y simple, mientras que la *chría* 7
lo hace a menudo también en forma de pregunta y respuesta; en que la *chría* también se basa en acciones, mientras que la sentencia únicamente en dichos; y, además, en que la *chría* incluye al personaje autor del dicho o de la acción, mientras que la sentencia se expresa sin que medie personaje.

Acerca de las clases de *chrías,* los antiguos casi siempre dicen que, de ellas, unas son enunciativas, otras interrogativas y otras indagativas[17].

---

[14] Cf. pág. 54, n. 10.

[15] Cf. pág. 114, n. 183.

[16] Cf. pág. 105, n. 161.

[17] Sobre las diferencias entre indagación e interrogación, cf. pág. 94, n. 133.

Sin embargo, ahora nos dirigimos hacia el punto principal, y éste es la elaboración [18]. La elaboración, en efecto, ha de ser como sigue: en primer lugar, el encomio en pocas palabras del autor del dicho o de la acción; después, la paráfrasis de la propia *chría;* luego, la causa, por ejemplo: «Isócrates dijo que la raíz de la educación es amarga, pero el fruto dulce». Alabanza: «Isócrates era sabio» y ampliarás ligeramente el pasaje. A continuación, la *chría:* «Dijo esto», y no la expondrás pura y simplemente, sino ampliando la elocución. Después, la causa: «Pues los hechos más importantes suelen lograrse con fatigas, pero cuando se logran producen el placer». Luego, mediante el argumento contrario: «En efecto, los hechos de poca importancia no precisan de fatigas y tienen un fin de lo más
8 desagradable, mientras que con los importantes ocurre lo contrario». Después, a partir de un símil: «En efecto, al igual que es preciso que los agricultores recojan los frutos después de arrostrar las fatigas del campo, así también sucede con los estudios». A continuación, a partir de un ejemplo: «Habiéndose encerrado Demóstenes en su habitación, tras trabajar muy afanosamente, recogía después los frutos, coronas y proclamas» [19]. Es posible argumentar también a partir de un juicio, por ej.: «Hesíodo, en efecto, dijo:

'Delante de la virtud el sudor los dioses colocaron'» [20].

«Y otro poeta afirma:

---

[18] Cf. Introduc., pág. 20 y pág. 60, n. 29.

[19] La diferencia entre símil (gr. *parabolḗ)* y ejemplo (gr. *parádeigma)* reside principalmente en que en el primero los personajes utilizados son desconocidos y genéricos, mientras que en el segundo se utilizan personajes conocidos para la mayoría, cf. J. SARDIANO, *Commentarium...*, pág. 47, 13.

[20] HES., *Tr.* 289.

'A cambio de las fatigas todos los bienes nos venden los
[dioses'» [21].

Al final añadirás una exhortación en el sentido de que es menester hacer caso al autor del dicho o de la acción. Con esto es suficiente por el momento. La enseñanza más completa la conocerás después.

Acerca de la sentencia

Una sentencia es una máxima expresada en una enunciación general, que desaconseja algo o exhorta hacia algo o que pone de manifiesto el carácter de cada cosa. Desaconsejando, como en aquel pasaje:

No ha de dormir toda la noche un hombre que toma
[decisiones [22]

exhortando, como en este otro:

Preciso es, para escapar de la pobreza, al mar inmenso
arrojarse, Cirno, y desde rocas escarpadas [23].

O bien no hace nada de eso, sino que emite una declara-
ción acerca de la naturaleza del hecho, por ej.: «Tener 9
éxito, en efecto, por encima de los méritos propios, fuente
de desvarío llega a ser para los insensatos» [24].

Por otro lado, de las sentencias, unas son verdaderas, otras verosímiles, otras simples, otras compuestas y otras hiperbólicas. Verdaderas, como:

---

[21] *Epich., Fr.* 287 (ed. Kaibel).

[22] Hom., *Il.* II 24.

[23] Teog., 175. (ed. Bergk[4]).

[24] Dem., I 23.

No es posible encontrar en nadie una vida carente de
[sufrimiento [25].

Verosímiles, como:

A cualquier hombre que en tratos con malvados se complace
jamás lo interrogué, por comprender que
es tal cual esos con cuya convivencia se complace [26].

Simples, como:

Puede también el ser ricos hacerlos humanitarios [27].

Compuestas, como:

No es un bien la soberanía de muchos: uno solo sea
[soberano [28].

Hiperbólicas, como:

Nada más débil que el hombre alimenta la tierra [29].

La elaboración, semejante a la de la *chría,* discurrirá por los siguientes apartados: encomio breve de quien la ha dicho, como en la *chría,* sencillez, causa, argumento contrario, razonamiento, símil, ejemplo y emisión de un juicio. Sirva como ejemplo la siguiente sentencia:

No ha de dormir toda la noche un hombre que toma
[decisiones [30].

---

[25] MENAND., *Fr.* 411, III, pág. 120 (ed. Kock).
[26] EUR., *Fenic. Fr.* 812, N^2.
[27] MENAND., *Fr.* 19, III, pág. 9 (ed. Kock).
[28] HOM., *Il.* II 204.
[29] HOM., *Od.* XVIII 130.
[30] Cf. n. 22.

Así, pues, alabarás con pocas palabras a quien la ha dicho. Luego, el argumento basado en la sencillez, que consiste en parafrasear la sentencia, por ej.: «No está bien que duerma durante toda la noche un hombre que examina cuestiones en los consejos». La causa: «Porque es necesario que el dirigente se preocupe continuamente, y el sueño priva de consejo». Argumento contrario: «Es contrario a un rey un ciudadano particular, y a estar en vela el dormir». Así, pues, ¿cómo se podría interpretar?: «Si no es indignante en absoluto que un particular duerma durante toda la noche, es evidente que conviene que el rey, quedándose en vela, se preocupe» [31]. Símil: «Del mismo modo, en efecto, que los pilotos están siempre en vela en pro de la salvación común, así conviene también que lo estén los gobernantes». Ejemplo: «En efecto, también Héctor, no durmiendo por la noche, sino preocupándose, envió a Dolón como explorador a las naves» [32]. Después está el lugar de argumentación basado en la emisión de un juicio, y el final ha de contener una exhortación.

Acerca de la refutación y la confirmación

Una refutación es la invalidación del tema propuesto; una confirmación, por el contrario, su consolidación. 11

No se han de refutar ni confirmar los temas que son enteramente falsos, como, por ejemplo, las fábulas, sino que es, sin duda, necesario que las refutaciones y confirmaciones se hagan sobre aquellos temas que admiten la argumentación en uno y otro sentido.

[31] Presenta, pues, el entimema o razonamiento. Sobre este término, *vid.* pág. 109, n. 171.

[32] HOM., *Il.* X.

Refutarás a partir de la oscuridad, la inverosimilitud, la imposibilidad, la inconsecuencia, también llamada «contradicción», la inadecuación y la inconveniencia. A partir de la oscuridad, como: «Era oscura la época referente a Narciso» [33]. A partir de la inverosimilitud: «Era inverosímil que Arión quisiera cantar cuando estaba en medio de desgracias» [34]. A partir de la imposibilidad: «Era imposible que Arión fuese salvado encima de un delfín». A partir de la inconsecuencia, también llamada «contradicción»: «Era contrario al hecho de salvar la democracia el haber querido abolirla». A partir de la inadecuación: «Era inadecuado que Apolo, que era un dios, yaciese con una mortal» [35]. A partir de la inconveniencia, cuando decimos que ni siquiera es conveniente escuchar esas cosas. Confirmarás a partir de los aspectos contrarios.

Acerca del lugar común

El denominado «lugar común» contie-
ne una amplificación de un hecho reco-
nocido, pues previamente han tenido lu-
12 gar las demostraciones. En efecto, ya no
examinamos si éste es un saqueador de
templos o si este otro es un hombre distinguido por su

[33] De las múltiples versiones sobre este personaje mitológico, la más conocida es la que ofrece Ovidio en las *Metamorfosis.* Tras su nacimiento, los padres consultan al adivino Anfiarao, quien les responde que el niño llegaría a viejo si no se contemplaba a sí mismo. Al llegar a adulto su belleza le granjeó muchas enamoradas. Éstas, despreciadas por él, claman venganza y Narciso finalmente será castigado, pues tras una cacería se contempla sobre las aguas de una fuente y enamorado de sí mismo muere consumido por su propia pasión.

[34] Tal es el último deseo que Arión pide a los marineros que querían asesinarle, cf. n. 10.

[35] Entre las mortales amadas por el dios figuran Marpesa, hija de Eveno; Casandra, hija de Príamo; Hécuba, madre de Casandra y esposa de Príamo, etc.

valor, sino que, como si de algo ya demostrado se tratase, hacemos la amplificación.

Se llama «lugar común» porque es adecuado contra cualquier saqueador de templos y en defensa de cualquier hombre distinguido por su valor [36].

Es necesario proceder del modo siguiente: en primer lugar, mediante el examen del argumento contrario; luego viene el hecho en sí; después, la comparación; a continuación, la intención; luego censurarás conjeturalmente su vida pasada a partir de la presente; después rechazarás la compasión con los denominados «principios de argumentación finales» [37] y con una descripción vívida del hecho. Los proemios, en efecto, no se hallarán en el lugar común de un modo puro, sino que se mantendrán hasta cierta medida. Esto es, para que te resulte claro con un ejemplo; sea un lugar común contra un saqueador de templos. Sin duda, los proemios, no por el contenido, sino por la forma, serán como sigue: «Es conveniente, jueces, odiar a todos los malhechores, pero especialmente a cuantos cometen osadías contra los dioses». En segundo lugar: «Así pues, si queréis convertir a los demás en unos malvados, habéis de dejar impune también a éste, pero, si no, habéis de castigarlo» [38]. En tercer lugar: «Sin duda, en apariencia el único que corre riesgo es el juzgado, pero en realidad también lo corréis vosotros, que le juzgáis, pues el faltar
a los juramentos no sé si tiene un castigo más leve que 13
la violación de la ley». A continuación, antes de llegar al

[36] Cf. pág. 119, n. 191.

[37] Gr. *tà telikà kephálaia,* cf. lat. *capitula finalia.* Reciben tal denominación por estar orientados hacia un bien final (H. LAUSBERG, *Handbuch...* 375). Cf. pág. 69, n. 77.

[38] Cf. ESQUIN., I 192.

hecho en sí, se ha de razonar acerca del argumento contrario: «Las leyes se preocuparon del cuidado de los dioses, erigieron altares, los adornaron con ofrendas y los honraron con sacrificios, con fiestas y con procesiones». Luego sigue la interpretación según el examen de la causa: «Es lógico, pues la benevolencia de éstos mantiene a salvo las ciudades, mientras que, si tuvieran una disposición diferente, por fuerza éstas serían destruidas». Pasa, entonces, al asunto propuesto: «Siendo esto así, ¿qué osadía cometió éste?», y cuenta el acto realizado, no como quien lo expone sin más, sino como quien exagera su maldad, y di: «Ultrajó a la ciudad entera, tanto en lo público, como en lo privado, y hay temor de que falten las cosechas, temor de que seamos vencidos por los enemigos», y cuanto es similar. Seguidamente pasa a las comparaciones: «Es más cruel que los homicidas, y la diferencia entre ambos resulta de sus víctimas: ellos fueron audaces con los hombres, mientras que él se comportó groseramente con los dioses. Éste es semejante a los tiranos, y no a todos ellos, sino a los más crueles, pues lo más indignante de aquéllos parece ser el hecho de que se apoderan de las ofrendas». Las comparaciones con un delito inferior las introducirás en tono de reproche, puesto que son verdaderamente aptas para destruir: «¿No es indignante que el ladrón pague su castigo y el saqueador de templos no?». Puedes también criticar su vida anterior a partir de la presente, como: «Partiendo de un asunto insignificante llegó a este acto final, de manera que tenéis a la vez a un ladrón, a un perforador
14 de muros y a un adúltero». Examinarás también la intención a partir de la cual llegó a este acto: «Por no querer trabajar la tierra desea enriquecerse por estos medios». Si hablaras contra un homicida, mencionarás también las consecuencias resultantes: «Una esposa en estado de viudez,

unos hijos huérfanos». Utiliza igualmente el rechazo de la compasión. Rechazarás la compasión por medio de los llamados «principios de argumentación finales»: la legalidad, la justicia, la conveniencia, la posibilidad y la adecuación, y con una descripción vívida del delito: «No contempléis al que ahora llora, sino a aquel que despreciaba a los dioses, al que atacaba los santuarios, al que forzaba las puertas, al que se apoderaba de las ofrendas». Y concluye con una exhortación: «¿Por qué vaciláis?, ¿por qué deliberáis acerca de lo que hace tiempo está decidido?». Esto es todo por el momento. El tratamiento más completo lo conocerás después.

Acerca del encomio

Un encomio es la exposición de las cualidades que alguien posee en común o individualmente. En común, por ej.: el encomio de un hombre; individualmente, por ej.: el encomio de Sócrates.

Encomiamos también cosas, por ej.: justicia, y animales, por ej.: un caballo, e incluso, también, árboles, montes y ríos.

Se llama «encomio», según afirman, porque antiguamente los poetas cantaban los himnos a los dioses en las aldeas [39], y llamaban «aldeas» a las poblaciones de estrechas callejuelas.

El encomio se diferencia de la alabanza [40] en que ésta se podría hacer también en pocas palabras, por ej.: «Sócra-

[39] Explica, pues, etimológicamente «encomio» a partir del término *kómai* = «aldeas».

[40] Según Aristóteles, *Retórica* I 1367b, la diferencia entre alabanza (gr. *épainos)* y encomio (gr. *enkômion)* reside en que la alabanza ensalza las virtudes, mientras que el encomio se centra en las acciones.

tes es sabio», mientras que el encomio se hace mediante una exposición más extensa. No ignores que también unen los vituperios a los encomios, bien por denominarlos de un modo eufemístico, o porque ambos proceden por los mismos lugares de argumentación. Así, pues, ¿en qué se diferencia el encomio del lugar común? Parece, en efecto, que en algunos aspectos estos dos géneros ofrecen incluso grandes coincidencias, por ej.: el encomio de un hombre valiente y el lugar común en defensa de un hombre valiente. Pues bien, afirman que la diferencia se manifiesta en la finalidad y en el resultado, puesto que en el lugar común el propósito es conseguir una recompensa, mientras que el encomio contiene un testimonio puro y simple de virtud.

Son lugares de argumentación adecuados para el encomio el pueblo, por ej. que sea griego; la ciudad, por ej., que sea ateniense; el linaje, por ej. que sea un alcmeónida. Mencionarás también algunos sucesos dignos de admiración que coincidieron con su nacimiento, partiendo, por ejemplo, de sueños, presagios o ciertos hechos similares. Después viene
16 su crianza, como en el caso de Aquiles, que fue criado con médulas de leones y junto a Quirón [41]. Luego, la educación: cómo fue educado o cómo fue instruido. Además, también se ha de examinar la naturaleza de su espíritu y de su cuerpo, y cada uno de estos aspectos mediante subdivisión. Dirás, en efecto, con respecto a su cuerpo, que es hermoso, que es alto, que es rápido y que es fuerte; con respecto a su espíritu, que es justo, que es prudente, que es sabio y que es valeroso. Después lo encomiarás a partir de sus ocupaciones, por ej.: ¿qué tipo de vida practicó, la propia del filósofo, la propia del orador o la propia del

[41] Según APOLODORO III 13, 6, el niño fue criado con entrañas de leones y jabalíes, y médulas de osos. Sobre Quirón, cf. pág. 102, n. 153.

soldado? Pero lo más importante son las acciones, pues
las acciones dependen de las ocupaciones, por ej.: si eligió
la vida militar, ¿qué actos llevó a cabo en ésta? [42]. Alaba-
rás sus bienes externos, por ej.: parientes, amigos, posesio-
nes, criados, fortuna y los semejantes. También lo alaba-
rás a partir de la extensión de su vida, si fue larga o me-
dia, y ambas posibilidades proporcionan una fuente de ar-
gumentación para los encomios. En efecto, al que ha goza-
do de una vida muy larga, por eso mismo lo alabarás, y
al que no la ha tenido así, «por no haber participado de
las enfermedades provocadas por la vejez» [43]. También lo
alabarás a partir del modo de su muerte, cómo murió com-
batiendo en defensa de su patria; y dirás si algo extraordi-
nario acaeció entonces, como en el caso de Calímaco, que
incluso muerto se mantenía en pie. Lo alabarás también
a partir del autor de su muerte, por ej.: que Aquiles murió
a manos del dios Apolo [44]. Examinarás igualmente los su-
cesos que siguieron a su muerte: si se celebraron juegos
en su honor, como en el caso de Patroclo [45], si hubo algún 17
oráculo relativo a sus huesos, como en el caso de Ores-

[42] Sardiano, *Commentarium...*, pág. 147, 6, señala las diferencias existentes entre ocupación (= *epitḗdeuma),* que define como la elección de un modo de vida: la de ser médico, soldado, etc., y *prâxis,* que define como la acción que se practica en ese modo de vida o profesión, por ej.: la de curar, si se es médico, etc. Cf. L. Pernot, «Les 'tópoi' de l'éloge...», pág. 36.

[43] Isóc., IX 71.

[44] Hay dos versiones sobre el autor de su muerte. Una atribuye a Paris la autoría, aunque instigado por Apolo, y la otra representa al propio Apolo disparándole la flecha en el talón ante los muros de Troya. Para una información más detallada sobre este punto, consúltese *Apolodoro, Biblioteca* (Introd. de Javier Arce y Trad. y notas de M. Rodríguez de Sepúlveda), Madrid, 1985, pág. 223, n. 95.

[45] Hom., *Il.* XXIII 262 y sigs.

tes [46], si sus hijos fueron célebres, como Neoptólemo [47]. Pero la más importante fuente de argumentación en los encomios es la procedente de las comparaciones, que dispondrás según lo aconseje la ocasión.

De modo semejante, en la medida de lo posible, harás también el encomio de los animales. En efecto, los encomiarás a partir del lugar en el que nacen y, en relación con su lugar de origen, dirás a cuál de los dioses están consagrados, por ej.: la lechuza a Atenea y el caballo a Poseidón. Igualmente dirás cómo se alimenta, qué tal es de espíritu, qué tal de cuerpo, qué hechos presenta, en qué son útiles, cuál es la duración de su vida. También compararás y, en una palabra, usarás los lugares de argumentación que correspondan.

Las actividades [48], por su parte, las encomiarás a partir de su inventores, por ej.: Ártemis y Apolo inventaron el arte de la caza, y a partir de quienes las utilizaron, diciendo que los héroes hacían uso de ella. Pero el mejor método, en el caso de semejantes encomios referidos a actividades, consiste en examinar a quienes las practican, cómo

[46] Según relata Heródoto en I 67, los habitantes de Esparta, vencidos continuamente en sus luchas con los de Tegea, consultaron el oráculo de Delfos con el fin de averiguar a qué dios se habían de propiciar para ganar en la guerra, y el oráculo les respondió que para ello era preciso que trajesen a su país los huesos de Orestes, que reposaban en un lugar de Tegea.

[47] Hijo de Aquiles y Deidamía, también conocido como Pirro, nombre que recibió por aquel otro que llevó su padre cuando disfrazado de doncella vivía en el harén de Licomedes bajo el nombre de Pirra.

[48] Literalmente dice «cosas» (gr. *prágmata),* término bajo el que se incluyen generalmente nombres abstractos, por ej.: justicia, cf. pág. 14 R., o bien actividades, como en este caso. Baldwin y R. Nadeau lo traducen simplemente como «things».

son tanto en sus espíritus como en sus cuerpos, por ej.: los cazadores son valerosos, atrevidos, más agudos de entendimiento, y vigorosos de cuerpo. A partir de aquí ya no ignorarás cómo se ha de encomiar a los dioses, si bien hay que saber que los encomios dirigidos a los dioses hay que llamarlos «himnos».

Así también, de modo semejante, encomiarás los árbo-
les: a partir del lugar en que nacen, a partir de la divinidad 18
a la que están consagrados, como el olivo a Atenea, y a partir de su crianza, por ej.: ¿cómo se crían? y, si precisaran de mucho cuidado, de ello te asombrarás y, si de poco, también de esto otro. Hablarás, como si de un cuerpo se tratase, de su crecimiento, de su belleza y de si está siempre verde, como el olivo. Luego aludirás a su utilidad, en la que te demorarás al máximo. Las comparaciones han de incluirse en todo lugar.

Igualmente, a partir de esos aspectos también podrías emprender sin dificultad el encomio de una ciudad. Dirás, en efecto, con respecto a su origen, que sus habitantes son autóctonos; con respecto a su crianza, que por dioses fueron criados y, con respecto a su educación, que por dioses fueron educados. Examinarás, como si de un hombre se tratase, qué tal es la ciudad en sus costumbres, qué tal en su constitución, qué ocupaciones practicó y qué empresas llevó a cabo.

Acerca de la comparación

La comparación ha quedado incluida en el lugar común, cuando amplificábamos las malas acciones por comparación; ha quedado incluida también en el encomio, cuando amplificábamos las cualidades por comparación, y ha quedado incluida también en el vituperio con el mismo valor. Sin embargo, puesto que
algunos, y no de los mediocres, también hicieron de ella 19

un ejercicio independiente, hemos de hablar un poco acerca de la misma.

Así, pues, procederá de acuerdo con los lugares de argumentación propios del encomio. En efecto, comparamos ciudad con ciudad, de las cuales proceden los hombres, linaje con linaje, crianza con crianza, ocupaciones, acciones [49], bienes externos, modos de muertes y circunstancias posteriores. Del mismo modo, si compararas árboles, confrontarás los dioses que los otorgaron, los lugares en los que se producen, su cultivo, la utilidad de sus frutos, etc. Igualmente, si compararas actividades [50], hablarás de los primeros en emprender tales actividades, y confrontarás entre sí a quienes las practican, en cuanto a las cualidades de su espíritu y en cuanto a las de su cuerpo. El mismo principio has de aplicar también a todos los objetos.

Así, pues, algunas veces conducimos las comparaciones según el principio de la igualdad, mostrando como iguales los objetos que comparamos, ya sea en su totalidad o en su mayor parte; a veces preferimos una cosa a otra, aunque encomiamos también aquello a lo que preferimos esto otro; otras veces vituperamos enteramente una cosa, mientras que alabamos otra, por ej.: si expusieras una comparación entre justicia y riqueza. Hay también comparaciones con un objeto superior, en donde la cuestión reside en mostrar al inferior como igual al superior, por ej.: si expusieras una comparación entre Hércules y Ulises [51], pero tal comparación requiere un orador enérgico y vehemencia; precisa también de vivacidad en todas sus partes la elaboración

[49] Cf. n. 42.

[50] Cf. n. 48.

[51] En este caso el personaje superior sería Hércules, en tanto que hijo de Zeus y héroe benefactor.

del ejercicio, a causa de que es necesario hacer rápidamente las transiciones [52] de un tema a otro.

Acerca de la etopeya [53]

Una etopeya es la imitación del carácter de un personaje propuesto, por ej.: «¿qué palabras pronunciaría Andrómaca ante el cadáver de Héctor?». Una prosopopeya se produce cuando a una cosa le atribuimos las características de una persona, como *La Prueba* en Menandro, y como en Aristides el mar dirige sus palabras a los atenienses [54]. La diferencia es clara, pues en aquel caso inventamos discursos de un personaje real, mientras que en este otro inventamos un personaje irreal [55]. Una idolopeya afirman que se produce cuando atribuimos discursos a los muertos, como Aristides en el discurso *Contra Platón, en defensa de los cuatro,* pues atribuyó discursos a los compañeros de Temístocles [56].

Hay etopeyas tanto de personajes determinados como indeterminados. Indeterminados, por ej.: «¿qué palabras dirigiría a sus familiares un hombre que fuese a ausentarse del país?»; determinados, por ej.: «¿qué palabras dirigiría Aquiles a Deidamía [57] cuando iba a partir hacia la guerra?».

---

[52] Se trata del segundo de los dos tipos de *metabáseis* distinguidos por C. T. ERNESTI, *Lexicon...*, pág. 210 «... cuando referimos nuestro discurso hacia otro asunto y acción».

[53] Cf. Introduc., pág. 23.

[54] MENAND., *Fr.* 545, III, pág. 165 (ed. Kock). No se ha conservado, sin embargo, tal pasaje de Aristides *(Rh. Gr. VI,* ed. H. Rabe, pág. 12, n. 11).

[55] Es decir, se personifica una cosa, y por tanto se la rodea de las características de una persona.

[56] ARIST., II 301 y sigs. (ed. Dind.), en donde aparecen hablando Temístocles, Pericles, Cimón y Milciades.

[57] Deidamía es una de las hijas de Licomedes, con la que yació Aquiles y de la que nació su hijo Neoptólemo, cf. n. 47.

De las etopeyas, unas son simples, cuando se propone
21 a alguien hablando consigo mismo; otras dobles, cuando
se propone a alguien hablando con otro. Consigo mismo,
por ej.: «¿qué palabras diría un general al regresar de la
victoria?»; con otros, por ej.: «¿qué palabras dirigiría un
general a su ejército después de la victoria?».

En todo lugar observarás el decoro apropiado a los personajes propuestos y a las circunstancias, pues uno es el discurso propio de un joven, otro distinto el de un anciano, otro el de quien está alegre y otro diferente el de quien está afligido.

Unas etopeyas son morales, otras emotivas y otras mixtas. Son morales aquellas en las que predomina totalmente el carácter, por ej.: «¿qué palabras diría un agricultor al ver por vez primera una nave?» Son emotivas aquellas en las que predomina totalmente la emoción, por ej.: «¿qué palabras diría Andrómaca ante el cadáver de Héctor?». Son mixtas las que contienen una mezcla de carácter y de emoción, por ej.: «¿qué palabras diría Aquiles ante el cadáver de Patroclo?», pues precisamente la emoción tiene como causa la muerte de Patroclo, y el carácter se observa mientra delibera consigo sobre la guerra.

La elaboración discurrirá por los tres ejes temporales:
comenzarás, de hecho, por el presente, diciendo que es di-
22 fícil; luego retrocederás al pasado, diciendo que era partí-
cipe de mucha felicidad; a continuación has de pasar al
futuro, diciendo que lo que va a sobrevenir será mucho
más terrible.

Ha de haber también modalidades discursivas [58] y estilos adecuados a los personajes propuestos.

[58] Gr. *schêmata,* cf. pág. 5 R.

Acerca de la descripción

Una descripción es una composición que expone en detalle de una manera manifiesta, según afirman, y que presenta ante los ojos el objeto mostrado.

Hay descripciones de personajes, de hechos, de circunstancias, de lugares, de épocas y de otros muchos objetos. De personajes, como en Homero:

Era bizco y cojo de un pie[59];

de hechos, por ej.: la descripción de un combate terrestre y de un combate naval; de circunstancias, por ej.: la paz y la guerra; de lugares, por ej.: puertos, playas y ciudades; de épocas, por ej.: primavera, verano y una fiesta. Se podría hacer también alguna descripción mixta, como el combate nocturno en Tucídides[60], pues la noche es una circunstancia, mientras que el combate es una acción.

Argumentaremos describiendo los hechos a partir de los sucesos anteriores, simultáneos y posteriores, por ej.: si expusiéramos la descripción de una guerra, mencionaremos 23
en primer lugar las circunstancias anteriores a la guerra: las levas de tropas, los gastos, los temores; luego, los tratados, las matanzas, las muertes; a continuación, el trofeo y, después, los peanes de los vencedores, frente a las lágrimas y la esclavitud de los otros. Mientras que, si describimos lugares, épocas o personajes, tendremos también algún argumento a partir de la narración y a partir de la belleza, la utilidad y la sorpresa.

Las virtudes de la descripción son principalmente claridad y viveza, pues es necesario que la elocución, por me-

[59] Hom., *Il.* II 217.

[60] Tuc., III 22.

dio del oído, casi provoque la visión de lo que se describe. Pero, además, las características de la expresión deben adaptarse a los temas: si el asunto es florido, que sea también de ese modo el estilo; si el asunto es árido, que también sea el estilo semejante [61].

Hay que saber que algunos de los autores más estrictos no consideraron la descripción como ejercicio, por pensar que ya había sido tratada en la fábula, en el relato, en el lugar común y en el encomio, pues también allí, afirman, describimos lugares, ríos, hechos y personajes. Sin embargo, puesto que algunos autores no mediocres la contaron también entre los ejercicios, también nosotros les seguimos, porque huimos de la acusación de negligencia.

Acerca de la tesis

24 Como definición de la tesis nos han transmitido la de que la tesis es el examen de un hecho sometido a observación, desprovisto de toda circunstancia particular [62]. Parece, en efecto, que la tesis equivale a una deliberación general, exponiendo mediante un examen detallado únicamente los aspectos propios del hecho, no con respecto a un personaje propuesto, sino, sencillamente, de un modo común para cualquiera. En efecto, cuando examinamos si es conveniente casarse, no hablamos con referencia a tal o cual personaje, por ej.: Pericles o Alcibíades, o al resultado en el caso de éstos, o a quien

[61] J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 225, 7-13, distingue entre un tema florido (gr. *euanthês),* al que le corresponde un estilo semejante, por ej.: la descripción de la primavera, invierno, fiesta, etc., y un tema árido (gr. *auchmērón),* espantoso (gr. *phoberón),* etc., por ej.: la descripción de un asedio, de una epidemia, etc., cf. Teón, 120.

[62] Gr. *perístasis.* Incluye seis elementos: personaje, hecho, lugar, tiempo, modo y causa.

tiene esa edad o a quien ha experimentado una suerte semejante, sino que, suprimiendo, en una palabra, todas esas circunstancias, analizaremos el hecho en sí mismo, haciendo el examen de los aspectos propios del mismo, por ej.: si debe una persona cualquiera hacer eso a causa de ser tales las consecuencias para quienes lo practican. Pues, si tomamos a un personaje determinado y alguna precisión circunstancial, y de ese modo hacemos la exposición de los argumentos, no será una tesis, sino una hipótesis [63].

De las tesis, unas son civiles y otras no. Así pues, son civiles las que corresponden a los conocimientos comunes, por ej.: «si es conveniente practicar la oratoria», y todas las semejantes. No civiles son las propias de alguna ciencia, y son adecuadas para los versados en ellas, por ej.: «si el mundo es redondo», «si hay muchos mundos» o «si el sol es fuego». Sin duda, éstas son adecuadas para los filósofos, mientras que en las otras hay que ejercitar a los oradores [64]. Algunos llamaron «prácticas» a éstas y «teóricas» a aquéllas [65], pues éstas es posible también que sean llevadas a la práctica, mientras que la finalidad de aquéllas es la contemplación teórica.

La tesis difiere del lugar común en que el lugar común es la amplificación de un hecho reconocido, mientras que la tesis es el examen de un hecho sometido a controversia.

De las tesis, unas son juzgadas simples, otras relativas, y otras son consideradas dobles. En efecto, si decimos «si es conveniente casarse», será simple; si decimos «si debe

[63] Es decir, un discurso deliberativo acabado.

[64] Tal distinción es una prueba de cómo la retórica había usurpado parte de su campo a la filosofía, pues en un principio la tesis fue propia de los filósofos, cf. G. Reichel, *Quaestiones...*, págs. 10-11.

[65] Por ejemplo, Teón, 121.

casarse un rey», será relativa y, si decimos «si es más conveniente ser atleta que agricultor», será doble, pues es preciso disuadir de una actividad y exhortar hacia la otra.

Las tesis se dividen en los llamados «principios de ar-
26 gumentación finales»: la justicia, la conveniencia, la posibilidad y la adecuación, por ej.: que es justo casarse y ofrecer a la vida la misma contribución; que es conveniente, pues son muchos los consuelos que se derivan de ello; que es posible, pues es posible casarse en condiciones de igualdad, y que es adecuado, para que no parezca que se está en un estado animal. De ese modo confirmarás, y refutarás a partir de los aspectos contrarios, y anularás también las posibles réplicas que descubras. Al final presentarás las exhortaciones y aludirás a las costumbres comunes a todos los hombres.

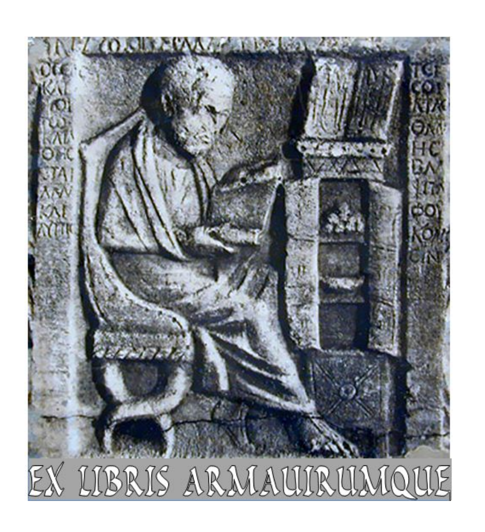
Acerca de la propuesta de ley

También incluyen algunos la propuesta de ley entre los ejercicios. Y, puesto que, además, las proposiciones y rechazos de leyes que se incluyen en la práctica judicial [66] realizan un examen, afirman que la diferencia reside en que en la práctica judicial hay precisión circunstancial, mientras que en el ejercicio no la hay, por ej.: «En una época de escasez de recursos alguien propone por escrito que las magistraturas sean compradas». Sin duda, tienes como circunstancia temporal la escasez, mientras que en el ejercicio esto no existe, sino que simplemente alguien propone por escrito que las magistraturas sean compradas, sin circunstancia temporal y sin las restantes precisiones circunstanciales.

[66] Gr. *pragmatikḗ*. Se refiere al estado de causa *pragmatikḗ*, que comprende fundamentalmente discursos deliberativos referidos al futuro (D. A. Russell, *Greek declamation*, pág. 63). Cf. J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 263, 14-15.

Se divide en los principios de argumentación de la claridad, la justicia, la legalidad, la conveniencia, la posibilidad y la adecuación. La claridad, como en Demóstenes: «Sino que para todos sea posible conocer esas cosas y aprender lo justo de un modo sencillo y claro» [67]; la legalidad, cuando decimos: «Está al margen de las leyes antiguas»; la justicia, cuando decimos: «Está al margen tanto de la naturaleza como de la costumbre»; la conveniencia, cuando decimos: «Tanto ahora como en el tiempo futuro resulta perjudicial»; la posibilidad, cuando decimos: «Ni siquiera puede suceder», y la adecuación, cuando decimos: «Perjudica la reputación». 27

[67] *Dem.*, XX 93.



ÍNDICE DE AUTORES Y OBRAS *

* Los números colocados a continuación de las obras o pasajes remiten a las páginas del original griego, señaladas en la traducción, aproximadamente, por los números marginales.

ÍNDICE DE TÉRMINOS *

* Los números en cva. remiten a los pasajes en que el término en cuestión se trata más por extenso.

AFTONIO

EJERCICIOS DE RETÓRICA

INTRODUCCIÓN

El autor. Notas biográficas

Es muy poco lo que se sabe sobre la vida de Aftonio. Al parecer, procedía de Antioquía y fue discípulo de los sofistas Libanio y Fasganio, según nos informa J. Argiropulo en sus *Prolegómena a los Progymnásmata de la retórica* [1]. Nos dice también Argiropulo que Aftonio escribió sus *Progymnásmata* debido a que los de Hermógenes carecían de ejemplos y resultaban oscuros, por lo que, al igual que otros rétores, los compuso como introducción a la *Retórica* de Hermógenes. Noticia que coincide con la que nos proporciona la *Suda* (4630), que dice literalmente: «Aftonio el sofista: escribió *Progymnásmata* para la *Retórica* de Hermógenes». Pero, a mi entender, el hecho de que en las escuelas de retórica los *Progymnásmata* de Aftonio se utilizaran generalmente como introducción a las obras de Hermógenes se interpretó con el paso del tiempo como un acto premeditado y voluntario de Aftonio.

Contamos, finalmente, con una carta de Libanio a Aftonio fechada en el año 392 [2]. Por ello, siguiendo a Brzos-

---

[1] *Rh. Gr.* XIV (ed. Rabe), págs. 156-158.

[2] *Rh. Gr.* X (ed. Rabe), pág. XXII, n. 3.

la, autor del artículo sobre Aftonio en *RE,* habría que situarle en la segunda mitad del s. IV o, tal vez, a comienzos del s. V d. C. [3].

De la totalidad de su obra, que hemos de suponer abundante, a juzgar por la carta de Libanio, en donde se lee: «*pollà grápheis*» [4], sólo nos han llegado los *Progymnásmata* y una colección de cuarenta fábulas publicadas en Lyon en 1597. No obstante, sabemos que Focio leía aún sus *Declamaciones* [5].

La obra. Estructura y contenido

Como ya dijimos anteriormente, la diferencia principal de Aftonio con Teón y Hermógenes es su mayor concisión y claridad [6], así como el hecho de que, después de presentar la descripción teórica de cada ejercicio, ofrece, a continuación, un ejemplo práctico.

He aquí en esquema el contenido de los catorce ejercicios preparatorios estudiados por Aftonio:

FÁBULA

— Los oradores la utilizaron a causa de la moraleja.
— Definición.
— Denominaciones: «sibarítica», «cilicia» y «cipria», pero sobre todo se denominan «esópicas».
— Géneros: verbales (referidas a hombres), morales (referidas a animales) y mixtas (referidas a hombres y a animales).

[3] «Aphthonios», col. 2797.

[4] *Rh. Gr.* X (Rabe), pág. XXII.

[5] *Bibl.* I, pág. 97.

[6] Aftonio es claro en la descripción de cada ejercicio; sin embargo, en los ejemplos que ofrece suele ser bastante oscuro. Hecho que guarda relación con el gusto de la época por una deliberada oscuridad de pensamiento. Cf. G. KENNEDY, *Greek rhetoric...,* pág. 48.

— Moraleja: se divide en *promitio* y *epimitio*.
— Ejemplo: fábula moral de las hormigas.

Relato

— Definición.
— Diferencias entre relato y narración.
— Géneros: drámatico, histórico y civil.
— Elementos del relato: personaje, hecho, tiempo, lugar, modo y causa.
— Virtudes: claridad, concisión, verosimilitud, pureza y corrección lingüística.
— Ejemplo: relato relativo a la rosa.

Chría

— Definión.
— Explicación etimológica.
— Géneros: verbales, de hechos y mixtas.
— Elaboración (comprende los siguientes apartados): encomio, paráfrasis, causa, argumento contrario, símil, ejemplo, testimonio de los antiguos y epílogo breve.
— Ejemplo: «Isócrates dijo que la raíz de la educación es amarga, pero dulces sus frutos».

Sentencia

— Definición.
— Tipos: exhortativas, disuasorias, enunciativas, simples, compuestas, verosímiles, verdaderas e hiperbólicas.
— Elaboración igual a la de la *chría*.
— Diferencias entre sentencia y *chría*.
— Ejemplo de sentencia exhortativa tomado de Teognis.

Refutación

— Definición.
— Objetos que se han de refutar: ni los demasiado evidentes ni los enteramente imposibles.

— (Elaboración): crítica, exposición y argumentación basada en los siguientes principios: oscuridad, inverosimilitud, imposibilidad, inconsecuencia, inadecuación e inconveniencia.
— Ejemplo: no es problabe la historia relativa a Dafne.

Confirmación

— Definición.
— Objetos que se han de confirmar: ni los demasiado evidentes ni los enteramente imposibles.
— (Elaboración): alabanza, exposición y argumentación basada en la claridad, verosimilitud, posibilidad, consecuencia, adecuación y conveniencia.
— Ejemplo: es probable la historia relativa a Dafne.

Lugar común

— Definición.
— Explicación etimológica.
— Se parece a la segunda intervención del orador *(deuterología)* y al epílogo, por lo que no tiene proemio.
— (Elaboración): proemio (aunque no tiene, se utiliza porque el ejercicio está orientado a los jóvenes), argumento contrario, exposición, comparación, intención, digresión, rechazo de la compasión y principios de argumentación finales: legalidad, justicia, utilidad, posibilidad, reputación y consecuencias.
— Ejemplo: lugar común contra un tirano.

Encomio

— Definición.
— Explicación etimológica.
— Diferencias entre encomio e himno, y alabanza.
— Tipos de encomios: de personajes, por ej.: Tucídides; de cosas, por ej.: justicia; de épocas, por ej.: primavera; de lugares, por ej.: puertos; de animales, por ej.: el caballo, y de árboles, por ej.: el olivo.

— Elaboración que comprenda los siguientes elementos: proemio, linaje (pueblo, patria, antepasados y padres), educación (ocupaciones, oficio y costumbres), acciones (derivadas del espíritu, cuerpo y azar), comparación y epílogo.
— Ejemplo: encomio de Tucídides y de la sabiduría.

Vituperio

— Definición.
— Diferencias entre vituperio y lugar común.
— Tipos: de personajes, de cosas, de épocas, de lugares, de animales y de árboles.
— Elaboración semejante a la del encomio.
— Ejemplo: Vituperio de Filipo.

Comparación

—Definión.
— Tipos: de personajes, de cosas, de épocas, de lugares, de animales y de árboles.
— La comparación se ha de hacer de un elemento con otro y no de dos totalidades entre sí.
— Ejemplo: comparación entre Aquiles y Héctor.

Etopeya

— Definición.
— Tipos: etopeya, idolopeya y prosopopeya.
— Géneros: emotivas, morales y mixtas.
— Elaboración a partir del tiempo pasado, presente y futuro.
— Estilo: claro, conciso, florido, suelto y libre de artificio y figura.
— Ejemplo: «¿Qué palabras pronunciaría Níobe cuando sus hijos yacían muertos?»

Descripción

— Definición.
— Tipos: de personajes, de acciones, de épocas, de lugares, de animales y de árboles.

— Elaboración: si se trata de personas, se hará desde la cabeza hasta los pies; si de acciones, a partir de las circunstancias anteriores, simultáneas y posteriores; y si se trata de épocas y lugares, a partir de los elementos que los rodean y que se dan en ellos.
— Géneros: simples, por ej.: un combate terrestre, y compuestas, por ej.: un combate nocturno.
— Estilo: suelto, adornado con las diferentes figuras y vívido.
— Ejemplo: descripción del templo de Alejandría junto con la acrópolis.

TESIS

— Definición.
— Géneros: civiles: «si es conveniente casarse», y teóricas: «si el cielo es de forma esférica».
— Diferencias entre tesis e hipótesis.
— Admite la réplica y la refutación.
— (Elaboración): se divide en la insinuación y los principios de argumentación finales: legalidad, justicia, utilidad y posibilidad.
— Ejemplo: «si es conveniente casarse».

PROPUESTA DE LEY

— Se halla a medio camino entre la tesis y la hipótesis.
— Tipos: defensa y rechazo de una ley establecida.
— Elaboración: proemios, argumento contrario y principios de argumentación finales: legalidad, justicia, utilidad y posibilidad.
— Ejemplo: rechazo de la ley que ordena que el adúltero cogido en flagrante sea muerto.

El texto. Ediciones[7] *y traducciones*

La *Editio princeps* es la de Aldo Manucio, Venecia, 1508. En 1513 se publica su traducción latina a cargo de

[7] Seguimos las noticias que nos proporcionan H. RABE en *Rh. Gr.* X, págs. III y ss., y BRZOSKA, «Aphthonios», col. 2800. *Vid. etiam*, pág. 47, n. 18.

J. María Cataneo. Siguen entonces multitud de ediciones, por ej.: se publica en Basilea en 1521, 1524, 1525 y 1534, y en Colonia en 1525, 1539 y 1566, etc. En 1553 ve la luz la edición de F. Portus en Frankfurt. En el siglo siguiente aparecen, entre otras, la edición de Lorich, Amsterdam, 1642, con las traducciones latinas de J. M. Cataneo y R. Agrícola, y la de Scheffer, Upsala, 1680. En el pasado siglo se publican varias ediciones: la de C. Walz, *Rh. Gr.* I, Stuttgart, 1832, la de Petzholdt, Leipzig, 1839, y la de Spengel, *Rh. Gr.* II, Leipzig, 1854. La edición más moderna, cuyo texto hemos seguido, es la de H. Rabe, *Rh. Gr.* X, Leipzig, 1926. No obstante, hemos seguido la edición de Spengel en los siguientes pasajes:

RABE	SPENGEL
pág. 11, 7: *phēsí*	pág. 28, 15: *phasí*
pág. 19, 15: *tês díkēs*	pág. 34, 25: *tês gnṓmēs*
pág. 22, 17: *heuretàs*	pág. 36, 25: *euergétas*
pág. 26, 13: *légontas*	pág. 39, 15: *ménontas*
pág. 21, 5 (no aparece)	pág. 35, 25: *tinì*
pág. 27, 13 (no aparece)	pág. 40, 7: *tinì*
pág. 51, 3: *hóste pròs autoû toû moichoû peseîn adḗlōs*	pág. 56, 20: *hóste dioísei pròs autoû tòn moichòn peseîn adḗlōs,*
pág. 51, 14: *hoîs gàr*	pág. 56, 30: *hón gàr*

Sirven de base al texto de Rabe dos familias de códices, reseñados por el editor en *Rh. Gr.* X, p. III sig., principalmente los Parisinos 1983 y 2977, y los Vaticanos 130,70 y 523, que van del s. X al XII.

En cuanto a las traducciones, hemos consultado la inglesa de R. Nadeau, publicada en *Speech Monographs,* XIX, núm. 4 (noviembre, 1952), 264-285. No obstante, aunque el autor afirma haberse basado en la edición de Rabe,

es evidente que ha seguido fielmente la edición más antigua de Spengel y que de la edición de Rabe sólo ha tomado los títulos de cada ejercicio y la división en los distintos párrafos. Hemos consultado también dos traducciones latinas: la de J. María Cataneo, publicada en Venecia en 1522, y la de R. Agrícola, publicada en Lyon en 1598, que tiene como base la traducción anterior, pero la supera al ofrecer ejemplos ilustrativos de cada ejercicio preparatorio, así como un detallado comentario del texto de Aftonio. Hemos utilizado igualmente la traducción y comentario de Heffter a la «descripción de la acrópolis de Alejandría», *Zeitschrift für die Altertumswissenschaft,* núm. 48 (1839), 377-389. Por otro lado, para nuestra traducción nos ha sido de gran utilidad el *Commentarium in Aphthonii Progymnasmata* de J. Sardiano, editado por H. Rabe, en Leipzig, 1928.

EJERCICIOS DE RETÓRICA

1
Acerca de la fábula[1]

La fábula procede de los poetas, pero 1
ha resultado también común en los oradores a causa de la moraleja que contiene.

Una fábula es una composición falsa que simboliza una verdad[2].

Es llamada «sibarítica», «cilicia», y «cipria», haciendo derivar los nombres de sus inventores, pero prevalece sobre todo la denominación de «esópica», porque de todos fue Esopo quien mejor compuso las fábulas.

De las fábulas, unas son verbales, otras morales y otras mixtas. Así pues, son verbales aquellas en las que se representa a un hombre realizando algo; son morales las que imitan el carácter de los seres sin facultad de hablar[3], y mixtas las formadas a partir de ambos elementos, la carencia de palabra y la facultad de hablar[4].

A la moraleja, en función de la cual se dispone la fábula,
la llamarás *promitio* si la colocas delante; *epimitio,* 2
en cambio, si la pones al final[5].

---

[1] Cf. pág. 52, n. 5.

[2] Definición idéntica a la ofrecida por Teón en págs. 59 y 72 Sp.

[3] Gr. *áloga (zôa),* denominación pleonástica de los animales.

[4] O también «lo irracional» y «lo racional» (gr. *alógou kaì logikoû,* respectivamente). Cf. la traducción, ya mencionada, de R. Agrícola, pág. 1.

[5] De *pró* = «delante» y *epí* = «detrás», más *mŷthos* = «fábula».

Fábula moral de las hormigas y de las cigarras que exhorta a los jóvenes al trabajo

Era la época más calurosa del verano y las cigarras entonaban su música aguda, mientras que las hormigas trabajaban y almacenaban granos con los que pensaban alimentarse durante el invierno. Cuando sobrevino el invierno, las hormigas se alimentaban con los frutos de su trabajo, mientras que para las otras el placer desembocaba en necesidad.

De ese modo, los jóvenes que no quieren trabajar son desgraciados durante la vejez.

2 *Acerca del relato*

Un relato es la exposición de un hecho que ha sucedido o que se admite como sucedido [6].

«Relato» difiere de «narración» como «poema» de «poesía» [7]. En efecto, poesía es toda la *Ilíada,* mientras que poema, la fabricación de las armas de Aquiles [8].

De los relatos, unos son dramáticos, otros históricos y otros civiles [9]. Así pues, son dramáticos los ficticios; históricos, los que contienen una narración antigua, y civiles, aquellos que utilizan los oradores durante los procesos.

Acompañan al relato seis elementos: el personaje autor,
3 el hecho realizado, el tiempo durante el cual, el lugar en el cual, el modo como y la causa por la cual.

Las virtudes del relato son cuatro: claridad, concisión, verosimilitud, y la pureza y corrección lingüística [10].

---

[6] Cf. pág. 81, n. 106.

[7] Cf. Introd., págs. 23-24.

[8] Hom., *Il.* XVIII.

[9] Cf. pág. 178, n. 11.

[10] Gr. *hellēnismós,* cf. latín *latinitas.* Virtud estilística que, según J. Sardiano, *Commentarium...,* pág. 30, 7-11, exige evitar el uso incorrecto de construcciones lingüísticas, de barbarismos y la mezcla de dialectos,

Relato referente a una rosa, dramático

Quien admire la rosa por su belleza, que se acuerde de la herida de Afrodita. Amaba, en efecto, la diosa a Adonis, pero, a su vez, Ares también estaba enamorado de ella, y la diosa ofrecía a Adonis la misma disposición que Ares mostraba a Afrodita. Un dios estaba enamorado de una diosa, y una diosa perseguía a un hombre; la pasión era igual, aunque difería el género. Ares, a causa de los celos, quería eliminar a Adonis, por considerar la muerte de Adonis como disolución del amor. Así, pues, Ares ataca a Adonis. La diosa, al enterarse del acto, se apresuraba a socorrerlo y, cayendo en un rosal a causa de su precipitación, chocó con sus espinas y con ellas se atraviesa la planta del pie; pero la sangre que brotaba de la herida cambió el color de la rosa en su propio aspecto, y la rosa, que al principio había sido blanca, transformó su apariencia en la que ahora en ella se contempla.

3 *Acerca de la chría* [11]

Una *chría* es un dicho o acción memorable [12] de breve extensión que se refiere certeramente a un personaje.

Es denominada «*chría*» a causa de su 4
utilidad [13].

De las *chrías*, unas son verbales, otras activas y otras mixtas. Así, pues, son verbales las que por medio de la palabra muestran su utilidad, por ej.: «Platón decía que los brotes de la virtud crecen con sudor y con fatigas». Son

---

así como guardar el decoro apropiado a los personajes y a los hechos. Cf. C. T. Ernesti, Lexicon..., pág. 102, y H. Lausberg, *Handbuch*... 463.

[11] Cf. pág. 54, n. 10.

[12] Gr. *apomnēmóneuma.* Sobre este término, cf. pág. 105, n. 161.

[13] Cf. pág. 106, n. 162.

activas las que manifiestan una acción, por ej.: «Habiéndole sido preguntado a Pitágoras de qué duración era la vida de los hombres, tras dejarse ver durante un breve espacio, se ocultó, haciendo de su contemplación medida de la vida». Son mixtas las que participan de ambos elementos, de la palabra y de la acción, por ej.: «Habiendo visto Diógenes a un joven maleducado, golpeó a su pedagogo, añadiendo: ¿por qué, pues, le enseñas tales cosas?» [14].

Así, pues, ésa es la clasificación [15] de la *chría,* y podrías elaborarla [16] con los siguientes principios de argumentación: el encomiástico, el parafrástico, la causa, mediante el argumento contrario, con un símil, con un ejemplo, con el testimonio de los antiguos y con un epílogo breve.

Chría verbal: «Isócrates dijo que la raíz de la educación es amarga, pero dulces sus frutos» [17]

Justo es admirar a Isócrates por su arte, pues él se manifestó en ella como una personalidad muy ilustre, y al ejercitarla demostró la grandeza de la misma, y es él quien hace célebre el arte oratoria y no al contrario. Sin duda, cuantos servicios ha hecho a la vida de los hombres, o bien al legislar para los reyes, o bien al aconsejar a los ciudadanos particulares, sería largo de narrar, pero (no) de qué tipo fueron sus ideas acerca de la educación [18].

---

[14] Obsérvese la identidad de ejemplos que los tres autores ofrecen en muchas ocasiones.

[15] Gr. *diaíresis.* Es uno de los modos en que Aftonio expone su doctrina; el otro modo es el de la definición de los diferentes ejercicios *(Prolegomena in Aphthonii Progymnasmata (Rh. Gr. XIV,* ed. H. Rabe), pág. 78, 17-24). También *diaíresis* es un concepto clave en la obra del rétor Menandro, cf. el prólogo del *Tratado* I.

[16] Gr. *ergázesthai,* cf. pág. 60, n. 29, e Introd., pág. 20.

[17] Ejemplo idéntico al ofrecido por Hermógenes, 7.

[18] Resulta necesario introducir el adverbio negativo; de lo contrario, el sentido de la frase quedaría incompleto.

«Quien ama la educación, afirma, emprende fatigas; sin embargo, cuando las fatigas finalizan, desembocan en utilidad.» Así, pues, ése fue el contenido de su reflexión, y con lo que sigue nos maravillaremos.

En efecto, quienes aman la educación se colocan al lado de los artífices de la educación, con los cuales se teme tener trato, pero de los que es muy necio mantenerse apartado. El miedo sobrecoge siempre a los niños, tanto si están en su presencia, como si van a estarlo. Los pedagogos suceden a los maestros, espantosos de aspecto, pero más espantosos cuando aplican los castigos. El temor precede a la experiencia y el castigo sucede al temor. Y persiguen los errores de los niños y los aciertos los juzgan propios. Los padres son más duros que los pedagogos al examinar sus trayectorias, al encargarles que progresen y al desconfiar del ágora. Y, aunque sea necesario el castigo, ignoran la naturaleza [19]. Sin embargo, el niño que vive en medio de éstos, cuando llega a hombre, se ve coronado de virtud.

Si alguien, por temor a esas cosas, huye de los maestros, escapa de los padres y se aparta de los pedagogos, queda privado enteramente de los estudios y se ve despojado de ellos al tiempo que del miedo. Todos esos motivos, 6
pues, persuadieron la intención de Isócrates para que llamara amarga a la raíz de la educación.

En efecto, al igual que quienes trabajan el campo con esfuerzo arrojan a la tierra las semillas y, en cambio, con mayor placer cosechan los frutos, del mismo modo quienes aplican sus esfuerzos a la educación con fatigas consiguen su reputación posterior.

---

[19] R. Agrícola, *op. cit.*, pág. 55, interpreta este pasaje en el sentido de que, al excederse en su castigo, se olvidan de su condición de padres.

Observa la vida de Demóstenes, que es más laboriosa que la de ningún orador, y ha resultado más célebre que la de cualquier otro. Y, en efecto, a él le rodeaba tal grado de aplicación, que incluso se quitaba el adorno [20] de la cabeza, por considerar que el mejor adorno era el que procedía de la virtud, y empleó en fatigas lo que otros emplean en placeres [21].

Por lo cual es necesario admirar a Hesíodo, pues dijo que el camino de la virtud es escabroso, pero la cima, fácil [22], emitiendo con su reflexión la misma opinión que Isócrates, pues lo que Hesíodo designó como «camino», Isócrates lo llamó «raíz», manifestando ambos mediante diferentes nombres una misma idea.

Fijándonos en ello hemos de admirar a Isócrates por haber emitido las más bellas reflexiones acerca de la educación.

4
Acerca de la sentencia

7 Una sentencia es una máxima expresada mediante una enunciación, que exhorta hacia algo o que desaconseja algo. De las sentencias, unas son exhortativas, disuasorias o enunciativas y, otras, simples, compuestas, verosímiles, verdaderas o hipérbolicas. Así, pues, exhortativas como:

Preciso es agasajar al huésped cuando está presente, pero
[despedirlo cuando quiera marcharse [23];

[20] Es decir, el cabello (R. Agrícola, *op. cit.*, págs. 55-56). Cf. Plutarco, *Dem.* 7, en donde cuenta cómo Demóstenes pasaba meses enteros estudiando en una cámara subterránea, y para no poder salir de ésta, a causa de la vergüenza, se afeitaba una parte de la cabeza.

[21] Según J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 55, 2-3, se refiere al dinero que gastó en libros, o bien al aceite que consumió en las lámparas.

[22] Hes., *Tr.* 289.

[23] Hom., *Od.* XV 74.

disuasorias como:

No ha de dormir toda la noche un hombre que toma [decisiones[24];

enunciativas como:

Hay necesidad de riquezas y sin éstas no es posible que [se produzca ninguna de las cosas necesarias[25].

Y simples como:

Uno solo es el mejor augurio: combatir por la patria[26];

compuestas como:

No es un bien la soberanía de muchos: uno solo sea [soberano[27];

verosímiles como:

Cada cual es tal como ésos con cuya convivencia se com- [place[28];

verdaderas como:

No es posible encontrar en nadie una vida carente de [sufrimiento[29]

e hiperbólicas como: 8

Nada más débil que el hombre alimenta la tierra[30].

---

[24] HOM., *Il.* II 24 y 61. Cf. HERMÓGENES, 8, y TEÓN, 98.
[25] DEM., I 20, 22-23.
[26] HOM., *Il.* XII 243.
[27] *Ibid.* II 204. Cf. HERMÓGENES, 9.
[28] EURÍP., *Fenic. Fr.* 812 N². Cf. HERMÓGENES, 9.
[29] MEN., *Fr.* 411, III pág. 120 (ed. Kock). Cf. HERMÓGENES, 9.
[30] HOM., *Od.* XVIII 130. Cf. HERMÓGENES, 9.

Así, pues, ésa es la clasificación de la sentencia, y podrías elaborarla con los principios de argumentación de la *chría:* el encomiástico, el parafrástico, la causa, mediante el argumento contrario, con un símil, con un ejemplo, con el testimonio de los antiguos y con un epílogo breve.

La *chría* se diferencia de la sentencia en que la *chría* a veces es activa, mientras que la sentencia siempre es verbal, y en que la *chría* requiere un personaje, mientras que la sentencia se expresa de un modo impersonal.

Sentencia exhortativa: «Preciso es, para escapar de la pobreza, al mar inmenso arrojarse, Cirno, y desde rocas escarpadas» [31].

Teognis no permitió que la poesía fuese censurada, al cultivar la moraleja en lugar de las fábulas. Pues, al ver que los poetas tenían en gran estima el contar fábulas, suprimiendo las fábulas reunió en su poesía reglas de cómo es preciso vivir, cuidando de la elegancia del metro al tiempo que introducía la utilidad del consejo. Sin duda, por muchos motivos podría cualquiera alabar a Teognis, pero principalmente por las reflexiones que hizo acerca de la pobreza.

Y ¿qué dice?: «Quien vive en la pobreza ha de desear fallecer, pues es preferible alejarse de la vida antes que
9 tener al sol como testigo de su vergüenza». Así, pues, ésas son las reflexiones que hizo, y es posible reconocer cuán bellamente.

En efecto, quien vive en la pobreza, en primer lugar, mientras es niño, no practica la virtud y, al llegar a hombre, realizará todas las acciones más indignantes. Pues, si actúa como embajador, traicionará a la patria por dinero; si se dirige a la asamblea, alabará a alguno [32] por dinero,

---

[31] TEOGN., 175 (ed. Bergk^{4}). Cf. HERMÓGENES, 8.

[32] Gr. *phthénxetai*. Seguimos la interpretación de J. SARDIANO, *Commentarium...*, pág. 65, 16.

y, si le toca en suerte actuar como juez, se dejará corromper en las votaciones.

No son, sin embargo, de tal índole quienes están libres de la pobreza, pues, cuando son niños, practican las más nobles acciones y, cuando llegan a hombres, todo lo hacen espléndidamente, costeando *coregías* [33] en las festividades y contribuyendo en los combates.

Al igual que quienes se ven retenidos por terrible cadena tienen esa cadena como un impedimento para obrar, del mismo modo quienes viven en la pobreza poseen la carencia de recursos como obstáculo para la libertad de palabra.

Fíjate en Iro, que era un itacense, pero no participaba de la misma libertad que los demás ciudadanos, sino que tal grado de indigencia le caracterizaba que cambió de nombre por su pobreza, pues, aunque en un principio su nombre fue Arneo, se le llamaba con el nuevo nombre de Iro, recibiendo tal sobrenombre por servir como criado [34]. Pero ¿por qué hemos de aludir a Iro? También Ulises, el señor de Ítaca, cuando tras pisar en su propia tierra se disfrazaba de mendigo, participaba de las desgracias de la pobreza, viéndose golpeado en su casa y maltratado por las sirvientas [35]. Hasta tal punto es dura la pobreza incluso 10
en apariencia.

[33] Era un tipo de servicio público o «liturgia» a cargo de ciudadanos ricos, especialmente en Atenas, consistente en costear el entrenamiento de un coro. Otras «liturgias» importantes consistían en construir y mantener una trirreme *(trierarchía)*, ofrecer un banquete *(hestíasis)*, etc.

[34] Anunciando lo que cualquiera le ordenaba (cf. Hom., *Od.* XVIII 5 y sigs.). R. Agrícola, *op. cit.*, pág. 122, explica ese sobrenombre por analogía con Iris, mensajera de los dioses; mientras que J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 66, 18, lo hace a partir de la forma verbal *eírō* = «digo», «anuncio».

[35] Hom., *Od.* XVII 462, y XVIII 320 y sigs.

Por lo cual, he de admirar yo a Eurípides, porque dijo que el carecer de bienes era una desgracia y que la nobleza de nacimiento era incapaz de modificar la pobreza [36].

De manera que ¿cómo es posible admirar de un modo digno a Teognis por haber emitido tales reflexiones acerca de la pobreza?

5
Acerca de la refutación

Una refutación es la invalidación de un tema propuesto.

No se ha de refutar ni lo demasiado evidente ni lo enteramente imposible, sino todo lo que ocupa una posición intermedia.

Es necesario que quienes hacen una refutación expongan en primer lugar la crítica de quienes lo afirmaron, que añadan a continuación la exposición del hecho y que se sirvan de los siguientes principios de argumentación: en primer lugar, la oscuridad y la inverosimilitud; después, la imposibilidad, la inconsecuencia y la inadecuación, y finalmente que aporten el principio de inconveniencia.

Este ejercicio preparatorio contiene en sí toda la fuerza del arte oratoria.

Refutación: «No es probable la historia relativa a Dafne»

Es absurdo oponerse a los poetas, pero ellos mismos provocan que se les replique al inventar previamente tal tipo de
11 historias contra los dioses. ¿Cómo, pues, no es absurdo que ellos no hayan tenido ninguna consideración de los dioses y que nosotros, en cambio, tengamos consideración de los poetas? Así pues, yo me afligía por todos los dioses ultrajados, pero sobre todo por Apolo, a quien ellos han hecho protector de su propia arte, pues han inventado tales historias de Dafne con Apolo.

[36] EURÍP., *Fenic.* 404-405.

Dafne, afirman, nació de la Tierra y de Ladón [37] y, como aventajaba a la mayoría en belleza, se atraía como amante al Pitio [38]. Éste la perseguía enamorado, pero en su persecución no lograba apresarla, sino que la Tierra, tras acoger a su hija, hizo brotar el árbol que lleva el mismo nombre que la muchacha [39]. Entonces, una vez metamorfoseada, el dios se coronó con ella, y el árbol se convierte en corona ofrecida al trípode pitio [40] a causa de su amor por la joven mortal, y las hojas se convierten en distintivo de su arte [41]. Así pues, ésas son las historias que han inventado, pero es posible lograr su refutación a partir de los argumentos que siguen.

Dafne nació de Ladón y de la Tierra. ¿Qué garantías ofrece de su linaje? Ella, en efecto, era un ser humano, mientras que ellos poseyeron una naturaleza diferente a ésta. ¿Cómo se une Ladón con la Tierra? ¿Inundándola con sus aguas?: sin duda, todos los ríos son denominados esposos de la Tierra, pues todos la inundan. Si un ser humano ha nacido de un río, es hora también de que nazca un río de los seres humanos, pues las sucesivas generaciones ponen en evidencia a los progenitores. ¿A qué llaman 12
unión de un río y de la tierra? El matrimonio es propio de los seres animados, mientras que la tierra no pertenece por naturaleza al género animado. Por consiguiente, o bien

[37] Según otras versiones, no sería hija de este río de Arcadia, sino del río tesalio Peneo.

[38] Sobrenombre que Apolo recibió por haber dado muerte a la serpiente Pitón, que asolaba el territorio de Delfos.

[39] Es decir, el laurel, en gr. *dáphnē*.

[40] SARDIANO, *Commentarium...*, pág. 80, 2, explica este pasaje en el sentido de que los que practicaban la adivinación coronaban con laurel el trípode délfico.

[41] Es decir, del arte adivinatoria, cf. *supra*, pág. 80, 4.

hemos de contar a Dafne entre las corrientes de agua, o bien hemos de considerar a Ladón como hombre.

Sin embargo, sea, admitamos con los poetas que Dafne nació de la Tierra y de Ladón. La niña, después de nacer, ¿junto a quiénes se criaba?, ya que, aunque yo admita el nacimiento, su crianza resultó imposible, pues ¿en dónde tenía la niña su morada? —«Junto a su padre, ¡por Zeus!». Y ¿qué ser humano soporta la vida en un río?: el padre habría ignorado si la ahogaba en las aguas o la criaba en las corrientes [42]. —«Entonces la niña vivía bajo tierra junto a la madre». Sin duda, estaba oculta y al estar oculta no tenía observador. Era, pues, imposible que naciera la pasión por aquella cuya belleza se hallaba escondida.

Convengamos, si quieres, también en eso con los poetas. ¿Cómo un dios estaba enamorado y con ese deseo quebrantaba su naturaleza? El amor es la más dura de las pasiones existentes, y es impío imputar a los dioses las pasiones más terribles pues, si los dioses experimentan todos los sufrimientos, ¿en qué se diferenciarán ya de los mortales?; si soportan lo más terrible, el amor, ¿en qué se distinguen de la mayoría, puesto que soportan lo más penoso? Sin embargo, ni su naturaleza conoce la pasión ni el Pitio se mostraba enamorado.

13 ¿Cómo el Pitio al perseguir a la muchacha se convirtió en un segundo mortal? ¿Los hombres aventajan a las mujeres y las mujeres han conseguido más que los dioses? ¿Lo que era un ser inferior entre los mortales superó incluso a los dioses? ¿Por qué la madre acogía a la muchacha mientras huía? ¿La unión conyugal está entre los actos mezquinos? y ¿de qué modo llegó ella a ser madre? ¿Acaso

[42] Sigo la interpretación de J. SARDIANO, *Commentarium...*, pág. 81, 6-8.

se halla entre los bienes?, y ¿por qué privó a su hija de los bienes? Por consiguiente, o bien no ha sido madre, o, si lo fue, la hemos de considerar incompetente.

¿Por qué la tierra entraba en contradicción con sus propias acciones? ¿Afligía al Pitio mientras la salvaba y, a su vez, le divertía mientras la transformaba? No era preciso que le divirtiera si quería afligirlo. ¿Por qué el dios se coronaba con el árbol junto a los trípodes? La rama resulta símbolo del placer, mientras que la adivinación se revela como prueba de virtud. Así pues, ¿cómo el Pitio unió lo que por naturaleza no está unido? ¿Por qué, pues, el motivo es mortal, pero la pasión es inmortal? [43].

Baste ya con los poetas, no sea que parezca que hablo contra ellos.

6
Acerca de la confirmación

Una confirmación es la consolidación de un tema propuesto.

No se ha de confirmar ni lo demasiado evidente ni lo enteramente imposible, sino todo lo que ocupa una posición intermedia.

Es necesario que quienes confirman utilicen los procedimientos opuestos a los de la refutación: que digan, en primer lugar, la alabanza de quien lo afirmó; que coloquen, 14
a continuación, la exposición en el lugar correspondiente, y que se sirvan de los principios de argumentación opuestos: en lugar de la oscuridad la claridad, en lugar de la inverosimilitud la verosimilitud, la posibilidad en lugar de la imposibilidad, la consecuencia en lugar de la inconsecuencia, la adecuación en lugar de la inadecuación, y la conveniencia en lugar de la inconveniencia.

[43] El motivo mortal es la muchacha. La pasión es inmortal por proceder de un dios, cf. R. Agrícola, *op. cit.*, pág. 142.

Este ejercicio contiene en sí toda la fuerza del arte oratoria.

Confirmación: «Es probable la historia relativa a Dafne»

Quien habla en contra de los poetas yo creo que se opone a las propias Musas. En efecto, si todo cuanto cantan los poetas lo exponen por la voluntad de las Musas, ¿cómo no se opondría a las Musas quien pretendiese censurar la obra de los poetas? Sin duda, yo admito la opinión de todos los poetas, pero, entre todos, principalmente la del que emitió la reflexión de que Dafne era la amada del Pitio. Algunos, en efecto, desconfían de él cuando dice tales cosas.

Dafne, afirma, nació de la Tierra y de Ladón. ¡Por los dioses!, ¿por qué esto es increíble?, ¿no son el agua y la tierra el origen común de todas las cosas?, ¿no preceden los elementos a la simiente de la vida? Si todo lo que nace surge de la tierra y del agua, Dafne confirma el origen común de todas las cosas por haber nacido de la Tierra y de Ladón. Habiendo nacido de donde todo se origina aventajaba en belleza a las demás, y muy razonablemente, pues las primicias de la tierra surgen con la belleza propia de la naturaleza. En efecto, hay fijadas muchas transformaciones de cuerpos en los cuales se contempla la belleza, pero el cuerpo que aparece el primero es el más hermoso de todos. Por tanto, Dafne lógicamente ofreció el arquetipo por nacer de la tierra antes que las demás.

Como Dafne se distinguía por su belleza, el Pitio se enamoró de la joven, y muy razonablemente; pues toda la belleza que en la tierra existe procede de los dioses. Si la belleza es un bien más afortunado que los demás bienes que hay sobre la tierra (porque [44] la belleza es un don de

[44] Gr. *hoîs.* Es muy frecuente en Aftonio el uso de este relativo con

los dioses), tenía la belleza como enamorado a un dios, pues todos aman los dones que otorgan los dioses.

Aunque el dios estaba enamorado, prefería curar su sentimiento, pues las virtudes son de tales características que se poseen por la fuerza y sin esfuerzo no es posible alcanzar una virtud. Por lo cual, sufría al desearla y, aunque sufre, no logra conquistarla, pues no es posible contemplar el término de la virtud. Por eso dicen que el Pitio estaba enamorado, y no acusan de ello a la tierra ni a la naturaleza de los dioses, sino que muestran como responsable a la naturaleza de la virtud. Así pues, caracteriza al perseguidor el objeto que persigue[45].

La madre acogía en su interior a la joven mientras huía,
pues todas las criaturas mortales son por naturaleza de la
siguiente condición: se apresuran hacia el medio del que 16
proceden. Por lo cual Dafne corre hacia la Tierra, puesto
que de la Tierra procedía.

Y tras acoger a la muchacha la Tierra hizo brotar un árbol, pues ambas acciones están fijadas como propias de la tierra, tanto que caigan hombres en ella, como que de ella nazcan árboles.

Y el árbol, una vez aparecido, ha resultado motivo de honra para Apolo. Pues los dioses no dejan fuera de su providencia ni siquiera a los árboles, sino que también se coronan con ellos, una vez que nacen, ya que las primicias de la tierra son consagradas a los dioses. Y ha resultado

el valor de una conjunción causal, cf. J. Sardiano, *op. cit.*, pág. 87, 21, etc.

[45] J. Sardiano interpreta este pasaje en el sentido contrario. Según él, habría que entender que «a la naturaleza de la virtud... la caracteriza el dios que la persigue», cf. *op. cit.*, pág. 88, 13-14. J. María Cataneo, por su parte, traduce este pasaje en el sentido de que Dafne representa la virtud, y Apolo al perseguirla se confirma como dios.

símbolo del arte adivinatoria, siendo apropiado, a mi entender, también esto, pues a la muchacha la llaman Casta [46] y el profetizar procede de la castidad. Por consiguiente, como la muchacha no conoció el placer, se consagra a las virtudes, pues no sería posible que adivinara el futuro si hubiese padecido de incontinencia.

Por estas razones admiro a los poetas y por ello honro la poesía.

7
Acerca del lugar común

Un lugar común es una composición amplificadora de los vicios propios de alguien [47].

Se llama así por ser adecuado comúnmente para todos aquellos que tuvieron parte en la misma acción. En efecto, el discurso dirigido
17 contra un traidor resultó adecuado comúnmente para todos los participantes de la acción.

Se parece a la segunda intervención y al epílogo, por lo que el lugar común no tiene proemio, pero nosotros modelamos un esbozo de los proemios, porque el ejercicio está orientado a los jóvenes. Después de lo cual colocarás, en primer lugar, el principio de argumentación basado en el argumento contrario; luego añadirás la exposición, no como quien explica, pues se conoce, sino como quien provoca al oyente; después de ésta ofrecerás la comparación, concluyendo por contraste la mayor gravedad para el acusado; a continuación, la intención, principio de argumentación así llamado, censurando el propósito del autor; luego, la digresión, reprochándole conjeturalmente su vida pasada; después, el rechazo de la compasión, y, como final

[46] En griego *Sōphrónē*.

[47] Frente a Teón (106) y Hermógenes (12), que conciben el lugar común como encomio o vituperio, Aftonio lo concibe únicamente como vituperio.

del ejercicio preparatorio, los principios de argumentación finales: legalidad, justicia, conveniencia, posibilidad, reputación y consecuencias.

Lugar común contra un tirano

Puesto que hay leyes establecidas y entre nosotros los tribunales forman parte de la vida pública, que someta su castigo a las leyes quien procura que las leyes ya no existan. Pues, si tras escapar a la justicia vigente, hubiera pensado ser más democrático, tal vez alguien le hubiera liberado del castigo. Pero, puesto que, si escapa a la situación actual, será más violento, ¿cómo va a ser justo convertir el perdón del aquí presente en fundamento de la tiranía?

Sin duda, todos los demás, a cuantos les ha tocado 18
en suerte actuar como jueces, no se han procurado ningún daño por la absolución de quienes eran juzgados. Sin embargo, la absolución de la tiranía llevará el perjuicio contra los jueces, pues ni siquiera subsiste ya la acción de juzgar cuando domina un tirano.

Me parece, más bien, que reflexionaréis con mayor exactitud sobre el propósito del aquí presente, si tenéis en cuenta las intenciones de nuestros antepasados, pues, como si nos hiciesen un bien, concibieron una constitución libre de despotismo, y muy justamente. En efecto, puesto que en cada ocasión sobreviene a los hombres una fortuna distinta, que hace que cambien sus intenciones, corrigiendo la variabilidad de la fortuna por medio de la igualdad de las leyes, concibieron las leyes, creando a partir de ellas una única intención para todos. Y esto es una ley para las ciudades, la corrección de las desgracias que las fortunas ocasionan.

Éste, sin tener en cuenta nada de eso, ha planeado el plan más perverso, cambiar la constitución del Estado, y he aquí lo que dialogaba consigo mismo: «¿Por qué ocu-

rren estas cosas, ¡oh dioses!? ¿Soportaré yo ser visto junto al pueblo teniendo absolutamente los mismos derechos que los demás, y en vano he de permitir que la fortuna me suministre la riqueza si he de someterme a las mismas leyes que la mayoría, y los pobres, reuniéndose, me juzgan, y lo que decide el pueblo resulta una ley para mí? ¿Cuál
19 será, pues, el cese de esta situación? Ocuparé la acrópolis y mantendré lejos a las leyes para que perezcan de la manera más miserable, y de ese modo seré ley para la mayoría, no la mayoría para mí». Estos planes meditaba consigo mismo sin llegar a darles cumplimiento, pues se lo impidió la benevolencia de los dioses. Así pues, que los motivos por los que debemos agradecimiento a los dioses, que ésos hoy no salven a éste.

El homicida es un ser terrible, pero el tirano se convierte en algo aún peor, pues el uno comete un asesinato contra una persona cualquiera, mientras que el otro modifica en su totalidad las fortunas de la ciudad. Por consiguiente, en la medida en que el causar aflicción en poco resulta inferior a asesinar a la totalidad, en esa medida ser un asesino es menos grave que ser un tirano.

Es adecuado para todos los demás hombres, aunque hayan cometido los delitos más terribles, separar, al menos, de su acción la intencionalidad. Únicamente el tirano no pudo declarar involuntario su atrevimiento, pues, si involuntariamente hubiera intentado ser tirano, tal vez alguien lo hubiera liberado de la intencionalidad, pero, puesto que actuó después de haberlo meditado, ¿cómo va a ser justo dejar de lado lo que en la intención (del autor) se anticipó a sus actos?

Sin duda, todos los demás hombres que son juzgados
20 entre vosotros rinden cuentas sólo de su actuación presente y a menudo son absueltos a causa de su pasado. Úni-

camente el aquí presente es juzgado por ambos períodos de su vida. Pues el pasado no lo vivió con honradez y el presente es más intolerable que el pasado, de manera que ha de sufrir el castigo por ambos motivos, por los daños que causó antes y por los que ha causado después.

Así pues, ¿quiénes le liberarán pidiendo su perdón? —«Sus hijos, ¡por Zeus!». Sin embargo, cuando se lamenten, considerad entonces que están presentes las leyes [48], en cuya defensa, sin duda, es mucho más justo aportar el voto que en favor de los hijos de éste. Pues a través de sus hijos la tiranía de éste será consolidada, mientras que a través de las leyes vosotros habéis recibido la potestad de juzgar, de manera que es más justo que aportéis vuestro voto en favor de esas leyes gracias a las cuales habéis sido establecidos como jueces.

En verdad, si es una ley honrar a quienes liberan la patria, sólo resta castigar a quienes la esclavizan.

Es justo poner en vuestras manos un castigo tan grande como él se procuró.

Será útil que caiga un tirano, pues hará que las leyes permanezcan.

Será más fácil llevar a cabo el castigo del aquí presente.
Pues no del mismo modo que él necesitó guardianes para
la imposición de la tiranía así también necesitaremos nos- 21
otros aliados para la abolición del tirano, sino que bastará
el voto de los jueces para destruir toda la fuerza de la
tiranía.

[48] El eco parece proceder del *Critón* platónico, 50b y sigs.

8 *Acerca del encomio*

Un encomio es una composición expositiva de las cualidades propias de alguien. Se denomina así porque antiguamente lo cantaban en aldeas [49], y llamaban «aldeas» a las poblaciones de estrechas callejuelas.

Difiere del himno y de la alabanza en que el himno es propio de los dioses, mientras que el encomio lo es de los mortales, y en que la alabanza se hace brevemente [50], mientras que el encomio se expone con artificio oratorio.

Se han de encomiar personajes y cosas, circunstancias y lugares, animales y, además, árboles. Personajes, como Tucídides o Demóstenes; cosas, como justicia o castidad; circunstancias, como primavera o verano; lugares, como puertos y jardines; animales, como un caballo o un buey; árboles, como un olivo o una vid. Se ha de encomiar tanto en común como individualmente. En común, por ej.: a todos los atenienses; individualmente, por ej.: a un ateniense.

Así pues, ésa es la clasificación del encomio, y podrías
22 elaborarlo con los siguientes principios de argumentación: Harás el proemio de acuerdo con el tema existente; luego colocarás el linaje, que dividirás en pueblo, patria, antepasados y padres; después, la educación, que dividirás en ocupaciones, dominio de su arte y respeto a las leyes [51]; a continuación añadirás las acciones, el más importante principio de argumentación de los encomios, que dividirás en espíritu, cuerpo y fortuna: espíritu como valor o prudencia; cuerpo, como belleza, rapidez o fuerza; fortuna, como

---

[49] Cf. pág. 187, n. 39.

[50] Cf. pág. 187, n. 40.

[51] En el texto únicamente dice «arte y leyes». Nuestra traducción sigue la interpretación ofrecida por J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 131, 7-15.

poder, riqueza y amigos. Después añadirás la comparación, concluyendo por contraste el más alto rango para el objeto encomiado. Finalmente, el epílogo que se aproxime bastante a una súplica.

Encomio de Tucídides

Justo es honrar a los inventores de las cosas útiles, porque procuraron bienes bellísimos, y la sabiduría que de ellos emanó volverla a aplicar apropiadamente a quienes la manifestaron [52]. Sin duda, yo alabaré a Tucídides prefiriendo honrarle con su propia historia [53]. Así pues, es hermoso que sean honrados todos los bienhechores, pero Tucídides más que los demás en la medida en que inventó la más hermosa de todas las cosas, pues ni es dado conseguir algo mejor que la historia entre las cosas existentes, ni es posible encontrar a alguien más docto que Tucídides en lo que a la historia se refiere.

Tucídides, en efecto, procede de una tierra que le proporcionó tanto la vida como su arte, pues no ha nacido de otra parte, sino de donde las letras. Y, tras encontrar 23
a Atenas como ciudad natal, tuvo como antepasados a reyes [54], y de su anterior linaje procede la parte principal de su fortuna. Así pues, tras recibir ambas cosas, fuerza de linaje y gobierno democrático, aporta la ganancia procedente de lo uno para la mejora de lo otro, evitando ser rico injustamente por medio de la igualdad de derechos

[52] Cf. *supra,* pág. 143, 1-13.

[53] El término utilizado es *lógoi,* que admite la traducción de «historia» con un valor genérico. Así lo hace R. Nadeau, «The Progymnasmata of Aphthonius...», pág. 273. No obstante, también sería válido traducirlo simplemente como «discursos», puesto que los de Tucídides fueron, sin duda, importantísimos. *Lógoi* es utilizado también en el sentido de «educación», «instrucción», «letras», etc.

[54] Entre sus antepasados figura Óloro, rey de Tracia.

y cubriendo las necesidades públicas con la riqueza procedente de su linaje.

Tras nacer de tales antepasados se educa en la constitución y en las leyes, que se han manifestado mejores que las demás formas de gobierno, y habiendo comprendido que vivía a un tiempo para las armas y para las letras, decidió dedicarse al estudio y ser general, sin privar a su historia de los hechos bélicos y sin despojar, a su vez, a los combates de reflexión. Y, así, unifica el ejercicio de disciplinas que no corresponden a un único arte, reuniendo en uno aspectos que por naturaleza están separados.

Cuando llegó a hombre, buscaba el momento oportuno para la demostración de aquello en lo que apropiadamente se ejercitó antes. Y pronto la fortuna proporcionó la guerra, y de las hazañas realizadas por todos los griegos hizo él su arte propia, y ha llegado a ser guardián de los hechos que la guerra ocasionó, pues no permitió que el tiempo ocultase las acciones que cada bando realizaba. Por lo cual, es conocida la toma de Platea [55], era notoria la devastación del Ática [56], y se daba a conocer la navegación de
24 las costas del Peloponeso por los atenienses [57], Naupacto conoció los combates navales [58]: al escribir estos hechos Tucídides no permitió que pasaran inadvertidos. Lesbos fue tomada [59] y hasta este momento se proclama el hecho; se trabó combate con los ambraciotas [60] y el tiempo no borró lo sucedido; no es ignorada la ilegal justicia de los lacede-

---

[55] Tuc., III 52 y sigs.

[56] Tuc., II 19, 59 y sigs.

[57] Tuc., II 23.

[58] Tuc., II 90.

[59] Tuc., III 29 y sigs.

[60] Tuc., III 107 y sigs.

monios [61]; no pasó desapercibida la gran empresa de los atenienses, Esfacteria y Pilos [62]; por qué los corcirenses convocan una asamblea ante Atenas y los corintios les replican [63]; los eginetas, acusándolos, llegan a Lacedemonia [64], y Arquídamo se muestra prudente durante la asamblea, mientras que Esteneladas incita al combate [65]. Y, además, Pericles desprecia la embajada de Laconia [66] y no permite que los atenienses se irriten con él por estar enfermos [67]. Esos sucesos son totalmente custodiados por la obra de Tucídides de una vez para siempre.

Por tanto, ¿quién comparará a Heródoto con él? Sin duda, aquél narra por placer, mientras que éste lo cuenta todo por la verdad en sí [68]. Por consiguiente, en la medida en que el narrar por placer es inferior al narrar por la verdad en sí, en esa medida Heródoto carece de las cualidades de Tucídides.

Otros muchos elogios sería posible exponer acerca de Tucídides, si el gran número de sus alabanzas no impidiera decirlas todas.

---

[61] Tuc., III 68.

[62] Tuc., IV 3-41.

[63] Tuc., I 25-43.

[64] Tuc., I 67.

[65] Tuc., I 79-86.

[66] Tuc., I 139 y sigs.

[67] A causa de la terrible peste, que apareció en el Pireo procedente de Asia en el año 430 a. C., y que asoló Atenas durante cuatro años. El discurso pronunciado por Pericles se corresponde con Tuc., II 59-64.

[68] Por ello, según afirma el propio Tucídides en I 22, su obra es una «adquisición para siempre».

Encomio de la sabiduría

25 Es una suerte alcanzar la sabiduría, pero es imposible alabarla de modo digno, pues a ella tanta dicha la domina como para considerarla un bien común de los dioses.

En efecto, cada uno de los dioses se consagró a una faceta diferente: Hera preside los matrimonios; Ares, junto con Atenea, las guerras; Hefesto, por su parte, forjó el bronce con fuego; Poseidón guía a los navegantes; cada uno de los dioses cultivó un campo diferente, pero todos participan de la sabiduría y, particularmente, Zeus más que todos. En efecto, en la medida en que es más poderoso que los demás dioses, en esa medida resulta más sabio que todos, y la sabiduría garantiza a Zeus su poder. Así pues, los dioses la adquirieron de un modo innato, pero la adquisición llegó a la tierra y los hijos de los dioses la llevaron consigo a la vida. Por lo cual me resta también admirar a los poetas, porque a Palamedes y a Néstor [69] y a todos cuantos son celebrados principalmente por su mucha sabiduría, los hicieron hijos de dioses sin que presentaran la naturaleza de dioses. Indudablemente, ellos podrían haber sido presentados como dioses y manifestar por la afinidad del linaje la comunidad de la virtud. Sin embargo, eran considerados hijos de dioses porque adquirieron la virtud de los dioses, y parecen hijos de dioses aquellos cu-

---

[69] Palamedes es el prototipo de héroe inteligente y sagaz. Él descubrió la estratagema con la que Ulises, fingiéndose loco, intentaba esquivar la guerra de Troya, hecho que después le ocasionaría una venganza atroz por parte de Ulises. También se atribuyen a Palamedes diferentes invenciones: el uso de la moneda, el juego de las damas, la invención de algunas letras, etc. Néstor aparece en la *Ilíada* y la *Odisea* como prototipo de anciano prudente y excelente consejero, además de como héroe valiente en el combate.

ya sabiduría, cual una propiedad, procede de su linaje, como recuerdo del mismo.

Sin duda, la sabiduría prevalece sobre los dos tipos de 26
circunstancias posibles. En efecto, de las demás virtudes, unas sólo son estimadas durante la paz, otras sólo son admiradas durante la guerra y, en cambio, únicamente la sabiduría sabe prevalecer sobre ambas circunstancias como si de una sola se tratase, pues actúa durante la guerra como si ignorase enteramente la paz, y se impuso durante la paz como si ignorase totalmente los combates; y se considera que es propia únicamente de aquella circunstancia durante la cual prevalece. En efecto, promulga leyes en época de paz y hace uso de todo tipo de manifestaciones de tranquilidad, pero en las guerras aconseja las victorias; y, cuando la sabiduría ofrece la posibilidad de triunfar en las armas, no permite que durante las asambleas prospere otra propuesta, sino que en ambos casos sabe dominar igualmente a los que combaten y a los que permanecen en paz.

Únicamente la sabiduría interpreta los presagios de los dioses, pues sólo ella conoce como un dios el porvenir. Ésta dejó la tierra para los agricultores y asigna el mar a los navegantes, y no sería posible recoger frutos sin sabiduría, ni tampoco, a su vez, embarcar en una nave sin alguien que la pilotara sabiamente, de manera que todo lo que el mar suministra y cuantos frutos ofrece la tierra a los hombres, todo ello ha resultado un hallazgo de la sabiduría. Ésta no dejó que pasaran inadvertidos los secretos que el cielo guarda consigo; en efecto, la extensión del círculo que el sol recorre y los espacios que recorrieron cada uno de los astros sólo la sabiduría lo reveló a los hombres. Ya tampoco ignoró el sabio las profundidades

de la tierra, y cómo seremos al morir [70] únicamente la sa-
27 biduría lo reveló. Se apoderó de Troya; a la que el mucho tiempo no había podido conquistar la sometió un sabio plan; y desbarató todo el poderío de los persas, consiguiéndolo por medio de un solo proyecto [71]. El ojo del Cíclope era destruido por haber deliberado más sabiamente Ulises [72], de manera que todo cuanto prevalece procede de la sabiduría.

Por tanto, ¿comparará alguien el valor con ella? Sin duda, lo que por naturaleza realiza la fuerza, lo obtiene de la sabiduría y, si suprimes la prudencia del valor, queda como algo criticado.

Otras muchas cosas sería posible exponer acerca de la sabiduría, pero para quienes narran es imposible hablar sobre cada aspecto.

9
Acerca del vituperio

Un vituperio es una composición expositiva de los vicios propios de alguien. Se diferencia del lugar común en que el lugar común lleva consigo un castigo, mientras que el vituperio contiene únicamente una acusación pura y simple.

[70] Según J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 165, 21-22, alude a las prisiones del más allá y a la otra vida.

[71] J. Sardiano, *op. cit.*, pág. 166, 19, por coherencia con el resto del pasaje, propone leer «troyanos» en lugar de «persas», y el proyecto, por tanto, se referiría al caballo de madera. J. María Cataneo, por el contrario, mantiene la lectura de «persas», y presenta a Temístocles como autor de dicho proyecto. R. Agrícola, *op. cit.*, pág. 271, mantiene también la lectura de «persas» y refiere tal proyecto a Ciro (leyendo *Kýrou* = «de Ciro», en lugar de *kuroûsa* = «consiguiéndolo»), pero menciona a otros dos posibles autores: Alejandro y Aristides, respectivamente.

[72] Hom., *Od.* IX 347 y sigs.

Se divide en los mismos principios de argumentación que el encomio, y se han de vituperar tantos objetos como hay que encomiar: personajes y cosas, circunstancias y lugares, animales y, además, árboles. Se ha de vituperar 28
tanto en común como individualmente.

Así pues, cuando hayas hecho el proemio, ofrecerás el linaje, que dividirás de igual forma que en el encomio, y la educación, las acciones, la comparación y el epílogo los dispondrás del mismo modo que en los encomios.

Vituperio de Filipo

No conviene dejar ni la virtud sin alabanzas ni la maldad sin vituperio, pues por medio de ambas acciones subsiste un beneficio: si son alabados los buenos y censurados los malos. Así pues, es justo que de todos los que tienen malas intenciones se hable también mal, pero de Filipo más que de todos, en la medida en que también superó a todos los malvados.

En efecto, procede de un pueblo que se presenta como el peor de los bárbaros, ya que por cobardía procura cambiar un lugar por otro. Pues primeramente los argivos los expulsaron, y luego, andando errantes, se refugian en la tierra que ahora poseen, haciendo uso de una doble desgracia para su establecimiento, pues ceden ante los superiores, pero expulsan a los inferiores, no siéndoles posible habitar de modo estable a causa de su cobardía y de su ambición. Así pues, nacido de un pueblo de tales carac- 29
terísticas, procede de una ciudad todavía más insignificante. Pues los macedonios son los peores de los bárbaros y Pela es la ciudad más insignificante del país de los macedonios, de la que ni en hacer esclavos se complacen los hombres [73]. Y, habiendo nacido de tal tierra, dispuso de unos antepa-

[73] Cf. DEM., IX 31.

sados más lamentables aún que su tierra. En efecto, otro Filipo se presentaba como antepasado [74] de éste, al que no le era posible reinar sobre el país a causa de su pueblo [75]; luego vino su padre Amintas, que necesitaba a otros para establecerse en el reino, pues los atenienses, después de que fuera desterrado, lo restituyeron al país [76].

Así pues, tras aparecer con tales orígenes, permaneciendo junto a los tebanos les servía de rehén [77], pero, aunque pasaba el tiempo en medio de Grecia, no cambiaba su carácter con la convivencia, sino que en medio de las ocupaciones griegas llevaba consigo la incontinencia propia de los bárbaros. Y, aunque las costumbres eran totalmente diferentes para griegos y bárbaros, él era el mismo en ambos casos, ejerciendo una maldad igual en pueblos no iguales.

Primeramente esclavizaba a sus parientes [78], manifestando abiertamente su deslealtad para aquellos de los que procedía. Atacando desde ahí destruía a sus vecinos y, tras conquistar a los peonios, se ganaba a los ilirios, y con incursiones se apoderaba del territorio de los tríbalos, conquistando tantos pueblos cuantos no conseguían vencerle [79]. No obstante, mediante el combate se apoderaba de los cuerpos de los bárbaros, pero no se apoderaba de sus

---

[74] Según R. Agrícola, *op. cit.*, pág. 341, era su bisabuelo.

[75] Literalmente *génos*. J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 171, 18-21, propone su traducción por *éthnos* = «pueblo», dado que fueron los antepasados de ese Filipo los que, por su sumisión al rey de los persas, no le dejaron gobernar.

[76] Cf. Esquin., II 26.

[77] Cf. Diod., XVI 2, 2.

[78] Es decir, a los tracios y a los macedonios.

[79] Estas conquistas de Filipo aparecen detalladamente explicadas en J. Sardiano, *Commentarium...*, págs. 173-175.

intenciones al tiempo que de sus cuerpos, sino que los esclavos de guerra soñaban con la sedición y los que eran esclavos de hecho se mantenían autónomos en sus pensamientos. Así pues, tras someter a los vecinos de los bárbaros, prosiguiendo en su camino, marchaba contra los griegos. Primeramente conquistaba las ciudades griegas de Tracia, apoderándose de Anfípolis, sometiendo Pidna y ganándose junto con ellas a Potidea, no adquiriendo Feras sin Pagasas, ni Magnesia sin Feras, sino que ciudades tesalias enteras eran conquistadas y como distintivo de su linaje soportaban la esclavitud [80]. Vale la pena también tratar sobre su muerte. En efecto, puesto que en la mayoría de las ocasiones devastaba en sus ataques y, violando los pactos, esclavizaba a quienes pactaban con él, los dioses, irritándose a causa de sus perjurios, le impusieron un final apropiado, pues no le causaron la muerte mientras combatía, ni hicieron testigo de su muerte a un hombre valeroso, sino que le destruyen en medio de los placeres mismos [81], haciendo de los placeres un hermoso sudario para las maldades de Filipo, a fin de que en ambas ocasiones llevase consigo testigos de su incontinencia, tanto al vivir como al morir.

Por consiguiente, ¿comparará alguien con él a Équeto [82]? Sin duda, éste, aunque mutilaba en parte las extremidades, dejaba intacto el resto del cuerpo, mientras que

[80] Cf. *Ibid.*, págs. 175, 21 y 176, 24.

[81] Filipo muere a manos del joven Pausanias mientras se celebran las nupcias entre su hija Cleopatra y Alejandro de Epiro.

[82] Legendario rey del Epiro, despiadado y cruel, que, al descubrir el amor existente entre su hija Metope y el joven Ecmodio, les impuso un terrible castigo, pues a ella la cegó y, encerrándola en una torre, la obligó a moler granos de cebada de bronce, y a él le cortó las extremidades de su cuerpo, así como sus partes pudendas.

aquél destruía los cuerpos enteros con todos sus miembros.
31 Por tanto, en la medida en que es más insoportable que sea destruida la totalidad a que lo sea una parte, en esa medida Filipo es más despiadado que Équeto.

Filipo no sabía cesar de «imponerse» [83], pero por fuerza ha de cesar el relato que versa sobre él.

10
Acerca de la comparación

Una comparación es una composición opositiva, que deduce por contraste un mayor grado de importancia para el objeto comparado.

Es necesario que quienes comparan confronten cosas bellas con cosas justas, o insignificantes con insignificantes, o justas con malvadas, o pequeñas con mayores; y, en una palabra, la comparación es un encomio doble o un vituperio formado a partir de un encomio y un vituperio, y cualquier modalidad de comparación ha resultado totalmente difícil, pero sobre todo la que compara los objetos pequeños con los mayores [84].

Es conveniente comparar tantos elementos cuantos precisamente conviene vituperar y encomiar: personajes y cosas, circunstancias y lugares, animales y, además, árboles.

Quienes comparan no han de confrontar una totalidad con otra, pues ello resulta lento y pesado [85] y no es propio

---

[83] Gr. *periṓn*. Es posible también traducir este participio con el significado de «vivir» («mientras vivía», cf. n. 98), otorgándole un valor apositivo, tal como hacen todos los traductores consultados: R. Nadeau, R. Agrícola y J. María Cataneo. A nosotros, sin embargo, nos parece más correcta sintácticamente nuestra traducción, dado el frecuente uso en griego de la construcción: verbo *légō* («cesar») más participio predicativo.

[84] Cf. Hermógenes, 20.

[85] Gr. *hýption*. Sobre este vicio estilístico, vid. C. T. Ernesti, *Lexicon...*, pág. 369.

de la discusión, sino un elemento sobresaliente con otro, puesto que eso al menos es lo característico de la discusión, ya que la «división en elementos particulares» es una característica del encomio [86], no de la comparación [87].
No hay comparación [88] en el ejercicio, porque precisamente 32
el ejercicio preparatorio en su totalidad es una comparación.

Comparación entre Aquiles y Héctor

Porque pretendo confrontar la virtud con la virtud, comparo al hijo de Peleo con Héctor, pues las virtudes son dignas de honor por sí mismas, pero, cuando son parangonadas, resultan más envidiables. Ambos, en efecto, no son de la misma tierra, pero uno y otro son de una tierra igualmente alabada. Pues el uno procede de Ftía, de donde surgió el sobrenombre de Grecia [89], y el otro de Troya, cuyos fundadores han sido los primeros de los dioses [90]. Así pues, en la medida en que el proceder de una tierra semejante no es inferior en lo que a alabanza se refiere, en esa medida Héctor no queda detrás de Aquiles. Y, procediendo ambos de una tierra alabada, los dos tuvieron el mismo tipo de parientes, pues

---

[86] Es decir, frente al «encomio», en donde cada elemento genérico se dividía en otros particulares (gr. *diaireîn),* por ej.: el linaje se dividía en pueblo, patria, antepasados y padres; la educación, en ocupaciones, dominio de su arte y respeto a las leyes, etc. (cf. pág. 236), en la «comparación», por el contrario, se han de comparar sólo los elementos genéricos: el linaje, la educación, etc., cf. R. Agrícola, *op. cit.*, pág. 365.

[87] H. Rabe, *Rh. Gr.* X, pág. 32, n. 1, señala que tal vez habría que incluir aquí una laguna, cuya traducción ofrecemos: «y la podrías elaborar con los mismos principios de argumentación con los que elaboras el encomio, excepto el de la comparación».

[88] Comparación en tanto que principio de argumentación, cf. *supra.*

[89] Gr. *Hellás.* Así se llamaba, en efecto, una ciudad de la Ftiótide que daría nombre a toda Grecia, cf. Tucídides, I 3.

[90] Según la tradición, sus fundadores fueron Poseidón y Apolo.

uno y otro descienden de Zeus. En efecto, Aquiles era hijo de Peleo, Peleo de Éaco y Éaco de Zeus [91]; y Héctor igualmente descendía de Príamo y de Laomedonte, Laomedonte procedía de Dárdano, y Dárdano era hijo de Zeus [92]. Y, habiendo tenido a Zeus como progenitor, gozaron de antepasados semejantes. En efecto, los antepasados de Aquiles fueron Éaco y Peleo, de los cuales el primero libra a los griegos de las sequías [93] y al segundo, tras aniquilar a los lapitas, como premio a su valor le tocó en suerte
33 casarse con una diosa [94]; Héctor tuvo como antepasado a Dárdano, que no ha mucho convivía con dioses [95], y como padre a Príamo, que reinaba sobre una ciudad amurallada por dioses [96]. Por tanto, en la medida en que el casarse con dioses y el convivir con los Seres Superiores es semejante, en esa medida Héctor es semejante a Aquiles.

Así pues, habiendo nacido ambos de tales antepasados, recibieron una educación orientada hacia el valor. En efec-

---

[91] Éaco era hijo de Zeus y de la ninfa Egina, que más tarde daría nombre a la isla homónima. Entre los principales episodios de su leyenda figura su petición a Zeus de que transformara en hombres las abundantes hormigas de dicha isla, con lo que en adelante sus habitantes se llamarían Mirmidones (de *mýrmēkes* = «hormigas»). Se le sitúa también en los Infiernos juzgando las almas de los muertos.

[92] Laomedonte, padre de Príamo, era nieto de Dárdano, quien, a su vez, era hijo de Zeus y de Electra, hija de Atlante. Dárdano construyó la ciudadela de Troya y, más tarde, Laomedonte encargaría su amurallamiento a Apolo y Poseidón.

[93] Tales sequías fueron enviadas por Zeus como castigo contra el crimen de Pélope, que había despedazado a su enemigo Estinfalo, rey de Arcadia, y después había dispersado sus miembros. Éaco consiguió apaciguar a Zeus con una solemne plegaria.

[94] La diosa marina Tetis, madre de Aquiles. Cf. Apolod., III 13, 4 y sigs.

[95] En tanto que hijo de Zeus.

[96] Cf. n. 90. Véase también Apolod., II 5, 9.

to, el uno es educado por Quirón [97] y el otro tuvo como educador a Príamo, que en su condición de padre le inculca los preceptos de la virtud. El hecho de que sea igual en ambos su educación hacia la virtud hace recaer sobre ellos la misma gloria.

Cuando ambos llegaron a hombres, durante la misma guerra poseían el mismo poder. En efecto, en primer lugar, Héctor conducía a los troyanos y, mientras vivía [98], era la defensa de Troya; en segundo lugar, auxiliado por los dioses resistía firmemente y con su muerte provocó el abatimiento de Troya. Aquiles, por su parte, conducía a Grecia en las armas, y aterrorizando a todos los troyanos los vencía, y tenía como aliada a Atenea, y con su muerte privaba a los aqueos de la victoria. El uno perecía vencido por causa de Atenea [99], el otro caía herido por Apolo [100], pues por proceder ambos de dioses a manos de dioses fueron muertos. En efecto, de donde procedía su linaje han recibido también el final de su vida. Por tanto, en la medida en que su vida y su muerte son semejantes, en esa medida Héctor es semejante a Aquiles.

Sería posible decir otras muchas cosas acerca del valor de ambos, si no tuvieran los dos una gloria semejante en lo que a sus acciones se refiere.

---

[97] Cf. pág. 102, n. 153, y APOLOD. III 13, 6.

[98] Tal es la traducción que ofrece J. SARDIANO, *Commentarium...*, pág. 193, 12, de la forma *periṓn*.

[99] Que engañó a Héctor adoptando la apariencia de Deífobo. HOM., *Il.* XXII 227 y sigs.

[100] Cf. pág. 189, n. 44.

34

11
Acerca de la etopeya[101]

Una etopeya es la imitación del carácter de un personaje propuesto.

Sus diferentes tipos son tres: idolopeya, prosopopeya y etopeya. Así, pues, etopeya es la que contiene un personaje conocido y se inventa sólo su carácter, de ahí que se denomine «etopeya»[102], p. e.: «¿qué palabras pronunciaría Hércules cuando Euristeo[103] le daba órdenes?». En este caso Hércules resulta conocido y nos inventamos el carácter del que habla. Idolopeya es la que contiene un personaje conocido, pero que está muerto y ha dejado de hablar, como hizo Eúpolis en *Demos*[104] y Aristides en el discurso *En defensa de los cuatro*[105], de ahí que se denomine «idolopeya»[106]. Prosopopeya, cuando se inventa todo, tanto el carácter como el personaje, tal como hizo Menandro su

---

[101] Cf. Introd., pág. 23.

[102] De *êthos* = «carácter», y *poiéō* = «crear».

[103] Rey de Tirinto, Micenas y Midea, en Argólide. Impuso a Hércules los famosos doce trabajos, después que éste, enloquecido por Hera, diese muerte a sus propios hijos. El héroe, tras purificarse, consultó el oráculo de Delfos y la Pitia le ordenó ponerse a las órdenes de Euristeo. Cf. Apolod., II 4, 12.

[104] Obra de la que sólo quedan unos pocos fragmentos en tres hojas de papiro, cf. A. Lesky, *Geschichte der griechischen Literatur* = Historia de la literatura griega (Tr. J. M.ª Díaz Regañón y Beatriz Romero), Madrid, (1969) 1.ª reimp. 1976, pág. 453, n. 304. Su autor, Eúpolis, fue contemporáneo de Aristófanes y, como éste, un destacado representante de la Comedia Antigua. Su obra, de la que sólo nos han llegado escasos fragmentos, comprendía títulos como: *Los aduladores, Los taxiarcos, Las cabras, Desertores* o *Andróginos,* etc.

[105] Cf. pág. 193, n. 56.

[106] De *eídōlon* = «imagen», y *poiéō* = «crear». Prisciano, *Praeexercitamina,* pág. 558, 2, lo traduce como *simulacri factio.*

Prueba [107], pues la prueba es una cosa, ni aun siquiera un personaje, de ahí que se denomine «prosopopeya» [108], puesto que junto con el carácter se inventa también el personaje.

Así, pues, he aquí su clasificación: de las etopeyas, unas son emotivas, otras morales y otras mixtas. Son emotivas las que manifiestan en todo emoción, por ej.: «¿qué palabras pronunciaría Hécuba cuando Troya yacía vencida?»; son morales las que sólo ofrecen carácter, por ej.: «¿qué palabras pronunciaría un hombre del interior al ver por vez primera el mar?»; son mixtas las que contienen ambos elementos a la vez, carácter y emoción, por ej.: «¿qué palabras pronunciaría Aquiles ante el cadáver de Patroclo mientras se decidía a combatir»? [109], pues la decisión es carácter, mientras que el amigo que ha muerto provoca emoción.

Elaborarás la etopeya con un estilo claro, conciso, florido [110], suelto y libre de cualquier artificio y figura, y en lugar de dividirla en principios de argumentación la dividirás en los tres tiempos: presente, pasado y futuro.

---

[107] MENAND., *Fr.* 545 (ed. Kock). Cf. HERMÓGENES, 20.

[108] De *prósōpon* = «personaje», y *poiéō* = «crear».

[109] Cf. HERMÓGENES, 21. Como se puede observar, en multitud de ocasiones se repiten los mismos ejemplos, convertidos así en tópicos retóricos.

[110] Gr. *anthērós.* Difiere del estilo florido de la descripción (cf. pág. 196, n. 61). J. SARDIANO, *Commentarium...*, pág. 208, 17, lo identifica con el yámbico. H. LAUSBERG, *Handbuch...*, 1079, 2, con el medio.

Declamación de una etopeya: «¿qué palabras pronunciaría Níobe[111] *cuando sus hijos yacían muertos?»*

¿Qué clase de fortuna cambio por qué otra, privada de hijos quien antes era considerada afortunada por su prole? La abundancia se convirtió en carencia, y no soy madre de un solo hijo yo que antes aparecía como madre de muchos. ¡Cuán necesario hubiera sido en un principio
36 no tenerlos antes que tenerlos para llorarlos! Quienes son privados de sus hijos son más desgraciados que quienes no los tuvieron, pues lo que llega a experimentarse aflige cuando es arrebatado.

Pero ¡ay de mí!, sufro un destino semejante al de mi padre. Soy hija de Tántalo, el cual convivía con las divinidades, pero, después del banquete, era expulsado de la compañía de los dioses[112], y, puesto que procedo de Tántalo, confirmo mi linaje con las desgracias. Me hice amiga de Leto y por culpa de ésta soy desgraciada, y he recibido su trato para verme privada de mis hijos, y la convivencia con la diosa desemboca para mí en desgracias. Antes de llegar a su conocimiento, yo era una madre más envidiada que Leto, pero, después de resultarle conocida, quedo privada de una prole que antes de nuestro encuentro tenía en abundancia. Y ahora yacen muertos mis hijos de uno

[111] Es un claro ejemplo de etopeya emotiva. Níobe, madre de una abundante prole, afirmó ser superior a la diosa Leto, madre sólo de Ártemis y Apolo, hecho que provocó la cólera de la diosa, que por mediación de sus hijos dio muerte a los de Níobe. Cf. Apolod., III 5, 6.

[112] Son tres las principales acusaciones que se hacen recaer sobre Tántalo: la de hacer públicos los misterios de los dioses, después que éstos lo invitaran a su mesa; la de robar néctar y ambrosía de los banquetes divinos para entregarlos a los mortales, y la de servir a su hijo Pélope como manjar para los dioses a fin de poner a prueba la clarividencia divina. Tales impiedades le acarrearían un terrible castigo en los Infiernos.

y otro sexo [113], y es más difícil llorar lo que resultó ser más venerable.

¿A dónde he de dirigirme?, ¿a quiénes me dedicaré?, ¿qué clase de funeral me bastará ante la pérdida de todos mis hijos muertos?: faltan las honras ante tal número de desgracias. Pero, ¿por qué lamento estos hechos cuando me es posible pedir a los dioses que cambien en otra mi naturaleza? Conozco una única liberación de las desgracias, transformarme en aquello que nada siente. Sin embargo temo, más bien, que, aun presentando esa naturaleza, he de seguir llorando [114].

12
Acerca de la descripción

Una descripción es una composición que expone en detalle y presenta ante los ojos de manera manifiesta el objeto mostrado.

Se han de describir personajes y hechos, 37
circunstancias y lugares, animales y, además, árboles. Personajes, como hace Homero:

Era redondeado de hombros, de piel morena, de cabello [rizado [115];

hechos, como combates navales y terrestres, tal como hizo el historiador [116]; circunstancias, como primavera y vera-

[113] Sigo aquí la lectura de J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 213, 24 = *hekáteron génos,* referido al sexo de sus hijos. El número de éstos varía de unas versiones a otras. En general, se considera que fueron siete varones y siete hembras. Sin embargo, Hesíodo habla de diez hijos y diez hijas, Homero de seis hijos y seis hijas, etc. Cf. Apolod., III 5, 6.

[114] Tal como Níobe profetiza, los dioses la convirtieron en roca en Asia Menor, pero de la roca brotaba un manantial que simbolizaba el llanto de la madre por sus hijos muertos. Cf. Apolod., III 5, 6.

[115] Hom., *Od.* XIX 246.

[116] Es decir, Tucídides, I 29; 62, etc.

no, manifestando cuántas flores nacen durante ellas; lugares, como el propio Tucídides llamó «Quimerion» al puerto de los tesprotos, según el aspecto que presenta [117]. Es necesario que quienes describen personajes vayan desde el principio hasta el final, esto es, de la cabeza a los pies; si acciones, que empiecen por las anteriores, luego las contemporáneas y, después, cuantas suelen producirse como consecuencia de éstas; si circunstancias y lugares, que partan de los elementos que los rodean y que se dan en ellos.

De las descripciones, unas son simples, otras compuestas. Simples, como las que narran combates terrestres y navales; compuestas, como las que combinan a un tiempo hechos y circunstancias, tal como Tucídides describe el combate nocturno de Sicilia [118], pues además de describir cómo se desarrollaba el combate precisó también cómo tenía lugar por la noche.

Es necesario que quienes describen presenten un estilo
38 suelto [119] y que lo adornen con las diferentes figuras, y, en una palabra, que reproduzcan fielmente los objetos que describen.

[117] Tuc., I 46. Se trataba de un cabo y, como tal, era batido por las olas en invierno; de ahí su nombre *Cheimérion* = «Invernal», «Tempestuoso».

[118] Tuc., VII 43-44.

[119] Gr. *aneiménon*. Se trata del estilo libre de períodos y razonamientos, caracterizado por su sencillez (J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 223, 21-22).

Descripción del templo de Alejandría junto con la acrópolis[120]

Las acrópolis, en efecto, son construidas para la seguridad común de las ciudades —pues son las cimas de las ciudades— y no se ven éstas defendidas por las viviendas en mayor medida de lo que ellas protegen a las ciudades. Ciertamente, un lugar en el centro de Atenas ha dado acogida a la acrópolis de los atenienses; sin embargo, la ciudadela que Alejandro erige para su propia ciudad está constituida por los elementos con que la designó, pues la levantó en el extremo[121] de

---

[120] Aftonio propiamente sólo habla de acrópolis, de ahí las lecturas de C. Walz y L. Spengel: «Descripción de la acrópolis de Alejandría», y en ningún momento alude a un templo como tal, únicamente a unos recintos sagrados, unos con un valor todavía de culto y otros convertidos en biblioteca, y a una construcción dotada de puertas denominadas con nombres de dioses. La edición de H. Rabe, por el contrario, que en general es bastante rigurosa, dice: «Descripción del templo *(tò hierón)*... junto con la acrópolis», templo que parece ser el *Serapeum* (H. Rabe, *Rh. Gr.* X, pág. XXIV) y que se correspondería, por tanto, con esos recintos sagrados. Sin embargo, el principal problema, en mi opinión, surge del propio texto de Aftonio, que en ningún momento distingue en su descripción entre la acrópolis, por un lado, y el templo, por otro, sino que habla de acrópolis como una totalidad, aunque tal acrópolis esté integrada por diferentes templos o edificios. Decir «Descripción del templo de Alejandría junto con la acrópolis» me parece tan pleonástico como decir «Descripción del Partenón de Atenas junto con la acrópolis», máxime cuando Aftonio únicamente habla de «acrópolis». Por tanto, hay que suponer que Aftonio, en efecto, describe sólo la acrópolis de Alejandría en su conjunto, aunque uno de los más importantes edificios de la acrópolis sería posiblemente el *Serapeum.*

[121] Gr. *ákron,* que significa a un tiempo «punto más elevado» y «punto extremo», de ahí la traducción de R. Agrícola, pág. 413: *in urbis extremo atque excelso,* frente a J. María Cataneo, por un lado, que traduce únicamente: *in extremo,* y frente a Heffter («Ueber die Beschreibung...», 378) y R. Nadeau («The *Progymnasmata...*», pág. 279), por otro, que se inclinan por la primera traducción: «punto más elevado» *(«an die Spitze»*

una ciudad, y es más legítimo denominar a ésta «la acrópolis» que a aquella por la cual los atenienses se enorgullecieron de generación en generación. Es, pues, aproximadamente tal como la presenta la siguiente descripción:

Una fortaleza sobresale por encima de la tierra hasta alcanzar una gran altura, siendo denominada «acrópolis»[122] por ambos motivos, porque se eleva hacia «lo alto» y porque está colocada en «el extremo» de una ciudad. Las sendas que conducen hacia ésta no son iguales, pues por este lado hay un camino, mientras que por aquel resulta una entrada, y las sendas cambian sus denominaciones en virtud de sus características. En efecto, por este lado es posible marchar a pie y es un camino de uso corriente también para los que acceden en carro, pero por aquel se excavaron escalones y por ahí es imposible que pasen los carros,
39 ya que un escalón da a otro escalón cada vez a mayor altura, pues parte de una altura inferior, y conduce siempre más arriba, y no acaban hasta llegar a cien, porque su fin es el cumplimiento del número que conduce hacia la medida perfecta[123]. La escalinata desemboca en un vestíbulo rodeado de rejas de mediana altura. Allí se alzan cuatro altísimas columnas que conducen hasta una única entrada caminos de diversas procedencias. Sobre las columnas descansa una vivienda que ostenta delante de sí muchas columnas de mediana altura, las cuales no presen-

---

y «*on the highest point*», respectivamente). Nosotros seguimos a J. María Cataneo («en el extremo») para marcar su oposición a *mésos chôros,* que hemos traducido como «lugar central», pero que también significaría a un tiempo «lugar de altitud media».

[122] Gr. *akrópolis,* formado a partir de *ákron* (cf. *supra)* y *pólis* = «ciudad».

[123] En tanto que múltiplo del número diez, fin y cumplimiento de la unidad, cf. J. Sardiano, *Commentarium...*, pág. 277, 21.

tan un único color, sino que han sido adosadas a la construcción como adorno de la fachada. El techo de la vivienda se eleva en forma de cúpula y en torno a la cúpula hay grabada una gran representación del mundo [124].

Si se entra a la propia acrópolis, un único lugar se divide en cuatro lados iguales: la forma de la construcción resulta cuadrangular, y en el centro hay un patio rodeado de columnas. El patio desemboca en unas galerías, las galerías están compuestas por columnas iguales, y éstas ascienden a un número que no es posible superar [125]. Cada galería desemboca en otra transversal, y una columna doble se divide entre dos galerías, poniendo fin a una y, a su vez, dando comienzo a la otra. Dentro de las galerías hay recintos sagrados construidos en sucesión: los unos convertidos en almacenes para los libros, abiertos para quienes se afanan por el estudio, y que estimulan a toda la ciudad hacia la posesión de la sabiduría; los otros, erigidos para honrar a los dioses de antaño. Las galerías tienen un techo adornado con oro, y los capiteles de las columnas están labrados en bronce y cubiertos de oro. El ornamento del patio no era todo el mismo. En efecto, cada parte era de diferente manera, y una en particular contenía las hazañas de Perseo [126]. En medio se alza una columna [127]

---

[124] Gr. *tôn óntōn.* Sigo la traducción que de este término ofrece Heffter en su artículo ya citado «Ueber die Beschreibung der Burg...», 380. Según J. Sardiano, *op. cit.*, pág. 228, 13-16, se puede referir a las hazañas de las historias divinas o bien a los cuatro elementos: agua, fuego, tierra y aire.

[125] Cf. n. 123.

[126] Héroe mitológico, hijo de Zeus y de Dánae. Entre sus hazañas destacan el haber cercenado la cabeza de Medusa y el haber liberado a Andrómeda cuando ésta, atada a una roca, iba a ser devorada por un dragón marino.

[127] Se trata posiblemente de la conocida como Columna de Pompeyo.

que sobresale en altura y que hace totalmente visible el lugar —ningún caminante aún ha sabido hacia dónde marchaba sin servirse de la columna como señal indicadora de los caminos— y hace visible la acrópolis por tierra y por mar. Alrededor del capitel de la columna están grabados los orígenes del mundo [128]. Antes de llegar a la mitad del patio se eleva una construcción dotada de tantas puertas cuantas son denominadas con los nombres de los dioses de antaño [129] —allí se alzan dos obeliscos de piedra y una fuente que supera a la de los Pisistrátidas [130]—
41 y la sorpresa resulta increíble, porque contiene el número de los constructores. Pues, como si uno solo no bastase para su construcción, se vio sucederse a los constructores de toda la acrópolis hasta un número de doce.

Si se desciende de la acrópolis, por un lado se desemboca en un lugar plano semejante a un estadio, que precisamente ha dado nombre al lugar, mientras que por el otro

---

Sobre la problemática existente en torno a este punto puede consultarse el citado artículo de Heffter, «Ueber die Beschreibung der Burg...», 385-386.

[128] Según J. Sardiano, *Commentarium...* pág. 229, 9, se refiere a los cuatro elementos. Cf. n. 124.

[129] Según J. Sardiano, cf. *supra,* pág. 229, 12-16, la construcción es el hemisferio del cielo y el número de puertas es de ocho, pues ocho eran los dioses egipcios. Heffter, por su parte, recoge otras opiniones: la construcción podría ser un Panteón, o bien un *Tychaîon,* y doce el número de puertas que albergaba, algo que, en nuestra opinión, tiene que ver con el número de constructores de la acrópolis al que alude más abajo Aftonio («Ueber die Beschreibung...», 388).

[130] Es decir, la fuente de los Atenienses (cf. R. Agrícola, pág. 425), conocida en un principio como «Calírroe» («la de hermosa corriente») y en época de Tucídides como «Eneacruno» («la de los nueve caños») (cf. Tucídides, II 15). Era ésta una fuente grande y hermosa de la que manaba agua caliente (Heffter, «Ueber die Beschreibung...», 388).

lado se desemboca en un lugar configurado de la misma manera, pero que no tiene la misma medida.

Indudablemente, su belleza es demasiado impresionante como para poder describirla. Si algo se ha omitido, ello ha sucedido en un exceso de asombro, pues se ha omitido porque no era posible describirlo.

13 *Acerca de la tesis*

Una tesis es un examen lógico de un hecho sometido a observación.

De las tesis, unas son civiles, otras teóricas. Así pues, son civiles las que se ocupan de un asunto que concierne a la ciudad, por ej.: «si es conveniente casarse», «si es conveniente navegar» o «si es conveniente hacer fortificaciones», pues todo ello, de producirse, afecta a la ciudad. Mientras que teóricas son las sometidas a observación únicamente en la mente, por ej: «si el cielo es de forma esférica» o «si hay muchos mundos», pues éstas no las llegan a experimentar los hombres, sino que sólo las observan en su mente.

La tesis difiere de la hipótesis en que la hipótesis contiene la especificación de las circunstancias [131], mientras que la tesis carece de precisión circunstancial. Circunstancias son personaje, acción, causa, etc., por ej.: la cuestión de «si es conveniente construir fortificaciones» es una tesis, un examen que no contiene personaje, mientras que el hecho de que «al atacar los persas, los lacedemonios decidan 42
fortificar Esparta» es una hipótesis [132], pues tiene como personaje a los lacedemonios reflexionando, como acción el hecho de fortificar Esparta y, como causa, a los persas atacando.

[131] Cf. TEÓN, 61 y HERMÓGENES, 25.

[132] Es decir, una hipótesis deliberativa o *suasoria*. Cf. Introd., pág. 13.

Por primera vez entre los ejercicios preparatorios, la tesis admite la réplica y la refutación, de acuerdo con el objeto de la cuestión.

Así pues, la tesis se divide en primer lugar en la llamada «insinuación» [133], que expondrás en lugar de los proemios, y a continuación te servirás de los principios de argumentación finales: legalidad, justicia, conveniencia y posibilidad.

Una tesis: «Si es conveniente casarse»

Quien pretenda honrar el universo en pocas palabras que alabe el matrimonio, pues procede del cielo, o, más bien, llena el cielo con los dioses, y se estableció como padre de aquellos de los que procede el nombre de padre y, tras producir dioses, permitió que su naturaleza los preservase. A continuación, después de llegar a la tierra, impone a todos los demás seres el nacimiento y, tras hacer aparecer seres incapaces de subsistir, ideó el que ellos perseveraran mediante las generaciones sucesivas. Así pues, en primer lugar, empuja a los hombres al valor, pues gracias a que el matrimonio sabe cómo traer hijos y tomar esposas, por los cuales se hace la guerra, permite esforzarse por los dones del mismo. En segundo lugar, los hace justos al tiempo que valientes; en efecto, porque suministra los hijos, por temor de los cuales los hombres actúan con justicia, el matrimonio los hace justos a la vez que valientes. Y, además, sabios, porque los empuja
43 a preocuparse de los seres más queridos. Y lo sorprendente es que el matrimonio sabe salvaguardar la castidad,

[133] Gr. *éphodos*. Es un tipo de proemio en el que no se habla abiertamente, sino de un modo disimulado y encubierto. Cf. J. SARDIANO, *Commentarium...*, pág. 239, 3-5, y C. T. ERNESTI, *Lexicon...*, pág. 147.

y con el suministro [134] de los placeres se encuentra mezclado el hecho de ser recatado. En efecto, porque impone la ley a los placeres, la temperancia proporciona los placeres a la ley y, lo que en sí mismo es censurado, con el matrimonio es objeto de admiración. Por consiguiente, si el matrimonio trae consigo a los dioses, y después de ellos a cada una de las especies en particular, y los hace valerosos al tiempo que justos, y los vuelve sabios y recatados, ¿cómo no hemos de honrar al matrimonio cuanto sea posible?

«Sí», dice, «pero el matrimonio es causante de desgracias».

Me parece que censuras el azar, no el matrimonio, pues las penalidades que sufren los hombres desgraciados las ocasionó el azar, no el matrimonio; mientras que lo que el matrimonio suministra a los hombres, eso ya no es una ganancia resultante del azar. De manera que es posible admirar el matrimonio por los bienes que trae consigo antes que censurarlo por las desgracias que ocasionó la fortuna. E, incluso, si imputásemos al máximo al matrimonio los mayores infortunios de los hombres, ¿por qué nos hemos de alejar, más bien, del matrimonio? No es cierto que cuantas dificultades acompañan a los hechos, ésas precisamente provoquen la huida de los hechos. Examina conmigo cada uno de los oficios en particular, de los que sea característico cualquiera de los inconvenientes que seguramente les reprochas. Las tormentas inquietan a los agricultores y las
acometidas del granizo los arruinan; sin embargo, los agri- 44

[134] Gr. *philotimía,* que J. SARDIANO, *Commentarium...* pág. 259, 16, traduce como *parochḗ* = «suministro». De igual modo, el verbo *philotimeîsthai* en Aftonio tiene generalmente el mismo significado que el verbo *paréchein.*

cultores a los que una tormenta arruina la tierra, no huyen de la tierra, sino que se quedan en ella trabajándola, aunque algo que se acerca desde el cielo les perjudique. A su vez, sufren desgracias los hombres mientras navegan y las tempestades que sobrevienen destrozan sus naves; sin embargo, no dejan de navegar desde ese momento por las desgracias que en cada ocasión han experimentado, sino que atribuyen la dificultad al azar y soportan la travesía marítima. Además, los combates y las guerras destruyen los cuerpos de los combatientes; sin embargo, no porque si luchan van a perecer, abandonan los combates; antes bien, porque luchando son admirados, incluso con sucumbir se complacen, y ocultaron su natural desgracia con el bien que de ello resultaba. En efecto, no se han de evitar cuantos bienes existen por culpa de sus inconvenientes, sino que a causa de sus ventajas se han de soportar los peores infortunios. De manera que es absurdo que los agricultores y navegantes y, además de éstos, cuantos prestan servicio militar soporten las cosas que les desagradan a causa de las alabanzas que con ellas resultan, y que nosotros, por el contrario, debamos despreciar el matrimonio porque el matrimonio ocasiona alguna aflicción.

«Sí», dice, «pero causó sucesivamente viudedad a las mujeres y orfandad a los hijos».

Ésas son desgracias de la muerte, y la naturaleza conoce el sufrimiento. Pero me parece que tú censuras el matrimonio porque no convierte a los hombres también en dioses, y que acusas al matrimonio de que no contó a los seres mortales en el número de los dioses. Dime, pues, ¿por qué acusas al matrimonio de aquello que lleva a cabo la muerte?, ¿por qué has de decir de los himeneos cuantas desgracias conciernen a la naturaleza? Admite que perecerá quien nació para perecer. Si los hombres perecen porque han na-

cido, y al perecer dejan a su compañera sola y a su hijo huérfano, ¿por qué has de decir que el matrimonio ocasiona lo que se debe únicamente a la naturaleza? Yo, por mi parte, considero, por el contrario, que el matrimonio repara tanto la orfandad como la viudedad. A alguien se le ha muerto el padre y en tal caso es un hijo huérfano; sin embargo, el matrimonio introdujo nuevamente otro padre para los huérfanos; así pues, el sufrimiento no nace del matrimonio, sino que es ocultado por el matrimonio, y el matrimonio se convierte en supresión de la orfandad, no en su fundamento. De igual modo, la naturaleza trajo la viudedad con la muerte, mientras que con los himeneos el matrimonio la reparó, pues a la que la muerte hizo que enviudara, el matrimonio le proporcionó que conviviera con otro hombre, como si se estableciera en guardián de su propio beneficio. En efecto, lo que ofreció en un principio, una vez suprimido, de nuevo lo restituyó, de manera que el matrimonio sabe eliminar la viudedad, no provocarla. Además, también el padre por culpa de la muerte se ve privado de sus hijos, pero gracias al matrimonio tuvo parte en otros, y llega a ser padre por segunda vez el que no se conforma con serlo una sola. ¿Qué pues? Las ventajas del matrimonio las conviertes en acusación del matrimonio, y me parece que no pretendes censurar, sino alabar el himeneo. En efecto, porque obligas a enumerar los beneficios de los himeneos, por eso te has convertido en alabador, no en censurador del matrimonio. Al hacer al ma- 46
trimonio esas acusaciones nos obligas a admirarlo y conviertes en catálogo de beneficios los reproches del matrimonio.

«Sí», dice, «pero el matrimonio es causante de fatigas».

Y ¿qué sabe poner fin a la fatiga como el matrimonio? Cuantas fatigas nos afligen, por medio de los himeneos

son eliminadas, y es un deleite total entrar en trato con una mujer. ¡Qué agradable es que un hombre se reúna en el lecho con una mujer! ¡Con cuánto placer es aguardado un hijo, y, siendo aguardado, nace y, tras nacer, llamará a su padre e irá a ocuparse de sus deberes, ayudando al padre, hablando públicamente durante las asambleas, sustentanto a su padre en la vejez y llegando a ser, en una palabra, todo lo que es conveniente! No es posible exponer en un discurso los bienes que el matrimonio es capaz de otorgar. Gran cosa es el matrimonio, tanto por producir dioses, como por proporcionar a los mortales que parezcan ser dioses, puesto que hábilmente idea que perseveren. Y enseña lo justo a quienes lo practican. Además, los empuja a observar la temperancia y suministra cuantos placeres no son objeto de reproche al manifestarse. Por lo cual, está establecido entre todos que el matrimonio debe ser tenido en la mayor consideración.

14
Acerca de la propuesta de ley

También algunos han admitido que la propuesta de ley es un ejercicio. Es, en efecto, casi una hipótesis completa [135]; sin embargo, no cumple todos los preceptos
47 de la hipótesis, pues en ella se introduce un personaje, pero en absoluto conocido, por lo que es más que una tesis, pero menos que una hipótesis. En efecto, porque, en general, admite como elemento accesorio un personaje, sobrepasa a la tesis, pero, porque no cumple con exactitud la precisión circunstancial [136], es inferior a la hipótesis. Sin duda, la propuesta de ley es un ejercicio

[135] En este caso se trata de la hipótesis judicial o controversia; por eso Aftonio habla de *gýmnasma* («ejercicio»), y no de *progýmnasma* («ejercicio preparatorio»), cf. Introd., págs. 13 y 15.

[136] Es decir, el resto de circunstancias: hecho, lugar, tiempo, modo y causa.

doble: defensa y rechazo de una ley establecida. La ley es «invento y don de los dioses, pacto común de la ciudad y enmienda de las faltas contra ambos» [137].

Así pues, ésa es la clasificación de la propuesta de ley, y la elaborarás con los principios de argumentación con los que elaboras las deliberaciones [138]: legalidad, justicia, conveniencia y posibilidad. Dispondrás los proemios y, después de los proemios, el llamado «argumento contrario», y a continuación te servirás de los principios de argumentación antes mencionados, por lo que en eso precisamente se diferencia de la tesis [139].

Rechazo de la ley que ordena que el adúltero cogido en flagrante sea muerto

Ni alabaré la ley enteramente, ni censuraré lo escrito en todos sus aspectos. En efecto, porque elimina los actos de los adúlteros, alabo lo establecido, pero, porque no aguardó el voto de los jueces, condeno el método. Sin duda, si después de acusar a los jueces de soborno hubiera abolido los tribunales, quedaría probado que posee una baja opinión sobre los jueces, pero, 48
si reconoce que juzgan rectamente, como precisamente vosotros juzgáis, ¿cómo es justo alabar a los jueces, pero privar de la ley a quienes juzgan? Así pues, todas las demás normas que compiten abiertamente con las leyes establecidas, unas se oponen a unas ciudades, otras coinciden con otras, únicamente la presente ha resultado contraria a todas las leyes. Yo creo que examinaréis la ley mucho más apropiadamente si juzgáis todos los elementos que en-

137 DEM., XXV 16.

138 Gr. *pragmatikḗ*. Cf. pág. 198, n. 66. Es decir, los mismos principios que en el caso de la tesis, cf. pág. 260.

139 Pues la tesis se sirve de la insinuación, en lugar de los proemios, e inmediatamente después utiliza los principios de argumentación finales.

tre vosotros forman parte de la vida pública: los generales, los sacerdocios y los decretos. Poco disto de decir que todas las acciones que se llevan a cabo de modo excelente ⟨durante la paz o⟩ durante la guerra, absolutamente todas, experimentan el examen de los jueces, y es general aquel a quien el encargado de juzgar sometió a examen; es sacerdote aquel a quien el juez sancionó, y es válido el decreto examinado por otros; además, las victorias de las guerras no son objeto de honores antes de ser juzgadas. Así pues, ¿cómo no es absurdo que absolutamente todos aguarden a los encargados de examinarlos y que únicamente la presente ley rehúse el voto de quienes juzgan?

«Sí», dice, «pero grandes son los delitos de los adúlteros».

Y ¿qué?, ¿no son mayores los delitos de los homicidas?, ¿consideraremos a los traidores inferiores a otros?,
49 ¿no son los saqueadores de templos peores que quienes traicionan? Y, sin embargo, el que fue sorprendido en estos delitos aguarda a quienes lo juzguen, y ni el traidor sufrió su castigo sin que el juez aportase su voto, ni al homicida le tocó en suerte perecer sin que el acusador hubiese probado el suceso, ni quienes roban los bienes de los Seres Superiores [140] sufrieron ningún castigo hasta que estuvo a disposición de quienes juzgan reconocer ese hecho. Sin duda, es absurdo que unos delitos incurran en el mayor castigo por parte de quienes los juzgan, y que cada uno de estos delitos no pase por tal si el juez no deposita su voto, y, sin embargo, que únicamente el adúltero perezca sin ser probado como tal, al cual sería necesa-

[140] Es decir, aquellos que roban los bienes de los dioses y que se conocen como «saqueadores de templos» (gr. *hierósyloi).*

rio juzgar antes que a los otros, en la medida en que es menos delincuente que los demás.

«¿Y qué diferencia habrá entre dar muerte a un adúltero o entregarlo a los jueces, si de ambos modos se someterá a la misma muerte?»

Tanta cuanta es la distancia que media entre el tirano y la ley, y cuanta es la diferencia de la democracia con las monarquías. Pues es propio del tirano eliminar en cada ocasión a quien quiera, mientras que de la ley lo es el dar muerte de modo justo al convicto de un delito. Y el pueblo somete a examen todos aquellos aspectos que trata al celebrar una asamblea, mientras que la monarquía castiga, pero no examina, cosas ambas que el pueblo y la ley han hecho a un tiempo por medio de su total oposición al que prefirió gobernar solo y ser tirano. Así pues, ¿cómo no habrá diferencia entre eliminar al adúltero o entregarlo a quienes juzgan? Además, el que eliminó por su cuenta al adúltero se convierte a sí mismo en responsable del delincuente, mientras que el que lo entregó al juez hace al tribunal responsable del delincuente, y, sin duda, es mejor que sea responsable quien juzga a que lo sea el acusador. Además, quien dio muerte al adúltero por su cuenta es objeto de la sospecha de haberlo eliminado por otro motivo, mientras que quien ha procurado que lo juzgaran pareció ocuparse únicamente de lo justo.

«Sí», dice, «pero, si perece al instante, sufrirá un castigo más severo, pues, del otro modo, tendrá como ganancia el tiempo que transcurra hasta el juicio».

Lo contrario conseguirá si es juzgado. Pues con mayor angustia soportará la vida después de estos sucesos, ya que aguardar el sufrimiento es más terrible que haber sufrido, y el retraso de la pena se presenta como una prolongación del castigo. Perecerá muchas veces quien cree que va a pe-

recer, y tendrá por más terrible la espera que el suceso, de manera que el adúltero que perece al instante no se da cuenta de que perece, la rapidez del castigo oculta su percepción. Carece de dolor la muerte que sobrevino antes de esperarla, mientras que la que muchas veces fue esperada, una vez que ha ocurrido, incrementa la magnitud del castigo con las veces que se ha esperado. Examina colocando, pues, ambas acciones una al lado de la otra: quien dio muerte por su cuenta al adúltero no convierte a nadie en testigo del castigo, mientras que el que lo entregó a los jueces convierte a muchos en observadores del juicio, y es un modo de castigo más doloroso, porque es impuesto por muchos espectadores; por otro lado, favorecerá a los adúlteros perecer secretamente, pues dejarán a la mayoría
51 la sospecha de que perecen por enemistad, mientras que, si el hecho es probado entre los jueces, el reo sufrirá un castigo indiscutible, de manera que habrá diferencia entre que el adúltero perezca secretamente a manos de él o que sea entregado a los jueces.

El adúltero es un ser terrible y sobrepasó todo exceso de injusticias; por lo cual, primeramente, ha de ser convicto del delito y, a continuación, ha de perecer; y es mejor que sea juzgado a que sufra el castigo antes del juicio, pues un adúltero eliminado ofrecerá más exacto el linaje de los hijos. En efecto, nadie pondrá en duda de qué padre procede un hijo si en el futuro han desaparecido los adúlteros. La injusticia es de naturaleza común; por lo cual, que también un voto común la elimine cuando se produzca, pues yo temo que, si pasa desapercibido que es un adúltero porque se le dé muerte, deje tras de sí a otros muchos como él. Pues otros imitarán a aquel del que no saben por qué motivos perece, y el hecho de que haya sido castigado no será fin, sino fundamento del delito.

ÍNDICE DE AUTORES Y OBRAS *

* Los números colocados a continuación de las obras o pasajes remiten a las páginas del original griego, señaladas en la traducción, aproximadamente, por los números marginales.

ÍNDICE DE TÉRMINOS *

* Los números en cva. remiten a los pasajes en que el término en cuestión se trata más por extenso.

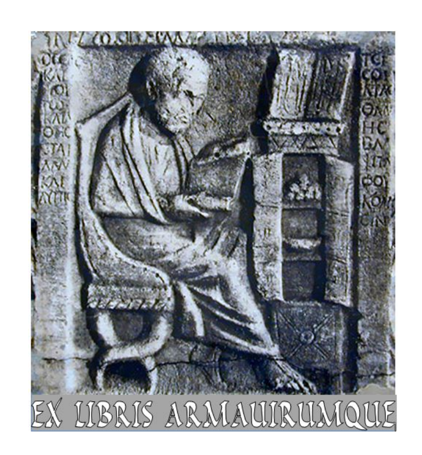


ÍNDICE GENERAL

TEÓN

HERMÓGENES

AFTONIO


EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE